

H

de
halcón



**Helen
Macdonald**

Lectulandia

Una llamada telefónica y el mundo se rompe. Así es como Helen Macdonald, profesora de Filosofía en Cambridge, recibe la noticia de la muerte de su padre. Después de meses de depresión por la pérdida, Helen decide rescatar su vieja afición por la cetrería y adiestrar una hembra de azor. Más allá de un homenaje a su progenitor, con quien compartía su pasión por los pájaros y la naturaleza, la decisión de amaestrar a Mabel pronto se revela como una terapia que pondrá a prueba los límites de Helen, un viaje de exploración a lo más profundo del dolor y de lo salvaje: el azor es un ave rapaz imprevisible, amenazadora y letal, de manera que salir victoriosa en el reto de su «afeitado» o adiestramiento no tiene tanto que ver con la dominación como con la complicidad, la paciencia y, a menudo, el sufrimiento.

Lectulandia

Helen Macdonald

H de halcón

ePub r1.0

Titivillus 11.01.2017

Título original: *H is for Hawk*
Helen Macdonald, 2014
Traducción: Joan Eloi Roca
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi familia

Parte I

1

Paciencia

Cuarenta y cinco minutos al noreste de Cambridge hay un paraje que he acabado amando profundamente. Es donde los humedales se convierten en tierra seca. Es un terreno de pinos de troncos retorcidos, de coches quemados, de señales de carretera fusiladas a perdigonazos y de bases de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Hay fantasmas en esas tierras: las casas se mezclan con cuadrículas numeradas de pinos. Hay espacios contruidos para albergar bombas atómicas voladoras en túmulos cubiertos de hierba tras vallas de cuatro metros, salones de tatuajes y campos de golf de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. En primavera, hay un estruendo terrible: tráfico constante de aviones, escopetas de balines sobre campos de guisantes, alondras totovías y motores a reacción. Esta región se conoce como las Brecklands — las tierras quebradas—, y es aquí donde acabé aquella mañana, hace siete años, a principios de primavera, en un viaje que no había planeado en absoluto. A las cinco de la madrugada llevaba un rato contemplando el cuadrado de luz que las farolas de la calle proyectaban sobre el techo de mi dormitorio, mientras escuchaba a un par de personas que habían salido tarde de una fiesta y charlaban en la acera. Me sentía extraña: demasiado cansada, demasiado estresada, como si me hubieran arrancado el cerebro y lo hubieran sustituido por papel de aluminio pasado por el microondas, arrugado, chamuscado y que todavía echaba chispas. «Uuuf. Tengo que salir de aquí —pensé, destapándome—. ¡Fuera!». Me puse los tejanos, las botas y un suéter, me escaldé la lengua con café hirviendo y solo cuando mi antiguo y congelado Volkswagen y yo estuvimos a medio camino por la A14 comprendí adonde me dirigía y por qué. Ahí fuera, más allá del empañado parabrisas y de las líneas blancas, está el bosque. El bosque roto. Allí era adonde iba. A ver azores.

Sabía que sería difícil. Los azores *nunca* son fáciles. ¿Alguna vez has visto a un azor cazar un pájaro en el jardín trasero de tu casa? Yo no, pero sé que ha sucedido. He encontrado indicios. Sobre las baldosas del patio, en ocasiones, quedan pequeños fragmentos: una pequeña pata de pájaro cantor, semejante a la de un insecto, con la garra apretada allí donde los tendones se han desgarrado o —más horripilante— un pico desencajado, la parte de arriba del pico de un gorrión, o la de abajo, una pequeña cuenta cónica rojiza como bronce de cañón, ligeramente translúcida, con unas pocas plumas maxilares todavía adheridas. Pero quizá sí lo hayas visto: quizá mirabas por la ventana y apareció allí mismo, en el jardín, un halcón grande y feroz matando a una paloma, a un mirlo, o a una urraca, y te pareció lo más salvaje, grande e impresionante que has visto nunca, como si alguien hubiera metido a un leopardo de las nieves en tu cocina y lo hubieras encontrado comiéndose al gato. Me he encontrado con gente en el supermercado o en la biblioteca que me ha dicho, con ojos como platos: «¡He visto a un azor cazar a un pájaro en el jardín trasero de mi casa

esta mañana!». Y yo estoy a punto de abrir la boca y decir «¡gavilán!» cuando continúan: «Lo he comprobado en un libro de pájaros. Era un azor». Pero nunca lo es; los libros no funcionan. Cuando está luchando contra una paloma en tu jardín, un ave de presa se vuelve más grande que la vida, y las ilustraciones de los libros de ornitología nunca están a la altura del recuerdo. Veamos al gavilán. Es gris, con franjas blancas y negras en el vientre, ojos amarillos y cola larga. Junto a él está el azor. Este también es gris, con franjas blancas y negras en el vientre, ojos amarillos y cola larga. Piensas: «Hum». Has leído la descripción. Gavilán: de 30 a 40 centímetros de largo. Azores, de 48 a 60 centímetros. Ya está. Era enorme. Tenía que ser un azor. Son idénticos. La única diferencia es que los azores son más grandes. Solo más grandes.

No. En la vida real los azores se parecen a los gavilanes tanto como los leopardos se parecen a los gatos domésticos. Son más grandes, sí. Pero también son más fuertes, letales, aterradores y mucho, muchísimo más difíciles de ver. Son pájaros de bosque profundo, no de jardín. Son el grial oscuro de los aficionados a las aves. Puedes pasar una semana entera en un bosque lleno de azores y no ver ninguno, solo rastros de su presencia. Un silencio súbito, seguido por los cantos de los pálidos pájaros entre los árboles, y una sensación de que algo se ha movido justo más allá de nuestro campo de visión. Quizá encuentras sobre el suelo del bosque una paloma medio devorada entre un caos de plumas blancas. O puede que tengas suerte: paseando entre la niebla al amanecer vuelves la cabeza y ves durante una fracción de segundo la imagen de un pájaro pasando a toda velocidad, con sus garras cerradas y los ojos fijos en algún lejano objetivo. Una fracción de segundo basta para grabar la imagen de forma indeleble en tu memoria y despertar el deseo de más. Buscar azores es como buscar la gracia de Dios: llega, pero no a menudo, y no decides ni cuándo ni cómo. Pero aun así, es más probable encontrarlos en las mañanas despejadas y tranquilas de principios de primavera, porque es entonces cuando abandonan su mundo bajo los árboles para cortejarse a cielo abierto. Eso era lo que yo esperaba ver.

Cerré de golpe la destartalada puerta del coche y eché a andar con mis prismáticos a través de un bosque que el rocío había pulido como si fuera de peltre. Habían desaparecido fragmentos desde mi última visita. Encontré cuadrados de suelo destrozado; acres perfectamente delimitados con raíces arrancadas y agujas marchitándose sobre la tierra. Claros. Eso era lo que necesitaba. Lentamente, mi cerebro recuperó unos mecanismos que no había usado desde hacía meses. Durante mucho tiempo había vivido en bibliotecas y en despachos universitarios, frunciendo el ceño frente al ordenador, puntuando trabajos, yendo a la caza de referencias académicas. Este era un tipo distinto de caza. Aquí yo era un animal distinto. ¿Alguna vez has visto a un ciervo salir de su escondite? Da un paso, se detiene y se queda quieto, levanta el hocico y mira, olisquea. Puede que un espasmo nervioso le recorra los costados. Y entonces, una vez ha comprobado que no hay peligro, emerge por

completo de los arbustos para pastar. Esa mañana, me sentía como el ciervo. No es que olfateara el aire, ni estaba inmóvil presa del miedo, sino que, igual que el ciervo, también yo era presa de una forma antigua y emocional de moverme a través del campo. Mi conducta y mi atención estaban más allá de mi control consciente. Algo dentro de mí me ordenaba cuándo y dónde debía pisar, sin que yo supiera por qué. Puede que fuera un millón de años de evolución, puede que fuera intuición, pero en mi caza con azor me siento tensa cuando camino o estoy de pie a la luz del sol, y siento que inconscientemente me inclino hacia zonas de penumbra o me deslizo hacia las estrechas y frías sombras que recorren los amplios pasillos entre el bosque de pinos. Me altero si oigo cantar a un arrendajo, o el ondulante y enojado clamor del cuervo. Cualquiera de estas dos cosas puede querer decir o bien «¡*peligro, humano!*» o «¡*peligro, azor!*». Y esa mañana intentaba encontrar a uno escondiéndome del otro. Las viejas intuiciones ancestrales que han unido tendones y alma durante milenios me controlaban y cumplían su función. Me hacían sentir incómoda bajo la brillante luz del sol; molesta si estaba en el lado equivocado de un monte, y me obligaron a caminar al otro lado de un matorral reseco para llegar a algo que había detrás y que resultó ser una balsa. Pájaros pequeños se levantaron en bandadas desde su orilla: pinzones vulgares, pinzones reales, una bandada de carboneros de cola larga que quedaron atrapados en las ramas de un sauce como si fueran brotes vivos de algodón.

La balsa se había formado en el cráter creado por la explosión de una bomba de una serie descargada por un bombardero alemán sobre Lakenheath durante la guerra. Era una anomalía acuática, un estanque entre dunas, rodeado por espesos bancales de juncos a muchos, muchos kilómetros del mar. Niego con la cabeza. Era extraño. Pero claro, aquí todo es muy extraño; y, caminando por el bosque, una encuentra todo tipo de cosas inesperadas. Grandes franjas de liquen de los renos, por ejemplo: pequeñas estrellas, inflorescencias e indicios de flora antigua sobre tierra exhausta. El liquen en verano cruje bajo los pies, es como si un trozo del Ártico hubiera caído en el lugar equivocado del mundo. Por todas partes asoman los huesudos hombros y articulaciones del pedernal. Si la mañana es húmeda, se pueden recoger trozos de sílex afilados por artesanos neolíticos, pequeños fragmentos de roca que relucen en su barniz de agua fresca. Esta región era el centro de la industria del sílex en tiempos neolíticos. Y más adelante se hizo famosa por los conejos, que se criaban para aprovechar su carne y su piel. Antes, gigantescas madrigueras cerradas por setos de tojo salpicaban el suelo arenoso, y dejaron en herencia sus nombres a diversas zonas: Wangford Warren (madriguera), Lakenheath Warren... y, al final, los conejos trajeron el desastre. Su forma exhaustiva de pastar, sumada a la de las ovejas, redujeron la hierba de los prados a poco más que una fina capa de raíces sobre la arena. Allí donde se pastó más, el viento levanta la arena en remolinos y la transporta sobre la tierra. En 1688 fuertes vientos del suroeste levantaron el destrozado suelo hasta los cielos. Una vasta nube amarilla oscureció el sol. Toneladas de tierra se alzaron, desplazaron y luego cayeron. Brandon quedó rodeada de arena; Santon Downham soterrada, con su

río completamente enterrado. Cuando el viento cesó, kilómetros de dunas se extendían entre Brandon y Barton Mills. La zona se hizo célebre por ser muy difícil de atravesar: dunas de tierra blanda, abrasadoras en verano e infestadas de salteadores de caminos por la noche. Nuestra propia *Arabia deserta*. John Evelyn las describió como las «arenas viajeras» que «tanto daño hacían al país, moviéndose de un sitio a otro, como las arenas de los desiertos de Libia, e inundando las fincas enteras de algunos caballeros».

Y allí estaba yo, en pie entre las arenas viajeras de Evelyn. Los pinos ocultan la mayoría de las dunas —el bosque se plantó en la década de 1920 con el objetivo de tener madera para futuras guerras— y los salteadores hace tiempo que han desaparecido. Pero sigue dando la sensación de ser un lugar peligroso, medio enterrado, herido. Lo adoro porque de todos los lugares que conozco en Inglaterra, es el que me parece más salvaje. No es una naturaleza intacta como la cima de una montaña, sino una naturaleza desvencijada en la que la gente y la tierra han conspirado conjuntamente para crear un entorno extraño. Está impregnado de una historia rural alternativa, no compuesta por los habituales sueños ociosos de las grandes haciendas, sino forjada por la industria, la silvicultura, los desastres, el comercio y el trabajo. No se me ocurría ningún lugar mejor para encontrar azores. Encajan en este extraño paisaje de Breckland a la perfección, porque su historia es también una historia humana.

Y es un relato fascinante. Hace tiempo los azores habitaban en las islas británicas. «Hay varios tipos y tamaños de azores —escribió Richard Blome en 1618—, que difieren en bondad, fuerza y resistencia, según los diversos países en los que se crían; pero ninguno iguala a los de Moscovia, Noruega y el norte de Irlanda, especialmente los del condado de Tyrone». Pero las cualidades de los azores cayeron en el olvido con el advenimiento del cercado de las tierras, que limitó las posibilidades de que la gente corriente hiciera volar halcones, y la aparición de armas de fuego más precisas hizo que la caza con escopeta se pusiera más de moda que la cetrería entre la clase alta. Los azores dejaron de ser compañeros de caza y se convirtieron en alimañas. La persecución a la que los sometieron los guardabosques fue la gota que colmó el vaso para una población de azores ya muy debilitada por la pérdida de su hábitat natural. A finales del siglo XIX los azores británicos se extinguieron. Tengo una fotografía de los restos disecados de uno de los últimos pájaros que fueron abatidos, una foto en blanco y negro de un pájaro de una finca escocesa, en posición forzada, a reventar de relleno y con ojos de cristal. Los azores desaparecieron.

Pero en las décadas de 1960 y 1970 los cetreros iniciaron un plan discreto y extraoficial de reintroducción de estas aves en Gran Bretaña. El Club de Cetreros Británicos dedujo que por prácticamente lo mismo que costaba importar un azor del continente para cetrería, se podía traer una segunda ave y dejarla en libertad. Compra uno, libera a otro. No era algo difícil de hacer con un ave tan capaz de valerse por sí misma y tan depredadora como el azor. Bastaba ir a un bosque y abrir la jaula. Los

cetreros liberaron azores por toda Gran Bretaña. Los pájaros procedían de Suecia, Alemania y Finlandia: la mayoría eran enormes azores pálidos de taiga. Muchos fueron liberados a propósito. Otros simplemente se perdieron, sobrevivieron, se encontraron y se reprodujeron en secreto y con éxito. Hoy sus descendientes alcanzan las cuatrocientas cincuenta parejas. Elusivos, espectaculares, completamente adaptados a su nuevo hogar, estos azores británicos me hacen feliz. Su mera existencia desmiente la idea de que lo natural es algo que nunca ha tenido contacto con corazones ni manos humanas. Lo salvaje puede ser creado por el ser humano.

Eran exactamente las ocho y media. Estaba mirando un pequeño ramito de mahonia que crecía entre la hierba, con sus hojas rojo oscuro como lustroso cuero de cerdo. Levanté la vista. Y entonces vi a mis azores. Allí estaban. Una pareja, elevándose sobre las copas de los árboles en el aire cada vez más cálido de la mañana. Un rayo de sol bañaba ardiente mi nuca, pero yo olía hielo al ver a aquellos azores elevarse. Olía hielo y tallos de helecho y resina de pino. Cóctel de azor. Estaban ascendiendo. Los azores en vuelo son de un complejo color gris. No gris teja, ni gris paloma, sino una especie de gris de nube de lluvia. A pesar de la distancia, alcanzaba a ver la gran almohadilla de maquillaje que forman sus plumas de debajo de la cola, con la gruesa y contundente cola tras ellas, y esa soberbia curvatura y doblez de las secundarias de un azor en ascenso que los hace totalmente distintos de los gavilanes. Había cuervos acosándolos, pero no les importaba. Ni siquiera los veían. Un cuervo se lanzó contra el macho y este se limitó a levantar un ala, como para dejar pasar al cuervo. El cuervo no era un idiota y no se mantuvo por debajo del azor mucho tiempo. Estos azores no estaban ofreciendo el espectáculo completo, no hubo ninguno de los picados ni ninguna de las acrobacias sobre los que había leído en los libros. Pero amaban el espacio entre ambos, y tallaban en él todo tipo de hermosos acordes y simetrías concéntricas. Un par de aletazos y el macho, el torzuelo, se ponía por encima de la hembra, la prima, y entonces planeaba hacia el norte de ella y luego descendía, rápido, como un tajo de cuchillo, realizaba un elegante dibujo caligráfico bajo ella y luego la prima de azor batía un ala y volvían a ascender juntos. Estaban en un bosquecillo de pinos, justo frente a mí. Y luego desaparecieron. En un instante mi par de azores estaba dibujando en el cielo líneas sacadas de un libro de física y al instante siguiente no había nada. No recuerdo haber bajado la vista, ni haberla desviado. Quizá pestañeeé. Quizá era así de fácil. Y en ese ínfimo paréntesis negro que el cerebro camufla se habían hundido en el bosque.

Me senté, cansada y contenta. Los azores se habían marchado, el cielo estaba vacío. Pasó el tiempo. La longitud de onda de la luz a mi alrededor se acortó. El día se iba construyendo. Un gavilán, ligero como un juguete de madera de balsa y papel maché, pasó como un rayo a la altura de mi rodilla, planeando sobre unas zarzas y luego perdiéndose entre los árboles. Lo miré alejarse, ensimismada en

rememoraciones. Este recuerdo era incandescente, irresistible. El aire olía a resina de pino y al vinagre alquitranado de las hormigas rojas de la madera. Mis pequeños dedos de niña aferraban la cadena de plástico de unos prismáticos de Alemania Oriental que colgaban, pesados, de mi cuello. Me aburría. Tenía nueve años. Papá estaba de pie a mi lado. Buscábamos gavilanes. Anidaban cerca, y esa tarde de julio esperábamos el tipo de avistamiento que a menudo nos ofrecían: un emerger como de submarino entre las copas de los pinos al alejarse; un atisbo de ojo amarillo; un pecho barrado contra las agujas de pino en movimiento o una rápida silueta recortada contra el cielo de Surrey. Durante un rato había sido emocionante contemplar la lobreguez entre los árboles y las regiones oscuras teñidas de naranja sangre donde las sombras y el sol dibujaban un pavimento de fantasía entre los pinos. Pero cuando tienes nueve años, no se te da bien esperar. Yo golpeaba la base de la valla con mis botas de goma. Me movía y distraía. Suspiré. Me colgué de la valla agarrándola con los dedos. Y entonces, mi padre me miró, entre exasperado y divertido, y me explicó una cosa. Me explicó la *paciencia*. Dijo que lo más importante de todo lo que tenía que recordar era lo siguiente: que cuando tenías muchas ganas de ver algo, en ocasiones lo que tenías que hacer era quedarte muy quieta en el mismo sitio, recordar lo mucho que querías verlo y tener paciencia.

—Cuando estoy en el trabajo, haciendo fotografías para el periódico —dijo—, a veces tengo que quedarme sentado en el coche durante horas para conseguir la fotografía que quiero. No puedo levantarme a tomar una taza de té, ni siquiera para ir al baño. Tengo que tener paciencia. Si quieres ver halcones, tú también tienes que ser paciente.

Lo dijo solemne y serio, no enfadado; me estaba comunicando una de las verdades de los adultos, pero yo solo asentí de mal humor y me puse a mirar el suelo. Sonaba como una regañina, no como un consejo, y no comprendí lo que me estaba diciendo.

Pero aprendes. «Hoy —pensé ahora que no tenía nueve años ni estaba aburrida—, he tenido paciencia y los azores han venido». Me levanté lentamente, con las piernas un poco entumecidas después de tanto tiempo quieta, y descubrí que tenía un poco de liquen en una mano, un poquito de ese liquen ramificado color verde pálido capaz de sobrevivir a cualquier cosa que le suceda. Es la paciencia hecha ser vivo. Puedes coger liquen de los renos y apartarlo del sol, congelarlo y luego secarlo hasta que cruja: aun así no morirá. Pasa a un estado de hibernación y espera a que las cosas mejoren. Es impresionante. Sopesé la pequeña bola de minúsculas ramitas en la mano. Casi no se notaba que estaba allí. Siguiendo un súbito impulso, metí en el bolsillo interior de la chaqueta ese recuerdo robado al campo del día en que vi a los azores. Lo dejé en un estante cerca del teléfono. Tres semanas más tarde, lo estaba mirando cuando llamó mi madre y me dijo que mi padre había muerto.

2

Perdida

Estaba a punto de salir de casa cuando sonó el teléfono. Descolgué. De paso, con las llaves en la mano.

—¿Diga?

Una pausa. Mi madre. Solo tuvo que decir una frase. Fue la siguiente:

—Me han llamado del hospital Saint Thomas.

Entonces lo supe. Supe que mi padre había muerto. Supe que estaba muerto porque esa fue la frase que dijo mi madre después de la pausa y lo hizo en un tono de voz que no le había oído nunca antes. Muerto. Me derrumbé. Me fallaron las piernas, se doblaron y me quedé sentada sobre la alfombra, con el teléfono apretado contra mi oreja derecha, escuchando a mi madre y contemplando la pequeña bola de liquen de los renos en la estantería, imposiblemente ligera, un tenso enredo de oscuros tallos grises con puntas afiladas y polvorientas y espacios silenciosos llenos de aire entre ellos, y mamá diciendo que no habían podido hacer nada en el hospital, ha sido su corazón, creo, no se ha podido hacer nada, no hace falta que vengas esta noche, no vengas, estamos muy lejos, y es muy tarde, y son muchas horas conduciendo y no hace falta que vuelvas... y, por supuesto, todo esto no eran más que tonterías; ninguna de las dos sabía qué diablos se podía o debía hacer ni qué estaba pasando, más allá de la certeza de que nosotras dos y también mi hermano, todos, nos aferrábamos a un mundo que había desaparecido.

Colgué el teléfono. Todavía tenía las llaves en la mano. En ese mundo que había desaparecido iba a cenar con Christina, una filósofa australiana amiga mía que había estado allí todo el rato, sentada en el sofá, desde que había sonado el teléfono. Se quedó mirándome. Le conté lo que había pasado. Insistió en que fuéramos al restaurante porque habíamos reservado mesa, por supuesto que deberíamos ir, y fuimos, y pedimos, y nos trajeron la comida y yo no la toqué. El camarero se molestó y quiso saber si había habido algún problema. Bien.

Creo que Christina se lo dijo. No recuerdo que lo hiciera, pero el hombre hizo algo bastante extraordinario. Desapareció y luego se volvió a presentar en la mesa con expresión de angustia y preocupación y un *brownie* doble de chocolate, con helado y una hojita de menta encima, invitación de la casa, espolvoreado con coco y azúcar glas. Servido en un plato negro. Me lo quedé mirando. «Esto es ridículo», pensé. Luego, «¿qué es eso?». Cogí la menta del helado y la sostuve entre los dedos. Miré las dos pequeñas hojas y el diminuto tallo manchado de chocolate y pensé: «Esto no va a poder plantarse y crecer». Emocionada y desconcertada porque un camarero creyera que un pastel y helado gratis bastarían para reconfortarme, miré el extremo del tallo cortado de la menta. Me recordaba a algo. Me esforcé por averiguar qué era. Y entonces volví tres días atrás, en Hampshire, fuera, en el jardín, en un

resplandeciente fin de semana de marzo, sobresaltada porque papá tenía un corte muy feo en el antebrazo. «¡Te has cortado!», dije. «Oh, eso —dijo él, colocando otro muelle en la cama elástica que estábamos montando para mi sobrina—. Me lo hice el otro día. No me acuerdo cómo. Debí de darme con algo. Pero no pasa nada. Pronto se curará, está cicatrizando bien». Ese fue el momento en el que el viejo mundo se acercó a mi oído, susurró un adiós, y desapareció. Corrí entre la noche. Tenía que conducir hasta Hampshire. Tenía que ir *ahora mismo*. Porque ese corte no iba a cicatrizar. No iba a curarse.

He aquí una palabra. «Duelo». O «doliente». La palabra inglesa para duelo, *bereavement*, procede del inglés medieval *bereafian*, que significa «desposeer de algo, arrebatar, aprehender, robar». Robado. Arrebatado. Todo el mundo lo sufre. Pero lo sientes sola. Por mucho que lo intentes, no puedes compartir la conmoción de la pérdida.

—Imagina —dije entonces a algunos amigos, intentando explicar con sinceridad lo que sentía—, imagina que toda tu familia está en una habitación. Sí, toda tu familia. Toda la gente a la que quieres. Y lo que sucede entonces es que alguien entra en la habitación y os da a todos un puñetazo en el estómago. A todos y cada uno. Un puñetazo muy fuerte. Tan fuerte que os tumba a todos al suelo. ¿Vale? Entonces todos compartís el mismo tipo de dolor, exactamente el mismo, pero estáis tan ocupados experimentando vuestra agonía que os sentís completamente solos. *¡Pues es así!*

Terminé mi pequeño discurso triunfante, convencida de haber encontrado la manera *perfecta* de explicar cómo me sentía. Me extrañaron los rostros de conmiseración y horror que me encontré, pues no entendía que un ejemplo que ponía a las familias de mis amigos en habitaciones para que les dieran una paliza pareciera algo salido de la cabeza de una loca de atar.

Ni siquiera hoy puedo ponerlos en el orden correcto. Los recuerdos son como pesados bloques de vidrio. Puedo cambiarlos de sitio, pero no forman una historia. Un día estábamos caminando bajo las nubes desde Waterloo hacia el hospital. Respirar requería toda mi disciplina. Mamá se volvió hacia mí, con el rostro tenso, y dijo:

—Llegará un día en que todo esto parecerá solo un mal sueño.

Sus gafas, cuidadosamente dobladas, en la palma de la mano de mi madre. Su abrigo. Un sobre. Su reloj. Sus zapatos. Y cuando nos marchamos, llevándonos sus pertenencias en una bolsa de plástico, las nubes seguían allí, un friso de inmóviles cúmulos sobre el Támesis, planos como pinturas mate sobre cristal. En el puente de Waterloo nos inclinamos sobre la piedra de Portland y miramos a las aguas que pasaban por debajo. Sonreí entonces por primera vez, creo, desde la llamada. En parte porque el agua corría hacia el mar y este particular hecho físico tenía sentido cuando el resto del mundo había dejado de tenerlo. Y en parte porque una década atrás, papá había concebido un proyecto de fin de semana gloriosamente excéntrico. Había decidido fotografiar absolutamente todos los puentes que cruzaban el Támesis. Yo le

acompañaba, a veces, los sábados por la mañana, en sus excursiones a los montes Cotswolds. Mi papá siempre había sido mi papá, pero también mi amigo y un cómplice en aventuras como esta. Desde la verde fuente cerca de Cirencester, caminamos y exploramos, siguiendo el torrente agusanado y fangoso. Invadimos propiedades ajenas para fotografiar maderos que lo atravesaban, nos gritaron granjeros, nos persiguieron reses y estudiamos mapas con feroz concentración. Le llevó un año entero. Al final, lo consiguió. Todos y cada uno de los puentes. En algún lugar entre las cajas de diapositivas en casa de mi madre hay un registro fotográfico completo de todas las formas en que se puede cruzar el Támesis desde su nacimiento a su desembocadura.

Otro día, nos invadió el temor de no poder encontrar su coche. Lo había aparcado cerca del puente de Battersea y, por supuesto, no había regresado a por él. Lo buscamos durante horas, cada vez más desesperadas, registrando callejuelas y callejones sin salida. Ampliamos la búsqueda a calles que estaban a kilómetros de distancia de cualquier lugar en el que fuera plausible que estuviera el coche. Avanzado el día, ambas comprendimos que, aunque hubiéramos encontrado el Peugeot azul de papá con su acreditación de prensa puesta en la visera y sus cámaras en el maletero, la búsqueda habría sido en vano. Evidentemente, se lo había llevado la grúa. Encontré el número, llamé al depósito y dije al hombre que contestó al teléfono que el propietario del vehículo no podía recogerlo porque estaba muerto. Era mi padre. Que no había querido dejar el coche donde lo había dejado, pero que había muerto. Que de verdad no había querido aparcarlo mal. Frases de lunática, pronunciadas totalmente en serio, talladas en roca viva. No comprendí por qué se produjo un silencio incómodo en la línea. Al final, el hombre dijo:

—Oh, Dios, lo siento mucho. Mi más sentido pésame.

Pero podría haber dicho cualquier cosa y no habría significado nada. Tuvimos que llevar el certificado de defunción de papá al depósito para que no nos pusieran la multa. Tampoco significó nada.

Después del funeral volví a Cambridge. No pude dormir. Conduje mucho por ahí. Vi cómo el sol se ponía y cómo salía y cómo recorría el cielo entretanto. Contemplé a las palomas desplegar la cola y cortejarse en elegantes pавanas en el jardín de casa. Los aviones seguían aterrizando, los coches seguían circulando y la gente seguía comprando y hablando y trabajando. Nada de eso tenía sentido. Durante semanas me sentí como si estuviera hecha de metal al rojo vivo. Así fue, hasta el punto de que estaba convencida, a pesar de todas las evidencias en contra, de que si me sentaba en una silla o sobre una cama, las fundiría y atravesaría.

Fue más o menos entonces cuando fui presa de una especie de locura. En retrospectiva, creo que nunca estuve verdaderamente loca. Más bien loca menos cinco. Siempre supe distinguir un pájaro de una sierra de mano, aunque en ocasiones me sorprendía lo mucho que se parecían. Sabía que no estaba loca del todo porque había visto a psicóticos antes y su locura es obvia, como el sabor de la sangre en la

boca. Mi tipo de locura era distinto. Era tranquila y muy, muy peligrosa. Era una locura diseñada para mantenerme cuerda. Mi mente se esforzaba por construir sobre el vacío, por crear un mundo nuevo y habitable. El problema era que no tenía materiales con los que trabajar. No tenía pareja, no tenía hijos, no tenía casa. No tenía un empleo de nueve a cinco. Así que mi mente se aferró a lo que pudo. Estaba desesperada, e interpretaba mal el mundo. Empecé a notar conexiones curiosas entre cosas. Cosas que no tenían importancia adquirieron significados extraordinarios. Leía mi horóscopo y me lo creía. Augurios. Grandes ataques de *déjà vu*. Coincidencias. Recuerdos de cosas que todavía no habían sucedido. El tiempo ya no transcurría hacia delante. Era una cosa sólida a la que podías empujar y sentir cómo ofrecía resistencia, una especie de fluido espeso, medio aire, medio cristal, que fluía en ambas direcciones y enviaba ondas de recuerdos hacia delante y nuevos acontecimientos hacia atrás, así que las cosas nuevas que me encontraba me parecían suvenires de un pasado lejano. A veces, en unas pocas ocasiones, sentada en el tren o en una cafetería, sentí que mi padre tenía que estar sentado cerca. Eso era reconfortante. Todo lo era. Porque así son las locuras normales durante el duelo. Lo aprendí en unos libros. Compré libros sobre el duelo, sobre la pérdida y el desconsuelo. Se desparramaban por mi escritorio en tambaleantes pilas. Como buena académica, creí que en ellos estaría la respuesta. ¿Me tranquilizó que me dijeran que todo el mundo ve fantasmas? ¿Que todo el mundo deja de comer? ¿O que no puede parar de comer? ¿O que el duelo viene en fases que están numeradas y etiquetadas como un entomólogo clasifica a sus escarabajos? Leí que después de la negación viene el dolor. O la ira. O la culpa. Recuerdo que me preocupaba en qué fase estaba yo. Quería dar categorías taxonómicas al proceso, ordenarlo, hacerlo razonable. Pero no era razonable y no reconocía ninguna de esas tres emociones en absoluto.

Pasaron las semanas. Cambió la estación. Volvieron las hojas, las mañanas se llenaron de luz, regresaron los vencejos, piando mientras volaban por los cielos del verano naciente sobre mi casa de Cambridge, y empecé a pensar que estaba mejor. *Duelo normal*, lo llaman. Eso es lo que era esto. Una remontada lenta y tranquila a la vida después de una pérdida. «*Pronto se curará*». Todavía asoma a mis labios una sonrisa irónica cada vez que recuerdo mi fe ciega, porque estaba terriblemente equivocada. Una necesidad oculta avanzaba en mi interior. Tenía una sed insaciable de objetos, de amor, de cualquier cosa que sanase la pérdida y mi mente no tenía escrúpulos en reclutar a quien fuera o a lo que fuera necesario. En junio me enamoré, predecible y devastadoramente, de un hombre que echó a correr una milla entera en cuanto se dio cuenta de lo destrozada que estaba. Su marcha me aturdió y dejó prácticamente insensible. Aunque ahora ni siquiera puedo evocar el recuerdo de su rostro, y aunque sé no solo por qué salió corriendo sino además que, en principio, podría haber sido cualquiera, todavía guardo en el armario un vestido rojo que no me volveré a poner jamás. Así son las cosas.

Luego el mundo entero se puso de luto. Se abrieron los cielos y llovió y llovió.

Las noticias iban llenas de inundaciones y ciudades ahogadas por las aguas; de pueblos perdidos en el fondo de lagos; de riadas que cortaban la autopista M4 y varaban a los vehículos en vacaciones; de kayaks navegando por las calles de las ciudades de Berkshire; del ascenso del nivel del mar; del descubrimiento de que el canal de la Mancha fue creado por el desbordamiento de un superlago gigante hace millones de años. Y continuó la lluvia, que enterró las calles en centímetro y medio de agua burbujeante, rompió los toldos de los comercios y provocó que el río Cam se desbordase con una crecida *café-au-lait*, llena de ramas rotas y sotobosque enlodado. El Apocalipsis había llegado a mi ciudad.

—Pues a mí no me parece que el tiempo esté tan raro —recuerdo que le dije a una amiga bajo la marquesina de un café mientras, por detrás de nuestras sillas, la lluvia golpeaba el pavimento con tanta fuerza que sorbíamos nuestro café envueltas en una neblina fría.

Mientras seguía cayendo la lluvia y las aguas se elevaban y yo me esforzaba por mantener la cabeza a flote, algo nuevo comenzó. Me despertaba con el ceño fruncido. Había vuelto a soñar con halcones. Empecé a soñar con azores constantemente. Aquí va otra palabra, «rapaz», que significa «ave de rapiña». Del latín *rapax*, que quiere decir que lleva, raptor, saqueador, ladrón, que se apodera. Procede del verbo *rapere*, que significa «llevarse con violencia». Robar. Llevarse con violencia. Soñaba con azores, con un azor en particular. Unos años antes había trabajado en un centro de aves rapaces en el extremo oeste de Inglaterra, justo antes de que se convierta en Gales. Era una región de tierra roja, minas de carbón, bosques húmedos y azores salvajes. Este, una hembra adulta, había chocado contra una valla mientras cazaba y se había quedado sin sentido. Alguien la había recogido, inconsciente, la había metido en una caja de cartón y nos la había traído. ¿Tenía algo roto? ¿Estaba herida? Nos congregamos en una habitación en la penumbra con la caja sobre la mesa y la jefa metió su mano enguantada en la caja. Tras un pequeño forcejeo, emergió a la tenue luz, con su cresta encrespada y las plumas de su pecho barrado hinchadas en un merengue de agresión y miedo, una enorme y vieja azor hembra. Vieja porque tenía las garras retorcidas y polvorientas, los ojos de un naranja profundo y fogoso, y era preciosa. Preciosa como un acantilado de granito o una nube de tormenta. Llenó por completo la habitación. Tenía una enorme espalda de plumas grises blanqueadas por el sol, músculos fuertes como los de un pit bull y resultaba increíblemente intimidatorio, incluso para empleados cuyo trabajo cotidiano era cuidar águilas. Así de salvaje y aterrador era, como un gran reptil. Cuidadosamente, abrimos sus grandes y amplias alas mientras ella giraba en redondo el cuello para mirarnos, sin pestañear. Palpamos los estrechos huesos de sus alas y hombros para comprobar que no había nada roto, pasamos las yemas por huesos ligeros como tuberías huecas, cada uno de ellos surcado por voladizos internos de hueso como si fueran el interior del ala de un avión. Comprobamos su clavícula, sus gruesas patas y dedos escamosos, y sus garras de dos centímetros y medio. Su vista también parecía correcta: le pusimos un

dedo frente a cada ojo, por turnos.

«Clac, clac», lanzó el pico. Luego volvió la cabeza y me miró directamente. Fijó sus ojos en los míos, sus pupilas negras clavadas en mí por encima de su negro pico curvo. Entonces, justo entonces, comprendí que este azor era mucho mayor que yo y mucho más importante. Y muchísimo más antiguo: un dinosaurio sacado del bosque de Dean. Había un diáfano aroma prehistórico en sus plumas; llegó a mi nariz, como pimienta, herrumbroso como la lluvia en una tormenta.

El ave estaba perfectamente. La sacamos fuera y la liberamos. Abrió las alas y en un segundo se había marchado. Voló sobre un matorral y desapareció de repente. Fue como si hubiera encontrado una rendija en el húmedo Gloucestershire y se hubiera colado por ella. Ese es el momento que seguía viendo, una y otra vez. Ese era el sueño recurrente. Desde entonces, el azor fue inevitable.

3

Mundos pequeños

Tenía doce años cuando vi por primera vez un azor adiestrado. «¡Por favor, por favor, POR FAVOR!», había suplicado a mis padres. Me habían dejado venir. Incluso me habían traído en coche. «Cuidaremos bien de ella», había dicho el hombre. Llevaban pájaros en los puños: azores de ojos naranja, tan distantes y sosegados como estatuas, con colas a rayas grises y plumas pectorales que formaban vermiculares mosaicos. Me quedé sin habla. Quería que mis padres se marchasen, pero cuando su coche arrancó y se alejó tuve que reprimirme para no salir corriendo tras él. Estaba aterrorizada. No por los azores, sino por los cetreros. Nunca había visto a hombres así. Vestían *tweed* y me ofrecían rapé. Eran hombres del tipo que pertenecía a los clubes sociales, conducían Range Rovers maltrechos y hablaban con vocales hechas a medida en Eton y Oxford y yo empezaba a sentir los primeros incómodos pálpitos de que aunque lo que yo más quería en el mundo era ser cetrera, era posible que yo no fuera *del todo* como esos hombres, que me vieran como una curiosidad más que como un espíritu afín. Pero aparté mis miedos a un lado en favor del silencio, pues era la primera vez que veía la cetrería en el campo. «Nunca olvidaré este día —pensé—. Un día yo seré como ellos».

Caminamos bajo la oscura luz del invierno sobre campos cubiertos de trigo joven. Grandes bandadas de zorzaes reales cubrían el cielo, convirtiéndolo en algo extrañamente parecido a una manga del siglo *xvi* bordada con perlas. Hacía frío. El barro se me pegaba a los pies y los hacía pesados. Al cabo de veinte minutos sucedió lo que esperaba, pero no estaba en absoluto preparada para ello. Un azor mató a un faisán. Fue un picado corto y brutal desde un roble hasta un espeso matorral húmedo; un impacto súbito, ahogado, ramas rompiéndose, aleteos, hombres corriendo y un pájaro muerto colocado con reverencia en un morral de cetrero. Me quedé a cierta distancia. Me mordí el labio. Sentí emociones para las cuales entonces aún no tenía nombre. Durante un rato no quise mirar a los hombres y a sus pájaros y mis ojos se deslizaron hacia los paneles de luz blanca recortados entre las ramas tras ellos. Luego me acerqué al matorral en el que el halcón había matado a su presa. Miré dentro. En lo más profundo de la fangosa oscuridad seis plumas cobrizas de faisán brillaban en una cuna de endrino. Una a una las liberé de entre las espinas y las recogí. Luego metí la mano con ellas dentro en el bolsillo y las protegí en mi puño cerrado como si estuviera aferrando la esencia de aquel instante. Lo que había presenciado era la muerte. No estaba segura de cómo me sentía.

Pero hubo más en ese día que mi primera visión de la muerte. Hubo algo más, y también me dio que pensar. Conforme avanzó la tarde, empezaron a desaparecer hombres de nuestra partida. Uno a uno, sus azores habían decidido que ya no querían tomar parte en aquella cacería, no habían encontrado ningún motivo para regresar con

sus cuidadores y habían preferido posarse en árboles y contemplar plumosos e implacables cómo el crepúsculo desvanecía el paisaje de prados y madera. Al final del día faltaban tres hombres y tres azores, los primeros todavía esperando bajo las respectivas ramas en las que se habían posado los segundos. Sabía que los azores eran propensos a asilvajarse en los árboles, lo había leído en todos los libros de cetrería. «Por muy bien adiestrado que esté y por muy buen carácter que tenga —leí en *Falcons and Falconry*, de Frank Illingworth—, hay días en los que un azor adoptará una disposición muy particular. Se mostrará tenso, díscolo y poco sociable. Puede que muestre estos síntomas de locura transitoria durante una tarde de cacería. En ese caso, le esperan al cetrero horas de fastidio».

Pero los hombres no parecían fastidiados, sino meramente fatalistas. Se encogían de hombros bajo sus cazadoras de algodón encerado y nos decían a los demás adiós con la mano. Caminábamos fatigosamente en la penumbra. Había algo de expedición polar maldita en el empeño, una especie de vibraciones caballerescas y eduardianas lo impregnaban todo. «No, no, continuad. Solo os haré ir más lentos». El carácter de sus azores era peculiar, pero no era arisco. Era algo mucho más extraño. Parecía que los azores no nos vieran en absoluto, que hubieran abandonado nuestro mundo por completo y pasado a otro mucho más salvaje del que los humanos habían sido completamente borrados. Estos hombres sabían que habían desaparecido. No se podía hacer nada, excepto esperar. Así que les dejamos atrás mientras la niebla se espesaba en los campos a su alrededor: tres figuras solitarias que miraban hacia las copas de los árboles en el ocaso hibernal, confiando en que el mundo se arreglaría en algún momento y su azor regresaría a ellos. Y como las plumas que llevaba en el bolsillo, su espera también atraía a mi un tanto perplejo corazón.

Nunca olvidé aquellos pájaros silenciosos y obstinados. Pero cuando me convertí en cetrera, nunca quise volar uno de ellos. Me ponían nerviosa. Eran seres de muerte y dificultad: espeluznantes psicópatas de ojos pálidos que vivían y mataban en los bosques. Los halcones eran las aves rapaces que yo amaba: pájaros rápidos y fuertes, de alas afiladas, de ojos oscuros y con una extraordinaria elegancia en el aire. Me alegraba su brío aéreo, su sociabilidad, sus sobrecogedores picados desde mil pies de altura, con el viento atravesando sus alas con el sonido de lona al rasgarse. Eran tan distintos de los azores como los perros de los gatos. Más aún, parecían *mejores* que los azores: todos mis libros aseguraban que el halcón peregrino era el mejor pájaro que existía. «Su naturaleza es noble —escribió el capitán Gilbert Blaine en 1936—. De todas las criaturas vivas es la encarnación más perfecta de la potencia, la velocidad y la elegancia». Me llevó años comprender que esta glorificación de los halcones se debía, en parte, a quien los volaba. Se puede hacer volar un azor en casi cualquier lugar, porque su estilo de caza consiste en salir con ímpetu desde el puño tras una presa a corta distancia, pero para volar halcones como es debido se necesita espacio: cotos de urogallos, casas solariegas en las que cazar perdices, grandes extensiones de prado o tierra de cultivo abierto... en suma, lugares de los cuales es

difícil disponer a menos que seas rico o tengas muy buenos contactos. «Entre los pueblos civilizados —escribió Blaine—, el uso y posesión de los halcones nobles estaba confinado a la aristocracia, como privilegio y derecho exclusivo».

Comparados con aquellos cetreros aristocráticos, el cetrero que adiestra en solitario azores y gavilanes ha gozado de pésima fama. «No aloje a los descortes azoreros con los demás cetreros —afirmaba el escritor normando del siglo XIV Gace de la Bigne—. Se los maldice en las Escrituras, pues odian la compañía y practican solos su deporte. Cuando uno ve un hombre deforme, con pies muy grandes y piernas largas y torcidas, construido como un caballete, encorvado, jorobado y con la espalda torcida, y uno quiere burlarse de él, grita: “¡Mirad, ahí va un azorero!”». E igual trato que el azorero recibía el azor, incluso en libros escritos seis siglos después. «No se puede sentir por un azor el mismo respeto y admiración que uno siente por un halcón peregrino —explicó Blaine—. Los nombres que se les suele conceder bastan como indicio de su carácter. Nombres como “Vampiro”, “Jezebel”, “Swastika” o incluso “Señora Glasse” les sientan como un guante, pero no encajarían en absoluto con un peregrino». Los azores eran rufianes: asesinos, difíciles de adiestrar, gruñones, díscolos y extraños. «Sanguinarios», escribió el comandante Charles Hawkins Fisher, un cetrero del siglo XIX, con evidente desaprobación. «Viles». Durante años estuve de acuerdo, pues una y otra vez me veía en conversaciones que me llevaron a estar segura de que jamás adiestraría a uno.

—¿Vuelas halcones? —me preguntó un cetrero en una ocasión—. Yo prefiero los azores. Con un azor, sabes siempre a qué atenerte.

—Pero ¿no son muy complicados? —pregunté, recordando aquellas formas encorvadas posadas en las ramas altas de los árboles mecidos por el viento.

—No, si conoces el secreto —replicó, inclinándose hacia mí.

La escena parecía sacada de una película de Jack Nicholson. Me aparté un poco, ligeramente alarmada.

—Es muy sencillo —continuó—. Si quieres que tu azor se porte bien, basta con que hagas una cosa. Tienes que darle ocasión de matar. Matar tanto como sea posible. Matar lo calma.

Y sonrió.

—Vale —dije. Hubo una pausa, como si esa no fuera la reacción correcta. Lo intenté de nuevo—. Gracias.

Y pensé: «¡Joder! Yo voy a seguir con mis halcones, muchas gracias». Jamás pensé que adiestraría un azor. Nunca. Nunca había visto nada de mí reflejado en sus ojos huraños y asesinos. «No son para mí —pensé en multitud de ocasiones—. No se parecen en nada a mí». Pero el mundo había cambiado, y yo también.

Terminaba julio y me había convencido a mí misma de que había vuelto a la normalidad. Pero el mundo a mi alrededor era muy extraño. La luz que llenaba mi casa era profunda y lívida, mitad magnolia, mitad agua de lluvia. Las cosas reposaban

bañadas en ella, oscuras y muy quietas. En ocasiones sentía como si estuviera viviendo en una casa en el fondo del mar. Había presiones imperceptibles. Goteos en las cañerías. Me sobresaltaba el sonido de mi propia respiración. Había algo más allí, algo junto a mí que no podía ni ver ni tocar, una cosa a una fracción de milímetro de mi piel, algo que estaba inmensamente *mal* y hacía que la distancia que me separaba de los familiares objetos de mi casa fuera infinita. Lo ignoré. «Estoy bien —me dije a mí misma—. Estoy perfectamente». Y caminaba y trabajaba y limpiaba y hacía té y limpiaba la casa y cocinaba y comía y escribía. Pero por la noche, cuando la lluvia marcaba puntos de luz anaranjada contra los cristales, soñaba con el azor deslizándose entre el aire húmedo a otro lugar. Y quería seguirlo.

Me sentaba ante el ordenador en mi estudio de luz lluviosa. Telefoneaba a amigos. Escribía correos electrónicos. Encontré a un criador de aves rapaces en Irlanda del Norte al que le quedaba un azor joven de las crías del año. Era una prima de diez semanas, medio checa, un cuarto finlandesa y otro cuarto alemana y era, para un azor, pequeña. Acordamos que conduciría hasta Escocia para recogerla. Pensé que me gustaría tener un azor pequeño. «Pequeño» fue la única decisión que tomé. No creo ni por un instante que tuviera ninguna elección en el asunto del ave en sí. El azor me había atrapado. Nunca fue a la inversa.

Cuando dejó de llover, empezó el calor. Los perros jadeaban a la sombra de los limeros y los jardines frente a las casas palidecieron y se secaron como heno. Un viento caluroso y húmedo agitaba las hojas pero no refrescaba; era un viento que empeoraba el calor, como cuando remueves con la mano el agua muy caliente de una bañera. Caminar entre él era como sumergirse hasta el cuello en un líquido espeso. Me metí en el horno en que se había convertido mi coche y conduje hasta casa de un amigo, en un pueblo justo a las afueras de la ciudad. Me apetecía hablar sobre azores, y Stuart era el interlocutor ideal. Él es mi gurú sobre azores. Años atrás iba a cazar con él a última hora de las tardes de invierno, acucillada entre la remolacha y camuflada por las alargadas sombras en busca de faisanes de los humedales, con su gran azor hembra en la lúa como un mascarón que cortaba el viento dorado. Es un tipo estupendo, carpintero y ex motero, sólido y sereno como una ola en medio del océano, y su pareja, Mandy, es brillante, generosa y graciosa, y verles juntos era como inyectarse un estimulante. Yo casi había olvidado lo amable y cálido que podía ser el mundo. Stuart encendió la barbacoa y el jardín se llenó de niños y adolescentes y humo de cigarrillo y perdigueros husmeando por ahí y hurones removiéndose en sus madrigueras y el cielo se volvió más blanco según avanzó la tarde y el sol se tornó translúcido, cubierto por un lienzo de nubes fibrosas. Un Spitfire hizo un brusco giro sobre nuestras cabezas. Nos frotamos el ceño. Los perros jadeaban, los hurones saciaban su sed en los bebederos y Stuart trabajaba duro en la barbacoa. Regresó del otro lado de la casa secándose el sudor de la frente con el brazo.

—¡Está refrescando! —dijo, sorprendido.

—No. ¡Es que te has alejado de la barbacoa! —respondimos a coro.

Me aposenté con una hamburguesa en una silla de plástico blanca. Y allí, en una alcándara en el jardín, a la sombra del seto y ajeno a la melé humana, había un peregrino pequeño y perfecto, acicalándose con cuidado las largas plumas onduladas y barradas de su tren de aterrizaje.

—¿Medio checo? —me decía Stuart—. El azor más sangriento que jamás he adiestrado era checo. Fue una pesadilla. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? —Inclinó la cabeza hacia el pájaro en el jardín—. Puedes hacer volar a ese, si te apetece —dijo—. ¿Quieres un halcón peregrino?

Me dio un vuelco el corazón. El halcón. Allí estaba, una criatura imposiblemente bella del color del pedernal quebrado y la tiza, con las alas cerradas prietas sobre su espalda y su rostro oscuro y encapuchado vuelto hacia el cielo. Contemplaba con curiosidad profesional el Spitfire que nos sobrevolaba. Miré hacia el avión. La nota que emitía el motor había cambiado; reducía revoluciones, descendiendo lentamente a través del aire blanco hacia el museo de aviación en el que vivía. El peregrino inclinó la cabeza, mirándolo también. Nuestras miradas estaban perfectamente alineadas. Durante un largo y zozobranante momento, me pregunté si estaba cometiendo un terrible error.

—Me encantaría —dije rígida y formalmente, perdiendo de repente todo interés por la media hamburguesa que todavía tenía en la mano. Un suspiro y las palabras acudieron—: Quiero decir que, *normalmente*, me lanzaría de cabeza a una oportunidad así, muchas gracias por ofrecérmelo, Stu. Pero realmente quiero este azor. Él asintió.

Me acabé la hamburguesa como un hombre. El *ketchup* me resbalaba por el brazo como si fuese sangre manando de una herida.

Habría un azor. Y lo que pasó a continuación fue lo siguiente: mis ojos empezaron a evitar un libro que residía en el estante sobre mi escritorio. Al principio era solo un punto ciego visual, un parpadeo; luego como una legaña de sueño en el rabillo del ojo. Al pasar la mirada por donde estaba el libro, sentía una punzada de incomodidad cuyo origen no lograba identificar. Pronto fui incapaz de sentarme a mi escritorio sin verlo. En el segundo estante, abajo. Con la sobrecubierta roja. Letras plateadas en el lomo. *El azor*, de T. H. White. No quería que el libro estuviera allí pero tampoco pensar por qué no quería que estuviera, y pronto llegó un punto en el que no podía ver otra cosa que el maldito libro cuando me sentaba frente al escritorio, a pesar de que era lo único en la habitación que nunca miraba. Una mañana, sentada allí, con el sol bañando la mesa, el café a mano, el ordenador encendido y completamente incapaz de concentrarme, me harté: aquello era ridículo. Me agaché, saqué el libro y lo puse sobre la mesa frente a mí. Era solo un libro. No había nada especialmente malévolo en él. Era viejo y tenía manchas de líquidos, y los extremos del lomo estaban mellados y arañados, como si hubiera viajado en muchas bolsas y

cajas a lo largo de los años. «Hmm». Ahora me interesaban mis emociones. Pensé en aquel libro cautelosamente, pasé por él mis sentimientos de la misma forma que se tantea con la lengua un diente que duele. El desagrado era palpable, pero entrelazado con una extraña aprensión cuyos componentes era necesario analizar, porque no estaba segura de qué estaba hecha. Abrí el libro y empecé a leer. «Capítulo uno —decía—. Martes. —Y luego—: Cuando lo vi por primera vez era una cosa redonda como un cesto de ropa cubierto con arpillera». Era una frase escrita hacía tiempo, que traía consigo la aprensión de otro yo. No del hombre que la escribió, sino la mía. Yo, cuando tenía ocho años.

Era una niña delgaducha y demasiado alta con tinta en los dedos, unos binoculares al cuello y las piernas cubiertas de tiritas. Era tímida, con los pies torcidos hacia dentro, rodillas demasiado juntas, fabulosamente torpe, inútil para los deportes y alérgica a los perros y a los caballos. Pero tenía una obsesión. Los pájaros. Y, sobre todo, las aves de presa. Estaba segura de que eran lo *mejor*. Mis padres pensaban que esta obsesión pasaría como habían pasado las otras: los dinosaurios, los ponis o los volcanes. No pasó. Fue a peor. A los seis años intenté dormir todas las noches con los brazos doblados tras la espalda como si fueran alas. No duró mucho tiempo porque es muy difícil dormir con los brazos doblados tras la espalda como si fueran alas. Más adelante, cuando vi imágenes del antiguo dios egipcio Horus, con su cabeza de halcón, y con una bigotera perfecta bajo sus anchos e hipnóticos ojos, me embargó un extraño asombro religioso. *Este* era mi dios, no al que rezábamos en la escuela: ese era un anciano con barba blanca y túnica. Durante semanas, susurré, como una hereje secreta, «Querido Horus» en lugar de «Padre nuestro» cuando recitábamos el padrenuestro en las asambleas de la escuela. Pensaba que era un estilo formal y adecuado para dirigirme a un dios, pues lo había aprendido escribiendo notas de agradecimiento. Los hábitos de las aves de presa, sus especies, sus nombres científicos; lo aprendí todo, pegué fotos de aves rapaces en las paredes de mi dormitorio, y las dibujaba, una y otra vez, en los bordes de los periódicos, en trozos de papel y en los márgenes de los cuadernos de ejercicios, como si con ello pudiera conjurar su presencia. Recuerdo a un profesor enseñándonos fotografías de las pinturas rupestres de las cuevas de Lascaux y explicándonos que nadie sabía por qué los humanos prehistóricos dibujaban esos animales. Yo me indigné. Yo sabía *exactamente* por qué lo hacían, pero a esa edad no era capaz de plasmar mi intuición en palabras que tuvieran sentido, ni siquiera para mí.

Cuando descubrí que existía la cetrería, las cosas dejaron de ser amorfas y religiosas. Dije a mis sufridos padres que de mayor quería ser cetrera y me propuse aprender cuanto pudiera de ese oficio milagroso. Papá y yo buscábamos libros de cetrería durante nuestras excursiones familiares y, uno a uno, los grandes libros del género entraron en casa, trofeos de segunda mano envueltos en bolsas de papel y comprados en librerías que hace tiempo que han desaparecido. *Falconry*, de Gilbert Blaine; *Falconry*, de Freeman y Salvin; *Falcons and Falconry* de Frank Illingworth;

y el fantásticamente titulado *Hartings Hints on Hawks*. Todos los libros de los muchachos. Los leí enteros una y otra vez y me aprendí de memoria grandes fragmentos de prosa del siglo XIX. Estar en compañía de estos autores era como que te dejaran entrar en una exclusiva escuela privada, pues todos ellos los habían escrito hacía mucho tiempo. Eran aristócratas campechanos que vestían ropa de *tweed*, cobraban piezas de caza mayor en África y tenían Asentadas Convicciones. Lo que estaba haciendo no era solo aprender los rudimentos del afeitado de aves rapaces: inconscientemente estaba interiorizando los principios de una élite imperial. Vivía en un mundo en que los halcones peregrinos ingleses siempre volaban mejor que los extranjeros, un mundo cuyo paisaje estaba formado por brezales poblados de urogallos y casas señoriales, un mundo en el que las mujeres no existían. Estos hombres eran espíritus afines al mío. Sentía que era uno de ellos, uno de los elegidos.

Me convertí en una auténtica obsesa de la cetrería. Durante las tardes de lluvia después de clase, mi madre escribía artículos para el periódico local —informes de tribunales, fiestas locales, comités de urbanismo— con sus dedos tamborileando sobre la máquina de escribir del comedor. Siempre había un paquete de Benson & Hedges en la mesa, una taza de té, un cuaderno de notas y una hija en pie junto a ella recitando frases de libros de cetrería del siglo XIX que no recordaba del todo bien. Parecía esencial explicar a mi madre que «aunque el cuero de perro era el mejor para las lonjas, era casi imposible conseguirlo actualmente. Que el problema con los esmerejones es que eran propensos a llevarse su presa»; y, además, ¿sabía que los «halcones sacres, que procedían de zonas desérticas, mostraban un rendimiento irregular en las condiciones climáticas de Inglaterra»? Mientras colocaba otra página de papel amarillo autocopiante y se peleaba para alinear bien el papel carbón para que no resbalase, asentía con la cabeza, daba una calada a su cigarrillo y me decía lo interesante que era todo lo que le contaba con un tono que evitaba la displicencia con extraordinaria facilidad. Pronto me convertí en una experta en cetrería del mismo modo que el vendedor de moqueta que solía venir a la librería en la que trabajé una temporada era un experto en las guerras Médicas. Tímido, arrugado, de mediana edad y con aspecto de sobrellevar alguna derrota en silencio, se frotaba el rostro con ansiedad cuando pedía los libros en la caja. No habría durado mucho, creo yo, en el campo de batalla. Pero lo sabía todo sobre esas guerras, conocía íntimamente cada batalla, sabía exactamente dónde estaban los destacamentos de tropas focenses desplegados en las cimas de las montañas. Yo conocía la cetrería del mismo modo. Cuando tuve mi primer halcón, años después, me quedé asombrada ante lo real que era el animal. Yo era el vendedor de moqueta en la batalla de las Termopilas.

Es verano de 1979 y yo soy una niña de ocho años en una librería. Estoy bajo un tragaluz con un libro de bolsillo en la mano y estoy muy intrigada. ¿Qué es una historia de seducción del siglo XVIII? No tenía ni idea. Leí el texto de contracubierta otra vez:

El azor es la historia de un duelo concertado entre el señor White y un gran y bello azor durante el adiestramiento de este último. Es la crónica de un intenso choque de voluntades en que el orgullo y la resistencia del ave rapaz salvaje acaban por ceder ante la casi demente fuerza de voluntad del maestro de escuela tornado en cetrero. Es cómico, es trágico, es totalmente absorbente. Se parece extrañamente a algunas de las historias de seducción del siglo XVIII.

No, seguía sin tener ni idea de a qué se refería. Pero igualmente tenía que comprar el libro porque en la cubierta salía un azor. Miraba desde debajo de la ceja con truculenta furia, su plumaje parcheado y salpicado por un torrente color azafrán y bronce. Sus garras se aferraban con tanta fuerza al guante pintado que sentí un hormigueo en los dedos de pura empatía. Era bello, tensado por la antipatía; era todo lo que un niño siente cuando está enfadado y le mandan callar. Tan pronto como llegué a casa, corrí escaleras arriba hasta mi habitación, salté sobre la cama, me tumbé boca abajo y abrí el libro. Y recuerdo que me tendí y, apoyada sobre los codos y con los pies en el aire, leí las primeras líneas de *El azor* por primera vez.

Cuando lo vi por primera vez era una cosa redonda como un cesto de ropa cubierto con arpillera. Pero era fiero y temible, repulsivo del mismo modo que las serpientes asustan a quienes no las conocen.

Era inusual. No sonaba en absoluto como el resto de mis libros. La niña de ocho años que yo era frunció el ceño y siguió leyendo. No se parecía en nada a los demás libros. Era un libro sobre cetrería escrito por un hombre que daba la impresión de no saber nada del tema. Hablaba del pájaro como si fuera un monstruo y no lo estaba adiestrando bien. Me quedé anonadada. Los adultos eran expertos. Escribían libros que te enseñaban cosas que no sabías; libros sobre cómo se hacían las cosas. ¿Por qué iba un adulto a escribir un libro sobre cómo era *incapaz* de hacer algo? Peor todavía, el libro estaba lleno de cosas totalmente irrelevantes. Hablaba, para mi gran decepción, de la caza del zorro, la guerra y la historia. Yo no entendía sus referencias al Sacro Imperio Romano, a Strindberg o a Mussolini, ni sabía lo que era un *pickelhaube*, ni qué pintaba nada de todo eso en un libro que se suponía que iba sobre un azor.

Más tarde encontré una reseña del libro en una vieja revista del Club de Cetreros Británicos. Era increíblemente brusca. «Para los que tengan interés en el instrospectivo y aburrido asunto de adiestrar y manejar a un ave de presa, *El azor* ofrece un catálogo muy bien escrito de casi todo lo que no se debe hacer», decía. Los hombres vestidos de *tweed* habían hablado. Confirmaban que yo estaba en el bando correcto y, por lo tanto, me daban permiso para que no me gustase aquel adulto y para considerarlo un idiota. Es doloroso recordar el alivio que sentí al leer la reseña, pues

se basaba en una comprensión angustiosamente errónea del tamaño real del mundo. Mi consuelo se basaba en la superioridad jovial que es el refugio de los pequeños. Pero a pesar de todo eso, mi yo de ocho años adoraba el azor que salía en el libro. Gos. Para mí, Gos era real. Gos tenía remeras color acero y un ojo color caléndula, y saltaba y volaba y cubría con sus grandes alas un puñado de hígado crudo. Piaba como un pájaro cantor y tenía miedo a los coches. Gos me gustaba. Gos era comprensible, a pesar de que el escritor estaba mucho más allá de lo que yo podía entender.

Hace unos pocos años conocí a un piloto retirado de U2. Era alto, duro como el pedernal y atractivo, y poseía exactamente el tipo de tranquilidad letal que una espera de un hombre que ha pasado años volando en la frontera del espacio dentro de un avión espía norteamericano color negro roto. Los aspectos geopolíticos de su trabajo eran auténticamente desconcertantes. Como trabajo diario, era simplemente genial. A ochenta mil pies de altura el mundo se curva muy abajo y el cielo es como un borrón de tinta negra. Llevas un traje espacial, estás confinado en una cabina del tamaño de una bañera y pilotas una máquina que voló por primera vez el año en que murió James Dean. No puedes tocar el mundo, solo registrarlo. Careces de armas, tu única defensa es la altitud. Pero al hablar con este hombre, lo que más me impresionó no fueron las historias de épicas aventuras que explicaba impávido, los «incidentes» con MiG rusos y demás, sino su combate contra el aburrimiento. Las misiones de nueve horas en solitario. Las misiones de doce horas en solitario.

—¿No eran horribles? —pregunté.

—A veces te sentías un poco solo ahí arriba —contestó.

Pero hubo algo en su tono que sonó como si todavía lo echara de menos. Y a continuación añadió:

—Solía leer —dijo, inesperadamente, y con eso su rostro cambió y su voz también: la enunciación impávida estilo Yeager desapareció, reemplazada por un entusiasmo tímido y casi infantil—. *Camelot*. De T. H. White —dijo—. ¿Ha oído hablar de él? Es un escritor inglés. Es un gran libro. Solía llevármelo en los vuelos, y lo leía en el trayecto de ida y en el de vuelta.

—Uau —dije yo—. Sí, lo conozco.

La historia me pareció extraordinaria, y todavía me lo parece. Había una vez un hombre vestido con un traje espacial en un avión de reconocimiento secreto leyendo *Camelot*, esa gran épica histórica, esa versión trágica y romántica del mito artúrico que debate cuestiones como la guerra y la agresión, y el poder y lo que es justo, y la cuestión de lo que es o debe ser una nación.

White no es un escritor de moda. Cuando estudié inglés en la universidad no se mencionó su nombre ni una sola vez. Pero hubo un tiempo en que White fue muy famoso. En 1938 publicó un libro infantil sobre la infancia del rey Arturo llamado *La espada en la piedra*, que le hizo famoso y rico. Disney compró los derechos y lo

convirtió en una película de dibujos animados. White continuó escribiendo *Camelot*, que cubría el resto de la historia de Arturo, y sus escritos inspiraron la obra de teatro musical y la película *Camelot*. La reconstrucción que hizo White de la leyenda artúrica ha sido inmensamente influyente: cuando la gente se refiere a la Casa Blanca de Kennedy como Camelot, eso es White. Jackie Kennedy citó frases del musical después del asesinato de su marido. Cuando imagina al mago Merlín vestido con un sombrero alto y puntiagudo bordado con estrellas, eso también es White. Y cuando yo pienso en el piloto de U2 leyendo un libro sobre el rey Arturo, un libro que había sido extrañamente reconvertido en un cuento de hadas sobre la vida política estadounidense, no puedo evitar pensar en un verso de la poetisa Marianne Moore: «La cura para la soledad es el retiro». Y el retiro del piloto en el avión espía, viéndolo todo sin tocar nada, leyendo *Camelot* a cincuenta mil pies por encima de las nubes... eso me parte el corazón, solo un poco, por lo solitario que es, y por algunas de las cosas que me han sucedido en la vida, y porque T. H. White fue uno de los hombres más solitarios que han existido.

El azor es el libro de un hombre joven. White lo escribió antes de sus obras más conocidas y antes de ser famoso. Versaba «sobre los esfuerzos de un filósofo de medio pelo», como explicó él mismo con tristeza, «que vivía solo en un bosque y que, cansado de la mayoría de los humanos, intentó adiestrar a una persona que no era humana, sino un pájaro». Cuando volví a leer el libro, años después de aquel primer encuentro en mi infancia, vi en el texto mucho más que mala cetrería. Comprendí por qué se consideraba una obra maestra. White convirtió la cetrería en una batalla metafísica. Como *Moby-Dick* o *El viejo y el mar*, *El azor* era un encuentro literario entre animal y hombre que bebía de las tradiciones puritanas de desafío espiritual, que hacían de la salvación un premio que ganar en un desafío contra Dios. Esta Helen con más años de edad, y quizá más sabia, decidió que las admisiones de ignorancia de White eran valientes en lugar de estúpidas. Pero seguía enfadada con él. En primer lugar, porque su azor sufrió terriblemente por la forma en que intentó adiestrarlo. Y en segundo lugar, porque su retrato de la cetrería como una batalla enconada entre hombre y ave tuvo una influencia enorme en nuestra visión de los azores y de la propia cetrería. Francamente, yo odiaba en qué los había convertido. Yo no concebía la cetrería como una guerra, y sabía que los azores no eran monstruos. Aquella niña pequeña tumbada en la cama seguía enfurruñada.

Eso es lo que pensé mirando el libro abierto sobre mi escritorio, cuatro meses después de que muriera mi padre. Continué leyendo, y, al hacerlo, me sobresalté un poco al comprender por qué mis ojos habían huido del libro durante semanas. Sabía que en parte estaba enfadada porque sentía, por primera vez, que mi necesidad de adiestrar a un azor tenía causas que no eran exclusivamente mías. En parte, eran suyas.

El señor White

Es 16 de marzo de 1936. En el ala oriental del gran palacio paladiano que es la escuela Stowe, las grajillas alborotan en los castaños, el agua gotea desde el alero del tejado del bloque de habitaciones que antes eran los establos, y dentro de ellos, el señor White, catedrático de Lengua Inglesa, con unas mantas arrebujadas contra sus espinillas, sostiene sobre las rodillas un pequeño cuaderno en el que escribe deprisa con letra diminuta y clara. Se pregunta si este es el libro más importante que ha escrito. No porque vaya a hacerle rico. Sino porque va a salvarlo.

Cree que se marchará. La vida en la escuela no es real. Nada de todo aquello es real. Ya ha tenido bastante. No soporta a sus colegas. Tampoco soporta ya a los niños; en grandes grupos, cree que son horribles, como eglefinos. Tiene que salir de allí. Vivirá de lo que escriba. Su último libro se vendió bien. Escribirá más. Se instalará en una casa en el campo en Escocia y pasará los días pescando salmones. Quizá se lleve con él a la cantinera, esa belleza de ojos oscuros que ha estado cortejando durante meses, como su esposa, aunque, hasta ahora, solo está enamorado de ella *emocionalmente* y en realidad no ha llegado a ninguna parte y todas aquellas horas sentado en la barra le han reducido demasiado a menudo a un estado de inoperante embriaguez. Bebe demasiado. Ha bebido demasiado durante mucho tiempo, y lleva mucho tiempo siendo infeliz. Pero está seguro de que las cosas van a cambiar.

El cuaderno en el que escribe es gris. Ha pegado una fotografía de una de sus culebras en la cubierta, y ha escrito ETC encima con tinta. La culebra es adecuada porque este es el diario en el que anota sus sueños, aunque hay otras cosas en él: fragmentos de escritos, planes de clanes, dibujos de esfinges y dragones rampantes mostrando sus garras, y algún intento ocasional de autoanálisis:

1) Necesidad de destacar para ser querido.

2) Incapacidad de destacar.

3) ¿Por qué no logré destacar? (¿No adopté la actitud adecuada para lo que estaba haciendo?).

Pero lo principal que anota en el cuaderno son sus sueños. Son sueños de mujeres con pene, de cajas de hímenes como si fueran uñas cortadas, de cobras encapuchadas que se encabritan pero al final resultan inocuas. Son sueños en los que ha olvidado su escopeta pero no puede pedir prestada la de su amigo, porque su amigo se la ha dado a su esposa; en los que es un espía entre los hitlerianos, escondido en un agujero del que solo sobresale su cigarrillo; en los que debe esconder su escopeta en el maletero del coche de su madre para evitar que la golpee un rayo. Y un sueño en que su psicoanalista le felicita por lo buenos que son sus sueños.

«Se apellida Bennet, las iniciales de su nombre son E. A. —escribió White a Leonard Potts, su viejo tutor en Cambridge, que era para él una especie de figura paterna—. Es un hombre muy grande. Tiene que serlo, porque un caso como el mío, que acaba en curación, es muy extraño, por no decir único».

Y hay una frase tranquilizadora que sin duda refleja el deseo de inventar un futuro yo: «Un amigo mío era un homosexual sádico y ahora está felizmente casado con hijos». Durante el último año, la locura de White por el psicoanálisis se había desencadenado. Estaba convencido de que Bennet curaría todos sus males: su homosexualidad, su infelicidad, su sensación de que nada era real, su sadismo. Todo. Toda su confusión y sus temores. Todo iba muy bien. Estaba *casi* seguro de que estaba enamorado de la cantinera. «Soy tan feliz que voy dando saltitos por la calle como una lavandera», le dijo a Potts, con un orgullo que ocultaba en su interior, escondido como un pajarillo en el hueco entre las manos, su abyecto terror al fracaso.

Los chicos lo trataban con una especie de reverencia sagrada. Al deambular por los largos pasillos de la escuela vestido con pantalones de franela gris, jersey de cuello de cisne y toga, el señor White se parecía un poco a Byron. Era alto, con labios carnosos y ojos de un azul muy claro. Lucía un cuidado bigote rojo y su cabello oscuro estaba en permanente rebeldía. Hacía todas las cosas correctas: pilotaba aviones, disparaba, pescaba salmones y cazaba; y, más aún, hacía también todas las incorrectas: criaba culebras en su habitación, subía las escaleras de la escuela a caballo los días de partido y, todavía mejor, publicaba novelas picantes bajo el seudónimo James Aston. Cuando el director lo descubrió, se puso furioso: el señor White tuvo que redactar una carta en la que prometía no volver a escribir porquerías de ese tipo, decían los chicos, que se pasaban ejemplares de las novelas entre ellos con la agonía que traen los subterfugios deliciosos. Era una figura sorprendente, desenfadada y sarcástica. Pero como profesor, era muy severo. Nunca pegaba a los chicos, pero su desdén aterrorizaba a los alumnos. Exigía sinceridad emocional. Si no la recibía, ponía en su sitio a sus pupilos, quebrando la frágil armadura de ostentación que acababan de desarrollar con un deleite que rozaba la crueldad. Aun así, había algo en el señor White que lo convertía en una especie de aliado natural: los chicos confiaban en él en situaciones de crisis, y lo adoraban por su insubordinación y su glamur. Sabían que no encajaba, no del todo, con el resto de los profesores de Stowe. «¿Sabíais que una vez se estrelló con su Bentley contra una granja y casi se mata?», susurraban. Y hablaban con regocijo del legendario lunes por la mañana en el que el señor White llegó tarde y con resaca y, después de ordenar a los alumnos que escribieran un ensayo sobre los peligros del demonio de la bebida, puso los pies sobre su escritorio y se quedó dormido como un tronco.

Pero a pesar de sus bravatas y de su talento, el señor White, el señor Terence Hanbury White, al que todos llamaban Tim por la cadena de farmacias Timothy Whites, tenía muchísimo miedo. A sus veintinueve años, hacía cinco que era profesor

en Stowe y llevaba siete siendo escritor, pero vivía con miedo desde que tenía uso de razón. «Porque tengo miedo de las cosas, de hacerme daño, y de morir, tengo que probarlas», había explicado en un libro de ensayos sobre caza, tiro, pesca y otros deportes, titulado *England Have My Bones*, publicado el año anterior. Tenía que ser valiente. Desde el aula conducía a toda velocidad hasta el aeródromo, donde levantaba el vuelo haciendo de tripas corazón, con miedo a ahogar el motor del avión, miedo al desdén del instructor, miedo de entrar en barrena y no poder recobrar el control, de enterrarse a sí mismo en un revoltijo de alas destrozadas, fuselaje y tierra. Cabalgaba en la Grafton sobre los enlodados campos de Buckinghamshire con el perpetuo terror de no ser valiente, de no montar bien, de no conseguir pasar por un caballero, de incurrir en la ira del Señor de los Sabuesos. Y de vuelta en la India, justo al principio, donde recordaba lagartos y fuegos artificiales y oscuridades iluminadas con velas y adultos ataviados con vestidos de noche, también recordaba el miedo a las palizas, y las discusiones, y el odio de su madre hacia su padre, y el de su padre hacia ella, y cómo él bebía, y la interminable, horrenda y violenta guerra entre ellos en la que él no era más que un peón. Su madre dedicaba toda su atención a sus perros y su marido hizo que los sacrificaran. Luego dedicó toda su atención a su hijo, y el niño temió ser sacrificado también. «Me dicen —escribió—, que mi padre y mi madre forcejeaban por una pistola, uno a cada lado de mi cuna, ambos diciendo que iban a matar al otro y luego a pegarse un tiro, pero que, en cualquier caso, iban a empezar matándome a mí». Así pues: «No fue una infancia segura».

Se lleva a los labios el extremo de la pluma y reflexiona sobre lo que ha escrito.

Ataco a un pájaro, con mis garras crueles y pico desesperado.

Puede que me haya dolido un poco, pero me habría dolido mucho más si lo hubiera soltado. Lo sostuve prieto e incapaz de dañarme, y pedí la ayuda a otro para que le agarrara las patas.

Era un pájaro inglés.

Cuando White murió a causa de un fallo cardíaco en 1964, lejos de casa, en un camarote en el *SS Exeter* en Grecia, sus amigos se preocuparon inmediatamente por su reputación. Había cosas en sus diarios que no deseaban que salieran a la luz, cuestiones relativas a su sexualidad que, si se mencionaban, debían manejarse con extrema delicadeza. Necesitaban encontrar un biógrafo adecuado.

Escogieron a Sylvia Townsend Warner porque se había carteadado con White y porque a él le gustaban los libros que ella había escrito. Y por otro motivo: era homosexual. «Te caerá bien este personaje», le dijo Michael Howard.

—Si es lo bastante malvado, sin duda me caerá bien —replicó ella.

Viajó hasta Alderney y allí, caminando por la casa de White, encontró su tema. Estaba allí, entre sus posesiones. Escribió a su amigo William Maxwell:

Su costurero con la caperuza sin terminar de un halcón, su colección de moscas de pesca, sus libros, los horribles regalos que le habían hecho sus amigos chabacanos, los vulgares juguetes que había comprado en las ferias, sus ordenadas estanterías de libros sobre flagelación: todo estaba allí, indefenso como un cadáver. Y también lo estaba él, suspicaz, malhumorado y empeñado en la desesperación. Nunca había sentido un hechizo tan *inminente*.

Un hechizo inminente. Esa frase hace que me detenga a pensar. Porque eso era exactamente lo que White me estaba haciendo mientras yo adiestraba a mi ave; estaba allí incluso en mi sueño del azor que desaparecía. Me había hechizado. No al estilo de un fantasma que da golpecitos en el cristal de la ventana o recorre el pasillo envuelto en una sábana, pero me había hechizado de todos modos. Desde que leí *El azor* me había preguntado qué tipo de hombre sería White y por qué se había atado a un azor que parecía odiar. Y cuando entrené mi propio azor se abrió un pequeño espacio, como una ventana entre las hojas, a su otra vida, en la que había un hombre herido y un azor que estaba siendo herido, y los vi a ambos con mayor claridad. Como White, yo también quería separarme del mundo, y compartía su deseo de escapar a la naturaleza, un deseo que puede arrancarte hasta el último resquicio de suavidad humana y abandonarte en un mundo de salvaje y cortés desesperación.

Este libro que lees es mi historia. No es una biografía de Terence Hanbury White. Pero White es parte de mi historia. Tengo que escribir acerca de él porque estaba ahí. Mientras adiestraba a mi halcón mantuve una tranquila conversación, o algo parecido, con las penas, logros y trabajos de un hombre muerto hace tiempo. Un hombre suspicaz, malhumorado y empeñado en la desesperación. Un hombre cuya vida me inquietaba. Pero también un hombre que amaba la naturaleza, a la que consideraba sorprendente, cautivadora y siempre novedosa. «¡La urraca vuela como una sartén!», era capaz de escribir, con la alegría de descubrir algo nuevo en el mundo. Y esa alegría, ese deleite infantil en las vidas de otras criaturas que no son el hombre, es lo que más me gusta de White. Era un hombre complicado, e infeliz, además. Pero también sabía que el mundo está lleno de milagros sencillos. «Uno siente el poder de la creación —escribió, asombrado, después de ayudar a un granjero a que una yegua alumbrara a un potrillo—. Había más caballos en el prado cuando me marché que cuando llegué a él».

En *England Have My Bones*, White escribió una de las frases más tristes que he leído jamás: «Enamorarse es una experiencia desoladora, excepto cuando uno se enamora de un paisaje». No podía concebir un amor humano correspondido. Tuvo que desplazar sus deseos hacia el paisaje, esa gran tabla rasa que no puede devolverte el amor que le das, pero tampoco hacerte daño. Cuando, en su último encuentro, le confesó al escritor David Garnett que era un sádico, Garnett lo atribuyó a los años de maltrato emocional y a los azotes en la escuela cuando era niño. «Era un hombre extremadamente tierno y sensible —escribió Garnett— [que se había] visto siempre

en la disyuntiva entre ser sincero y cruel, o falso y afectado. Siguiera el camino que siguiera, se granjeaba el desprecio del objeto de su amor y se daba asco a sí mismo».

Cuando White aceptó su puesto en Stowe en 1932 ya era un experto en ocultar quién era. Durante años había vivido siguiendo la máxima que Henry Green había plasmado tan bellamente en las memorias de sus años en una escuela privada tituladas *Pack My Bag*: «La manera más segura de evitarse problemas si uno cree que no va a encajar es participar cuanto sea posible en todo lo que suceda». Para conseguir la aprobación de los demás, para evitar problemas, imitó lo que veía a su alrededor. Siendo niño, había aplicado el mismo medio para intentar que su madre lo amara. Era una vida de perpetuos disfraces. Tras salir de Cambridge con un título *cum laude*, White había decidido convertirse en un esnob: esa es la expresión que utilizaba. El esnobismo «es uno de los mejores juegos de salón», explicó a Potts, con naturalidad y desenfado, pero era un juego con apuestas muy altas. Tenía que hacerse pasar por un caballero. Adoptó las aficiones pertinentes: tiro, pesca, vuelo y caza del zorro. Esta última era el desafío perfecto: había mil reglas y protocolos que seguir; requería valor, dinero, don de gentes, equitación y exquisitas hazañas de disimulo. «¿Puede uno llevar chistera, abrigo negro y botas de montar con toda la caña de la misma piel?», preguntó ansioso a su amigo de Cambridge Ronald McNair Scott. No estaba seguro sobre los pantalones de montar. «Los que tengo son del color beis que corresponde, creo (una especie de caqui [sic]) pero ¿quizá el tejido (o la trama, o comoquiera que lo llames) sea demasiado basto o puede que no lo bastante?». Demasiado basto. No lo bastante.

Llevaba un meticuloso diario de sus cacerías en el que registraba sus progresos: el número de millas cabalgadas y las veces que había hecho salir al animal de entre los matorrales, la gente con la que se había encontrado, los setos y las zanjas que había superado con éxito, los pensamientos que había tenido sobre el comportamiento de su caballo, y dolorosas reflexiones recurrentes sobre el suyo: «Creo que no he cometido ningún error y, desde luego, nadie me ha llamado la atención en ningún momento», escribió. Formuladas en negativo y a la defensiva, estas son las palabras de un hombre desesperado porque lo aceptasen. En *England Have My Bones*, describe Buckinghamshire de modo muy parecido: diciendo lo que no es. Su condado no posee ninguna cualidad destacable, ni es especialmente bello ni tiene importancia histórica, y de ese modo pasa desapercibido en el mundo. Es un lugar seguro. Cuando White continúa explicando cómo Buckinghamshire «escondió su individualidad para preservarla» pero «es secretamente exuberante a su discreta manera» te das cuenta de que está escribiendo sobre su propio carácter. Más disfraces. El espejo funciona en ambos sentidos. Las líneas entre el hombre y el paisaje se difuminan. Cuando White escribe sobre su amor por el campo, en el fondo está escribiendo sobre la esperanza de que en algún momento sea capaz de amarse a sí mismo.

Pero el campo no era solo algo que a White le resultaba seguro amar: era un amor sobre el que era seguro escribir. Me llevó mucho tiempo comprender cuántos de

nuestros libros clásicos sobre animales habían sido escritos por autores gays que hablaron a través de sus relaciones con animales de los amores humanos que tenían que ocultar. *Ring of Bright Water* de Gavin Maxwell, por ejemplo: la historia de un hombre solitario en la costa de Escocia con una nutria iraquí en el sofá. O los libros del naturalista de la BBC Maxwell Knight, ex jefe de espías del MI5 y gay no declarado. Sin poder hablar de ninguna de sus dos pasiones, Knight escribió un libro sobre la crianza de un cuco llamado Goo. Su obsesión por este pájaro pequeño, egoísta, plumoso y parasítico es terriblemente enternecedora; era una especie que reproducía todos los elementos ocultos de la vida de Knight: subterfugio, engaño y hacerse pasar por lo que uno no es.

White forma parte de esta conmovedora tradición literaria. Permaneció solo toda su vida. Tuvo pocos y desalentadores romances con mujeres; estuvo a punto de casarse con una, casi se declaró a otra: todas fueron muy jóvenes. «Siempre he sido un asaltacunas», confesó en una carta a sir Sydney Cockerell en 1953; lo atribuía a «un complejo de inferioridad fruto de lo infeliz que fue mi infancia». Le asustaban las mujeres adultas. Confesó que le desagradaba su aspecto y que a duras penas lograba forzarse a dibujarlo. Mucho más adelante en su vida se enamoró del hijo adolescente de un amigo; fue su último amor, imposible y no correspondido. Pero siempre hubo animales. Poblaron la vida de White y sus libros. Perros, lechuzas, azores, serpientes, tejones, erizos e incluso hormigas. Y aparte de su amado setter Brownie, al que adoraba, insistió en que sus animales nunca fueron mascotas, pues las mascotas «son casi siempre fatales, o para uno mismo o para ellas». Sus dueños las estropean del mismo modo «que las madres arruinan a sus hijos, asfixiándolos como hiedra». Las mascotas significaban dependencia, y a White le aterrorizaba la dependencia. Uno de los capítulos de *England Have My Bones* está encabezado por un pasaje de Stella Benson que ayuda a entender por qué White soñaba con un azor:

La independencia —un estado de autocontención— es la única generosidad posible, creía yo, la única limosna que podemos exigir a cualquier ser vivo. No debemos tener nada que ver con los huesos de otro; ese es nuestro único derecho: no tener nada que ver con ellos. El hueso debe ser el eje de un globo protector hecho de cristal a prueba de balas. No se puede decir, mirando a un azor: «Quizá debería hacer esto por él». Por lo tanto, no solo él está a salvo de mí, sino que también yo estoy a salvo de él.

Cuando todavía era maestro, compró dos gatos siameses, una raza famosa por su independencia, e intentó «adiestrarlos para que no necesitaran a nadie excepto a sí mismos y no sintieran afecto por nadie excepto por sí mismos». Es lo que llevaba años intentando hacer consigo mismo.

«Fue en vano —concluyó, disgustado—. En lugar de vagar libres e independientes... se pasan el día durmiendo en el salón y cuando se despiertan

maúllan para que les lleve más comida». Los gatos fueron un fracaso. Las culebras que mantenía en su habitación, no. Las tenía porque «era imposible obligarlas a nada, o robar sus afectos». Las amaba porque eran unas incomprendidas, tenían mala fama y eran «inevitablemente ellas mismas». Eran una versión de lo que él aspiraba a ser, igual que los personajes que hacía cobrar vida en sus libros: Merlín, el maestro perfecto; Verruga, el huérfano que había nacido para ser rey, y sir Lancelot, el caballero inadecuado, un personaje que hizo suyo el propio White.

Lancelot era un sádico que se abstenía de hacer daño a los demás por su sentido del honor: por su Palabra. Su Palabra era su promesa de ser gentil, y era una de las cosas que lo convertían en el Mejor Caballero del Mundo. «Durante toda su vida —escribió White sobre Lancelot—, incluso siendo ya un gran hombre con el mundo a sus pies, sentía ese vacío: un hueco en el fondo de su corazón del que era consciente y del que se avergonzaba, pero que no comprendía». White siempre se esforzó a fondo por ser gentil precisamente porque quería ser cruel. Por eso nunca pegó a sus alumnos en Stowe.

Y aunque la Palabra de White era abjurar de la crueldad, los animales desempeñaron un curioso papel en su forma de mantenerla. Cabalgando en la cacería de Old Surrey y Burstow, White escribió sobre la primera vez que vio morir a una presa, con distante satisfacción. Se obligó al zorro a salir del desagüe en el que se había escondido y fue arrojado a los sabuesos. Lo hicieron pedazos mientras un círculo de espectadores humanos «los azuzaba con chillos». Los humanos, en opinión de White, eran desagradables, sus gritos eran «tensos, cohibidos e histéricamente salvajes». Pero los sabuesos eran distintos. «El salvajismo de los sabuesos —escribió—, era profundo y terrible, pero era auténtico, por lo que no resultaba tan horrible como el de los humanos».

En esta sangrienta escena, solo un hombre se libró de la desaprobación de White: el montero, una figura de rostro sonrojado, solemne y caballerosa que se quedaba junto a los sabuesos y tocaba a *mort* con su cuerno de caza, el acto formal de despedida que anunciaba la muerte del zorro. Por alguna extraña alquimia —su proximidad a la manada de sabuesos, la forma experta en que la dominaba— el montero no resultaba horrible. White vio en su figura la posibilidad de realizar un truco de magia moral, una escapatoria a su dilema. Tal vez si adiestraba hábilmente a un animal de caza, asociándose estrechamente con él, identificándose con él, White podría experimentar sus deseos vitales más sinceros, incluso los más sangrientos, con total inocencia. Podría ser fiel a sí mismo.

Cuando White soñaba con el azor, el falso yo que mostraba al mundo empezaba a agrietarse por la presión. Sentía que «ardía con una extraña inquietud»; cada vez se dedicaba más a conmocionar y horrorizar. Sus colegas recuerdan que se presentaba en fiestas y, borracho, proclamaba: «Esta fiesta no tiene ningún futuro racial. Las fiestas deberían ser como los santuarios de aves, la gente debería acudir a ellas a aparearse».

Decidió que odiaba a la gente. Prefería a los animales. Seguía bebiendo demasiado. Pero ya se había cansado de sus antiguas aficiones: la caza del zorro y el vuelo. La muerte y el esnobismo las habían adulterado, así como el deseo de destacar, y se fundamentaban en motivos poco sólidos: el miedo a fracasar y el miedo a caer. Había jugado al juego de la elegancia, pero por motivos equivocados. Ahora lo estaba dejando. «Yo era como ese desgraciado en los dibujos de Thurber que quería una caja en la que esconderse —escribió—, y la solución parecía ser vivir en espléndido aislamiento». Se fue a pescar solo a Belmullet, en la costa occidental de Irlanda, durante las vacaciones de primavera. Eso le convenció definitivamente de seguir ese rumbo. Desde Belmullet renunció a su puesto en Stowe. «Necesité valor —le dijo a Potts— porque mi psicoanálisis solo me ha llevado hasta un cuarto del camino. No sé cuál va a ser mi futuro, si es que tengo un futuro». Y luego: «De la cantinera me olvido por completo».

Y había un terror nuevo. La guerra. Todo el mundo sentía cómo se acercaba, casi como si fuera un ser físico con un olor acre de sudor nervioso. «Todos vivimos a la sombra de un gran miedo —había escrito dos meses antes Denis Brogan, un historiador de Oxford—. Y aunque el ángel de la muerte todavía no sobrevuela la tierra, oímos cómo bate las alas... y también las vemos, llenando nuestro viejo y familiar cielo». White también lo veía, y escribió que la guerra era culpa de los «señores de los hombres, en todas partes, que subconscientemente envían a los demás a sufrir para aumentar su poder».

Su miedo a la guerra se mezclaba turbiamente con todos sus otros temores. Desde hacía tiempo tenía pesadillas sobre bombas y gas venenoso, sobre túneles y rutas de escape y huidas bajo el mar. El año anterior había publicado *Gone to Ground*, una especie de *Decamerón* de mediados de siglo en el que cazadores de zorros escondidos en un búnker subterráneo se contaban relatos mientras bombas incendiarias y de gas caían desde el cielo y arrasaban ese ente nervioso y quebrado que era la civilización. La civilización estaba acabada. No tenía sentido. La modernidad era absurda, y peligrosa, y llena de politiqueo y falsedad, e iba a acabar con todo. Tenía que huir. Quizá pudiera escapar al pasado. El pasado era un lugar seguro. Empezó a leer un libro de cetrería escrito por el capitán Gilbert Blaine.

Fue allí donde White encontró una historia sobre un azor perdido. «De ser, el día en que se perdió, un ave tan mansa como un loro doméstico —escribió Blaine—, retornó en una semana al estado salvaje, y se convirtió en adelante en mito y leyenda en los alrededores». Para White esa frase fue una epifanía. El azor era un mito. Una leyenda.

«Hubo una frase que prendió el fuego de mi imaginación», escribió.

La frase fue: «Retornó al estado salvaje». Emergió en mi mente entonces el deseo de hacer lo mismo. La palabra «salvaje» tenía una potencia mágica que se aliaba con otras dos palabras, «feroz» y «libre». «Hada», «duende»,

«aéreo» y otras lealtades vergonzosas formaban tras el gran acorde de *ferox*.
¡Retornar a un estado salvaje! Alquilé una pequeña granja por cinco chelines a la semana y escribí a Alemania para que me enviaran un azor.

Salvaje. Quería ser libre. Quería ser feroz. Quería ser un duende, un hada, *ferox*. Todos los elementos de sí mismo que había arrinconado, su deseo de ser cruel, de dominar: todo estaba súbitamente allí, en la figura del azor. White se había encontrado a sí mismo en el azor que Blaine había perdido. Se aferró con fuerza al pájaro. Puede que le hiciera daño, pero no pensaba dejarlo escapar. Lo adiestraría. Sí. Adiestraría al azor, y se adiestraría a sí mismo, y escribiría un libro sobre ello y mostraría a sus lectores este arte antiguo y maldito. Era como si mantuviera ondeando la bandera de algún país derrotado hacía tiempo en el que había depositado su lealtad. Entrenaría a su azor entre las ruinas de su antigua vida. Y cuando llegara la guerra, como sin duda llegaría, y todo a su alrededor se deslizara hacia la anarquía y quedara reducido a escombros, White haría volar a su azor, comería los faisanes que cazara, sobreviviría, y sería un hombre de campo que viviría de la tierra, lejos de la amarga confusión sexual de la metrópolis o de las insignificantes guerras del aula.

Aferrarse

Cuando estás roto, corres. Pero no siempre huyes de algo. A veces, sin poder evitarlo, corres hacia algo. Mis motivos eran distintos a los de White, pero recorrimos el mismo camino. Era una mañana de principios de agosto y yo me encontraba a seiscientos kilómetros de casa. Lo que estaba haciendo parecía cosa de traficantes de drogas. O, como mínimo, tenía pinta de negocio sucio. Llevaba interminables minutos caminando arriba y abajo por un muelle escocés con una lata de refresco con cafeína en una mano, un cigarrillo en la otra y un sobre a reventar con 800 libras en billetes de veinte en el bolsillo de atrás de mis pantalones. Cerca, en el coche, esperaba Christina, espectacularmente impasible tras sus gafas de aviadora. Había venido a acompañarme, y esperaba que no se estuviera aburriendo demasiado. Pero probablemente sí se aburría. Quizá se habría dormido. Caminé de vuelta al coche. Era el de mi padre. Ahora lo conducía yo, pero el maletero seguía lleno de cosas que no conseguía obligarme a quitar de allí: latas de película de 35 milímetros; un paquete aplastado de aspirinas; un periódico con un crucigrama hecho a medias por mi padre; unos guantes de invierno. Me apoyé en el capó, me froté los ojos y miré hacia la bocana del puerto, intentando conjurar con mi voluntad la aparición del transbordador. Sobre el mar de Irlanda se extendía una capa de pintura turquesa salpicada de pequeñas cruces, las gaviotas que lo sobrevolaban. Se nos hacía extraño que fuera de día; ambas estábamos destrozadas por las largas horas conduciendo del día anterior, y un poco alteradas por el hotel en el que habíamos pasado la noche. 21ST CENTURY HOTEL, anunciaba un cartel laminado junto a la puerta. Cuando la abrimos, lo primero que vimos fue un bulldog de plástico sobre un escritorio, sonriéndonos con la malevolente y alegre beligerancia de los seres de las pesadillas.

En la habitación del hotel encontramos un ordenador roto, un lavamanos atascado y un fogón perfectamente funcional que nos ordenaron no utilizar bajo ninguna circunstancia. «Sanidad», había dicho el hotelero, poniendo los ojos en blanco. Por improbable que suene, había dos televisores, grandes extensiones de *suedette* marrón grapada a las paredes y un baño con una bañera de casi dos metros a ras de suelo en la que Christina se sumergió, maravillándose ante el agua de turba color té. Yo me dejé caer sobre una silla, dándole vueltas en mi cabeza al viaje como si fuera una *road movie* rodada por un director bajo el influjo de las drogas. Grandes camiones Irn-Bru llenos de ese refresco escocés naranja burbujeante y con sabor a chicle. Un cuervo junto a un charco en el arcén de la carretera, con las patas mojadas y el pico acinzelado. Estación de servicio A. Estación de servicio B. Un bocadillo. Una taza enorme de café apenas bebible. Kilómetros sin fin. Más cielos. Casi un accidente provocado por el descuido en una cuesta en algún lugar. Estaciones de servicio C y D. Masajeé mi dolorida pantorrilla derecha, pestañee hasta que desaparecieron las

imágenes impregnadas en la retina y me puse a hacer pihuelas.

Tendría que haberlas hecho antes, pero no pude. Solo ahora el azor parecía lo bastante real para que fueran necesarias. Las pihuelas son las correas de cuero suave que pasan a través de los ojales de las polainas de cuero que se colocan en las patas de un ave de presa adiestrada. En inglés se llaman *jesses*, en singular, *jess*. Es una palabra francesa del siglo XIV, de cuando la cetrería era el deporte favorito de la clase dominante. Un pequeño fragmento de historia social en el nombre de una tira de cuero. De niña, me había aferrado al desconcertante y complejo vocabulario de la cetrería. En mis viejos libros de cetrería cada parte de un halcón, azor o gavián tiene su nombre: las plumas, cobertoras o remeras; las garras, las uñas, el estropajo bajo la cola. Se dice que las dos primeras crías de un halcón son hembras y por eso el macho, que nace el tercero, se llama terzuelo o torzuelo. Los pájaros jóvenes son niegos; los mayores, rameros, y los más viejos, zahareños. Los halcones a medio adiestrar vuelan sujetos con un largo hilo llamado fiador. Los halcones no se limpian los picos, sino que los asean. No comen su comida, sino su gorga o papo. Cuando clavan sus garras en la presa, la acuchillan. Y así continúa en una mareante panoplia de términos precisos, que lo eran por un motivo. Conocer la terminología de la cetrería era un signo de tu posición en la sociedad. Igual que en la década de 1930 White se preocupaba sobre si una vara de montar debía llamarse vara de caza o simplemente vara, en el siglo XVI el espía jesuíta Robert Southwell temía que lo descubrieran porque constantemente olvidaba su vocabulario cetrero. Pero cuando yo era pequeña estas palabras no tenían para mí ninguna connotación de estatus social. Eran palabras mágicas, arcanas y perdidas. Yo quería dominar este mundo que nadie conocía, convertirme en una experta en su lenguaje secreto y perfecto.

Hoy todo se puede comprar en internet: pihuelas, caperuzas, cascabeles, guantes, todo. Pero cuando empecé en la cetrería, la mayoría nos fabricábamos nuestro equipo. Comprábamos tornillos giratorios en las tiendas de material de pesca, correas de los proveedores de los barcos, y suplicábamos a las curtidurías y zapaterías que nos dejaran sus sobras para poder fabricar nuestras propias pihuelas y caperuzas. Adaptábamos y adoptábamos, por lo general no mejorábamos. Desde luego, yo no lo hice. Pasé muchísimas horas encerando hilos de algodón, pinchándome las manos por error en lugar de perforar el cuero, frunciendo el ceño, secándome la sangre, intentando una y otra vez recortar, coser y fabricar objetos que se parecieran a las fotografías de los libros, esperando el glorioso día en que por fin tendría un halcón propio.

Sospecho que todas esas horas haciendo pihuelas y correas no fueron solo preparativos. En un cuaderno con dibujos de mi infancia hay un boceto a lápiz de un cernícalo posado en la lú. El guante es solo un borrador, ni siquiera un buen boceto. Tenía seis años cuando lo dibujé. El pájaro tiene un ojo oscuro, cola larga y un pequeño pompón de plumas bajo su pico curvo. Es un cernícalo feliz, aunque claramente fantasmagórico; igual que el guante, es extrañamente transparente. Pero

hay una parte dibujada con minucioso detalle: sus patas y afiladas garras, que son más grandes de lo que deberían, y flotan suspendidas sobre el guante porque no tenía ni idea de cómo dibujar unas garras que se aferraran a algo. Las escamas y uñas de los dedos están delineadas con sumo cuidado, igual que las pihuelas que rodean las patas del cernícalo. Una línea negra que es la correa se extiende desde ellas hasta un gran punto negro sobre el guante, un punto que he marcado una y otra vez con el lápiz sobre el papel hasta que ha quedado brillante y hundido. Es un punto de anclaje. «Aquí —dice el dibujo—, tengo un cernícalo en mi mano. No se marcha. No puede marcharse».

Es un dibujo triste. Me recuerda un artículo del psicoanalista D. W. Winnicott que habla de un niño obsesionado con una cuerda; un niño que ataba sillas y mesas, que ataba cojines a la chimenea y que incluso, lo que era más preocupante, rodeaba con cuerda el cuello de su hermana. Winnicott consideraba que esta conducta era la forma que tenía el chico de enfrentarse al miedo a que le abandonase su madre, que sufría ataques de depresión. Para el chico, la cuerda era una especie de medio de comunicación sin palabras, una manera simbólica de unir. Era la negación de la separación. Era un *aferrarse*. Quizá aquellas pihuelas fueran un intento sin palabras de aferrarme a algo que ya había volado. Pasé las primeras semanas de mi vida en una incubadora, llena de tubos, bajo luz eléctrica, con la piel parcheada y herida y los ojos cerrados. Yo tuve suerte. Era diminuta, pero sobreviví. Tuve un hermano gemelo. Él no vivió. Murió poco después de nacer. No sé prácticamente nada de lo que sucedió, solo una cosa: nunca se debía hablar de aquella tragedia. En aquellos tiempos eso les decían en los hospitales a los desolados padres. Seguid adelante. Olvidadlo. ¡Mirad, tenéis una hija! Continúa con vuestras vidas. Cuando descubrí lo de mi gemelo, muchos años después, la noticia me sorprendió. Pero no demasiado. Siempre había sentido que faltaba una parte de mí; percibía una ausencia antigua y sencilla. ¿Es posible que mi obsesión con los pájaros, y con la cetrería en particular, naciera de esta primera pérdida? ¿Era aquel fantasmagórico cernícalo una intuición de mi gemelo, y sus pihuelas cuidadosamente dibujadas una forma de aferrarme a algo que no sabía que había perdido, pero que sabía que no estaba ahí? Supongo que es posible.

Pero ahora mi padre había muerto. *Aferrarse*. Nunca me había planteado que hacer pihuelas pudiera ser un acto simbólico. Pero, allí sentada, cortando el cuero en largas tiras, sumergiéndolas en agua caliente, estirándolas, engrasándolas, retorciéndolas hacia un lado y otro en esta habitación llena de objetos rotos, supe que eran más que meros retales de cuero. Eran las cuerdas que me unirían al halcón, igual que lo unirían a él a mí. Cogí el cúter y con un corte largo y suave recorté el cabo de una pihuela para que acabara en punta. Y ya. Al hacerlo, conjuraba presencias. De repente el azor era muy real. Y también, con un estallido de recuerdos tan potente que podría haber estado allí, conmigo en la habitación, mi padre era real. Cabello gris, gafas, camisa de algodón azul, una corbata ligeramente torcida, taza de café en mano

y una expresión de diversión en el rostro. Solía hacerme enfadar cuando se refería a los utensilios y piezas de la cetrería con nombres equivocados. A las caperuzas las llamaba gorros. A los fiadores, trozos de cordel. Lo hacía a propósito. Yo me enfadaba y lo corregía, pensando que se burlaba de mí.

Y ahora me daba cuenta de que papá había sabido exactamente cómo se llamaban todas estas cosas, pero en el mundo del fotoperiodismo, cuanto más experto eras en algo, menos probable era que te refirieras a alguna cosa utilizando el nombre correcto. Para él, las fotografías eran instantáneas. Las cámaras, simplemente máquinas. No se burlaba de mí. Era un cumplido. Maldito vocabulario francés del siglo XIV. Mierda. Mierda, mierda, mierda. No era su estilo en absoluto. Me dolía la garganta. Me dolían los ojos también, y el corazón. Recorté el final de la otra pihuela. Me temblaban los dedos. Coloqué las dos pihuelas una junto a otra sobre la mesa de cristal. Eran iguales. «Mañana —pensé—, voy a encontrarme con un hombre que no conozco cuando él baje del *ferry* de Belfast y voy a entregarle este sobre lleno de papel a cambio de una caja con un azor dentro». Parecía lo más improbable del mundo.

El azor que estaba a punto de recoger había crecido en un centro de cría de aves cerca de Belfast. Criar azores no es tarea para los débiles de espíritu. Algunos amigos míos lo han intentado y han acabado negando incrédulos con la cabeza tras una sola temporada y rascándose sus recién adquiridas canas en una especie de estupor postraumático. «Nunca más —dicen—. Nunca. Es lo más estresante que he hecho en mi vida». Al intentarlo descubres que para un azor la línea que separa la excitación sexual y la violencia letal y terrible es muy fina. Debes vigilar constantemente a tus pájaros, estar atento a su actitud, aprestarte a intervenir en cualquier momento. No basta con poner un par de azores en una jaula grande y dejar que la naturaleza siga su curso. La mayoría de las veces la hembra matará al macho. Así que lo que haces es alojarlos en jaulas contiguas de paredes sólidas con una ventana barrada entre ambas a través de la cual la pareja pueda verse. Cuando el invierno deriva en primavera empieza el cortejo, como Píramo y Tisbe. A través de la ventana en la pared, se llaman el uno al otro, se muestran, dejan caer sus alas aguamarina y ahuecan el estropajo de plumas blancas infracobertoras bajo la cola, que para el mundo se asemejan a unos anchos bombachos de marabú. Y solo cuando la hembra parece lista —un juicio en el que no hay margen de error— se puede permitir que el macho entre en la cámara de apareamiento. Si todo va bien, copulan, ponen huevos y llega al mundo una nueva generación de azores criados en cautividad, unos polluelos de ojos soñolientos y diminutas garras. Aunque no conocía al criador de mi nuevo azor, sabía que era un hombre de nervios de acero y paciencia sobrehumana.

El azor de White era salvaje. En la década de 1930 nadie criaba azores en cautividad: no había necesidad de hacerlo. Había cien mil azores salvajes en los bosques de Europa, y no existían restricciones relevantes a su importación. Como

casi todos los azores que tenían entonces los cetreros, el de White procedía de un nido alemán. «Un montoncito de escarpadas ramitas y algunas heces blancas» era como imaginaba el lugar de nacimiento de su pájaro: nunca había visto un nido de azor. Pero ahora cualquiera puede ver uno, y no hace falta ni siquiera aventurarse en el bosque. Hoy en día en internet hay cámaras que retransmiten en directo imágenes de nidos de azores. Basta un clic y se obtiene un primer plano muy personal de la vida doméstica del más reservado de los halcones. Allí, en una caja de diez centímetros con el brillo de la baja resolución, hay un rectángulo enmarcado de bosque inglés. El silbido que se oye procedente de los altavoces del ordenador es una amalgama digitalizada de hojas, viento y cantos de pinzones. Se observa el propio nido, una abultada concatenación de ramas encajadas contra la corteza de la conífera salpicada con hojas verdes. En la webcam, el torzuelo aparece en el nido. Es tan inesperado y tan relucientemente blanco y gris plata que su irrupción es como ver saltar a un salmón. Hay algo en la combinación de su rapidez y en el retraso de la imagen comprimida que engaña a la percepción: mantienes una impresión del pájaro mientras lo miras, y los movimientos del ave viva forman un palimpsesto sobre la impresión que ha hecho el pájaro hasta que el azor resplandece con sustancia. Sustancia de azor. E inclina la cabeza y canta. «Chui-chui-chuichui-chui-chui». Boca negra, humo suave en la fría mañana de abril. Y luego llega la hembra. Es enorme. Se posa en un extremo del nido, que tiembla por el impacto. Sus nudosas garras hacen que las del macho parezcan minúsculas. Es como un transatlántico. Un azor de la línea Cunard. Y en cada pata, mientras gira, se ven las polainas de cuero que lleva. Denotan que este pájaro fue criado en cautividad en algún lugar, en un criadero como el de Irlanda del Norte en el que había crecido el mío. Algún cetrero sin nombre había volado a esa prima, se perdió y ahora aquí la tenemos, aposentándose sobre cuatro huevos pálidos, mientras la observan en pantallas de ordenador como la auténtica encarnación de lo salvaje.

Pasó el tiempo en el embarcadero escocés y la claridad se acercó desde el mar. Un hombre caminaba hacia nosotras, llevando dos grandes cajas de cartón como si fueran gigantescas maletas. Unas maletas extraterrestres que no parecían obedecer las leyes de la física, porque mientras él caminaba, se movían de forma impredecible, sin seguir el ritmo de sus pasos ni doblegarse a la gravedad. «Haya lo que haya dentro, se mueve», pensé, con un pequeño sobresalto. Dejó las cajas en el suelo y se pasó la mano por el cabello.

—Voy a encontrarme con otro cetrero aquí dentro de un rato. Él se llevará el pájaro más joven. El suyo es el mayor. Y el más grande —dijo—. Bueno, vamos allá.

Se pasó la mano por el cabello de nuevo, exponiendo un largo araño a lo largo de su muñeca, con muy mala pinta en los bordes y cubierto de sangre seca.

—Comprobaremos los números de anilla con los del formulario 10 del CITES —explicó, sacando un fajo de hojas de papel amarillo de la mochila y desplegando dos

de los formularios oficiales que acompañan durante toda su vida a las aves exóticas criadas en cautividad—. No querrá irse a casa con el pájaro equivocado.

Anotamos los números. Bajamos la mirada hacia las cajas, a sus asas hechas con cinta de embalar, a sus puertas de fina madera de contrachapado y a sus bisagras hechas con cuerdas cuidadosamente trenzadas. Entonces se arrodilló sobre el pavimento, soltó una de las bisagras de la caja más pequeña y echó un vistazo al interior. Un súbito paf de emplumados hombros y la caja se sacudió como si alguien le hubiera dado un golpe muy fuerte desde dentro.

—Se le ha caído la caperuza —dijo, y frunció el ceño.

Esa ligera caperuza de cuero era para evitar que el azor viera cosas terribles. Como nosotros.

Soltó otra bisagra. Concentración. Cautela infinita. La luz del día irrigando la caja. Garras arañando, otro golpe. Y otro. Paf. El aire se tornó jarabe, lento, salpicado de polvo. Los últimos segundos antes de la batalla. Y tras soltar la última bisagra, mete el brazo dentro de la caja entre un zumbido restallante de alas, patas y garras y un trino agudo. Todo está pasando a la vez. El hombre saca un enorme, gigantesco, azor de la caja y, en una extraña coincidencia de mundo y acto, una inundación de luz solar nos engulle y lo baña todo con su brillo furioso. El azor bate sus alas barradas, las afiladas puntas oscuras de las primarias cortando el aire, las plumas encrespadas como las púas dispersas de un inquieto puercoespín. Dos ojos enormes. Mi corazón se desboca. Es un truco de magia. Un reptil. Un ángel caído. Un grifo sacado de las páginas de un bestiario medieval iluminado. Algo resplandeciente y lejano, como oro hundiéndose en el agua. Una marioneta rota de alas, patas y plumas empapadas de luz. Lleva pihuelas, y el hombre las tiene sujetas. Durante un horrible y largo momento está colgada boca abajo, con las alas abiertas, como un pavo en una carnicería, solo que tiene la cabeza vuelta hacia arriba y está viendo más de lo que ha visto en toda su corta existencia. Su mundo era su criadero, que no era mayor que el salón de una casa. Y luego fue una caja. Pero ahora es esto; y puede verlo todo; la fuente de la luz que reflejan las olas, un cormorán que se sumerge a unos cien metros; motas de pigmento encerado en las filas de coches aparcados; colinas lejanas y los brezos que las cubren y kilómetros y kilómetros de cielo, donde el sol se alza sobre polvo y agua y transitan formas ilegibles que son restos blancos de gaviotas. Todo boca abajo y recién estampado en su totalmente conmocionado cerebro.

El hombre mantuvo la calma en todo momento. Cogió al ave con gesto experto, cerrándole las alas, anclando su ancha y plumosa espalda contra su pecho, aferrando sus escamosas patas amarillas con una mano.

—Pongámosle la caperuza otra vez —dijo con voz tensa.

Se leía preocupación en su rostro. Porque le importaba. Este azor había sido criado en una incubadora, había emergido de su frágil cáscara de huevo azul en una húmeda caja de metacrilato, y durante los primeros días de su vida este hombre lo había alimentado con trocitos de carne que le acercaba con unas pincitas y luego

esperaba a que el desamparado y esponjoso polluelo se diera cuenta de que la comida estaba allí y se la comiera, con su recién estrenado cuello temblando por el esfuerzo de mantener la cabeza erguida. Y, de súbito, amé a ese hombre, salvajemente. Cogí la caperuza de la caja y me volví hacia el azor. Tenía el pico abierto y las plumas del cuello encrespadas; sus ojos salvajes eran del color de un sol sobre papel blanco y miraban fijamente porque el mundo entero acababa de caer en ellos de golpe. Uno, dos, tres. Le puse la caperuza en la cabeza. Hubo la levísima sugerencia de un cráneo fino y anguloso bajo las plumas, de un cerebro alienígena burbujeando y fundiéndose de terror, y tiré del cerradero. Comprobamos que los números correspondieran con los del formulario.

Era el ave equivocada. Se trataba de la más joven. De la más pequeña. No era mi azor.

Oh.

Así que la volvimos a guardar y abrimos la otra caja, en la que se suponía que estaba el pájaro mayor y más grande. Y, Dios mío, vaya si lo estaba. Todo era distinto en este segundo azor. Salió de la caja como si emergiera de un melodrama Victoriano: una especie de demente al ataque. Era mucho más ahumado y oscuro y muchísimo más grande, y en lugar de trinar, gemía: potentes y horrendas gotas de sonido como si sufriera, un lamento insoportable. «Este es mi azor», me decía a mí misma, y lo único que era capaz de hacer era respirar. También tenía la cabeza descubierta, así que recogí la caperuza de la caja, como había hecho antes. Pero al acercarla a su cabeza lo miré a los ojos y vi algo vacío y lunático en su mirada. Una locura venida de un país lejano. No la reconocí. «Este no es mi azor». Una vez puesta la caperuza, comprobados los números, el pájaro de vuelta en la caja, el formulario amarillo plegado y guardado, y entregado el dinero, lo único que alcanzaba a pensar era: «*Pero este no es mi azor*». Pánico a fuego lento. Sabía lo que tenía que decir, y sabía que era de una mala educación monstruosa.

—La verdad es que esto es muy extraño —empecé a balbucir—, pero me ha gustado mucho el primero. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda quedarme con el primero en lugar de con...?

Se me apagó la voz. Él enarcó las cejas. Yo empecé de nuevo, sonando cada vez más estúpida:

—Estoy segura de que el otro cetrero preferirá el pájaro más grande, ¿no? Esta segunda prima de azor es más bonita que la primera, ¿no? Sé que esto está fuera de lugar, pero yo... ¿Podría? ¿Le parece que estaría bien?

Y continué, un alud desesperado y de súplicas chifladas e incoherentes.

Estoy convencida de que nada de lo que dije lo persuadió más que mi expresión al hablar con él. Una mujer alta, de rostro pálido, cabello despeinado por el viento y ojos exhaustos le suplicaba en un embarcadero con las manos extendidas, como si estuviera actuando en *Medea*. Al mirarme debió de percibir que lo que le pedía entre tartamudeos no era un capricho. Que había algo muy importante tras ello. Hubo un

momento de silencio absoluto.

—Está bien —dijo. Y entonces, como vio que no le creía, añadió—: Sí. Sí. No hay ningún problema.

6

La caja de estrellas

—¡Eres un caso perdido! —había dicho mi viejo amigo Martin Jones, alzando ambas manos al aire en un gesto medio de súplica, medio de exasperación—. Es como darte cabezazos contra una pared. No lo hagas. Te volverás loca.

Seguía pensando en lo que me había dicho mientras conducía. Embrague, cuarta marcha. Rotonda. Marcha abajo. Aceleración rotunda. Ligero resentimiento. No quería pensar en todas las cosas que me habían dicho los hombres.

—Te vas a volver loca. Deja a los azores para los chicos a los que les gustan. Escoge algo más razonable.

Sabía que adiestrar a este azor sería difícil. Los azores son célebremente difíciles de adiestrar. De afeitar o hacer, en jerga cetrera. Se puede afeitar un esmerejón en pocos días. Una vez pude volar libre a un halcón de Harris después de solo cuatro días. Pero los azores son pájaros nerviosos y susceptibles y lleva mucho tiempo convencerlos de que no eres el enemigo. «Nerviosos», por supuesto, no es la palabra exacta: simplemente tienen sistemas nerviosos acelerados en los que las conexiones entre ojos, oídos y las neuronas motoras que controlan sus músculos tienen solo enlaces secundarios con las neuronas correspondientes del cerebro. Los azores son nerviosos porque viven la vida diez veces más rápido que nosotros, y reaccionan a los estímulos sin pensar. «De todas las aves de presa —escribió Richard Blome, cetrero del siglo XVII—, [el azor] es sin duda el más tímido y evasivo tanto hacia los hombres como hacia los perros, y requiere más el cortejo de una amante que la autoridad de un amo, pues es dado a recordar todas las cosas desagradables y los maltratos. Pero si se lo trata con gentileza, se vuelve muy manejable y dócil hacia su cuidador». Bien, pues gentileza le daríamos, y gentileza es lo que esperaríamos de ella.

Gentileza y amor. Recuerdo que mientras conducía pensé distraídamente en aquel estallido de amor salvaje que había sentido en el embarcadero hacia un hombre que sostenía un pájaro aterrorizado por un mundo que no podía comprender. Pasé muchos kilómetros de suave desconcierto hasta que, pensando, comprendí que ese amor era sobre mi padre y sobre mí. Durante semanas después de su muerte me había sentado frente al televisor, viendo la serie de televisión *El topo* una y otra vez; horas y horas de película granulada de 16 milímetros de la década de 1970, blanda y oscura en una vieja cinta VHS. Me agazapaba mentalmente en sus oscuros interiores, en sus oficinas de Whitehall y sus clubes de caballeros. Era una historia de espionaje y traición que funcionaba como un reloj, y avanzaba a un ritmo bello y glacialmente lento. Pero también era una historia sobre un chico llamado Jumbo, un interno en una escuela primaria privada de segunda clase en las colinas Quantock. Jumbo era uno de los perdedores de la vida. Gordito, miope y asmático, se sentía terriblemente inútil y culpable por el hogar roto en el que vivía. Cuando llega un nuevo profesor francés —

un tipo jorobado y pirático llamado Prideaux— Jumbo lo considera un aliado. Alguien que le comprende.

—Eres bueno observando —dijo Prideaux—. No te lo digo por nada, compañero. Los solteros siempre lo somos.

Lo que Jumbo no sabía, ni podía saber, era que Prideaux había sido espía, y que la herida en su espalda se debía a una bala soviética, y que había otras heridas, además, pues a Prideaux lo había traicionado su amigo y antiguo amante. El mundo de Jumbo era demasiado pequeño para abarcar esas cosas, pero presentía de todos modos que su profesor había perdido a algún gran amigo, y se propuso ocupar el lugar de ese amigo hasta que regresase. Por fin era útil. Al ver el vídeo amé a Prideaux y el paisaje de la escuela primaria —con sus colinas enterradas en niebla y los grajos quejumbrosos entre los olmos, sus partidos de rugby y el aliento blanco de los chicos en los campos en las mañanas de invierno— se convirtió en el telón de fondo de toda una serie de sueños espoleados por la pena que padecí esa primavera.

Lo que le pasa a la mente tras una pérdida no cobra sentido hasta después. Incluso mientras veía la serie comprendí a medias que Prideaux era la figura que había escogido como padre. Pero también debería haber comprendido, en aquellas carreteras nortañas, que después de perder a un padre, la mente no solo busca nuevos padres en el mundo, sino también nuevos yos con los que amarlos. En aquellas primeras semanas de duelo, pequeña y desesperada, había escogido ser Jumbo. Y en aquel embarcadero escocés, solo por un instante, sin saber por qué, había escogido ser el azor. Y conduje y conduje, y las carreteras se deslizaron debajo de mí y el cielo se recoció en franjas de inquebrantable azul y blanco.

Empecé a preocuparme. La caja estaba demasiado quieta. Con un mal presentimiento, detuve el coche en la siguiente área de servicio. Christina escapó corriendo a comprar un helado y yo miré por uno de los respiraderos perforados en los lados de cartón de la caja. Tras horas de asfalto iluminado mi vista estaba en las últimas. No alcancé a ver nada, ni tampoco quería ver nada, porque, por supuesto, el azor debía de estar muerto. Y luego, de sopetón, Dios mío, la caja se llenó de estrellas.

Hacía tiempo había visto una maleta en una galería de arte, una pequeña maleta de cuero marrón puesta de lado sobre una mesa blanca. Era el objeto más mundano imaginable, y vagamente triste, como si alguien la hubiera dejado allí de camino a algún lugar y se hubiera olvidado de recogerla. El artista había recortado un pequeño agujero redondo en el cuero. MIRA DENTRO, decía una etiqueta pegada, y con la leve vergüenza que uno siente cuando se le exige participar en una obra de arte, me incliné y pegué el ojo al agujero. Me aparté sorprendida. Volví a mirar. Y allí estaba yo, reina del espacio sideral, mareada, entusiasmada, mirando a un campo de estrellas

tan profundo que parecía extenderse hasta el infinito. El artista, con mucho ingenio, había pegado dos espejos salpicados con ácido en la parte de arriba y de abajo de la maleta y los había iluminado con una serie de diminutas bombillas. Los reflejos de los puntos y de los agujeros en el espejo y los puntos brillantes de luz convertían el interior de la maleta en un brillante y frío universo que se extendía sin fin.

Agachada en el asiento de atrás del coche y perdida en el recuerdo de la maleta vi un campo de estrellas en la oscuridad. Lentamente se convirtió en motas de plumas, pequeños fragmentos de queratina desmoronada, que protege las plumas cuando crecen, desprendidas del joven plumaje del azor y encendidas por un rayo de luz solar despistado que se había colado por una grieta en la parte superior de la caja. Los ojos y el cerebro encajaron finalmente en su sitio y vi brillar levemente a media luz una afilada garra de color amarillo limón. Plumas en la penumbra, temblando de aprensión. El azor sabía que estaba siendo observado. Yo también temblaba.

—¿Está bien? —preguntó Christina, de vuelta, mientras mordía un Solero.

—Está bien —dije—. Perfectamente.

Arrancamos. Seguimos nuestra ruta. Hace siglos que se comercia con aves rapaces, me regañé a mí misma. *Por supuesto* que estaba viva. Siete horas no son nada. Piensa en los halconeros del siglo XVII que traían halcones salvajes a la corte francesa desde lugares tan lejanos como la India. Piensa en el quinto conde de Bedford, que importaba halcones de Nueva Escocia y Nueva Inglaterra; filas enteras de halcones posados en barcos de madera, con la caperuza puesta e inmóviles, acompañados de los mugidos del ganado que se transportaba como cargamento en esos barcos para alimentarlos. Y al seguir conduciendo, pensé en el azor de White, en lo mucho peor que había sido su viaje comparado con este: primero de su nido a un cetrero alemán; luego en avión hasta Inglaterra, luego por tren desde Croydon a un cetrero llamado Nesbitt en Shropshire; luego a un cetrero distinto en Escocia como parte de un intercambio que al final parece que no fructificó, pues el azor retornó a Nesbitt. Unos pocos días de gracia en un desván espacioso y ya estaba de vuelta en un tren, esta vez en dirección a Buckingham, una pequeña villa con casas de ladrillo rojo a ocho kilómetros de Stowe. Y allí fue donde lo recogió White. ¿Cuántos kilómetros son? Calculo que aproximadamente unos dos mil quinientos, a lo largo de varios días. No estoy del todo segura de cómo sobrevivió.

Pequeñas almas, arrojadas lejos de toda seguridad. En las primeras páginas de *El azor*, White describe el horrible viaje de su joven pájaro: arrancado de su nido, arrojado en un cesto y enviado a una tierra extraña a recibir allí su educación. Nos pide que imaginemos cómo debió de ser, que nos pongamos en el lugar de la anonadada mente infantil de aquel ave; que experimentemos el calor y el ruido, la confusión y el terror que debió de producirle aquel viaje hasta su puerta. «Debe de haber sido como la muerte —escribió—, la cosa que nunca podemos saber de antemano».

Lo que vemos en las vidas de los animales son lecciones que hemos aprendido del mundo. Hace un tiempo, en un cofre de latón amarillo de una biblioteca de una universidad, encontré unas fotografías de White cuando era un bebé que apenas caminaba. Son impresiones plateadas que muestran el polvoriento paisaje de Karachi; un *jandi* (árbol de Asia), sombras largas y un cielo despejado. En la primera fotografía, el niño está sentado sobre un asno y mira a la cámara. Lleva un *salivar kameez* (vestimenta tradicional) y una pamelita infantil, y su pequeña cara redonda no muestra el menor interés por el asno más allá del hecho de que está sentado sobre él. Su madre está en pie tras él vestida con un impecable vestido blanco eduardiano, bella y con aspecto de aburrirse. En la segunda fotografía el niño corre hacia la cámara por un terreno reseco. Corre tan rápido como puede: sus cortos bracitos están borrosos porque los está agitando, y la expresión de su rostro, mitad terror y mitad deleite, es algo que no he visto nunca en ningún otro niño. Es triunfo por haber montado en el asno, pero alivio porque haya terminado. Es un rostro que necesita desesperadamente seguridad, pero sabe a ciencia cierta que la seguridad no existe.

Y no existía. El matrimonio de sus padres fue desgraciado desde el principio. Constance Aston tenía casi treinta años cuando las puyas de su madre sobre lo mucho que costaba mantenerla se le hicieron insoportables. «Me casaré con el primer hombre que me lo pida», restalló. El hombre fue Garrick White, un comisario de distrito de la policía de Bombay. Los recién casados viajaron a la India, y tan pronto como nació Terence, Constance se negó a volver a dormir con su marido. Él se dio a la bebida y el matrimonio se deslizó hacia la violencia. Cinco años más tarde la familia regresó a Inglaterra para vivir durante un tiempo en casa de los padres de Constance, en el turístico pueblo costero de Saint Leonards-on-Sea. Cuando regresaron a la India dejaron al niño atrás. Fue un abandono, pero alivió el miedo. «Todo aquel tiempo fue demasiado bonito como para ponerlo en palabras», así describió White su vida en Saint Leonards en un fragmento autobiográfico tenuemente ficcionalizado en el que en ciertos lugares irrumpe su propia voz infantil, la voz de un niño pequeño desesperado porque le hagan caso y ya entonces deseoso de transformarse en otros yos más seguros. «¡Mírame, Ruth, soy un capitán pirata! ¡Mira, soy un avión! ¡Mira, soy un oso polar! ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira!». Había orugas de polillas, una tortuga, un almacén con chocolate y azúcar en tarro e interminables juegos con sus primos.

Pero no podía durar para siempre. «Nos arrancaron de esa vida —escribió, lacónicamente—, y nos enviaron a escuelas». El idilio había terminado, el niño regresó a una vida de miedo y violencia. Su profesor en el internado en Cheltenham era un «soltero sádico de mediana edad con un rostro plomizo y húmedo» y los delegados eran sus acólitos. Solían pegar a los niños más jóvenes después de la oración vespertina. Todos los días el niño rezaba: «Por favor, Señor, no permitas que me peguen esta noche». La mayoría de las noches le pegaban. «Sabía de un modo instintivo que era un ultraje sexual —reflexionaría más adelante—, aunque entonces

no podría haber articulado esa acusación». No es sorprendente que el viaje del azor le llegara tan hondo. El chico había sido arrancado del único lugar que había considerado un hogar en toda su vida, y enviado a que lo educaran en un entorno de rigurosa crueldad burocrática. Fue una traición que dejó una marca imborrable en White. Y también marcaría a su azor.

Ferox. Duende. Libre. Tim White está sentado a la mesa de su cocina y llena el émbolo de su pluma con tinta verde de un tintero que descansa sobre el mantel de hule. La tinta es una cosa traviesa, es pequeña y virulenta. Escribe acerca de su nueva vida con un color que es la tinta de los... ¿Cómo la llama Havelock Ellis? La tinta favorita de los invertidos. El azor llega mañana. Pronto habrá tres almas en la casa: él mismo, su perro y el azor. La idea le entusiasma. Adora esta casa. La llama su cabaña de obrero, su madriguera de tejón, su refugio. Fuera, la luz mueve la sombra de las hojas sobre los grises aguilones. No es una casa señorial —toma el agua de un pozo y hay una letrina rústica en el jardín— pero él la considera muy bonita. Y sí, es alquilada, le cuesta cinco chelines a la semana, pero es la primera vez que vive en una casa propia. La está haciendo suya. Ha barnizado los techos y lo ha pintado todo de colores brillantes. Pintura roja brillante. Azul claro. Sobre la repisa de la chimenea, alas de pájaros. Un candelero. Papel de pared estampado. Un espejo. Libros por todas partes. Ha gastado sesenta y seis libras en alfombras mullidas, ha comprado un sillón orejero tapizado y traído una cantidad aceptable de vino de Madeira. Arriba, ha transformado el dormitorio de invitados en una habitación de cuento de hadas de un romanticismo secreto y exuberante: espejos y dorados, ropa de hogar azul y una colcha dorada, rodeada de velas. Aun así, no es capaz de dormir allí. La cama plegable en la otra habitación, la de las cortinas marrones, es suficiente. Y el azor viviría en el establo, y ambos considerarían esa casa su hogar.

La hilera de casas victorianas adosadas se alargaba temblorosamente en el crepúsculo estival. Caminé hasta mi puerta, con la caja en brazos. No recuerdo haberla abierto esa noche. Lo que sí recuerdo son mis pies desnudos sobre la alfombra y el peso del azor en mi puño. Su silueta es larga e hipnótica y mueve los hombros de forma brusca cuando se retira hacia atrás y se sumerge en las sombras que envuelven su arco en el suelo de mi salón. Recuerdo haber pensado en el pasaje de *La espada en la piedra* en el que un cetrero recibe a un azor en el puño, «integrándolo como un hombre cojo se vuelve a colocar su vieja pata de palo después de haberla perdido un tiempo». Sí, sostener al azor por primera vez fue igual. Exactamente igual. En silencio ascendí las escaleras y caí rendida en la cama. El azor ya estaba aquí, el viaje había terminado.

Esa noche soñé con mi padre. No fue el habitual sueño de reencuentro familiar. En el sueño estoy buscando algo en una casa, una casa vacía con pálidas marcas cuadradas en las paredes donde debió de haber cuadros. No logro encontrar lo que

busco. Abro una puerta del piso de arriba y paso a una sala diferente a las otras. Por tres paredes blancas cae agua y la pared del fondo no está. No hay pared en absoluto: solo aire, abierto al violeta pálido del crepúsculo urbano. Debajo están las ruinas de un bombardeo. Toneladas de ladrillos y escombros, laurel floreciendo a la deriva entre vigas y columnas de madera rotas y sillas destrozadas, y las sombras entre todas estas cosas espesándose hacia la noche. Pero no estoy mirando nada de eso. Porque en pie sobre el montón más grande de ladrillos hay un niño de cabello rubio. No puedo ver su rostro, pero lo reconozco inmediatamente, y no solo porque lleva los mismos pantalones cortos y la chaqueta gris abombada que he visto en una fotografía del álbum familiar. Es mi padre.

Tan pronto como lo veo, comprendo dónde estoy. Es Shepherd's Bush, donde solía jugar de niño entre los escombros de los bombardeos con sus amigos, recogiendo cosas que coleccionar, rescatándolas de entre las ruinas, escondiéndose y observando.

—Solíamos bombardear los ladrillos con bombas hechas de ladrillos —me dijo en una ocasión—. No había mucho más con lo que jugar.

Y entonces el chico se vuelve hacia mí, me ve en la casa semiderruida y sé que me va a decir algo. Pero no lo hace con palabras. En lugar de eso, señala con un dedo. Señala hacia arriba. Miro hacia allí. Hay un avión, a miles de pies sobre nuestras cabezas, tan alto que el sol poniente todavía ilumina su fuselaje y sus alas. No hay ruido de motores, ningún sonido, nada se mueve en ningún otro lugar. Solo ese pequeño punto de luz cruzando el cielo hasta que pasa sobre nosotros y se pierde en la sombra del mundo. Cuando bajo la mirada, el niño que era mi padre ha desaparecido.

Invisibilidad

«Prtr. Prtr. Prtr». Un tono de interrogación una y otra vez, como una llamada telefónica de un pájaro desde lo más profundo del follaje. Eso es lo que me arrancó del sueño. El ruido procedía de un pinzón en el limero junto a mi ventana. Me quedé en la cama observando cómo avanzaba la luz del día mientras escuchaba el sonido moverse entre la copa del árbol al otro lado del cristal. Era una «llamada de lluvia», un bello nombre para un ruido que parece una pregunta sin respuesta. Nadie sabe por qué los pinzones lo emiten, pero el nombre procede de una vieja tradición que dice que anuncia mal tiempo.

En la década de 1950, en un pequeño laboratorio en Madingley, a unos pocos kilómetros al norte de donde vivo, un científico llamado Thorpe experimentó con pinzones para comprender cómo aprendían a cantar. Crió pinzones en aislamiento total en jaulas insonorizadas, y escuchó, fascinado, las rudimentarias canciones que produjeron estos pájaros. Descubrió que existía un breve período de tiempo en el que los polluelos aislados tenían que escuchar los trinos más elaborados de los cantos de los adultos. Si esa ventana no se aprovechaba, nunca podían llegar a producirlos por sí mismos. Intentó exponer a sus crías aisladas a cintas grabadas de canciones de otras especies: ¿podría persuadirlos para que cantaran como bisbitas? Fue un avance revolucionario en lo relativo a procesos de aprendizaje, pero era un tipo de ciencia profundamente imbuida de las ansiedades típicas de la Guerra Fría. Las preguntas a las que Thorpe intentaba dar respuesta eran las de un Occidente de posguerra obsesionado con la identidad y temeroso del lavado de cerebro. ¿Cómo aprendes quién eres? ¿Pueden modificarse tus lealtades? ¿Se puede confiar en ti? ¿Qué hace que seas un pinzón? ¿De dónde procedes? Thorpe descubrió que los pinzones silvestres de diferentes lugares tenían dialectos distintos. Escuché atentamente al pájaro que había fuera. Sí, su canto era distinto al de los pinzones de Surrey que había oído de niña. Era más tenue, menos complejo, parecía cortarse antes de llegar a su final natural. Pensé que me gustaría volver a oír a los pinzones de Surrey. Pensé en pájaros tristes en jaulas insonorizadas, y en cómo tus primeras experiencias te enseñan quién eres. Pensé en la casa con la que había soñado. Pensé en mi hogar. Y luego, con lenta y exuberante emoción, comprendí que todo había cambiado en la casa en la que vivía ahora. Era el azor. Cerré los ojos. El azor había llenado la casa de naturaleza igual que un tiesto de lirios llena la casa con su aroma. Estaba a punto de empezar.

En la media luz que entraba por las cortinas corridas lo veo posado en su percha, relajado, encaperuzado, extraordinario. Formidables garras, pico negro curvo y malvado, frontal café con leche salpicado abundantemente con gotas color cacao, mostrando al mundo una apariencia de capuchino samurái.

—Hola, azor —susurro, y al oír el sonido de mi voz tensa las plumas, alarmado.

—Tranquila —me digo a mí misma y al azor.

Tranquila. Luego me pongo el guante de cetrera, doy un paso adelante y lo tomo en el puño, desatando el nudo de cetrero que fija su lonja a la percha.

Se debate. Debatirse. «Un picado de cabeza impulsado por la rabia y el miedo, en el que un pájaro sujeto por lonja o pihuelas salta del puño en un intento desesperado por conseguir liberarse». Así es como White lo describió en *El azor*. El deber del cetrero, explicó, «era levantar al ave de vuelta al puño con la otra mano con suavidad y paciencia». La levanto de vuelta a mi puño con suavidad y paciencia. Sus garras se aferran compulsivamente al guante. «Esta percha se mueve». «Siento como su mente se esfuerza por asumir las novedades. Pero de momento es lo único que entiendo. Así que voy a agarrarme a ella con fuerza». Lo convengo de que suba a una percha en una balanza modificada. Las aves rapaces tienen un peso de vuelo, igual que los boxeadores tienen un peso de combate. Un azor que está demasiado gordo no tiene interés por volar y no regresará cuando lo llame un cetrero. Los azores demasiado delgados son algo horrible: sobrios, infelices, sin la energía necesaria para volar con pasión y estilo. Tomando el azor en mi puño palpo su quilla (esternón) con los dedos desnudos de mi otra mano. Está regordeta, noto su piel caliente bajo las plumas, y a través de las yemas de los dedos siento el latido de su nervioso corazón. Me estremezco. Aparto la mano. Por superstición. No puedo soportar ese oscilante signo de vida, no logro sacudirme la sospecha de que mi atención pueda, de algún modo, detenerlo.

Me siento en la habitación de delante, coloco un trozo de carne cruda en el guante bajo sus escamosas garras y espero. Un minuto, dos. Tres. Y le retiro la caperuza.

Dos ojos enormes y salvajes me miran durante una fracción de segundo, y desaparecen. Antes de que el azor pueda comprender qué está pasando, ya intenta huir volando a toda velocidad. Frenado por las pihuelas, emite gorjeos agudos y angustiosos al darse cuenta de lo odioso de sus circunstancias. No puede escapar. Lo subo de vuelta al guante. Bajo sus plumas hay tendones, huesos y ese corazón que late a toda prisa. Vuelve a debatirse. Y otra vez. *Odio* esto. En estos primeros minutos no hay nada que hacer excepto asumir que estás aterrorizando al pájaro, por mucho que eso sea exactamente lo contrario de lo que pretendes. Después de tres debatidas más, mi corazón late tan rápido como el de un animal, pero el azor está otra vez en el guante, con el pico abierto y los ojos centelleantes. Y se produce un largo instante de extraordinaria intensidad.

El azor me mira, mortalmente aterrorizado, y siento que los silencios de nuestros corazones coinciden. Sus ojos son luminosos, plata en la penumbra. Tiene el pico abierto. Exhala cálido aliento de azor sobre mi rostro. Huele a pimienta y a almizcle y a piedra quemada. Sus plumas están medio encrespadas y sus alas entreabiertas. Sus dedos amarillos y culminados en curvadas uñas negras se aferran con fuerza al guante. Me siento como si sostuviera una antorcha encendida. El calor de su miedo

me abrasa el rostro. Me mira fijamente. Me mira y sigue mirándome. Los segundos se ralentizan y transcurren uno tras otro. Baja las alas, se agacha, listo para echar a volar otra vez. No lo miro. No debo mirarlo. Me concentro con todas mis fuerzas en el proceso de no estar allí.

He aquí una cosa que he comprendido tras muchos años adiestrando aves rapaces: debes aprender a volverte invisible. Eso es lo que haces cuando un nuevo pájaro se posa en tu puño izquierdo con comida a sus pies, en un estado de pavor salvaje y defensivo. Estas aves no son animales sociales como los perros o los caballos; no comprenden ni la coerción ni el castigo. La única forma de domesticarlas es mediante refuerzos positivos con premios de comida. Tienes que hacer que el pájaro coma la comida que sostienes: es el primer paso del camino para ganarlo y que acabéis siendo compañeros de caza. Pero la distancia entre el miedo y la comida es un golfo enorme, vasto, que tenéis que cruzar juntos. En tiempos, pensé que la mejor manera de lograrlo era ser infinitamente paciente. Pero no: es más que eso. Debes volverte invisible. Imagina lo siguiente: estás en una habitación a oscuras. Sentada con un azor en el puño. Él está inmóvil, y tenso como una catapulta a punto de disparar. Bajo su enorme y espinosa garra hay un trozo de carne cruda. Intentas que mire a la carne, y no a ti, porque sabes —aunque no has mirado— que tiene la mirada clavada con horror en tu perfil. Lo único que oyes es el húmedo clic, clic, clic de su parpadeo.

Para cruzar el espacio entre el miedo y la comida, y para, de algún modo, alcanzar alguna vez la concordia entre vuestras mentes, que en esos momentos están paralizadas e inmóviles, tienes que esmerarte, urgentemente, en no estar allí. Dejas la mente en blanco y te quedas muy quieta. Piensas exactamente en nada. El azor se convierte en un concepto extraño y hueco, tan plano como una fotografía o un dibujo esquemático pero, al mismo tiempo, tan pertinente para tu futuro como un iracundo juez de un alto tribunal. Aprietas un poco la carne que sostienes en tu mano enguantada y notas un levísimo desplazamiento en el peso del ave y ves, con el rabillo del ojo, que ha mirado hacia la comida. Y así, permaneciendo invisible, haces que la comida sea lo único que hay en la habitación con el azor; tú no estás allí. Y tu esperanza es que empiece a comer y puedas, muy lentamente y con sumo cuidado, hacerte visible. Incluso si no mueves un músculo y simplemente te relajas y dejas vagar tus pensamientos normalmente, el halcón *lo sabe*. Es extraordinario. Lleva mucho tiempo ser uno mismo en presencia de un nuevo halcón.

Pero yo no necesité aprender cómo hacerlo. Ya era toda una experta. Era un truco que había aprendido temprano en mi vida, cuando era una niña pequeña y un poco miedosa, obsesionada con los pájaros, a la que le gustaba desaparecer. Como Jumbo en *El topo*, yo era una observadora. Siempre había sido una observadora. Cuando era niña subía a la colina que había detrás de mi casa y gateaba hasta mi guarida favorita bajo una mata de rododendro, arrastrándome sobre el vientre bajo un dosel de hojas como si fuera una pequeña francotiradora. Y en esta madriguera segura, con la nariz a pocos centímetros del suelo, respirando helechos aplastados y tierra ácida, miraba al

mundo que se extendía abajo, regocijándome en la feroz calma que se siente cuando una es invisible, pero lo ve todo. Viendo, sin hacer nada. Buscando la seguridad en no ser visto. Este hacerse invisible a voluntad puede llegar a convertirse en un hábito. Y no es algo útil en la vida. Créeme, no lo es. No con la gente ni con el amor ni con el corazón ni en el hogar ni en el trabajo. Pero durante los primeros días con un nuevo azor, desaparecer es la habilidad más valiosa del mundo.

La confianza que tenía sentada allí, junto al azor, era absoluta. «Sé cómo hacer esto —pensé—. Soy buena, al menos en esto. Conozco todos los pasos de este baile. Primero el azor se alimentará de mi guante. Luego, a medida que pasen los días, se irá apaciguando, en parte porque lo mantendré en casa y constantemente en mi presencia, igual que hacían los cetreros del siglo xv. Pronto caminará hasta mi puño en busca de comida, y luego subirá de un salto a él. Daremos largos paseos y lo acostumbraré a los coches, a los perros y a la gente. Y luego volará hasta mí cuando lo llame, primero atado con un cordel, el fiador, y luego libre. Y luego...».

Y luego. Había avisado a mis amigos de que no me visitaran. Había llenado el congelador con comida para el azor y desconectado el teléfono. Ahora era una ermitaña con un azor en una habitación en penumbra con libros en tres de las cuatro paredes, una descolorida alfombra afgana en el suelo y un sofá de terciopelo amarillo manchado. Sobre la chimenea, que estaba tapiada, colgaba un espejo y un póster de la Shell de la década de 1930 en la pared sobre mí se reflejaba del revés y acuosamente en el viejo cristal. PUEDE ESTAR SEGURO DE SHELL, decía, junto a unas nubes de tormenta difuminadas y un dibujo de la costa de Devon. Había un viejo televisor, una tela de vinilo en el suelo con la alcándara del halcón sobre ella, y un par de largas cortinas verdes con flores estampadas que mantenían fuera el resto del mundo. El objetivo era estar inmóvil, con la mente en blanco, y el corazón lleno de esperanza. Pero pasaron los minutos y al final tuve que moverme, pequeños gestos inevitables: inclinar un poco el pie para que no se durmiera; arrugar la nariz si me picaba. Y cada vez que lo hacía, el azor se encogía de miedo. Pero también observé con el rabillo del ojo que empezaba a erguirse poco a poco, apartándose gradualmente de la posición agachada que lo hacía estar listo para echar a volar. Su postura era más vertical. Había un poco menos de miedo en la habitación.

Los viejos cetreros llamaban al afeitado de un halcón de esta forma «mirarlo». Era un estado de la mente tranquilizadoramente familiar, meditativo, cuidadoso y solemne. Por primera vez en meses, mi vida tenía un propósito. Estaba esperando el momento del que se deriva todo lo demás: cuando el azor baja la cabeza y empieza a alimentarse. Eso era todo lo que quería. Eso era todo lo que existía. Esperar. Observar. Sentada con el azor me sentía como si estuviera aguantando la respiración durante horas sin esfuerzo. Sin ascenso, sin caída, solo el latido de mi corazón, que sentía en las yemas de los dedos, ese pequeño bombeo sincopado que, dado que era lo único que notaba moverse, no parecía formar parte de mí en absoluto. Era como si fuera el corazón de otra persona, o como si otra cosa estuviera viviendo en mi

interior. Algo con una cabeza plana y reptiliana y dos pesadas alas bajadas, de costados envueltos en sombras, moteados como los de un zorzal. Había un tono verdusco en la luz de la habitación, oscuro y frío y vagamente submarino. Fuera, la vida continuaba, cálida y distante. Tras las cortinas pasaban las sombras de gente de compras y de estudiantes y bicicletas y perros. Siluetas vagas con forma de persona cuyos sonidos me llegaban como a través de un teléfono hecho con latas, confusos e incomprensibles. El clap, clap de pies caminando. El siseante zumbido de otra bicicleta. Pasaron minutos muy largos. Un poco de plumón que se había desprendido de las cobertoras del halcón se deslizó lentamente hasta la alfombra a mis pies. Una pequeña estrella, sin apenas plumilla, solo un montoncito de plumitas suaves y blancas. Lo miré durante mucho tiempo. No había mirado un objeto de esta manera, con una atención tan inquisitiva mientras mi mente estaba en otra cosa, desde aquel trozo de liquen de los renos el día en que llegó la llamada.

Trabajos de nudillos blancos, solía llamarlos papá: ese era el término de la jerga de Fleet Street para referirse a los trabajos peligrosos. Asomarse desde un helicóptero en vuelo con una cámara en una mano y la otra agarrando el marco de la puerta porque el arnés de seguridad se ha roto. O mirar a través de una lente de ojo de pez desde la cima de la catedral de Salisbury, de pie sobre una frágil cornisa de hierro clavada en la piedra a ciento veinte metros de altura del suelo.

—¿Los trabajos de nudillos blancos? Los consigo hacer mirando a través de la cámara —me dijo—. La levanto así —y simuló llevársela al ojo—. Miro a través del visor. Eso evita que te impliques. Impide que te entre miedo. Ya no posees un cuerpo que pueda caer o fracasar: lo único que existe es un cuadrado de vidrio delicadamente pulido y el mundo que se ve a través de él, y toda una serie de decisiones técnicas en tu cabeza sobre la exposición y la profundidad del campo para conseguir la imagen que desees.

Allí sentada, con el azor, en aquella habitación en penumbra, me sentí más segura de lo que me había sentido en muchos meses. En parte porque tenía un propósito. Pero también porque había cerrado la puerta al mundo exterior. Ahora podía pensar en mi padre. Empecé a pensar en cómo se había enfrentado él a las dificultades. Poner una lente entre él y el mundo era una defensa no solo contra el peligro físico, sino que le escudaba de otras cosas que tenía que fotografiar: cosas horribles, cosas trágicas; accidentes, trenes descarrilados, las secuelas de los atentados terroristas en las ciudades. Le preocupaba que su estrategia de supervivencia se hubiera convertido en un hábito.

—Veo el mundo a través de una lente —dijo una vez, con cierta tristeza, como si la cámara estuviera siempre ahí y le impidiera implicarse, como si fuera algo que se interponía entre él y las vidas de los demás.

El pinzón cantaba otra vez. «Así es como aprendes quién eres». ¿Había aprendido de mi padre a ser una observadora? ¿Me habitué de niña a imitar su estrategia profesional para enfrentarse a las dificultades? Le di vueltas en la cabeza a ese

pensamiento durante un tiempo, pero finalmente lo descarté. No, pensé. No. Pero fue más un «No puedo pensar así» que un «No es verdad». Todos esos miles y miles de fotografías que había tomado mi padre. «Mejor piensa en ellas». Cada una es un testimonio, un testamento, un baluarte contra el olvido, contra la nada, contra la muerte. Mira, *esto sucedió*. Pasó una cosa, y ahora nunca podrá *despasar*. Aquí está, en la fotografía: un bebé pone su minúscula mano en la arrugada palma de un octogenario. Un zorro corre por un sendero del bosque y un hombre levanta una escopeta para cazarlo. Un accidente de tráfico. Un avión que se ha estrellado. Un cometa rasgando la mañana. Un primer ministro secándose el sudor de la frente. Los Beatles, sentados a una mesa de una cafetería de los Campos Elíseos un frío día de enero de 1964, John Lennon mostrando su pálido rostro bajo el borde de su gorro de pescador. Todas estas cosas sucedieron, y mi padre las había guardado en una memoria que no era simplemente personal, sino del mundo. La vida de mi padre no fue un desaparecer. La suya era una vida que luchó contra la desaparición.

Una noche de invierno llegó a casa del trabajo extrañamente desalentado. Le preguntamos qué le pasaba.

—¿Habéis visto el cielo hoy? —dijo.

Había estado caminando por un parque de Londres de vuelta de una conferencia de prensa. Estaba desierto, excepto por un niño que jugaba junto a un lago congelado por el cual en verano navegaban barcas.

—Le dije: «Mira al cielo, mira eso. Recuerda que lo viste. No lo volverás a ver nunca».

Sobre ambos había una titánica tracería de halos de hielo y parhelios en el brumoso cielo invernal. Un halo de 22 °, un arco circuncenital y un arco de la tangente superior, reflejaban la luz del sol, que cortaba los cielos en una compleja geometría de hielo, aire y fuego. Pero al chico no le interesó lo más mínimo. Papá se quedó anonadado.

—Quizá pensó que eras un tipo raro —nos reímos, poniendo los ojos en blanco, y pareció avergonzado y un poco enojado.

Pero más que eso, estaba muy triste por el niño que no podía ver.

Ahora que papá ya no estaba, yo empezaba a ver que la mortalidad estaba ligada a cosas como aquellos arcos que iluminaban el frío cielo. Que el mundo está lleno de señales y maravillas que vienen y se van, y si tienes suerte puedes llegar a verlas. Una vez, dos. Quizá nunca más. Los álbumes de las estanterías de mi madre están llenos de viejas fotografías de familia. Pero también de otras cosas. Un estornino con un pico torcido. Un día de escarcha y humo. Un cerezo cargado de flores. Nubes de tormenta, rayos, cometas y eclipses: acontecimientos celestiales aterradores en sus ciegas distancias pero que también te aseguran que el mundo permanecerá, aunque tú seas solo un parpadeo en su camino.

Henri Cartier-Bresson llamaba a tomar una buena fotografía el «instante decisivo»: «Tu ojo debe ver una composición o una expresión que la vida misma te

ofrece, y debes tener la intuición de cuándo apretar el obturador —dijo—. ¡El Instante! Una vez lo dejas pasar, no vuelve». Pensé en uno de estos instantes mientras estaba sentada esperando que el azor comiera de mi mano. Era una fotografía en blanco y negro que mi padre había tomado muchos años atrás de un viejo barrendero con una perilla blanca, calcetines arrugados y zapatos gastados. Pantalones de faena arrugados, guantes de trabajo y una boina de lana. La cámara está baja, sobre el pavimento. Papá debió de haberse acuclillado en la calle para tomar la imagen. El hombre está agachándose, con su escoba hecha de ramas de abedul a un costado. Se ha quitado uno de los guantes, y entre el pulgar y el primer dedo de su desnuda mano derecha sostiene un trocito de pan que ofrece a un gorrión posado en el bordillo. El gorrión está capturado a medio salto, justo en el momento en que toma el pan de entre sus dedos. El rostro del hombre está inundado de felicidad. Luce la expresión de un ángel.

Pasó el tiempo. Los azores salvajes comen hasta atiborrarse y luego pueden pasar días sin tocar comida. Sabía que el azor no comería de mi mano hoy. Tenía miedo, no tenía hambre; el mundo entero era un insulto para él. Ambos necesitábamos una pausa. Le volví a colocar la caperuza. Y entonces. Un instante fugaz de pánico, los nervios en llamas, y luego se relajó porque el día se había convertido en noche y yo había desaparecido. El terror se desvaneció. Engatusado. Fue un truco antiguo y excusable: la oscuridad le daría espacio para templar sus nervios. Y a mí para calmar los míos. Se durmió en su percha. Yo también me dormí, envuelta en un edredón en el sofá. Más tarde, cuando lo subí otra vez al puño, el humor en la habitación era distinto. No era la primera vez que se hallaba en esa situación y ya no estaba del todo seguro de que yo fuera un monstruo. Se debate, una vez, hacia el suelo, pero es una simple debatida al suelo, no una huida presa de un terror ciego. Lo subí de vuelta al guante. Nos quedamos sentados más tiempo. Luego, en lugar de fijar su horrorizada mirada en mí, empezó a examinar su entorno. Cosas nuevas. Estanterías, paredes, suelo: lo inspeccionó todo cuidadosamente con pequeños movimientos laterales de su cabeza. Paralaje de azor, juzgando perfectamente las distancias. Observó hasta donde llegaba el techo, las líneas de las estanterías bajo él, inclinó la cabeza para considerar la serie de caóticos flecos del extremo de la alfombra. Y entonces se produjo un momento decisivo. No fue el que yo esperaba, pero fue igualmente emocionante. Mientras contemplaba la habitación con simple curiosidad, volvió la cabeza y me vio. Y se sobresaltó. Dio un pequeño saltito de sorpresa exactamente igual que habría hecho un humano. Sentí su sorpresa y el apretón de sus garras, frío y eléctrico. Ese fue el instante. Hacía solo un minuto yo era tan aterradora que no existía nada más. Pero luego me había olvidado. Solo durante una fracción de segundo, pero había bastado. El olvido era delicioso porque era una señal de que el azor comenzaba a aceptarme. Pero lo acompañaba un entusiasmo más profundo y oscuro. La emoción de haber sido olvidada.

El interior de Rembrandt

White soltó a su joven torzuelo de azor en el establo aquella primera noche y de madrugada, a las tres y cinco, el ave subió a su puño y comió. Tenía hambre, estaba familiarizado con los humanos y dispuesto a acudir al cetrero en busca de comida. Era un estado al que mi azor todavía no había llegado y al que no llegaría en varios días. Si White hubiera sabido lo que estaba haciendo, Gos podría haber volado libre en una semana. Pero no tenía ni idea de lo que hacía. No comprendía que un azor en adiestramiento tiene que mantenerse un poco hambriento, pues solo a través de recompensas de comida un ave salvaje empezará a verte como una figura benevolente y no como una afrenta a todo cuanto existe.

White se quedó de piedra. En la cola de su azor encontró extrañas marcas transversales, como si alguien hubiera pasado una cuchilla por el raquis de las plumas. Sabía lo que eran: marcas de hambre causadas por falta de comida cuando las plumas estaban creciendo; debilidades que las hacían más propensas a romperse. Remordimiento y reproches. Le preocupaba que los daños que había sufrido el azor fueran culpa suya. Quería detener estas marcas de hambre, compensar las carencias que habían dejado estas cicatrices en su azor y debilitado sus plumas. Así que lo alimentó. Lo alimentó tanto como pudo. No sabía que, dado que esas plumas ya estaban completamente desarrolladas, no era posible que las marcas empeorasen. Le dio al azor tanta comida que el pájaro fue incapaz de comerla y acabó por no soportar verla, y aquí está White, el cetrero aterrorizado, acariciando las plumas del pecho del azor con un cráneo de conejo partido que muestra todos los sesos desparramados del animal en un intento desesperado de que el ave coma, cuando el azor no quiere comer porque está saciado. «Ámame —está diciendo—. Por favor. Puedo compensarte, hacer que todo sea mejor. Puedo arreglarte. Por favor, come». Pero un azor gordo y atiborrado solo quiere que lo dejen en paz, desaparecer en su mundo particular sin humanos, repleto y contento, entrecerrar los ojos, recoger una de sus patas entre sus blandas plumas y digerir su comida y dormir. A lo largo de los siguientes días y semanas, White prueba con comida distinta, con comida mejor, intentando tentar al azor para que coma más de lo que puede soportar. Le suplica, desesperado, convencido de que su paciencia triunfará. Y, por supuesto, llegados a cierto punto el azor recupera el apetito suficiente para comer y White lo atiborra otra vez de comida, convencido de que ahora todo irá bien. Y entonces el azor lo odia, y el extraño ciclo empieza de nuevo. «Días de ataque y contraataque —según los describió White—, una especie de baile adelante y atrás a través de disputados campos de batalla». Hay una lógica de pesadilla en el tiempo que White pasa con su pájaro, la lógica de un sádico que odia a medias a su azor porque se odia a sí mismo, que quiere hacerle daño porque lo ama, pero se contiene, e insiste en que coma para que así el ave lo

ame. Y esta retorcida lógica humana se topó con la sencilla lógica de un azor gordo y salvaje que considera a este hombre la cosa más perjudicial de la tierra.

«Yo acababa de escapar de la humanidad —escribió White—, y el pobre Gos acababa de ser atrapado por ella». Pero él no había escapado, no exactamente. Cuando lees *El azor* tienes la sensación de que su casa estaba a muchos kilómetros de distancia de todas partes, que era una edificación remota en un bosque a casi un kilómetro de la carretera más cercana. Pero, en realidad, la casa estaba en las tierras de Stowe; había sido construida en una de las viejas carreteras creadas siglos atrás para que los carruajes pudieran llegar a la gran casa señorial. Se llamaba a estas carreteras los Ridings, y una de ellas atravesaba un mar de hierba y pasaba directamente frente a la casita de White, luego continuaba por la cima de una colina que las ovejas habían dejado desnuda de vegetación y terminaba en las puertas de la escuela. La casa era rústica, en efecto: tenía un retrete de tierra y un pozo, y cuando White estaba con su azor en el establo todavía podía leer lo que un guardabosques Victoriano había escrito de sus desaparecidas bolsas con capturas en la parte interior de la puerta. «Faisán», decía. «Arnés». Pero no era remota. Allí estaba su casa, no precisamente en un bosque, sino en la vieja carretera a Stowe, todavía abierta al tráfico, como una promesa cumplida solo a medias, y White en ella, como un perro que se sienta lo más lejos que le permite su cadena, o como el triste divorciado que se va de la casa de su pareja para irse a vivir a la vuelta de la esquina. Por mucho que disfrutara de su libertad, el profesor no había escapado del lazo de la escuela, ni tampoco de su condición de profesor.

En el libro de Blaine, White leyó que la cetrería era el arte de controlar a la más salvaje y orgullosa de las criaturas, y que para adiestrarla el cetrero tiene que combatir su desconfianza y su rebeldía. El adiestramiento de un azor era muy similar a la educación del típico alumno de escuela privada. En ambos casos un sujeto salvaje y desobediente era reconducido y moldeado, el sistema lo civilizaba y le enseñaba buenos modales y obediencia. Pero los métodos eran distintos, y esto complacía mucho a White. «Había sido profesor mucho tiempo —escribió—, y en esa profesión el método habitual de enfrentarse a una situación difícil era el castigo. Por eso fue especialmente agradable descubrir una actividad educativa en la que el castigo se consideraba ridículo».

Decidió que era el tipo de educación perfecta para él y para el azor. Llamaría a su libro *El cetrero*, y en sus páginas él y sus lectores darían una «paciente excursión por los campos hacia el pasado». Esta excursión no era solo hacia un imaginario pasado de Inglaterra; también era una excursión a su propio pasado. White se había «caído de la curiosa competición heterosexual adulta», y había vuelto a ser «un niño monástico». En aquellas largas horas de psicoanálisis con Bennet, White había aprendido que viajar hacia atrás en el tiempo era una forma de arreglar las cosas; descubrir traumas pasados, revisitarlos y arrebatárles su poder. Ahora iba a viajar atrás en el tiempo con el azor. Ya había empanzado con el niego en la cesta, se había

identificado con el azor. Ahora iba a recrear de forma inconsciente su infancia, con el azor ocupando su lugar como niño, y el White adulto interpretando el papel del maestro ilustrado que no podía, no quería, no debía pegar ni hacer daño al niño a su cargo.

White considera la cetrería el más glorioso de los misterios. No tiene a nadie que le enseñe y dos libros de los que aprender, sin contar la descripción en la Enciclopedia Británica, que se sabe casi de memoria. Está *Falconry*, de Blaine, publicado el año anterior, y *Coursing and Falconry*, de Gerald Lascelles, de 1892. Pero el libro al que se aferra White es mucho más antiguo; se publicó en 1619. Titulado *An Approved Freatise of Hawkes and Hawking*, trata solo de azores y fue escrito por el caballero Edmund Bert. White no poseía un ejemplar propio, pues era un volumen muy difícil de encontrar, pero lo había leído. Quizá había tenido acceso al ejemplar que había en la biblioteca de la Universidad de Cambridge. Quizá fuera exactamente el mismo que yo había hojeado como estudiante. Igual que a White, a mí también me sedujo el libro de Bert. Es una obra fantástica. Bert es el equivalente del siglo XVII de algunos de los azoreros de Yorkshire más directos que he conocido, gente a la que se le ha pegado parte del carácter del ave. Hombre de múltiples talentos, cascarrabias y de ingenio rápido, no pierde oportunidad de alabarse a sí mismo, de decirnos lo bien que se comportan sus azores: cómo caminan de puntillas y estiran el cuello para tomar el tuétano de su mano, cómo viajan con él allá adonde va. Cuando está fuera de casa, se jacta Bert, pone a su azor sobre «un taburete de terciopelo, en un comedor o salón del lugar dondequiera que estuviese, pues no quería perder de vista a mi azor más que lo imprescindible. Quizá por ello la dama o la señora de la casa me mirara descontenta», dice, con humor socarrón, «pero conozco tan bien la buena disposición de mi azor que le he prometido que si defeca en la sala, yo mismo limpiaré la deposición con la lengua».

Edmund Bert obsesionó a White mientras adiestraba a su azor como White me obsesionó a mí. Pero fue un tipo distinto de obsesión. «Tuve una especie de “enamoramiento” de chica adolescente por aquel viejo tan serio que había vivido hacía trescientos años», confesó en privado. White quería impresionar a Bert. Estaba enamorado de él. Imbuido de imaginarios medievales, enamorado de un cetrero muerto hacía trescientos años, decidió ignorar la mayor parte de los consejos de Blaine y entrenar a su azor a la antigua.

Los viejos maestros cetreros habían inventado un modo de adiestramiento que no mostraba ninguna crueldad aparente, y cuya crueldad secreta debía ser soportada tanto por el adiestrador como por el ave. Mantenían el pájaro constantemente despierto. No sacudiéndolo ni por ningún medio mecánico, sino caminando con su pupilo en el puño y quedándose despiertos ellos también. El halcón era «vigilado», le privaba de sueño un hombre también

privado de sueño, por espacio de dos, tres y hasta nueve noches seguidas.

White malinterpretó a sabiendas los métodos de Bert. El cetrero del siglo xvii habría hecho que toda una serie de amigos y asistentes lo relevaran para poder dormir. Pero White ansiaba un rito de paso. Una vigilia de caballero propiamente dicha. Y tenía que hacerla solo, hombre contra hombre, por así decirlo. Vigilar a su azor sería una privación, un calvario, una prueba para su Palabra. No sería cruel. Pero conquistaría tanto al azor como a sí mismo de un solo golpe. «Hombre contra pájaro —escribió—, con Dios como árbitro, llevaban enfrentándose durante tres mil años». En esta larga vigilia —White había dormido seis horas en seis días— los efectos del extremo cansancio se cobraron su precio. Una y otra vez, delirando por la falta de sueño, sentado en la cocina o de pie en el establo iluminado por las bombillas, alzaba a su gordo y asustado azor a su puño y le recitaba pasajes de *Hamlet*, *Macbeth*, *Ricardo II*, *Otelo* —«poniendo cuidado en no adoptar un tono trágico»— y todos los sonetos que recordaba, le silbaba himnos religiosos, le ponía canciones de Gilbert y Sullivan y ópera italiana, y decidió, tras pensarlo bien, que los azores prefieren a Shakespeare.

Siendo estudiante tuve que redactar un trabajo sobre la Tragedia como parte de mi licenciatura en Lengua Inglesa. Fue bastante irónico, pues en aquellos momentos yo era completamente trágica. Vestía de negro, fumaba Camel sin filtro, y merodeaba por ahí con los ojos empastelados de kohl. Pero no conseguí escribir ni un solo trabajo sobre tragedia griega, tragedia jacobina, tragedia shakespeariana, ni, de hecho, hacer gran cosa. «Me gustaría escribir una evaluación magnífica de la señorita Macdonald —apuntó irónicamente uno de mis tutores—, pero dado que nunca la he visto y no tengo la menor idea de qué aspecto tiene, no puedo hacerlo». Pero sí leí. Leí mucho. Y descubrí que hay una miríada de definiciones de esta cosa llamada tragedia que se han abierto camino subterráneamente a través de la historia de la literatura, y que la más simple de todas era la siguiente: es la historia de un personaje que, por algún defecto moral o fracaso personal, se precipita por la fuerza de las circunstancias a su perdición.

Fue el trabajo sobre la Tragedia lo que me llevó a leer a Freud, porque entonces todavía estaba de moda leerlo y porque los psicoanalistas también habían tratado de explicar la tragedia. Y después de leerlo empecé a ver todo tipo de transferencias psicológicas en mis libros de cetrería. Vi que aquellos cetreros del siglo xix proyectaban en sus halcones todas las cualidades masculinas que consideraban amenazadas por la vida moderna: naturaleza salvaje, poder, virilidad, independencia y fuerza. Al identificarse con sus halcones mientras los adiestraban, podían introyectar, o reapropiarse, esas cualidades. Al mismo tiempo, ejercían su poder «civilizando» a una criatura salvaje y primitiva. Masculinidad y conquista: dos mitos imperiales por el precio de uno. El cetrero Victoriano asumía el poder y la fuerza del

halcón. El halcón asumía los modales del hombre.

Para White, también, la cetrería implicaba extrañas proyecciones, pero de otras cualidades muy distintas. Su joven azor alemán era la viva expresión de todos los oscuros y vergonzosos deseos que había tratado de reprimir durante años: era una cosa mágica, un duende feral, feroz y cruel. Había tratado de ser un caballero durante tanto tiempo... Había intentado encajar, seguir todas las reglas de la sociedad civilizada, ser normal, ser como todos los demás. Pero sus años en Stowe y el psicoanálisis y el miedo a la guerra lo habían llevado a un punto crítico. Había rechazado a la humanidad en favor de los azores, pero no podía escapar de sí mismo. De nuevo White estaba embarcado en una batalla para civilizar la perversidad y la rebeldía que había en su interior. Solo que ahora había depositado esas cualidades en el azor, y estaba tratando de civilizarlas allí. Se encontró en una extraña y enconada batalla con un pájaro que era todas las cosas que él deseaba ser y contra las que siempre había luchado. Era una paradoja terrible. Una auténtica tragedia. No es de extrañar que convivir con Gos lo llevara al borde de la locura.

Está perdido. El establo es una mazmorra. Está redomada y embriagadoramente cansado. Un viento frío estival se cuele por las grietas de las paredes. Las lechuzas cazan fuera: gritos granulados, finos como juncos, bajo una luna naranja que surca a poca altura el cielo. Es un verdugo, piensa, y debería llevar una máscara. Una máscara negra que oculte su rostro. Ha estado midiendo el tiempo a través de las debatidas del azor, en los cientos de ocasiones en que ha devuelto al cautivo, entre gritos, al guante. El establo es la Bastilla. El azor es un prisionero. El cetrero es un hombre vestido con pantalones de montar y un abrigo a cuadros. Existe en un interior de Rembrandt. Un montón de ramas y tarros vacíos sobre el suelo de ladrillo; telarañas en las paredes. Una reja rota. Un barril de cerveza Flowers. Un charco de luz de la lámpara de aceite, y el azor. El azor, el azor, el azor. Está en su puño, con todas las puntas de flecha sepia de su pecho enmarañadas y desgastadas por sus manos. El hombre oscila hacia delante y atrás como si estuviera a bordo de un barco, como si el suelo bajo sus pies se inclinara y moviera como el mar. Trata de mantenerse despierto. Intenta mantener despierto al azor. El azor quiere cerrar los ojos y dormir, pero el balanceo lo despierta. «Soy libre», el hombre se dice a sí mismo. Libre. Mira las telarañas tras el exhausto azor. «Estoy en *purdah* —piensa, feliz—. No debo mirar al azor a los ojos. No debo castigar al halcón, aunque se debata, y me golpee, y mi mano esté en carne viva por los picotazos y mi rostro arda por las bofetadas de sus alas. A los azores no se los puede castigar. Preferirían morir a someterse. La paciencia es mi única arma. Paciencia. Derivada de *patior*. Que quiere decir sufrir. Es un calvario. Debo triunfar». El hombre se mece sobre sus pies y el azor también sufre. Las lechuzas ahora no hacen ruido. Están acuarteladas en los Ridings sobre pastos empapados de rocío.

Rito de paso

Las plumas en su pecho son del color de periódico dejado al sol, de papel manchado de té, y cada una termina en el extremo con una punta de flecha en forma de hoja, de modo que de la garganta a los pies está estampado con una lluvia de gotas que caen. Sus alas son color de roble viejo, con las plumas coberteras ribeteadas en teca muy pálida y las plumas de vuelo a rayas plegadas discretamente debajo. Y luego tiene un tono extraño que, más que verse, se percibe, una especie de luz plateada, como de cielo lluvioso reflejado en la superficie de un río. Parece nuevo. Parece que el mundo no pueda tocarlo. Como si todo lo que existe y es observado resbalara como gotas de agua sobre sus oleosas y prietas plumas. Y cuanto más estoy sentada con él, más me maravillo de cuán reptiliano es. La luminosidad de sus pálidos ojos redondos. La piel cerosa bajo su pico negro como la baquelita. La forma en que vuelve la cabeza de un lado a otro para fijarse en objetos lejanos. La mitad del tiempo parece tan extraterrestre como una serpiente, un ser hecho de metal, escamas y cristal. Pero luego veo cosas inefablemente aviares en ella, cualidades familiares que la convierten en algo adorable y cercano. Se rasca la pelusa del mentón torpemente con la garra; estornuda cuando algún filamento errante de plumón se le mete por la nariz. Y cuando la vuelvo a mirar no parece ni ave ni reptil, sino una criatura modelada por un millón de años de evolución para una vida que todavía no ha vivido. Esas largas plumas barradas de la cola y las alas cortas y anchas están perfectamente diseñadas para virajes rápidos y para acelerar brutalmente en un mundo lleno de los obstáculos típicos del bosque; los patrones de su plumaje la ocultarán en un camuflaje perfecto que alterna luz y sombra. Las minúsculas plumas parecidas a cabellos que tiene entre el pico y el ojo —crines— son para recoger la sangre de modo que se seque, forme copos y salga volando, y las cejas fruncidas que le dan a su rostro esa hueca intensidad rapaz son proyecciones de hueso que protegen sus ojos cuando atraviesa el sotobosque en pos de su presa.

Todo en él está afinado y orientado a la caza y a matar. Ayer descubrí que cuando succiono aire entre los dientes y hago un ruido chirriante como de conejo herido, todos los tendones de sus dedos se contraen instantáneamente, clavando las garras en el guante con terrible y aplastante fuerza. Esta presión asesina está grabada desde antiguo en lo más profundo de su cerebro. Es una respuesta instintiva que todavía no ha encontrado el estímulo que debe desencadenarla. Porque otros sonidos también lo activan: las bisagras de la puerta, bicicletas con ruedas mal engrasadas y, durante la segunda tarde, Joan Sutherland cantando un aria en la radio. Oh. Me reí en voz alta ante eso. Estímulo: ópera. Respuesta: matar. Pero luego este instinto mal aplicado deja de ser gracioso. Instantes después de las seis en punto llega un lamento infeliz desde un carrito de bebé al otro lado de la ventana. Inmediatamente el azor clava las

garras en mi guante, aumentando la presión en salvajes y acuchillantes espasmos. Matar. El bebé llora. Matar matar matar.

Pasan dos días. Me siento, camino y me siento y camino, con el azor casi constantemente en mi puño. Me duele el brazo y un cansancio sordo se apodera de mi corazón. En la radio emiten un programa sobre agricultura. Trigo, borraja, semilla de colza. Politúneles y cerezas. El azor es a ratos un sapo jorobado, a ratos un niño nervioso, a ratos un dragón. La casa es un vertedero. Trozos de carne cruda decoran la basura. Se me ha acabado el café. He olvidado cómo hablar. Mi boca emite breves murmullos tranquilizadores al azor para que sepa que todo está bien. Ella los recibe en silencio, con débiles piadas nerviosas y nasales. Cuando camino, sigue mis pies con los ojos como si fueran dos pequeños animales que se mueven por la casa con nosotros. Le interesan las moscas, las motas que flotan en el aire, la forma en que la luz ilumina ciertas superficies. ¿Qué mira? ¿En qué piensa? Oigo el clic de la membrana nictitante que cruza sus ojos cuando pestañea, y, ahora que los veo de cerca, sus ojos empiezan a inquietarme. Parecen discos de papel pálido pegados a un lado de su cabeza, cada uno con una pupila perforada como un agujero negro, alojada bajo una cúpula transparente como una burbuja de agua. El azor es más fuerte de lo que creía. Y más tranquilo de lo que había creído posible.

Empiezo a preocuparme. ¿Le sucede algo malo? Es extrañamente dócil. ¿Dónde está el animal lunático del que todos hablan? Llevo sentada con ella dos días y ni una sola vez, a diferencia de lo que le sucedió a White, he deseado desmembrarla o matarla a golpes. Había esperado un tornado de terror y salvajismo, un gran y horrible combate de almas, pero en lugar de eso, conforme en el exterior la luz se intensifica y los vencejos más tardíos ascienden con su aleteo rápido para enterrarse en el cielo, me siento en un sofá y veo cómo un azor cansado se duerme. Los bordes de las plumas de sus alas caen y descansan sobre el guante. Un velado párpado gris se alza para cubrir un ojo, luego sucede lo mismo en el otro. Se hunden sus hombros y le tiembla la cabeza. La punta de su lustroso pico se hunde entre las plumas sobre su buche. Viéndola dormir en esta víspera cierro los ojos también, pero cuando llega el sueño estoy en pie en el esqueleto de una casa quemada, en un aire blanco y vacío que reluce levemente, como impregnado de escarcha o de mica. A mi alrededor hay viguetas y vigas carbonizadas. Alargo la mano. Toco un trozo de madera abrasada. Fría, peluda, equivocada. Me invade el pánico. Negación. Un profundo desaliento. Después la casa se derrumba, se hunde sobre sí misma y sobre mí. Y nos despertamos juntos, el azor y yo, él con aprensión y sobresaltado, apretando pies y plumas, y yo con una lenta y mareante desorientación que hace que me aferre desesperadamente a la visión del azor para volver a un mundo que no está lleno de ceniza. Los mismos pensamientos una y otra vez. ¿Por qué duerme tanto? Los azores duermen cuando están enfermos. Debe de estar enfermo. ¿Por qué estoy durmiendo tanto yo? ¿Estoy enferma también? ¿Qué le pasa a ella? ¿Qué nos pasa a las dos?

Al azor no le pasaba nada. No estaba enfermo. Era todavía una cría. Se quedaba dormido porque eso es lo que hacen los bebés. Yo tampoco estaba enferma. Pero me había quedado huérfana, era desesperadamente sugestionable y no sabía qué me sucedía. Durante años me había reído de la noción de White de que el adiestramiento de un ave rapaz era un rito de paso. Exagerado, pensé. Chiflado. Porque no era así. Yo sabía que no era así. Había volado docenas de halcones y estaba familiarizada con todos y cada uno de los pasos de su adiestramiento. Pero aunque conociera dichos pasos, la persona que ahora los estaba ejecutando era distinta. Yo estaba en ruinas. Una parte profunda de mí intentaba reconstruirse, y el modelo para esa reconstrucción estaba posado en mi puño. El azor era todo lo que yo quería ser: solitario, sereno, libre de pesar e inmune a los sufrimientos de la vida humana.

Me estaba convirtiendo en un azor.

No me encogí ni me crecieron plumas como a Verruga en *La espada en la piedra*, a quien Merlín transformó en un esmerejón como parte de su educación mágica. Esa escena me encantaba de niña. La había leído mil veces. Me emocionaba cuando los dedos de los pies de Verruga se convertían en garras y arañaban el suelo, cuando aparecían sus plumas primarias, cuando unas plumillas azul pálido emergían de la punta de los dedos de sus manos. Pero aun así, yo también me estaba convirtiendo en un azor.

El cambio se produjo a través de mi dolor, de mi vigilancia, de no ser yo misma. Los primeros días con un ave rapaz salvaje nueva son siempre delicados, una cuidadosa danza de modales. Para decidir cuándo te puedes rascar la nariz sin alterarlo, cuándo puedes caminar o debes sentarte, cuándo retirarte y cuándo acercarte, debes leer el estado mental de tu pájaro. Lo haces observando su postura y sus plumas, cuya combinación convierte la silueta del ave en un barómetro exquisito de su humor. Las emociones más simples de un azor son sencillas de percibir. Las plumas pegadas al cuerpo significan «tengo miedo». Si están ahuecadas significan «estoy relajado». Pero cuanto más observas a un azor, más sutilezas aprecias; y pronto, en mi estado hipervigilante, empecé a responder a los indicios más leves. Una contracción de las crines alrededor de su pico y un entrecerrar casi imperceptible de los ojos significan algo así como «feliz»; una expresión fugitiva y particular en su rostro, extrañamente distante y reservado, significa «tengo sueño».

Para adiestrar a un azor, hay que vigilarlo con la intensidad de un ave de presa, y de ese modo aprendes a comprender sus estados de ánimo. Luego adquieres la habilidad de predecir lo que hará a continuación. Es el sexto sentido del adiestrador experimentado. Al final ya ni siquiera ves el lenguaje corporal del azor. Te parece que sientes lo que siente. Que percibes lo que percibe. Haces tuya la aprensión del azor. Ejercitas lo que el poeta Keats denominó la cualidad camaleónica, la habilidad de «tolerar una pérdida del yo y una pérdida de racionalidad por confiar en la capacidad de recrearse a uno mismo en otro personaje o en otro entorno». A mí siempre me ha resultado sencillo realizar esa gesta de imaginación recreativa. Demasiado fácil.

Olvidar quién eres y volcarte en la cosa que observas forma parte de ser un observador. Por eso la niña que fui amaba observar a los pájaros. Se hacía desaparecer a sí misma y luego, en los pájaros que observaba, emprendía el vuelo. Estaba sucediendo también ahora. Me había volcado en la mente salvaje del halcón para domarla, y a medida que pasaban los días en aquella habitación en penumbra mi humanidad se consumía.

Tres golpecitos tímidos en la puerta de entrada.

—Un momento —digo.

Una vocecita en mi interior, resentida y salvaje, sisea: «Fuera, seas quien seas». Es Christina, que ha traído dos cafés y los periódicos del domingo.

—Bueno —dice, acomodándose en una silla junto a la chimenea—. ¿Cómo está yendo? ¿Está bien el azor?

Asiento. Levanto las cejas. Soy vagamente consciente de que eso no basta para continuar la conversación.

—Mmm —digo.

La voz no es del todo la mía. Ella se abraza las rodillas y me mira con curiosidad. *Debo esforzarme más*, pienso. Así que hablo del azor durante un rato, y luego ya no puedo hablar más. Miro mi vaso de papel.

Me alegra verla. «No debería estar aquí». El café es bueno. «Deberíamos estar solas». Estos pensamientos amargados me sorprenden. Afeitar al azor consiste, sobre todo, en acostumbrarlo a cosas nuevas. Christina es una cosa nueva.

—Voy a intentar una cosa —le digo—. Ignora al azor. Sigue leyendo tranquilamente el periódico.

Cojo un trozo de ternera fresca de la cocina, me siento con el azor en el sofá y le retiro la caperuza. Hay un instante de aleteo frenético y de incompreensión y el aire de la habitación se torna hielo. Con las plumas muy prietas, salvaje e irresoluto, con ojos como platillos de porcelana, el azor mira fijamente. Se me hunde el corazón. Va a debatirse. Pero el instante se alarga y no lo hace. Después de cierto tiempo de cautelosa observación, decide que un humano pasando páginas de periódico es algo absolutamente fascinante.

Una hora más tarde se muestra tranquilo y sociable. Estamos viendo la televisión. El azor se mece en equilibrio sobre sus talones, hipnotizado por los resplandores de la pantalla. Pequeñas volutas de plumón todavía adheridas al pináculo de sus plumas escapulares oscilan impulsadas por la corriente que llega del recibidor. Entonces, sin previo aviso, salta de mi puño en el torbellino de una debatida. Salen papeles volando por todas partes. Christina se sobresalta. Mierda, pienso. Tendría que ponerle la caperuza, dejar que descanse. Esto es demasiado. Pero me equivoco. No ha sido el miedo el motivo de esta debatida. Ha sido la frustración. Picotea sus pihuelas desplazando hacia ellas su furia, luego pica la carne entre los dedos de sus patas. Tiene hambre. La comida es un descubrimiento maravilloso. Es un gastrónomo

delicado y decidido. Pica y muerde y traga y chilla feliz y muerde y traga otra vez. Estoy encantada. Pero también indignada. Este momento debería haber nacido de la soledad y de la meditación en la oscuridad. No así. No a la luz del día y con otra persona en la habitación y con 'Allo 'Allo! en la televisión. No en presencia de nazis cómicos y con una banda sonora que habla de salchichas gigantes y de la ocupación de Francia. Entrecierra los ojos con placer, eriza las plumas alrededor de la nariz y luego sus plumas se relajan en suaves ondulaciones de ocre y crema.

—¿Ha hecho esto antes? —pregunta Christina.

—No —digo—. Es la primera vez.

Llegan risas del televisor cuando un oficial de la SS vestido de mujer entra en escena mientras el halcón termina de comer, levanta las alas como si fuera una mopa espumosa hecha de plumas, las mantiene arriba un instante y luego las sacude y las vuelve a plegar. Se ha esponjado. Una señal de felicidad. No se había esponjado antes.

Ahora mi azor es lo bastante dócil como para estar sin caperuza. Desde su percha junto a la ventana contempla cómo las cortinas se mueven sobre la polvorienta alfombra. Todavía no lo puedo recoger sin que se debata, pero estoy trabajando en ello. Desde el sofá lanzo un trozo de carne del tamaño de una uña hacia él. Cae con un pegajoso chof en la tela de vinilo bajo su percha. Ella lo mira. Frunce el ceño. Vuelve la cabeza hacia un lado para inspeccionarlo con más detalle. Entonces se deja caer con un chirrido de garras y un frenesí de plumas, recoge con cuidado la carne del suelo y se la traga. Desaparecido. Durante un instante se queda allí quieta, como si tratara de acordarse de algo que ha olvidado, y luego salta con brío de vuelta a la percha, con las plumas de sus pantalones ahuecadas y sacudiendo la cola. Espero un rato y lanzo otro trozo de carne en su dirección. Chop. Salto. Tragar. Salto. Me agacho al suelo y me quedo sentada allí un rato. Volviéndome lentamente de lado sobre mi trasero, veo al azor con el rabillo del ojo. Se tensa. Aparto la mirada. Se relaja. Me muevo. Se tensa. Me detengo otra vez. Me acerco centímetro a centímetro por la alfombra hasta que llego a esa línea fina como un cabello en la que, si me acerco un ápice más, se debatirá de su percha. Respirando cuidadosamente, como si estuviera a punto de disparar con un rifle a un objetivo extravagantemente lejano, extendiendo lentamente, muy lentamente, mi puño enguantado hacia él. Su indecisión es tan manifiesta que casi puedo saborearla, impregna todo el aire entre nosotros. Pero ¡alegría! Está mirando a la comida frente a ella. Se acerca como si fuera a recogerla del guante, pero entonces algo en su interior se dispara. Con un horrible chasquido del aro de metal de la percha contra su base de acero, hace una debatida alejándose de mí. Maldita sea. La devuelvo al guante para unos pocos bocados de comida.

Cuando se ha vuelto a aposentar en su percha, repetimos el juego. Tirar comida. Salto. Tirar comida. Ha resuelto el enigma de la procedencia de la comida y parte de ella está reconsiderando mi lugar en el mundo. Me mira con intensidad mientras me acerco muy lentamente y de nuevo tiendo hacia ella el guante con la gorga. Se inclina

hacia mí y se lleva mi ofrenda de carne. Me da un vuelco el corazón. Luego coge otra pieza, y luego otra, picoteando los húmedos trozos negros.

Y allí sentada, mientras doy de comer pedacitos de carne a mi azor, su nombre aparece en mi cabeza. Mabel. De *amabilis*, que significa adorable o querida. Un nombre antiguo, un poco ridículo, un nombre pasado de moda. Un nombre que tiene reminiscencias de abuela: de antimacasares y té a las cinco. Existe entre los cetreros la superstición de que la habilidad de un halcón es inversamente proporcional a la ferocidad de su nombre. Bautiza a un halcón como Tiddles y será un cazador formidable; llámalo Spitfire o Matador y puede que ni siquiera sea capaz de volar. White bautizó a su azor como Gos por comodidad (azor en inglés es *goshawk*), pero también le confirió toda una hueste de nombres grandilocuentes que durante años me desesperaron e hicieron que pusiera los ojos en blanco. Hamlet. Macbeth. Strindberg. Van Gogh. Astur. Baal. Medici. Roderick Dhu. Lord George Gordon. Byron. Odín. Nerón. Muerte. Tarquinio. Edgar Allan Poe. «Imagínate —solía pensar yo, divertida y con no poco desdén—. ¡Imagínate ponerle a tu azor cualquiera de esos nombres!». Pero ahora esa lista me entristecía. Mi azor necesitaba un nombre tan lejos de esa espeluznante letanía literaria, tan alejado de Muerte, como fuera posible.

—Mabel.

Pronuncio la palabra en voz alta para que la oiga y me vea decirla. Mi boca da forma al mundo.

—Mabel.

Y, en cuanto lo digo, me doy cuenta de que todas esas personas junto a la ventana que compran y caminan y van en bicicleta y vuelven a casa y comen y aman y duermen y sueñan... Todas tienen nombre. Y yo también lo tengo.

—Helen —digo.

Qué extraño suena. Qué extraño. Pongo otro trozo de carne en el guante y el azor se inclina y se lo come.

10

Oscuridad

Llena otra vez de *whisky* su vaso vacío y rumia sobre lo sucedido durante el día. Es libre, pero se ha encadenado a un demente. A un lunático. O, al menos, a alguien que sufre enajenaciones y delirios transitorios. Apaga el haz de la lámpara de parafina y se vuelve a hundir en el sillón, releendo con pesimismo el informe que ha escrito sobre el progreso de la educación de su azor.

6.15-6.45: He caminado alrededor de Gos, enseñándole la pata, pero él se debatía en cuanto me acercaba. Me fui sin haberlo alimentado. Esto no sale en el libro. He hecho lo mismo, con idénticos resultados, durante quince minutos cada hora desde entonces (hasta las seis de la tarde).

White despreciaba esa pata de conejo. Despreciaba su pelo, las zarpas, la corona de carne pálida que se secaba y adquiría un aspecto céreo con el paso de las horas. La despreciaba porque el azor no la quería. El azor tampoco lo quería a él. Había silbado al ave durante todo el día y se le habían secado los labios, había estropeado el silbato y su diligencia había adelgazado hasta convertirse primero en frustración y luego en desespero. La última noche, la frustración había llegado a tal punto que no había permitido que Gos regresara al puño tras una debatida. Peor todavía, había disfrutado teniendo al azor colgando, girando lentamente pendido de sus pihuelas. Era un pecado terrible. Está avergonzado. Y preocupado. Los excrementos de Gos son verdes. ¿Quiere decir eso que su azor está enfermo? Quizá por eso no quería el conejo. ¿Qué debía hacer? Hambre, piensa. Eso curará el estómago revuelto, si es eso lo que le sucede. ¿Quizá debería darle al halcón un poco de huevo mañana? Pero lo más importante es lo siguiente: comerá cuando salte a por la comida, no antes.

El plan de White habría funcionado si se hubiera ceñido a él. Pero no lo hizo. Llegado al amanecer ya le había dado a Gos la mayor parte de un conejo para comer, y todavía no había saltado al puño. Otra decisión incumplida. Como todas. Incluso el plan de White de mantener al azor despierto tres días con sus noches había fracasado: había sentido tanta lástima por Gos que lo había retornado a cada tanto a su percha para que durmiera un poco. En cuanto se liberaba de la presencia de White, Gos recordaba que la vida era mucho mejor sin estar atado a un humano que no dejaba de acariciarlo y molestarlo con viscosos hígados de conejo y de cantarle y silbarle tonadas mientras movía vasos llenos de líquido arriba y abajo. Cuando volvía a cogerlo, el azor era tan salvaje como al principio.

Pobre Gos. Pobre Gos, harapiento, atemorizado y con las plumas rotas. Pensé mucho en él mientras estaba sentada con mi azor. Lo veía en blanco y negro y muy

lejos, como si lo contemplara por el extremo equivocado de un telescopio: un desventurado azor en miniatura debatiéndose y trinando desesperado en los grises jardines de una casa distante. Gos era muy real para mí. Pero White no. Me resultaba muy difícil imaginarlo junto a su pájaro. Sentada con Mabel, era difícil imaginarlo en absoluto. Vi fotografías, pero todas eran de gente distinta: un hombre de ojos pálidos con una barba shakespeariana que había escrito libros bajo el seudónimo de James Aston y otra de un joven delgado con ojos nerviosos y un rostro sobrio y maldito que era el señor White, el profesor. Había fotografías de White, el hombre de campo, ataviado con una camisa con el cuello abierto y una chaqueta de *tweed*, con aspecto de hombre libertino y divertido. Y fotografías de White mucho después: un Hemingway inglés corpulento y barbiblanco, un Falstaff enfundado en un suéter de lana. No lograba reconciliar esos rostros. Leo *El azor* otra vez mientras estoy sentada con Mabel, lo leo muchas veces, y en cada lectura me parece un libro distinto: a veces una historia de amor cáustica y divertida; otras veces el diario de un hombre que se ríe del fracaso; en ocasiones una crónica desgarradora de la desesperación de otro ser humano.

Pero un White estaba diáfananamente claro para mí mientras afeitaba a mi azor. No el cetrero, sino el hombre que descubría, por primera vez, las alegrías de la vida doméstica. Un hombre que pintaba la carpintería de rojos y azules brillantes, que disponía las plumas en jarras sobre la repisa de la chimenea y que hacía curry con gambas y huevos y cucharadas de mermelada fina. Lo veía hirviendo su colada en una olla de cobre en los fogones de la cocina, y sentado en un sillón leyendo *Los personajes de la medianoche*, de Masefield, con su setter Brownie dormitando a sus pies.

Y lo veía bebiendo. White siempre tenía una botella al lado, y su batalla contra Gos le hizo beber todavía más. Sentada con mi azor e intrigada por la figura de White, me pregunté si era el alcohol lo que lo oscurecía y nublaba su silueta. Sabía que esta noción era fantasiosa, pero aun así parecía existir alguna conexión muy profunda entre la bebida de White y lo esquivo que me resultaba. Y yo estaba segura de que era la bebida lo que irrigaba el constante esfuerzo de White por sabotearse a sí mismo, pues es una característica común de los alcohólicos el hacer planes y promesas, a sí mismos o a otros, con fervor, sinceridad y esperanzas de redención. Promesas que incumplen, una y otra vez, por miedo, porque su voluntad desfallece o por toda una serie de cosas que ocultan el profundo deseo, en el fondo del corazón, de destruirse a sí mismos porque se sienten rotos.

Descorrí las cortinas a la mañana siguiente. La luz que entró en la habitación hizo que me viera más claramente, lo que inquietó un rato al azor. Pero cuando un ancho rayo de sol cayó sobre su espalda, levantó las plumas para recibirlo. Ahora, en pie en una pequeña bañera junto a su percha, picotea a sus pies y bebe precisos y diminutos sorbos de agua. Se encumbra de nuevo a la percha y empieza a acicalarse,

contorsionándose hasta formar con su cuerpo las estilizadas formas de los azores que aparecen en las pinturas cortesanas japonesas. Se pasa el pico por las plumas en rápida sucesión: el sonido es como doblar un papel para luego cortarlo o barajar unas cartas. Entonces alarga una de sus anchas alas, la arrastra lentamente sobre su cola iluminada por el sol y chirría feliz por la nariz. Contemplo todo esto con una alegría voraz, con ganas de celebrarlo con champán. «Mira qué contenta está», pienso. Esta habitación no es una mazmorra y yo no soy un verdugo. Soy una figura benéfica, que se agacha y humilla en ansiosa genuflexión y trae en su mano deliciosas ofrendas de carne.

Es *hubris*. Menos de una hora después estoy segura de que mi azor me odia y de que soy la peor cetrera de la historia del mundo. No importa que Mabel sea mucho más mansa de lo que los chicos o los libros me habían advertido. Le he fallado por completo. Mi azor está perdido. Sé que es así porque no quiere que le ponga la caperuza. Hasta ahora la había aceptado con ecuanimidad. Hoy, antes, he notado un tamborileo inquieto en su corazón que ahora ha estallado y se ha convertido en rebelión abierta. Le acerco la caperuza a la cabeza, pero la esquivo. Sacude la cabeza. La contrae en su cuello. Se agacha y huye.

Sé por qué sucede esto. Al principio la caperuza fue un bienvenido alivio, pero ahora que ha decidido que soy inofensiva es solo algo que le impide ver, y ella quiere ver. Ahora, descontento, intranquilo, levantando un pie, luego el otro, el azor mira a su alrededor en la habitación buscando donde ir. Su estado de ánimo es contagioso; mi corazón se agita y se tensa, me pesa en el pecho. He perdido la habilidad de desaparecer. Me intento distanciar escuchando el partido de *cricket* que retransmiten por la radio, pero no logro entender lo que dice el locutor. Solo consigo dejar de pensar en mi infeliz azor si me concentro en la caperuza que tengo en la mano. También es en lo único que piensa él.

Recuerdo haber sacado esta caperuza de mi bolso mientras buscaba un bolígrafo durante un seminario en la universidad hace unos pocos meses.

—¿Qué es eso? —preguntó una colega.

—Una caperuza para azores —dije, sin levantar la vista.

—¿La has traído para enseñársela a la gente?

—No, solo la llevaba en el bolso.

—Pero ¿puedo verla?

—Desde luego, adelante.

La tomó en sus manos, fascinada.

—¡Qué cosa más extraordinaria! —dijo, frunciendo el ceño bajo su flequillo impecablemente recto—. Se le pone en la cabeza al halcón para que esté tranquilo, ¿no?

Y entonces miró dentro, donde el cuero moldeado estaba cosido con una línea de hilo fino como un cabello, y luego le dio la vuelta en la mano, examinando la abertura biselada para el pico del halcón y el trenzado nudo cabeza de turco por el

que se sujeta, y los dos tiradores en la parte de atrás, que abren y cierran la caperuza. La dejó sobre la mesa con reverencia.

—Es muy bonita y está muy bien hecha —dijo—. Es como un zapato de Prada.

Desde luego. Esta caperuza está entre las mejores de su clase. La hizo un cetrero norteamericano llamado Doug Pineo y no pesa casi nada. Apenas unos gramos. Eso es todo. Algo de su perfecta ligereza contrasta con la opresión que siento en el pecho y hace que me maree un poco. Cierro los ojos y mi cabeza se llena de caperuzas. De caperuzas americanas modernas como esta. Caperuzas bahreiníes de largos cerraderos, hechas de suave piel de cabra para sacres y peregrinos migratorios. Caperuzas sirias. Caperuzas turcomanas. Caperuzas afganas. Diminutas caperuzas indias de piel de serpiente para gavilanes comunes o chikras. Enormes caperuzas de Asia Central. Caperuzas francesas del siglo ^{xvi} confeccionadas con cabritillo, bordadas con hilo de oro y decoradas con escudos de armas. No son un invento europeo. Los caballeros francos aprendieron cómo utilizar las caperuzas de los cetreros árabes durante las Cruzadas. El amor que ambos bandos compartían por la cetrería hizo que los halcones fueran peones políticos en aquellas guerras. Un gerifalte blanco propiedad del rey Felipe el Hermoso de España rompió su correa durante el sitio de Acre y voló hasta las murallas de la ciudad, y el rey envió un mensajero a la ciudad para pedir su devolución. Saladino se negó, y Felipe envió entonces un segundo delegado, acompañado por un séquito de trompetas, alféreces y heraldos, que ofreció mil coronas de oro por el retorno del halcón. ¿Lo devolvieron? No me acuerdo. ¿Acaso importa? No, pienso, ferozmente. Están todos muertos. Muertos hace mucho. Pienso en Saladino, tomando el halcón del rey en su propio puño y cubriéndole los ojos con el cuero. «Esto es mío. Mío». Pienso en caperuzas fetichistas. Pienso en guerras lejanas. Pienso en Abu Ghraib. Arena en la boca. Coerción. Historia y halcones y caperuzas y las implicaciones de impedir que algo o alguien pueda ver para calmarlo. «Lo hago por tu bien». Náusea creciente. Tengo la sensación de estar perdida, de arena húmeda escurriéndose entre mis pies. No quiero pensar en las fotografías del hombre torturado con la capucha en la cabeza y los cables en las manos y en el enemigo invisible que sostiene la cámara, pero es todo lo que puedo ver, y la palabra «caperuza» es como una piedra incandescente en mi boca. «Burka», la palabra en árabe. Caperuza.

Empiezo a hablar al azor —creo que es al azor— con el tono más suave y tranquilizador del que soy capaz.

—Cuando viajes en el coche, Mabel —digo—, te encontrarás con montones de cosas ahí fuera que te darán miedo, y no puedo permitir que vayas dando tumbos mientras conduzco. Es solo para que te sientas segura.

Y luego:

—Es necesario.

Me oigo decirlo. «Es necesario». Eso es lo que me estoy diciendo a mí misma. Pero no me gusta. Ni a ella tampoco. Con paciencia, se la vuelvo a ofrecer.

—Mira —digo cuidadosamente—. Es solo una caperuza.

La levanto lentamente hacia su emplumado mentón. Se debate. Espero hasta que se ha tranquilizado y la vuelvo a alzar hacia su mentón. Debatida. Y otra vez. Debatida. Debatida. Debatida. Quiero ser amable. *Estoy* siendo amable, pero mi amabilidad es solo una capa que cubre mi rabiosa desesperación. No quiero encaperuzarla. Y ella lo sabe. En la radio el locutor del partido de *cricket* explica con regocijo los entresijos de por qué ha fracasado el golpe defensivo de un bateador.

—¡Cállate de una vez, Aggers! —estallo, y lo vuelvo a intentar—. Ven aquí, Mabel —le suplico, y un minuto después tiene la caperuza puesta, está de vuelta en su percha y yo me he desmoronado sobre el sofá.

El mundo está ardiendo y yo no quiero tocarlo. Esto es un desastre. Un desastre. No soy capaz de hacerlo. No soy capaz de hacer nada. Soy una cetrera lamentable. Me echo a llorar. El azor se desvanece. Me hago un ovillo, hundo el rostro en un cojín y lloro hasta quedarme dormida.

Cuarenta minutos después Stuart está estudiando el azor con su mirada atenta y experta.

—Es pequeño, ¿no? —dice, acariciándose con cuatro dedos la incipiente barba del mentón—. Pero es una prima de azor preciosa. Cuerpo largo. Cola larga. Es un azor de pájaros.

Con esto quiere decir que mi azor quizá esté mejor dotado para cazar faisanes y perdices que conejos o liebres.

—Sí.

—¿Cómo te va con ella? —pregunta Mandy.

Está sentada en mi sofá liándose un cigarrillo y con un aspecto estupendo, como si fuera una princesa rural punk sacada de una improbable novela de Thomas Hardy. Le digo que el azor es sorprendentemente manso y que todo va bien. Pero es una horrible mentira. Cuando llamaron a la puerta y me despertaron supe que tenía que mantener la desesperada ficción de que lo tenía todo bajo control. Y hasta ahora lo he conseguido, aunque había habido un momento desagradable durante el que Mandy me había mirado con preocupación y yo me había dado cuenta de que tenía los ojos enrojecidos e irritados. «No pasa nada —me dije a mí misma—. Pensaré que he estado llorando por papá». Recojo al azor y me quedo allí quieta como alguien con un regalo en una fiesta sin la menor idea de a quién debe entregarlo.

—Tumbate, Jess —dice Stuart.

El perdiguero inglés blanco y negro que han traído se tira sobre la alfombra y deja escapar un suspiro. Le quito la caperuza a Mabel. Está casi de puntillas, con la punta del pico descansando contra su pecho reluciente y plateado, mirando hacia abajo, hacia ese fenómeno nuevo y desconocido que es un perro. El perro la mira a ella. Y nosotros también. Se produce un silencio curioso. Lo confundo con ira. Con decepción. Con todo menos con lo que es: sorpresa. Una mirada de asombro asoma al rostro de Stuart.

—Bueno —dice al final—. Has encontrado un tesoro. Creía que iba a ponerse como loco. Pero está muy bien afeitado.

—¿De verdad?

—¡Helen, si está tranquilísimo! —dice Mandy.

Me lleva un rato empezar a creermelo a medias lo que dicen, pero me ayuda que Mabel se deje poner la caperuza sin oponer mucha resistencia y, tras dos tazas de té y una hora en compañía de Stuart y Mandy, el mundo vuelve a ser un lugar radiante.

—No pares ahora —dice Stuart al marcharse—. Sácalo de casa. Llévalo afuera. Aféitalo en las calles.

Sé que lleva razón. Ha llegado la hora de la siguiente etapa del adiestramiento.

Placeo es como los cetreros llaman a caminar con un halcón para amansarlo, y todos mis libros insistían en que era la clave para adiestrar bien a un azor. «La clave de su afeitado es placearlo, placearlo y placearlo», escribió Gilbert Blaine. Era «el gran secreto de la disciplina» para Edmund Michell. Ya en el siglo XVII, Edmund Bert había explicado que cuando caminas con un azor «su ojo contempla cómo cambian las cosas», que es precisamente el motivo por el cual el *placeo* funciona tan bien y la explicación de por qué no se puede amansar un azor dentro de casa. Un azor que no ha salido «no soportará nada, porque nada conoce», dice. «Oh, Edmund Bert —pienso—. Ojalá estuviera yo en el siglo XVII. Habría muchas menos cosas ahí fuera que pudieran asustar a mi azor».

Pero sabía que eso no era verdad. Habría habido carros y caballos y multitudes y perros y habrían sido tan aterradores para un azor a medio afeitar como los autobuses y las motocicletas y los estudiantes en bicicleta. La diferencia era que en 1615 nadie me habría prestado la menor atención. Un azor en las calles de Cambridge habría resultado tan habitual como ver hoy un perro al que su amo lleva la correa. Pero hoy pasear con mi azor era una invitación abierta a que todo el mundo se acercara a mirar, y preguntara sobre el pájaro, y sobre qué era, y sobre quién era yo, y por qué hacía eso. Y bajo mi nula inclinación a entablar conversación se agazapaba un miedo mucho más básico: miedo a la gente. Miedo a los demás. No quería ver a nadie. Después de cerrar la puerta me quedo mucho rato mirándola, masajeándome la mejilla allí donde el cojín había dejado una profunda marca puntiaguda.

Esa tarde llevo a Mabel al jardín vallado de mi casa en la universidad. Por encima de nuestras cabezas los cúmulos se deslizan rápido sobre un profundo campo azul. La brisa agita las ramas; las hojas bailan como si fueran papeles a punto de desprenderse. El aire está cargado de sol y polvo y aquenios de diente de león. Hay demasiada luz, demasiado contraste. Demasiado ruido y movimiento. Experimento rechazo ante todo aquel jaleo. ¿Y el azor? El azor está impertérrito. Inclina la cabeza a un lado para mirar a las movedizas nubes. A la luz del día sus iris son planos, brillantes y ligeramente borrosos, con pupilas que se dilatan y contraen como la lente de una cámara cuando enfoca —zip-zip-zip— para seguir con la mirada a un Cessna que nos

sobrevuela. Luego vuelve del todo la cabeza para seguir a una mosca, y después sigue la trayectoria de otra mosca y tira distraídamente de la carne que tengo en el guante, y mira otras cosas que están muchísimo más allá de mi deficiente vista humana.

El mundo en que vive no es el mío. La vida es más rápida para ella, el tiempo pasa más lentamente. Sus ojos pueden seguir el batir de las alas de una abeja con tanta facilidad como los nuestros siguen el de un pájaro. ¿Qué ve?, me pregunto, y mi cerebro hace cabriolas intentando imaginarlo, pero no puede. Yo tengo tres fotorreceptores diferentes en los ojos, capaces de captar los colores rojo, verde y azul. Los azores, como otros pájaros, tienen cuatro. Este azor ve colores que yo no puedo ver y que entran directamente en el espectro ultravioleta. También puede ver luz polarizada, es capaz de observar cómo se elevan las corrientes termales de aire, se enturbian y se derraman en las nubes, y también puede rastrear las líneas magnéticas que recorren la tierra. La luz que cae en sus profundas pupilas negras es registrada con una precisión tan aterradora que aprecia con una claridad virulenta cosas que yo ni siquiera percibo como manchas indefinidas. Las garras de los dedos de los pies de los pájaros, aviones comunes, que vuelan sobre nosotros. Las venas de las alas de la mariposa blanca que traza un rumbo errático sobre las mostazas del fondo del jardín. Estoy en pie allí, con mis lamentables ojos humanos desbordados por la luz y los detalles, mientras el azor lo observa todo con la avariciosa intensidad de un niño que pinta un libro de colorear, dibujando felizmente, atiborrándose de color, haciendo suyas todas y cada una de las páginas. Y lo único que pienso yo es «quiero volver dentro».

11

Salir de casa

Llaves en el bolsillo, azor en el puño, y a la calle. Salir de la casa esa noche me aterra. En algún punto de mi mente las amarras se sueltan y caen. Me siento como si abandonara el muelle, como si fuera un dirigible que asciende en su vuelo inaugural hacia la oscuridad. Saltando la verja baja del parque, me dirijo a la avenida flanqueada de densos limeros y camino sobre las hojas que las farolas iluminan en el suelo. La noche parece cálida y clara y peligrosa y mis sentidos están sobreexcitados, como si alguien me hubiera advertido de que el parque está lleno de leones hambrientos. El aire nocturno se mueve en los espacios entre los árboles. Las polillas trazan órbitas polvorientas alrededor de las farolas. Miro hacia abajo y veo que cada pálida brizna de hierba proyecta dos sombras producidas por las dos farolas más cercanas, igual que yo, y desde lejos llega el eco que se apaga de un tren al pasar y en algún lugar más cercano un perro ladra dos veces y hay cristales rotos en el sendero y junto a ellos una pluma del pecho de una torcaz, a juzgar por su tamaño y curvatura. Está tirada sobre la hierba, como si flotara justo sobre ella, brillando tenuemente en la oscuridad.

—Maldita sea, Mabel —susurro—. ¿Quién le ha echado ácido al té?

La noche nunca había tenido este aspecto. Me adentro en este mundo iluminado por las farolas, interrogándome sobre mi aguzada percepción y tranquilizada por lo poco preocupado que parece el azor. No levanta la vista. No podría ser más indiferente a lo que le rodea. Está ocupado encorvado sobre la pata de conejo que llevo en el guante. Es un roedero, un pedazo de carne llena de tendones que le he dado para mantenerlo entretenido mientras caminamos y que no se fije tanto en lo que sucede a su alrededor. Tira de ella y saca tiras de carne con la misma arrobada concentración con la que un comensal desmonta una langosta. Viéndola, empiezo a relajarme. Y de golpe este mundo vacío se llena de gente.

Pero no es gente. Son cosas que evitar, que temer, de las que apartarse para proteger a mi azor. Vienen hacia nosotros como rocas flotantes en un videojuego, amenazando con destruirnos con tan solo rozarnos. Mi corazón se acelera. Fluida y evasión. He salido para que mi azor viera gente, pero desde una distancia segura, y aquellos tres hombres que llevan camisetas color pastel se dirigen en línea recta hacia nosotros. Me hago a un lado detrás de un árbol y los dejo pasar. Cuando sus espaldas entran en el campo de visión de Mabel, aprieta sus plumas con tanta fuerza que parece que la hayan envasado al vacío. Cuando se van, sacude la cabeza nerviosamente, pía una vez a través de la nariz y vuelve a dedicarse a la comida.

Un minuto después se planta ante nosotros una mujer cargada con bolsas de supermercado. No hay donde esconderse. ¿De dónde ha salido toda esta gente? Miro a mi alrededor desesperada. Mabel es ahora un par de enormes ojos hechizados, un

fantasma de huesos y tendones, apenas unos instantes la separan de una debatida. La sostengo cerca de mi pecho y me doy la vuelta lentamente para bloquear la visión de la mujer. La mujer no ve al azor. Lo que ve es a una mujer muy rara vestida con una chaqueta harapienta y pantalones de pana que le van grandes que se vuelve para darle la espalda sin ningún motivo. La mujer aprieta el paso y se aleja de prisa. Me quedo con una sensación de que aumenta la amenaza.

«No pasa nada —me digo a mí misma—. Esto está yendo bien». Pero oigo latir la sangre en mis oídos. Una bicicleta pasa silbando. El azor se debate. Yo maldigo. Otra bicicleta. Otra debatida. Pierdo los nervios. Doy media vuelta y emprendo el camino de regreso. Ya estamos casi en la puerta cuando pasa un corredor —se nos ha acercado silenciosamente por la espalda gracias a sus acolchadas zapatillas deportivas caras— y el azor se debate una vez más. Le odio por trastornar a mi azor. Le odio de verdad, su existencia me parece una afrenta. Toda la ira en mi interior, toda esa ira que yo ni siquiera sabía que tenía, la ira que los libros llaman una de las cinco fases del duelo, emerge en un desbocado instante de furia al rojo vivo. Miro su espalda que se aleja y deseo que muera allí mismo.

Pero entonces frena, se para, da la vuelta y se detiene a tres metros de nosotros.

—Lo siento —digo, sonriendo y comiéndome la ira—. Es la primera vez que la saco de casa y todavía tiene miedo a la gente.

—¡No, por Dios! Soy yo quien lo siente —dice—. No la había visto.

Me doy cuenta de que es una persona. Una persona real, delgada y barbuda, que lleva una camiseta azul y una botella de agua en la mano y que es amistosa y tiene un poco de miedo y otro poco de asombro al mirar al azor. Creo que puede que sea una buena persona.

—Espero que no le haya asustado —empiezo a disculparme.

Él sonríe y sacude la cabeza.

—¡Me ha sorprendido! ¡No es algo que uno vea cada día!

Miro un momento al azor, que se vuelve a inclinar y picotea de nuevo la pata de conejo. Abro la boca para hablar. Pero cuando levanto la vista, el corredor ya no está ahí.

Ha despejado, después de una lluvia intensa, y las multitudes de la hora de cierre se han marchado ya. En esta segunda expedición fuera de casa, Mabel se aferra al guante con más fuerza que nunca. Está tensa. Cuando está de este humor parece más pequeña y más pesada, como si el miedo tuviera un peso, como si hubieran echado plomo en sus largos y livianos huesos. Las marcas de sus densas plumas frontales convergen en largas líneas que se parecen a las que rodean a una boca triste. Picotea erráticamente su comida, pero la mayor parte del tiempo mira fijamente, tensa y aprensiva, a su alrededor. Sigue a las bicicletas con la mirada. Se agacha, lista para saltar en cuanto alguien se acerque demasiado. Los niños la alarman. No sabe qué pensar de los perros. De los perros grandes, quiero decir. Los perros pequeños le

interesan por otros motivos.

Tras diez minutos de tensa aprensión, el azor decide que no va a ser comido, ni golpeado hasta la muerte, por ninguna de esas cosas. Se sacude las plumas y empieza a comer. Coches y autobuses pasan ruidosos y humeantes a nuestro lado, y cuando termina la comida, se queda observando fijamente el extraño mundo que lo rodea. Y yo también. He estado tanto tiempo con el azor, solos él y yo, que empiezo a ver la ciudad a través de sus ojos. Mira a una mujer que lanza una pelota a su perro sobre la hierba, y yo la miro también, tan anonadada por lo que hace la mujer como mi azor. Contemplo los semáforos unos instantes antes de recordar qué son. Las bicicletas son misterios rotatorios de reluciente metal. Los autobuses son como paredes con ruedas. Lo que destaca para el azor en la ciudad no es lo mismo que destaca para una persona. Las cosas que vemos no le resultan interesantes a él, sino irrelevantes. Hasta que hay un aleteo. Ambos levantamos la cabeza. Una paloma, una torcaz, desciende para posarse en un limero sobre nosotros. El tiempo se ralentiza. El aire se espesa y el azor se transforma. Es como si todas sus armas se activaran de repente. Los objetivos marcados por puntos de mira rojos. Se pone de puntillas y estira el cuello. «Esto. Este plan de vuelo. Esta cosa. Esta cosa es fascinante». Alguna parte del cerebro del joven azor acaba de deducir algo, algo que tiene todo que ver con la muerte.

«Para el azor —escribió White—, lo imprescindible era un largo placeo en el puño, como siempre lo fue». Pero él caminaba como si el propio caminar fuera el secreto, no la atención a lo que sentía el azor. Incluso después de la muerte de mi padre, mi corazón hecho jirones sabía que el secreto para adiestrar a un azor era tomarse las cosas con calma. Pasar de la oscuridad a la luz, de habitaciones cerradas al aire libre para primero contemplar de lejos, y luego acercarse, a lo largo de muchos días, a este mundo extraño lleno de voces estridentes, brazos que se agitan, cochecitos de bebé de plástico brillante y rugientes ciclomotores. Día a día, paso a paso, bocado a bocado, mi azor acabaría aprendiendo que nada de eso era una amenaza y sería capaz de estar entre ellas sin ponerse nervioso.

Pero fue una tortura continua para Gos. White caminaba porque era lo que los libros decían que debía hacer, y eso es lo que hizo, llevando a Gos al exterior incluso el mismo día en que llegó. Cuarenta y ocho horas después lo llevó a la granja de los Wheeler para que conociera «a toda la familia, perros y sus ladridos incluidos», y al día siguiente salieron a la calle a cruzarse con coches y ciclistas. «Se debate a menudo en estos paseos», escribió White en su diario. Y así continuó. Se llevó a Gos al *pub*, se lo llevó a pescar carpas, se lo llevó a Banbury en coche. «Tenía que aprender a soportar ese jaleo —escribió White—, como todos tenemos que hacer en algún momento, por poco que lo visitemos». Y lo hizo. Igual que el alma desesperada finalmente comprende su desamparo frente al horror constante y aprende a soportarlo porque no tiene alternativa, lo mismo hizo el azor. Gos no tenía alternativa. No hubo suavidad en su adiestramiento. Tuvo que aprender a soportar cosas que le provocaban

constante miedo, igual que White había aprendido que no había escapatoria en su propia educación.

Por las carreteras secundarias y los senderos de caballos cubiertos de hierba, y por los campos de húmedo heno, White se placeó a sí mismo por el paisaje. Las caminatas ocuparon días enteros y el joven cetrero se dejó llevar agradecido por el ritmo y el clima del lugar. Un día, cuando caminaba de noche de vuelta a casa por uno de los caminos bordeados por altos setos de Buckinghamshire, vio «ascender perceptiblemente una luna roja», que «había visto hundirse amarilla al amanecer». De noche el mundo se volvía mágico porque estaba vacío, y los Ridings se tornaban un lugar de niebla y estrellas y soledad. Esta fue su paciente excursión a los campos y hacia el pasado.

A pesar de la excentricidad de llevar un halcón en el puño, lo que White hacía era muy de su tiempo. Las largas caminatas por el campo, a menudo de noche, fueron asombrosamente populares en la década de 1930. Los clubes de excursionistas publicaban calendarios de lunas llenas, las compañías de ferrocarril ofrecían trenes sorpresa a destinos rurales y cuando en 1932 una de ellas, Southern Railway, ofreció una excursión para dar un paseo por los South Downs, esperando vender unos cuarenta billetes, más de mil quinientas personas se presentaron a comprarlos. Las personas que se embarcaban en estos paseos no buscaban escalar montañas ni probarse a sí mismas contra mapas y kilómetros. Lo que buscaban era una comunión mística con la tierra; caminaban hacia atrás en el tiempo, hacia un pasado imaginario bañado de glamur mágico y nativo: a la Inglaterra Feliz o a la prehistórica, a visiones preindustriales que ofrecían solaz y seguridad a sus almas ansiosas. Pues aunque los ferrocarriles y las carreteras y un mercado muy activo de libros sobre el campo habían contribuido a este movimiento, en lo más profundo había nacido del trauma de la Gran Guerra y florecía por miedo a la siguiente. El crítico Jed Esty ha descrito esta locura colectiva por lo pastoral como un elemento de un movimiento más general de salvación cultural nacional que tuvo lugar durante estos años. Fue una respuesta a la crisis económica, a un imperio que se contraía y a las amenazas totalitarias que llegaban del extranjero. Era un movimiento que celebraba los lugares antiguos y las tradiciones populares. Sus seguidores disfrutaban con Shakespeare y Chaucer, con los druidas y con las leyendas artúricas. Creían que algo esencial de la nación se había perdido y que podía recuperarse, aunque fuera solo mediante la imaginación. White, arrastrado por este ambiente conservador y arcaizante, caminaba con su azor en el puño y escribía sobre fantasmas; sobre la constelación de Orion, desnuda y resplandeciente en el cielo inglés; sobre todas las líneas imaginarias que los hombres y el tiempo habían dibujado en el paisaje. Junto al fuego del hogar, con su azor al lado, rumiaba sobre el destino de las naciones.

Las nubes están bajas hoy. No importa. Hoy no va a volar. Hoy va a caminar. Va a placear a su azor, y él y Gos han atravesado cinco campos para llegar aquí. Ahora

está junto a las ruinas de la capilla de Santo Tomás Mártir. Hace tiempo fue una capilla, luego fue una casa, y ahora es una ruina, un gran esqueleto destartado de piedra ferruginosa manchada. El techo es una caja torácica sobre la que se amontona paja de techado podrida. Los dinteles están caídos sobre las ventanas y las puertas tapiadas con listones y desprendimientos de piedra caliza. Hay grandes matas de ortigas, que crecen exuberantes y verdes. Los fresnos se levantan como puños perezosos y los campos caen a ambos lados. Hay un silencio casi absoluto. Oye el toe toe de un petirrojo en alguna parte, como si fuera agua cayendo. Este lugar está totalmente maldito para el hombre, piensa. El hedor de la oveja muerta que encontró tirada en una acequia todavía no le ha abandonado: un despojo lanudo empapado y plagado de gusanos. No le molesta el olor. Es una peste tonificante. Es el olor de la mortalidad. Mira abajo, al suelo lleno de excrementos de conejo. Bajo él, la gente que vivió y murió y fue enterrada aquí sigue todavía aquí, piensa; sus viejos huesos agradecerán ver otra vez a un azor. Camina por la capilla, imaginando la tierra bajo sus pies removiéndose y murmurando al sentir sobre ella la presencia familiar del ave, como los huesos de los campesinos murmuran cuando pasa sobre sus olvidadas tumbas alguna máquina agrícola industrial.

Pensé en la pequeña raza ahora bajo tierra, extraños de una especie desaparecida, a salvo de nuestra comprensión y quizá también de nuestra imaginación: monjes, monjas y el eterno siervo. Ahora yo estaba tan cerca de ellos como el que más, cerca incluso de Chaucer, «con un azor gris en el puño». Ellos comprenderían mi azor con sus ojos, como un granjero comprendía un elevador. Nos amábamos mutuamente.

La visita de White a Chapel Green era mi parte favorita de *El azor* cuando era joven. Era una comunión con algo perdido y olvidado, en cuyo centro, de algún modo, estaba un azor. En esta escena siempre me identifiqué enormemente con White, aunque durante mucho tiempo no alcancé a imaginar por qué diantre los granjeros podrían poseer un conocimiento especial de los elevadores. Para mí, no tenía ningún sentido. Quizá quiso escribir «tractor», pensé, pues entonces no sabía lo que era un elevador de pacas, ni que White había estado últimamente observando los labores de los Wheeler, que trabajaban las tierras que rodeaban su casa, y que tenían uno. Pero de niña imaginaba la capilla con toda claridad, y ahora la veo más nítida que nunca. Cerré los ojos y vi a White levantar a Gos en el puño y cerrar los ojos con mucha fuerza, como si fuera posible hacer desaparecer todo el caos del siglo xx y resucitar el mundo de siglos atrás, una comunidad perdida, con él en su centro. Le habrían amado. Le habrían comprendido.

Mirando hacia atrás, y todo por amor. Había un telescopio en mi estantería en el otro extremo de la habitación. Un telescopio de observación en una funda verde. Se

lo había cogido prestado a mi padre para observar pájaros y no se lo había devuelto. Me olvidé de llevárselo en la última visita.

—Tráemelo la próxima vez —había dicho él, sacudiendo la cabeza con benevolente exasperación.

Pero no hubo próxima vez. No pude devolvérselo. Tampoco podía pedirle perdón. Quizá el día después de su muerte, o quizá dos días después, iba en tren con mi madre y mi hermano. Íbamos a buscar su coche. Era un viaje desesperado. Me aferré con tanta fuerza a la áspera tapicería del reposabrazos del asiento que se me pusieron los nudillos blancos. Recuerdo buddleja, y cemento Portland junto a las vías, un gasómetro verde, y la central eléctrica de Battersea cuando el tren empezó a reducir la velocidad. Y no fue hasta que llegamos a la estación de Queenstown Road, en un andén que me resultaba familiar, bajo un dosel de madera blanca, no fue hasta que caminábamos hacia la salida de esa estación, cuando comprendí de verdad, por primera vez, que nunca volvería a ver a mi padre.

Nunca. Me detuve de súbito. Y grité. Lo llamé a gritos. *Papá*. Y entonces la palabra «No» emergió en un largo aullido que me quebró la voz. Mi hermano y mi madre me abrazaron, y yo los abracé a ellos. Hecho descarnado. Nunca volvería a hablar con él. No volvería a verlo nunca. Nos aferramos en el abrazo, llorando por papá, el hombre al que todos queríamos, el hombre tranquilo, siempre con traje y cámara al hombro, que había partido cada día de su vida en busca de cosas nuevas, que había capturado los cursos de las estrellas y de las tormentas y de las calles y de los políticos, que había detenido el tiempo fotografiando los movimientos del mundo. Mi padre, que había salido a fotografiar edificios dañados por las tormentas en Battersea, la noche en que el mundo lo había escogido para el dolor y su corazón había cedido.

Las fotografías que había tomado estaban todavía en la cámara que le entregaron a mi madre en el hospital. La última fotografía la vi solo una vez. Y no quiero volver a verla nunca. Pero no puedo olvidarla. Borrosa, tomada desde un ángulo muy bajo, demasiado bajo, una calle de Londres vacía. Parolas de sodio, crepúsculo, una pared que se aparta de la vertical y parece inclinada, se pierde en la distancia, hacia un punto de fuga en un cielo tormentoso y amarillento.

12

En los márgenes

—¡Vamos, Mabel!

Estoy arrodillada sobre la alfombra y sostengo en la mano un pollito de un día, muerto. Mi congelador está lleno de tristes pequeños cadáveres plumosos, subproductos de la producción industrial de huevos. A Mabel le encantan. Mira fijamente con deseo al que sostengo en el guante. Lo mantengo un poco más allá de su alcance y silbo.

—¡Vamos! ¡Tú puedes! —digo—. ¡Salta!

Pero hace cuanto puede para no saltar. Es cómico. Se inclina. Se inclina más. Estira el cuello tanto como es capaz y abre el ganchudo pico con esperanza. La comida está ahí. No la alcanza. Pierde el equilibrio y se contorsiona para estabilizarse. Es necesario cambiar de táctica. Lanza una garra a por la comida como si fuera una cobra. Es asombroso lo mucho que abarca: es casi toda ella patas. Una canilla emplumada relampaguea, dorada como un león, y sus garras casi alcanzan el guante. Pero no.

Ahora está enfadada. Camina arriba y abajo. Patalea y se aferra con fuerza a su percha. Sus plumosos bigotes negros se solidifican en líneas de disgusto a lo largo de su mandíbula y siento que se enfurece. Mueve la cabeza de un lado a otro como una serpiente, calculando la distancia. Algo está cambiando en su interior. Lo noto y es escalofriante. Es como si la habitación se oscureciera, como si se contrajera hasta convertirse en un punto. Entonces algo sucede. Mi mano recibe un impacto, un golpe tan inesperado y potente que sus reverberaciones recorren mi columna vertebral y llegan hasta la punta de mis pies. Es como si te golpearan la mano con un bate de béisbol. Está en el guante, ha desplegado sus alas barreadas sobre él, cubriéndolo, y lo aprieta con fuerza mientras despedaza la carne. Los trozos desgarrados del pollito desaparecen rápido por su garganta. Estoy encantada. Ha cruzado un gran golfo psicológico, mucho mayor que los treinta centímetros de aire que separan su percha del guante sobre el que ha aterrizado. No es que haya aterrizado en él: lo ha matado. No hay piedad en esa presa intensa y entumecedora. Mabel puede mantener esta presión sin ningún tipo de esfuerzo. Lo que le cuesta es aflojarla.

Escojo el momento adecuado. Cuando tiene la cabeza ocupada tragando otro trozo de pollito, retiro los restos de mi palma y los escondo. Mira hacia abajo, luego tras ella, luego al suelo. ¿Adónde ha ido? La persuado para que regrese a su percha. Luego sostengo el pollito de nuevo en el guante, un poco más atrás. Al instante vuelvo a sentir el terrible impacto. Es un golpe asesino, pero hay algo en su potencia que me recuerda que estoy viva.

Estaba viva, sí, pero agotada. Me sentía como si estuviera hecha de lana. De lana

gris, mal tejida, puesta sobre un esqueleto de huesos doloridos. Mis paseos con el azor eran estresantes. Tenía que estar constantemente alerta y eso se estaba cobrando su precio. A medida que el azor se amansaba, yo me volvía más salvaje. El miedo era contagioso: crecía sin freno en mi corazón cuando la gente se nos acercaba. Ya no estaba segura de si el azor se debatía porque le asustaba lo que veía o si el terror que sentía el ave era en realidad el mío. Y había sucedido algo más durante nuestros paseos. Nos habíamos vuelto invisibles. La gente que pasaba junto a nosotros no se detenía, no nos miraba, ni siquiera una mirada de reojo en nuestra dirección. Parte de mí empezó a creer que en realidad no nos veían; que paseábamos en otra dimensión, como si fuéramos fantasmas, o como si lo fueran ellos. Pensé en aquellos azores que había visto siendo niña cuando una tarde de invierno eché mi primer vistazo al mundo en el que ahora habito. Y por la noche, en casa, me quedé mirando las luces de fuera, apretando mi frente contra el vidrio para sentir el leve repiqueteo de la lluvia veraniega contra cristal y hueso.

Todo el mundo nos vio. Por supuesto que nos vieron. Una mujer de pie en el parque con un azor enorme en el puño y una expresión lúgubre en el rostro difícilmente pasa desapercibida. Todo el mundo nos vio; sencillamente fingieron que no. Pero hubo gente lo bastante valiente como para mirar. A la mañana siguiente, por ejemplo, mientras cae una lluvia espesa y veo flotillas de paraguas moverse por el parque, reparo en un hombre. Está apoyado en una valla, a unos veinte pasos de distancia, con las manos descansando en el pasamanos de madera, y nos mira con un rostro tan inexpresivo como si contemplara caballos pastando en un prado. Me acerco y le saludo. Es de Kazajstán, me dice, y hablamos sobre mi azor y sobre los cetreros kazajos, los *berkutchi*, que vuelan águilas reales montados a caballo como han hecho durante miles de años. Nunca ha visto las águilas, dice, porque vive en una ciudad. En Almaty. Me pregunta si mi azor tiene caperuza. Se la doy. La observa y le da la vuelta en la mano, asistiendo ante la calidad de la manufactura, y me la devuelve. Solo después de esto nos presentamos debidamente. Se llama Kanat. Me pregunta dónde cazaré con el azor.

—En una granja a unos pocos kilómetros de aquí —digo.

Él asiente, mira inquisitivamente a Mabel y se queda callado un buen rato. Luego abre mucho los dedos sobre el pasamanos de madera y se queda mirando el dorso de sus manos y los puños de su chaqueta marrón de cuero.

—Añoro mi país —dice.

Poco después un ciclista frena delante de mí y me pregunta si puede ver mi pájaro. Es absurdamente atractivo. Se planta frente a mí, con su pelo a lo Antonio Banderas, su chaqueta cara de tejido técnico y su bicicleta de titanio perlada de lluvia, y admira al azor malditamente a fondo.

—Es *precioso* —dice.

Trata de encontrar otra palabra, pero no lo logra. «Precioso» tendrá que bastar. Lo vuelve a decir. Entonces me da las gracias repetidamente por el azor.

—¡Tan cerca! —dice—. Nunca había estado tan cerca de un azor.

En México solo ha visto azores salvajes, y desde lejos.

—Me gusta mirarlos porque son...

Y hace un movimiento con una mano como si algo despegara en el aire.

—Libres —digo yo.

Asiente, y yo también, algo maravillada, porque empiezo a ver que para algunas personas un azor en el puño de un extraño invita a la confesión, facilita las confidencias, te permite hablar de tus esperanzas, de tu hogar, de lo que hay en tu corazón. Y me doy cuenta, también, de que en todos mis días trabajando con Mabel las únicas personas que se nos han acercado y nos han hablado han sido *outsiders*: niños, adolescentes góticos, sintecho, estudiantes extranjeros, viajeros, borrachos, gente de vacaciones.

—Ahora somos *outsiders* nosotros también, Mabel —digo, y la idea no me resulta desagradable.

Pero me avergüenza la reticencia de mi nación. Su deseo de pasar de largo, de seguir caminando, de no comentar, de no preguntar, de no mostrar ningún interés en algo peculiar, inusual, en nada que no sea completamente normal.

Me siento extrovertida, con ganas de celebrar. Hoy Mabel ha volado más de un metro hasta mi puño desde el respaldo de una silla en la habitación de delante.

—¡Lo estás haciendo muy bien! —le digo—. Es hora de dar un paseo. Vamos a conocer a los hijos de mi amiga. Les vas a encantar.

Unos minutos más tarde llamo a la puerta de una casa y me abre el marido de mi amiga. Mi azor se tensa. Yo también: este hombre fue increíblemente maleducado conmigo en una ocasión. Pero, sea como sea, no importa. Quizá tuvo un mal día. Olvidar y perdonar. Mi amiga no está. Me quedo en la puerta y le hablo del azor. Le cuento su edad, su sexo, su especie y su nombre. Le digo que había creído que adiestrarlo sería una batalla agónica del tipo que había leído en *El azor*.

—Pero ha sido una sorpresa total —digo—. No ha habido ningún problema. Y no es mérito mío, de eso estoy segura. Es un ave increíblemente tranquila.

Y el hombre ladea la cabeza y sonríe.

—Bueno —dice—, eso tendrá que ver con el sexo.

—¿El sexo?

—Sí. Tú eres una mujer, y ella es una hembra. *Claro* que os lleváis bien —dice.

Parece que lo dice totalmente en serio. Me quedo mirando su mano curvada en el marco, y siento que el calor incendia mi rostro. Se está burlando de mí. Por primera vez en semanas el azor desaparece de mi mente y de algún lugar de mí surge una frase contundente que no pronuncio: «¡Qué pedazo de imbécil!».

¿Dice que porque estoy adiestrando a una prima de azor existe algún tipo de vínculo o hermandad entre nosotras? ¿Qué diablos? Somos de *especies* distintas, por el amor de Dios.

—No creo que eso sea un factor en el comportamiento de mi azor —digo, y sonrío.

Es una sonrisa falsa. Una sonrisa para aplacar. Una sonrisa que apenas barniza las ganas de matar. Estoy furiosa durante todo el camino de vuelta, el corazón me late desbocado. En casa, con el azor en la percha, me tranquilizo. La ira ha desaparecido: ahora estoy fascinada. Saco de las estanterías todos los libros de cetrería y los amontoño en el suelo. Luego me siento con las piernas cruzadas junto al azor.

—Está bien, Mabel —digo—, los azores son pájaros de chicos, ¿no? Vamos a ver qué tienen que decir los chicos de ti.

Tomo *Falconry for You*, de Humphrey ap Evans, y leo. «Ronronea y pía para su amo, y se frota la cabeza contra él. Pero es orgullosa y salvaje y bella: su ira es terrible. Tiene súbitos cambios de humor y puede mostrarse muy arisca».

Hmm.

Ahora abro Gilbert Blaine, y allí leo sobre su «disposición peculiar y algo arisca». «Decidirá ser tan desagradable como pueda —explicaba—, te exasperará hasta el punto de querer retorcerle el pescuezo». Luego voy a *Falcons and Falconry*, de Frank Illingworth: «¡El azor es el pájaro más obstinado que existe! Su único propósito parece ser sacar de quicio a su dueño».

—Mabel, esto es muy sospechoso —digo.

Luego empiezo con los cetreros Victorianos. A Charles Hawkins Fisher «no le gustaba ni ella ni su raza», y Freeman y Salvin consideraban «una auténtica pena que el temperamento de este pájaro diste tanto de ser afable; tiene, de hecho, muy mal humor».

—Mal humor. Oh, Dios mío, Mabel. ¿Sabes lo que eres? Eres una mujer. ¡Eres una mujer hormonando!

Todo cobraba un horrendo sentido. Por eso todos estos cetreros nunca se preguntaron si su propia conducta tenía algo que ver con que sus azores quisieran permanecer en las ramas de los árboles, o tuvieran ataques de nervios, o de ira, o atacaran a sus perros o decidieran fugarse. Ellos creían que no tenían ninguna culpa. Como las mujeres, los azores eran incomprensibles. Temperamentales. Caprichosos e histéricos. Sus humores eran patológicos. Estaban más allá de la razón.

Pero leyendo textos anteriores, descubro que en el siglo XVII los azores no se consideraban malos en absoluto. Eran «sociables y familiares», aunque por naturaleza «tímidos y miedosos», escribió Simón Latham en 1615. «No les gusta que el hombre se comporte de forma brusca o molesta», pero si se los trata con amabilidad y respeto, son «tan cariñosos y muestran tanto afecto por su dueño como cualquier otra ave de presa». También sobre estos azores se hablaba como si fueran mujeres. Eran cosas que había que ganar, que cortejar, que amar. Pero no eran monstruos histéricos. Eran seres reales, contradictorios y con voluntad propia, «elegantes y valientes», pero también «tímidos y miedosos». Si se comportaban de forma que irritaba al cetrero era porque no los había tratado bien, no había demostrado «una actitud continuamente

amorosa y cortés hacia ellos». El papel del cetrero, escribió Edmund Bert, era satisfacer todas las necesidades de su azor para que así ella pudiera «estar a gusto». «Soy su amigo —escribió de su azor—, y ella mi compañera de juegos».

Un ojo más cínico habría considerado que estos hombres isabelinos y jacobinos se jactaban sobre sus habilidades para adiestrar halcones, como si fueran grandes seductores hablando en una taberna sobre sus técnicas de conquista. Pero yo no era cínica. Me habían conquistado, estos hombres muertos tiempo ha que amaban a sus pájaros. Estaban reconciliados con su alteridad, buscaban complacerlos y ser sus amigos. Ni por asomo creía que las mujeres estuvieran mejor en la Inglaterra de principios de la edad moderna, y asumí que había sido el miedo a la emancipación femenina lo que había hecho que los azores parecieran tan ferozmente aterradores a cetreros posteriores... pero aun así yo sabía qué tipo de relación prefería yo.

Miro a Mabel y ella me mira a mí. Mucho de lo que ella significa está hecho de gente. Durante miles de años aves rapaces como ella han sido capturadas, enjauladas y llevadas a casas de personas. Pero a diferencia de otros animales que han vivido tan cerca del hombre, nunca han sido domesticadas. Eso las ha convertido en un poderoso símbolo de lo natural en una miríada de culturas, y también en un símbolo de todo lo que debe ser domado y dominado.

Cierro mi ejemplar del *Treatise of Hawks and Hawking* de Bert de golpe, y el impacto de la cubierta contra las páginas provoca que mi azor reaccione con un movimiento curioso y cautivador. Inclina la cabeza a un lado y luego la pone boca abajo y sigue mirándome con la punta de su pico mirando al techo. Me quedo atónita. He visto esa forma de girar el cuello antes. Es algo que hacen los pollos de halcón cuando juegan. Pero ¿azores? ¿En serio? Acerco una hoja de papel, corto una larga tira de un lado, hago con ella una pelota y se la ofrezco al azor entre mis dedos. La toma con el pico. Cruje. Le gusta el ruido que hace. La aprieta otra vez y la deja caer, volviendo la cabeza boca abajo cuando llega al suelo. Yo la recojo y se la vuelvo a dar. La agarra otra vez y la aprieta con suavidad repetidamente: «Ñam, ñam, ñam». Parece una marioneta de trapo, un cocodrilo de un teatrillo. Tiene los ojos entrecerrados característicos de los pájaros cuando ríen. Yo también río. Enrollo una revista hasta formar un tubo y la miro por ella como si fuera un telescopio. Ella agacha la cabeza para mirarme a través del agujero. Hurga con el pico todo lo que puede, picoteando el aire vacío del interior. Me llevo a la boca mi extremo del telescopio de papel y digo a través de él:

—¡Hola, Mabel!

Ella saca el pico del tubo. Se le erizan todas las plumas de la frente. Sacude la cola rápidamente de lado a lado y tiembla de felicidad.

Una oscura vergüenza se adueña de mí. Yo tenía una idea de lo que era un azor, igual que aquellos cetreros Victorianos, una idea fija que no era lo bastante amplia para abarcar lo que los azores son realmente. Nadie me había dicho que los azores jugaran. No salía en ningún libro. No lo creía posible. Me pregunté si era porque

nadie había jugado nunca con ellos. Esa idea me puso terriblemente triste.

En una carta a White, Gilbert Blaine explicó que no le gustaban los azores porque su «temperamento enloquecido y suspicaz había hecho que se le antojasen antipáticos, igual que a la mayoría de los cetreros». «Quizá por este motivo — escribió White, años después—, yo había amado a Gos. Siempre he amado al inenseñable, al intocable, al perdedor». Gos era muy extraño, la antítesis de los civilizados corazones ingleses, y gracias a él White podía sacar a luz muchas de sus personalidades: la del padre benevolente, la del niño inocente, la del maestro amable, la del pupilo paciente. Y también otras más extrañas: a través del azor, White podía convertirse en una madre, un «hombre que durante dos meses había hecho a ese pájaro, casi como una madre nutre a su hijo en su interior, pues el subconsciente del pájaro y el del hombre terminan ligados como por un cordón umbilical mental que lleva al hombre que lo ha creado de una parte de su vida». Y en los cuadernos de White, los escritos en tinta verde, empieza a anotar cosas a altas horas de la noche con trazo embriagado y expansivo, cosas que nunca llegarán al libro porque son demasiado reveladoras.

Lo que más odia es que le acaricien la cabeza, lo que más le gusta es que le tiren de las plumas de la cola, que se las acaricien, recorten y acicalen. De hecho, Gos muestra mucho interés en sus partes traseras. Es coprofílico, si no afeminado. Puede proyectar sus excrementos a casi tres metros y siempre se vuelve orgulloso a contemplarlos. Yo, sin embargo, que puedo orinar continuamente durante varios minutos (algo que él supone que es algún tipo de deposición) excito su interés y envidia.

Hay muchas formas de leer *El azor*, y una de ellas es como un libro de deseo homosexual reprimido, no por la carne, sino por la sangre, por la afinidad. Se nota que es el libro de un solitario que sentía que era diferente y buscaba a otros como él. La cetrería no era un deporte particularmente gay, aunque algunos de los cetreros con los que White se escribía, como Jack Mavrogordato o Ronald Stevens, sí lo eran. Quizá Blaine también: nunca se casó. Pero los cetreros eran una hermandad de hombres, una «élite monástica», una «secta pequeña y tenaz», según la descripción de lord Tweedsmuir, que sentían un amor que otras personas no podían comprender. Era un amor que no se consideraba normal, pero no podían evitar sentirlo. Gilbert Blaine explicó que «profundamente enraizada en la naturaleza de ciertos individuos [existe] alguna cualidad que inspira un gusto por los halcones». El «auténtico cetrero — escribió—, nace, no se hace». Y en los años siguientes White escribiría a menudo sobre cómo la cetrería le había ofrecido una reconfortante sensación de hermandad con hombres de espíritu afín al suyo:

No fue hasta que tuve algunos halcones propios cuando conocí a otro cetrero maduro, y vi sus pájaros, y hablé con él. Entonces, por primera vez, descubrí que mi corazón se emocionaba con el espectáculo de los halcones en su primera muda: descubrí que ninguno de los dos necesitábamos completar la gramática de una pregunta ni de una respuesta.

Fue una revelación: se dio cuenta de que desde la prehistoria había habido hombres como él. «Pensé que ahora podía ser feliz siendo el continuador de una larga estirpe», escribió, meditando sobre una fotografía que mostraba una talla de un cetrero asirio de hace tres mil años. Cerró los ojos y se imaginó remontándose a través de los siglos hasta tomar «la mano huesuda de aquel antepasado, en la que todos los nudillos estaban tan bien definidos como la carnosa pantorrilla de su pierna en bajorrelieve».

Para hombres que habían sido educados en colegios privados y criados con cuentos de caballeros y caballería, la sensación de viaje en el tiempo que ofrecía la cetrería era sobrecogedora. Cuando el escritor rural J. Wentworth Day fue a volar halcones con el Club de Cetreros Británicos a finales de la década de 1920, escribió que recorriendo los marjales, con «el viento en el rostro y el halcón al puño, puedes sentirte, durante unos instantes, heredero del pasado. Una página menor de la historia ha retrocedido mil años».

Las aves rapaces adiestradas tienen la especial habilidad de conjurar la historia porque son, en cierto sentido, inmortales. Aunque las aves particulares de diferentes especies mueren, la especie como tal permanece inmutable. No existen razas ni variantes, porque los halcones nunca han sido domesticados. Los pájaros que volamos hoy son idénticos a los de hace cinco mil años. Las civilizaciones vienen y van, pero las aves permanecen. Por eso las aves de cetrería parecen reliquias de un pasado distante. Tomas a un azor en el puño. Imaginas a los cetreros de antaño haciendo lo mismo. Es difícil no sentir que es el mismo azor.

En una ocasión pregunté a mis amigos si alguna vez habían tenido algo que les diera una sensación espeluznante de contacto con la historia. Vasijas antiguas de hace tres mil años con huellas dactilares en la arcilla, dijo uno. Las llaves antiguas, dijo otro. Las pipas de arcilla. Zapatos de baile de la Segunda Guerra Mundial. Unas monedas romanas que encontré en un campo. Billetes de autobús viejos en libros de segunda mano. Todo el mundo estaba de acuerdo en que lo que hacían estas pequeñas cosas era extrañamente íntimo; ofrecían la sensación, cuando las tomaban en las manos y las tenían entre los dedos, de contacto con otra persona, con un desconocido que había vivido hacía tiempo y que había sostenido en sus manos ese mismo objeto. «No sabes nada de ellos, pero sientes que la otra persona está allí —me dijo un amigo—. Es como si todos los años que te separan de ellos desaparecieran. Como si te convirtieras, de algún modo, en ellos».

La historia se pliega cuando sostienes un azor, igual que para mis amigos con sus

pequeños y preciados objetos. Las enormes diferencias que existen entre tú y la persona muerta hace tiempo se olvidan. No puedes evitar asumir que vieron el mundo como tú lo ves. Y eso tiene ramificaciones preocupantes. Hay un paso muy pequeño de imaginar que eres igual que aquel cetrero muerto hace tiempo, a presumir que sobre la tierra por la que caminas ha caminado gente como tú desde tiempos inmemoriales. Y los antepasados que los cetreros optan por imaginar tienden a estar un tanto por encima de la gente común. «La cetrería, ciertamente, viene de alta cuna —escribió el cetrero Gage Earl Freeman en 1859—. ¡Mirad qué orgullo! ¡El honesto y noble orgullo del abolengo!». Cuando un amigo suyo replicó a esto que su propio amor por la cetrería era «perfectamente independiente de cualquier sensación de antigüedad o de la Edad Media, que no le importaban nada», la respuesta de Freeman fue brusca: «Creo que se equivocaba». Pero las aves de presa no siempre te garantizan una comunión con los lores y los condes y los reyes. A White en Chapel Green, un azor le permitía sentirse parte de la comunidad de un pueblo inglés anterior a la Reforma. Le hacía sentirse en casa.

Cuando era pequeña me encantaba el glamur histórico de la cetrería. Lo atesoraba del mismo modo que los niños atesoran la esperanza de ser como los niños que aparecen en los libros: secretamente mágicos, parte de un mundo más profundo y misterioso que les haga ser especiales. Pero eso fue hace mucho tiempo y ya no me sentía así. No estaba adiestrando a un azor porque deseara sentirme especial. No quería que el azor me hiciera sentir que era mi derecho campar por las tierras de mis antepasados más antiguos. No tenía tiempo para la historia, nada de tiempo. Estaba adiestrando al azor para hacer que todo desapareciera.

Hoy llevo a Mabel más lejos. Llegamos a Midsummer Common a eso de las ocho y pasamos directamente de largo, más allá de las reses Red Poll que pastan con cardos hasta el corvejón, hasta el camino de ciclistas que discurre a lo largo de la ribera sur del río, y nos sentamos en un banco de madera bajo un aliso. Tengo los pies húmedos, fríos, me pican los arañazos de los cardos. Contraigo los dedos en mis sandalias y veo el río pasar. Esta orilla está llena de barcazas de canal y ciclistas, pero en la otra se han construido gradas de cemento y cobertizos para guardar las piraguas de la universidad. Y en las gradas en la orilla opuesta un hombre en chándal limpia el fondo de una piragua que tiene varada boca abajo. Los caminantes pasan, los ciclistas pasan más deprisa, y él y yo parecemos las únicas personas aquí. Los ciclistas y compradores no me ven, no ven al azor, y no ven al hombre con la piragua. Lo observo trabajar con trapos y botellas y su cubo amarillo. Tanto él como yo concentramos nuestra atención en algo importante; ambos tenemos un trabajo que hacer. Él tiene que limpiar y encerar el casco de su barco, y yo tengo que adiestrar al azor. Nada más importa. El limpia y encera y pule, y cuando se da por satisfecho con el resultado, se echa la embarcación al hombro y la devuelve al cobertizo. Recoge sus cosas de las gradas y se marcha. A Mabel no le importa. Tiene algo mucho más

interesante en lo que concentrarse: cuatro ánaes reales chapotean en las grises aguas a menos de veinte metros de nosotras. Se alejan flotando en una pequeña balsa y volvemos a casa.

Ahora la luz del crepúsculo se espesa y empieza a llover. Y con la lluvia y el crepúsculo llega el olor del otoño. Me estremezco de felicidad. Pero no tengo ni idea de las maravillas que todavía están por llegar. Porque Mabel y yo estamos a punto de contemplar un fenómeno extraordinario, un ritual vespertino que yo desconocía por completo hasta hoy. ¡Corredores! Como murciélagos saliendo de la cueva, su número aumenta gradualmente. Primero hay uno o dos, luego una pausa, luego otro, y luego tres juntos. Para cuando Mabel y yo llegamos a medio camino de casa parece como si estuviéramos en un documental sobre la naturaleza del Serengueti. Están por todas partes. Hordas de deportistas. Se ciñen a los senderos, sin embargo, lo que está bien, porque permite que mi azor y yo nos situemos en un triángulo de hierba silvestre y pamplinas que se abre cuando el camino se divide en dos. Nos quedamos allí en la penumbra, contemplando cómo los corredores vienen hacia nosotros, se dividen en los dos caminos y se deslizan a ambos lados. Por supuesto, no nos ven. Estamos quietas.

—Quizá los corredores son como los dinosaurios en *Parque Jurásico* —le digo—. No te pueden ver si no te mueves.

Ahora llueve bastante fuerte, y la plana cabeza del azor está perlada con pequeñas gemas de agua que brillan a la luz de sodio de las farolas. Se balancea sobre sus metatarsos, como suele hacer cuando está tranquila. Sus pupilas están dilatadas y, en la oscuridad, parecen de gato. Qué diablos, pienso. Ha subido al puño dentro de casa. Me pregunto si lo haría también aquí. Justo a nuestro lado hay una pequeña barrera de madera que protege a un joven retoño de limero. La dejo en el extremo de un poste de la barrera y ella vuela, blam, sin más, toda la longitud de la lonja desde el poste hasta mi puño para comer. Con el viento en contra, con la lluvia azotándole los ojos, con corredores pasando a toda velocidad a ambos lados, vuela tres veces, y luego se sacude las plumas, salpicando gotas de un naranja metálico a nuestro alrededor. Fantástico.

Alicia, cayendo

La luz se reparte con ecuanimidad sobre la hierba, las vacas están otra vez en el campo después de ser ordeñadas y el cielo, lejos, por la parte de Buckingham, se desliza hacia el crepúsculo con melladas nubes plumizas. Gos está posado a unos veinte metros, en la barandilla de un pozo, y White está satisfecho consigo mismo. Ha resuelto el gran y sencillo misterio de la cetrería: sabe que el azor volará hasta él si tiene hambre. Y que se portará mal si no la tiene. Y ahora se ha fabricado un fiador con un cordel de bramante alquitranado —de hecho, es un cordel doble, porque tiene tendencia a romperse— y lo ha atado al tornillo giratorio de Gos. Y ahora White está aquí, el azor allí, y silba la tonada del himno con el que lo llama.

El señor es mi pastor. Nada me falta.
Él...

Se frota los ojos. Han empezado a dolerle. Lleva ya diez minutos silbando la vieja melodía escocesa con la que se acompaña el salmo 23, y le resulta difícil entonar las notas correctas con los labios secos y las primeras picaduras de los mosquitos.

«El Señor es mi pastor, nada me falta».

Pero a él sí le falta. Le faltan muchas cosas.

Agita el guante de nuevo. Blande y agita la pata de conejo.

«¡Vamos, Gos! ¡Venga!». Lanza otra vez las melancólicas notas del himno al aire del atardecer. «Me preparas un banquete a la vista de mis adversarios». ¿Está mirándolo el azor? Sin duda lo mira. ¿Por qué no viene? Debe ser paciente. Al final vendrá.

«En campos de verdes pastos me hace descansar». «Durante una hora entera se queda allí, en ocasiones flaqueando y tendiéndose en el prado entre las vacas para volverse a levantar y seguir esperando que el azor vuele hasta él». El azor no vuela hasta él. Camina hasta llegar a poco más de cinco metros del pozo, levanta el puño y vuelve a silbar. Gos lo observa. No sabe qué se espera de él. El hombre no sabe cómo enseñárselo. Pasan los minutos. Ahora la espera resulta ya insoportable. Agarra el fiador y da un tironcito. Luego tira con fuerza, haciendo que Gos caiga de su percha. El azor golpea el suelo, se queda allí durante unos segundos y luego vuelve a volar hasta la barandilla del pozo. White lo derriba otra vez. Y otra. Y otra vez. La cuarta vez, el azor, derrotado, empieza a caminar entre los cardos hacia él. White se retira. El azor, confundido, sin saber qué hacer, lo sigue. White se aleja más rápido, agitando la pata de conejo, y Gos empieza a correr. «Brincando y saltando, ahuecando las plumas como un sapo horrible, me seguía, encadenado a mi estela —escribió White—, [y] los últimos dos metros de los veinticuatro los voló hasta el puño». Esa noche

recompensó al azor con un bocado de conejo. El día había sido un éxito, supuso, en cierta forma. Empezaba a comprender cómo acondicionar a su azor.

El acondicionamiento de un azor, escribió White «era evidentemente una cuestión de exquisita apreciación que solo podía juzgar con criterio el cetrero que conociera al azor, cuya mente subconsciente estaba en íntimo contacto con la mente subconsciente del ave». Fue una revelación a la que llegó tras mucho esfuerzo, y era verdad. Mirando a Mabel veo que ha alcanzado su peso de vuelo: es tan obvio para mí como un cambio en el tiempo. Agitación, nerviosismo, una tendencia a debatirse de su percha cuando estaba aburrida: todo eso desaparece a los 950 gramos, y es reemplazado por una calma cristalina, por una constante atención perfecta, como si todo en su interior se hubiera alineado con exactitud.

No se encuentran las palabras «peso de vuelo» en los libros antiguos de cetrería, porque antaño los cetreros no usaban balanzas. Evaluaban el estado de sus pájaros palpándoles los músculos y el esternón y observando su conducta con ojos atentos y experimentados. No es tarea fácil, y para un cetrero novato resulta casi imposible apreciar las sutilezas de poner a un ave de presa en condiciones de vuelo. White no tenía ningún instrumento ni máquina para pesar a su azor, ni tampoco un mentor que le enseñara a evaluarlo, así que tuvo que aprender los métodos antiguos por la vía dura. Sé que en cierto sentido el pesaje de las aves es un deslustre, una medida burda comparada con la comprensión intuitiva que se produce al conocer de verdad a tu pájaro. Aun así, yo no adiestraría a un ave rapaz sin una balanza. Cuando volaba esmerejones, que son pequeños halcones con garras como agujas y un cuerpo tan voraz y delicado que parecen hechos de porcelana de Meissen, los pesaba tres veces al día. Me preocupaba infinitamente sobre el valor calórico relativo de las codornices, pollos y ratones; podía estimar cuánto peso perdería mi halcón en una hora, en dos, en tres. Incluso tres gramos y medio de diferencia en el peso tenían un impacto en cómo volaban mis esmerejones. Con un azor el cálculo no necesita ser tan preciso, porque Mabel es enorme comparada con un esmerejón. Pero de todos modos no es fácil juzgar cuánta comida, y de qué tipo, la llevará a estar en perfectas condiciones para el vuelo. Sobre la mesa de la cocina hay desperdigados un montón de papelitos en los que están anotados pesos junto a interrogantes. Estoy convencida de que tengo los cálculos dominados, y estoy dispuesta a probarlo. A las cuatro en punto salimos hacia el campo de *cricket* de mi universidad para sus primeras lecciones de llamarla desde el guante.

—Todo irá bien, Mabel. Es el período largo de vacaciones. El lugar estará desierto. No habrá perros, no habrá vacas, no habrá gente. Nadie nos molestará.

Estamos de pie, un tanto inseguras, bajo el techado de paja del pabellón. Detrás de nosotras hay un bosquecillo desordenado de castaños y limeros y una zanja llena de hojas y de agua de lluvia. El aire que nos rodea es suave, tranquilo, puntuado por

minúsculas moscas, el cielo está despejado y llano como el azófar sin pulir. Hay un sabor desagradable en el aire. No estoy segura de querer estar aquí. Al otro lado del campo hay un edificio familiar, un Camelot Victoriano de ladrillo rojo con almenas, ventanas con parteluz y una pequeña torre gótica. Mi despacho está allí arriba, en la última planta. Libros, papeles, un escritorio, una silla, una alfombra de lana color gris paloma; aire que siempre huele a polvo dorado por el sol, incluso en invierno, cuando la escarcha se funde en la ventana y deja regueros de gotas sobre los paneles de cristal. Miro la fachada desnuda y pienso en la carta que he enviado esa mañana a una universidad alemana explicándoles que no podía aceptar el trabajo que me habían ofrecido ese invierno. Les dije que lo sentía, les dije que mi padre había muerto y que necesitaba estar aquí. Pero no lo sentía, y no había rechazado el trabajo por eso. «No puedo ir a Berlín en diciembre —pensé, conmocionada—. Tengo que volar un azor». Ambiciones, planificar la vida: eso era para los demás. Igual que un azor, yo no podía imaginar el futuro. No necesitaba una carrera. No la quería.

Las palomas vuelan desde el tejado. Miro sus alas blancas parpadear contra el cielo. De repente, siento vértigo. Algo cambia en mi cabeza. Algo muy grande. Luego todo lo que veo se transforma en otra cosa. Parpadeo. Todo parece igual. Pero no lo es. Esta no es mi universidad. Nada en ella me resulta familiar. Ni siquiera siento que sea una universidad. Solo unas pocas hectáreas de edificios, enormes cajas de coleccionista hechas de ladrillo y piedra, llenas de los detritus de siglos. En la capilla hay ángeles pintados con rostros idénticos, ángeles extraños con espadas y brillantes alas prerrafaelitas. Hay un gallo de bronce de Benín en el comedor, y un esqueleto en un armario en el guardarropía de los profesores, un auténtico esqueleto amarillento que se sostiene unido con agujas y alambres. Más allá del edificio de mi despacho hay una serie de tejos podados para que parezcan una especie de absurdas rocas verdes torcidas por el viento. Un caballo de bronce en un patio, y una liebre en otro, y un libro de metal anclado al suelo por una cadena sujeta a una pesada bola.

Todo está construido con cosas extraídas de sueños. Unas pocas semanas antes docenas de laureles en macetas se dispusieron por toda la universidad para un baile temático de *Alicia en el País de las Maravillas*; vi a los estudiantes atar flores a sus ramas: suaves rosas de tela blanca o roja como un buzón.

En dos meses, creo, termina mi trabajo en la universidad. En dos meses no tendré despacho, ni universidad, ni salario, ni hogar. Todo será distinto. Pero, creo, todo es distinto ya. Cuando Alicia entró en la madriguera del conejo y llegó al País de las Maravillas, cayó tan lentamente que pudo agarrar cosas de los armarios y estanterías de las paredes, o mirar con curiosidad los mapas e imágenes que pasaban a su alrededor. En mis tres años como profesora en Cambridge había habido clases y bibliotecas y reuniones del claustro, tutorías y entrevistas de admisión, noches trabajando hasta las tantas escribiendo artículos o corrigiendo exámenes, y otras cosas igualmente impregnadas de glamur de Cambridge: comer faisán a la luz de las

velas en la mesa de los profesores mientras la nieve se arremolinaba contra los paneles de la vidriera y se cantaban villancicos y corría el oporto y la plata relucía sobre las pulidas mesas de madera oscura del refectorio. Ahora, de pie junto a un campo de *cricket* con un azor en el puño, comprendí que había estado cayendo al pasar frente a todas esas cosas. Podía alargar la mano y tocarlas, sacarlas de sus estanterías y volverlas a dejar allí, pero no eran mías. Nunca fueron realmente mías. Alicia, mientras caía, miró hacia dónde se dirigía, pero bajo ella todo era oscuridad.

«Concéntrate en por qué estás aquí —me digo a mí misma—. Tienes un azor que volar». Desde que mi padre murió he tenido estos ataques de desentendimiento, episodios en los que de repente el mundo se volvía irreconocible. «Se te pasará». Pero estoy asustada por lo que acaba de suceder. Me tiemblan los dedos mientras paso el fiador por el tornillo giratorio que cuelga de las pihuelas del azor y lo ato con dos diminutos nudos de cetrero. Tiro de ellos y veo que aguantan. Nudos y cuerdas. Seguridades materiales. Suelto cuatro metros y medio más de fiador y guardo el resto en un profundo bolsillo cerrado con cremallera de mi chaleco de cetrera para que esté seguro. Luego quito la correa del tornillo giratorio y la guardo en otro bolsillo. Los chalecos de cetrero, como los de los pescadores o los de los fotógrafos, prácticamente no son prendas de ropa, sino solo bolsillos dispuestos en filas. El que tengo en mi cadera derecha está forrado de vinilo y dentro llevo tres pollitos de un día muertos, desollados y partidos más o menos por la mitad.

—Quédate aquí, vamos...

El azor salta a la barandilla de la galería y se vuelve para mirarme encorvado como un púgil en un combate. Me alejo algo menos de dos metros, pongo medio pollito en el guante, extendiendo el brazo y silbo. No duda ni un instante. Se oye un arañazo de garras contra la madera, un florecer de plumas, un profundo batir, el breve balanceo de las garras al elevarse y entrar en acción y el sordo plaf al impactar contra mi guante. Cuando termina de comer lo volvemos a hacer y esta vez me aparto un poco más. Casi dos metros y medio: tres aleteos, otra recompensa. Para una criatura con la inteligencia táctica de un azor, esto es un juego de niños. La tercera vez que la pongo en la barandilla ya está volando cuando me doy la vuelta: un pequeño sobresalto en el corazón, un guante extendido a toda prisa y está a mi lado, atracándose con el resto de su comida, con la cresta erizada, las alas bajas, los ojos echando chispas: la viva imagen del triunfo. Vuelvo a pasar la lonja por el tornillo giratorio y desato el fiador. Basta por hoy. Ha volado perfectamente. Y estoy tan contenta con cómo ha ido la lección que empiezo a cantar por el camino de vuelta a casa. Le doy a mi azor una serenata cantándole «Cosas que me hacen feliz», con gotas de lluvia y pequeños gatitos, y sobres atados con un cordel gris. Me asalta la idea de que esto debe de ser la felicidad. Que he recordado lo que es, y cómo puede conseguirse. Pero, más tarde esa noche, viendo la televisión desde el sofá, me doy cuenta de que me resbalan por las mejillas lágrimas que caen en mi taza de té. Qué raro, pienso. Lo atribuyo al cansancio. Quizá me estoy resfriando. Quizá soy alérgica

a algo. Me seco las lágrimas y voy a hacerme más té a la cocina, donde un conejo blanco muerto se descongela como si fuera un peluche dentro de una bolsa de celofán, y el fluorescente parpadea ominosamente, indeciso sobre si debe iluminar la habitación o dejar de funcionar por completo.

Estas lecciones de llamada enseñan al azor a volar de inmediato hacia un puño alzado en cuanto oiga un silbido. La respuesta rápida es esencial para el éxito. Si el azor no viene de inmediato no tiene sentido esperar durante minutos, silbando y llamándolo; es mejor dar por finalizada la sesión de adiestramiento y volverlo a intentar más tarde. White no lo sabía, y esta es una de las razones por las que la lectura de su primer intento de llamar a Gos resulta tan dolorosa. Pero lo que más me molestó de ese desgraciado episodio no fue la espera, que no enseñó nada al azor, ni tampoco el sádico tirón del fiador que arrastró al pobre Gos al suelo. No fue ni siquiera que al tardar tanto en dar la recompensa al azor, imposibilitó que el ave comprendiera que la comida que recibía era un premio. Lo que más me molestó fue lo siguiente: que una vez que el azor decidió caminar hacia él, White saliera corriendo.

Pero regresó y volvió a intentarlo. Dos días después Gos vuelve a estar en la baranda y White a poco más de treinta y cinco metros, silbando y agitando sesenta gramos de carne en la mano. Suplica. Llama. Prueba todos los tipos de voz que puede articular: su tono es autoritario, mimoso, apremiante, loco, desesperado y airado. «¡Vamos! ¡Ahora! —conmina—. No seas tonto, ven de una vez, sé bueno, Gos, Gosi-gosi-gos». Tras diez minutos, Gos decide levantar el vuelo. Pero la alegría del cetrero se convierte rápidamente en horror, pues lo que se acerca a él a toda velocidad a duras penas se puede considerar un azor. Es un «Ricardo III jorobado y aéreo», un horrendo sapo volador, y sus ojos, encendidos como faros, no se fijan en el guante que le ofrece, Dios mío, sino en su expuesto y desprotegido rostro. Le entra el pánico. Gos le había atacado unos minutos antes, había saltado a su hombro y le había clavado una garra en el cuello. Había habido sangre y un dolor notable. Recuerda la fuerza de ese golpe, el dolor agónico que le había producido, las reservas de paciencia a las que había tenido que recurrir para no arrojar el azor al suelo y matarlo, para esperar, simplemente esperar, a que el azor lo soltara. *Se acerca*. Ahora está a cinco pasos. Está casi sobre él. Esos ojos enormes están clavados en él. «Sí, aunque camine por valles sombríos, no temeré mal alguno». No puede soportarlo. Su coraje se quiebra. Cierra los ojos y se agacha. Gos, sumamente confundido, se desvía hacia las ramas de un árbol, resbala y se desploma torpemente sobre un seto.

White se rehace, recoge al azor, lo devuelve a la baranda del pozo e intenta repetir la lección. Esta vez será valiente. Esta vez. Cuando el azor vuela hacia él aguanta la respiración e intenta mantenerse firme:

Contraje los pectorales para no encogerme. Era demasiado. Rebasados los

dos metros, la humanidad volvió a ser el cobarde que lleva dentro y salté a la derecha, apartando el rostro de los ojos de la matanza, levantando el hombro, incapaz de mantenerme erguido. Pero Gos se posó en el hombro con un golpe decidido, caminó rápidamente por el brazo y empezó a comer los sesenta gramos de carne.

Se había esforzado mucho para no ser un cobarde. Por eso había cazado con el Grafton y había aprendido a pilotar un avión, y por eso había nadado alrededor del muelle de Saint Leonards cuando era pequeño y saltado del trampolín más alto de los baños Hastings en la escuela. Siente aquel antiguo, nauseabundo terror. Incapaz de mantenerse erguido. *Debe* ser valiente. Cuando era pequeño su madre le había suplicado que «al crecer se convirtiera en un gran hombre valiente y honorable» y lo había condicionado para temer lo contrario. «Me sentía incapaz de ser ninguna de esas cosas nobles», había escrito. Su virilidad estaba siendo puesta a prueba. Sacando fuerzas de flaqueza, reúne el valor que le queda y vuelve a llamar a Gos otra vez, ahora desde cuarenta y cinco metros, y en esta ocasión no se aparta, a pesar de que el miedo recorre hasta el último recoveco de sus venas. Está orgulloso del azor por haber volado cuarenta y cinco metros, orgulloso de sí mismo por haberse mantenido firme. Es una victoria que hay que celebrar, y esa noche bebe hasta perder la conciencia. «Grito “salud” muy alto y muchas veces» —escribió—, «doy victoriosos tragos de feroces líquidos, bebo por la condena de mis enemigos, y estrello los vasos vacíos en el suelo».

Hace quince días que llegó el azor. Me he lavado el pelo, puesto un poco de maquillaje, encontrado un poco de ropa presentable, es decir, ropa que no estuviera cubierta de deposiciones secas de azor, y he ido caminando con Mabel a mi universidad para una comida en la Master's Lodge.

A las dos y diez minutos estoy sentada a una larga mesa en un apartado patio inglés impartiendo una improvisada clase sobre cetrería mientras Mabel devora una pata de conejo en mi guante. El decano, un hombre astuto y cordial vestido con un traje a medida impecable, escucha atentamente mi discurso. Junto a él está su madre, que parece claramente divertida. Sus nietos están sentados a su lado. Y junto a ellos, la esposa del decano, una elegante abogada morena, con una copa de vino en la mano. Nuestras miradas se cruzan y me sonrío. Hace dos días, camino del supermercado, la oí gritar mi nombre y cuando me volví, la vi bajarse de su bicicleta con estudiada elegancia ecuestre. Hablamos durante un rato bajo los jirones de sombra que daban las hojas y al poco me hallaba en la cocina de la residencia del decano tomando café.

—Bueno, Helen —dijo—, vamos a dar una fiesta el sábado, una comida. Solo para la familia. En el jardín, si el tiempo es bueno. Sería *maravilloso* —dijo, inclinando la cabeza— si pudieras venir después y traer tu azor. Hemos oído que lo estás volando en el recinto de la facultad y nos *encantaría* conocerlo.

Destapó un rotulador negro y escribió HELEN AZOR en una pizarra blanca, luego dudó, se volvió hacia mí y dijo:

—¿A las dos?

—A las dos.

Escribió la hora en su elegante caligrafía y sonrió.

Así que ahora el azor come, la conversación continúa, el sol cae en pálidos planos sobre los antiguos muros, los gorjeos de los aviones comunes llueven desde los cielos como distantes huellas en una copa, y yo disfruto de todo ello. Qué bello es todo esto, pienso, y qué supremamente improbable era que yo llegase a estar aquí, una niña de escuela pública cuyos padres no habían ido a la universidad y para quien Cambridge era la misteriosa guarida de pijos y espías.

—Debes de ser una espía —solía decirme mi padre—. Tienes que serlo.

De niña me había visto esconderme con mis prismáticos y pasar horas oculta entre arbustos y árboles. Yo era la niña invisible; una persona hecha a medida para una vida secreta.

—No, de verdad que no —decía yo por enésima vez—. ¡No lo soy!

—Claro, ¡cómo no ibas a negarlo!

Y se reía encantado, porque no había forma de que pudiera convencerlo de lo contrario.

—Es un trabajo, papá —le decía, poniendo los ojos en blanco. Enseño Historia de la Ciencia a la gente. Paso las horas en la biblioteca leyendo libros, investigando. Y eso es todo. Mi vida no tiene nada que ver con una novela de John le Carré.

—Pero podrías serlo —decía él, haciendo énfasis en el «podrías», y parte de él lo decía completamente en serio.

Mi padre gozaba pensando que yo quizá fuera una espía porque era una vida que comprendía, ya que se asemejaba mucho a la suya. Un día me regaló una cámara en miniatura plateada.

—Necesita una película especial —me dijo con alegría, abriéndola por detrás y mostrándome dónde encajaba el carrete en miniatura en aquel cuerpo del tamaño de una caja de cerillas.

Con los años había dispuesto luces de infrarrojos para poder fotografiar animales por la noche, había vigilado los nidos de amor de los ministros del gobierno, seguido y fotografiado los movimientos de los residuos nucleares en trenes secretos que circulaban de noche, escalado vallas y colocado cámaras en lugares en que ni ellas ni él tenían permiso para estar. Paciencia, detección, subterfugios y registro. El trabajo cotidiano de un historiador era para él mucho más misterioso que el de un espía.

Se me nubla la vista. Arrastramos las vidas que imaginamos del mismo modo que las que vivimos, y en ocasiones nos pasan cuentas todas las vidas que hemos perdido. La comida veraniega se aleja. No puedo recuperarla. La niebla se filtra desde el campo de rugby en el que corrió Prideaux. Respiraciones, lentas, blancas. Hay un silencio en mi cabeza; cada vez más estruendoso.

—No soy una espía —le había dicho a mi padre—. Soy historiadora.

Pero al ver a todo el mundo alrededor de aquella mesa, con sus rostros embelesados por mi azor, me parece que ya ni siquiera soy eso. Soy el bufón, pienso, sombría. Antes era una investigadora, una académica como es debido. Ahora soy una mezcla. Ya no soy Helen. Soy la mujer del azor. El azor tira de su pata de conejo. Las avispas la orbitan como electrones. Se posan en sus pies, en su nariz, buscando restos de carne de conejo que llevar a su nido de papel en algún cercano desván de Cambridge. Las espanta con el pico y veo sus abdómenes a rayas amarillas y negras dando vueltas por el aire hasta que se enderezan y vuelven a volar hacia el azor. Esta comida de verano me parece absolutamente irreal. Sombras de damasco y plata, un fotograbado en un álbum, algo sacado de Agatha Christie, de Evelyn Waugh, de otra época. Pero las avispas son reales. Están aquí, y están presentes. Y también es real el azor, el sol al que rodean. ¿Y yo? No lo sé. Me siento hueca y desahuciada, un nido de avispas liviano y vacío, una cosa hecha de papel masticado después de que las heladas hayan matado toda la vida de su interior.

A veces todas las vidas que hemos perdido nos pasan cuentas, y a veces consideramos nuestra responsabilidad quemarlas hasta que solo queden cenizas. Por las noches, a la luz de la lámpara de Aladino, en el suave resplandor de su pantalla fluorescente, White entrega su antigua vida a la muerte. Comete el asesinato en una novela que ha empezado a escribir en Stowe, y que ahora casi ha terminado. El libro se titula *You Cant Keep a Good Man Down*, y es la historia del declive y caída de un director de escuela privada llamado doctor Prisonface. Prisonface tiene un miedo terrible a la vida; es un camaleón, un espejo que existe solo a través de su reflejo en los ojos de los demás. Pierde su trabajo en la escuela. Corteja a una camarera morena y hombruna que lo rechaza y huye aterrorizado de las insinuaciones de su madre. Vuela con aviadores borrachos descendientes de poetas románticos. Intenta enseñar a los magnates de Hollywood a ser caballeros y lo humillan acribillando a urogallos con metralletas. El libro es una sátira cruel sobre el sistema educativo y sobre el culto al caballero inglés, pero es también un exorcismo psicológico, una narrativa cáustica escrita para incinerar su antigua vida. White creó a Prisonface para que sufriera, fuera castigado, se burlasen de él, lo redujeran a un ser harapiento y muriera. De director de escuela a tutor privado, de granjero a mendigo, fracasa en cuanto intenta. Todo el mundo con quien se encuentra le dice que es un inútil y que es irreal, y también el narrador del libro aprovecha para hacer leña del árbol caído siempre que puede.

Hacia el final de la novela, renqueante y sin hogar, Prisonface se encuentra con un hombre misterioso en una carretera rural. El hombre tiene rasgos saturninos y extraños y camina en la oscuridad con un perro negro a su vera. Es una figura sobrenaturalmente agradable. Prisonface se siente atraído hacia él, cautivado por su poder, pues percibe que posee «la sabiduría de la certeza, la felicidad de lo real, la autoridad de lo correcto». El extraño había sido también director de escuela en otros tiempos, en un lugar llamado Golden Gates, pero se marchó porque no soportaba a

los demás profesores. Ahora está casado, vive en una casa en el bosque y es feliz. El hombre es la visión que White tiene de su propio futuro: un White libre, un White triunfante, un hombre que alecciona a Prisonface, a lo largo de varias páginas, sobre los defectos del sistema escolar: «Para cualquiera que haya pasado dos meses adiestrando un azor, sabiendo que resultaría fatal incluso mirar un poco mal a la criatura —dice el hombre—, parece extraordinario que la compleja psicología de un ser humano pueda enseñarse con una vara».

Sentado junto a su lámpara, White termina de escribir el discurso que es quizá el menos cruel, el más humano, de todo el libro. Está hablando a su antiguo yo con caridad y compasión.

—Volviste a la escuela voluntariamente desde la universidad porque seguías necesitando ir a la escuela, porque todavía tenías algo que descubrir allí. Volviste bajo el ala de mamá gallina por seguridad, porque eras todavía un pollito demasiado pequeño, pero también en busca de algo: quieres el talismán que te hará estar preparado para marcharte.

—¿Qué estoy buscando?

—Eso solo lo sabrás cuando lo encuentres.

—¿Es sabiduría o virilidad?

—Quizá sea amor.

Quizá sea amor. Quizá sí. Lo imagino escribiendo esas líneas en su pequeña cocina, con la luz reflejándose húmeda sobre el mantel de hule y la noche apretándose contra la ventana. En un rato echará un poco más de leña al fuego. Primero escribirá un poco más. Su azor duerme. Todas las hojas de los árboles de los Ridings están quietas esta noche, inmóviles a lo largo del bosque de Three Parks Woods, del bosque de Stowe y en el bosque de Sawpit; en los estanques Black Pits las carpas duermen en las profundas aguas. Aquí hay paz. Él es un hombre malvado. Un hombre libre. Un hombre expulsado, el hombre caído. Salvaje. *Ferox*. Hada. Un hombre que es feliz con lo que tiene. Deja la pluma y se sirve otra copa, luego la toma otra vez y escribe un poco más. Escribe que el doctor Prisonface le pregunta al hombre misterioso su nombre, y el hombre le dice que se llama Lucifer. Lucifer, el que trae la luz, el ángel caído, la encarnación del diablo.

14

La línea

La expresión en el rostro de Christina es inusual. No es una expresión feliz, pero tampoco descontenta. Tensa, eso seguro. Es feroz, ambivalente y valiente. Hoy ha venido a ver volar al azor y en un ataque de inspiración he decidido reclutarla como cetrera adjunta. Había llevado mis extravagancias nacidas del duelo con mucha elegancia durante los últimos meses, pero nada la había preparado para esto.

—El problema es que no me puedo alejar lo bastante rápido —le explico—. Echa a volar en cuanto me doy la vuelta. Pero tiene que venir desde más lejos antes de que lo pueda volar suelto. ¿Puedes sostenerlo por mí, al otro lado del campo, para que lo llame y venga desde tu guante al mío?

—Me tendrás que enseñar cómo —dice, palideciendo.

—Es muy fácil, de verdad.

Le doy mi guante de recambio, pongo el azor en él y le doblo los dedos en la posición correcta para sujetar las pihuelas.

—Ahora date la vuelta y ponte de espaldas... Así, muy bien. Perfecto. Ahora Mabel no puede verme. Así que voy a caminar hasta allí. Cuando grite «ahora», gira hacia la derecha, alarga el brazo y abre la mano para que pueda volar.

Se muerde el labio y asiente.

—Es importante que te des la vuelta con cuidado, para evitar que el fiador se te enrede en las piernas.

Sostiene el azor con cautelosa concentración, como si fuera una jarra llena a rebosar de algún agente cáustico. Está erguida, muy rígida, quieta y serena, una pequeña figura a catorce metros vestida con tejanos negros pitillo, camiseta y unas deportivas rojo brillante.

—¡Ahora!

Se vuelve y Mabel se lanza hacia mí, arrastrando tras de sí el fiador, volando tan bajo que las puntas de sus alas casi rozan la turba. Con cada profundo batir de alas todo su cuerpo se dobla y oscila, pero sus ojos y su cabeza están perfecta, giroscópicamente, quietos, fijados y centrados en mi guante. La parte plateada de debajo de sus alas relampaguea cuando las extiende por completo, su cola se despliega, levanta las garras para atacar e impacta contra el guante con las garras por delante, como si fuera un combatiente de *kick boxing*.

—¿Ha salido bien? —grita Christina.

Le muestro el pulgar hacia arriba y responde de la misma manera: durante un momento somos dos controladores aéreos en la cubierta de vuelo de un portaaviones.

Lo hacemos otra vez. Y otra. Al día siguiente diluvia, así que la dejamos volar suelta entre nosotras en la habitación delantera de mi casa, yendo y viniendo de un puño a otro, sobre la alfombra, pasando frente al espejo, bajo la lámpara, con las alas

agitando el aire con tanta fuerza que hacen que la pantalla de la lámpara se balancee alocadamente. Para el cuarto día el azor vuela veintitrés metros hasta mí. Acude sin dudar desde el suelo, desde el puño de Christina, desde las ramas de un árbol, desde el techo del pabellón.

—Muchas gracias por tu ayuda —le digo cuando nos vamos del campo—. ¿Sabes? Creo que casi lo hemos logrado. Una vez vuela unos cuarenta y cinco metros, lo dejaré suelto.

La idea hace que me embargue una sinuosa y estridente felicidad. No debo precipitarme. No puedo esperar.

Había llamado a tantas aves antes... pero llamar a Mabel era distinto. Me quedé allí, levanté el brazo y silbé la tonada que significaba: «Por favor, ven. Aquí es donde quieres estar. Vuela a mí. Ignora las columnas de nubes, ignora el viento que empuja a los árboles detrás de ti. Céntrate en mí y vuela desde donde estás hacia mí». Y yo oiría los latidos de mi corazón. Y vería cómo el azor se agachaba y echaba a volar. Lo vería lanzarse desde su percha, acelerar hacia mí, y yo tendría el corazón en un puño. Aunque todavía tenía el fiador puesto, temía que flaquease. Temía que se desviase, presa de un súbito pavor, y se alejase volando. Pero el batir de sus alas lo llevó directamente a mí, y el golpe de sus fuertes garras aferrando el guante fue un milagro. Siempre era un milagro. «Escojo estar aquí —parecía decir—. No me importa el aire, ni los bosques ni los campos». No había mejor bálsamo para mi dolorido corazón que el retorno de mi azor. Pero ahora ya era muy difícil distinguir entre mi corazón y el azor. Cuando estaba posado a casi veinte metros de distancia en el campo deportivo, parte de mí estaba posada con él, como si alguien hubiera tomado mi corazón y lo hubiera movido esa distancia. Me recordó a la saga de fantasías infantiles de Philip Pullman *Sus materiales oscuros*, en la que cada persona tiene un *daimonion*, un animal que es una manifestación visible de su alma y que la acompaña a todas partes. Cuando alguien se separa de su *daimonion*, siente dolor. Ese era un universo muy cercano al mío. Me sentía incompleta a menos que el azor estuviera posado en mi guante: formábamos parte el uno de la otra. El duelo y el azor habían conspirado para crear esta situación extraña. Confiaba en que volaría hasta mí tan sencilla y completamente como confiaba en que la gravedad haría caer las cosas. Y tan enraizada estaba la sensación de que el azor volando hacia mí era parte del funcionamiento del mundo que cuando las cosas salían mal, todo el mundo iba mal con ellas.

Había salido del puño de Christina con toda la alegría y la certidumbre del mundo. Lo vi acercarse y esperé con feliz anticipación el sólido plas de su aterrizaje en mi guante. Pero no se produjo. En lugar de eso alargó una de sus garras hacia la comida en mi guante y siguió volando, rápido, alejándose cada vez más de mí. Me di cuenta de que percibía su fracaso, la sensación de que no había conseguido lo que quería, y también de que lo que acababa de pasar lo había asustado y que ahora

volaba para alejarse de ello, y de mí, tan rápido como podía. Agarré el fiador y corrí con él, aumentando progresivamente la resistencia de la cuerda hasta que lo hice descender a tierra, con la cresta erizada, las alas extendidas en toda su envergadura, las patas plantadas sobre la turba, el pico abierto y jadeando furioso. Extendí el brazo y voló directamente al guante, como si nada hubiera sucedido.

—Debe de haberse asustado por algo —dije—. Volvamos a intentarlo.

Y de nuevo se acercó el azor, volando bajo y deprisa, y de nuevo alargó una garra hacia el guante y continuó volando. Otra vez lo hice descender a tierra.

—¿Por qué lo hace?

«No lo sé. No lo sé».

No había pasado antes. A lo largo de los años había tenido pájaros que me habían ignorado. Halcones que me habían dado la espalda. Aves que volaban a regañadientes, volaban mal o no volaban en absoluto. Nunca me había preocupado. Esos pájaros no estaban en su peso de vuelo, eso era todo, y era fácil de arreglar. Pero esto era distinto. Este azor quería desesperadamente volar hasta mí, pero algo le daba miedo en el último instante y no se atrevía a posarse en el guante. Era incomprensible. Llamé por teléfono a Stuart.

—No sé qué hago mal. ¿Acaso debo acariciarla más? ¿Está demasiado alta de peso?

Estaba anonadada como una niña.

¿Qué debía hacer?

Hubo una larga pausa, y luego un suspiro todavía más largo.

—¿Le estás dando de comer pollitos? —dijo.

—Sí.

—¡Deja inmediatamente de darle pollitos! Son demasiado para ella en esta fase. No le pasará nada, ya casi has terminado. Simplemente dale conejo. No le hará daño y se acabará el problema.

Toda la confianza en mí misma que me quedaba se basaba en que el azor quería volar hacia mí. Ahora tenía miedo de posarse en mi puño —no confiaba en mí— y no era capaz de explicarle a Stuart lo mal que eso me hacía sentir. Le di las gracias. Le había pedido consejo y me lo había dado, sencillo y preciso. Este es el problema. Así se arregla. Pero no le creí. «No puede ser solo la comida. He hecho algo mal —pensé, sintiéndome desgraciada—. Algo terrible».

Al día siguiente una plaga de gallinetas salió del descuidado bosquecillo tras el pabellón. Corrían por todo el campo de *cricket* como una marabunta de emplumados ratones negros. ¡Gallinetas! Pájaros que no pueden ni volar bien ni correr rápido, que son presas tan fáciles para los azores que los cetreros evitan usarlos contra ellas por un sentido innato del juego limpio. Mabel nunca las había visto antes, pero ahora las miraba como si las hubiera creado una deidad bondadosa para su deleite personal. No me sorprendió; yo ya había descubierto que todo tipo de taxonomías depredadoras

están impresas en el cerebro de un azor desde que nace. Unos pocos días antes la había visto contemplando un pequeño dibujo de unas perdices en un libro abierto en el suelo. Intrigada, recogí el libro y lo sostuve frente a ella. Mabel clavó los ojos en la ilustración, incluso cuando moví el libro un poco. «¡No puede ser!», pensé. El dibujo estaba hecho con tinta, era muy simple y esquemático: capturaba el efecto y la forma de las perdices, pero no había ni colores ni detalles que lo acompañaran. Pasé las páginas del libro y le mostré otros dibujos: pinzones, aves marinas, tordos. Los ignoró todos. Luego le enseñé el dibujo de un faisán. Contrajo sus pupilas negras; se inclinó hacia delante y lo miró por encima de su pico, tan fascinada como con las perdices. Me quedé asombrada. Asombrada de que comprendiera imágenes bidimensionales, y todavía más asombrada de que algo en lo más hondo de su cerebro identificara que aquellas pocas curvas de tinta encajaban en la categoría ave de caza y las considerara dignas de interés.

Como si le hubieran dado pie, oigo un suave cloqueo y un leve piar, y la cabeza de Mabel gira inmediatamente hacia él, y también la mía, y vemos —allí mismo, a apenas tres metros— un faisán hembra y una línea de pollitos todavía sin todas las plumas piando mientras se aprietan para pasar bajo una barandilla de camino a la hierba. El faisán ve a Mabel y se detiene en seco. Nunca ha visto un azor antes, pero de forma instantánea percibe que está en peligro. Se agacha para tomar impulso y salir volando, comprende que eso dejará atrás a sus crías y decide sentarse y fingir ser una piedra, y cuando comprende la futilidad de esta maniobra —su dorso de encaje beis no se camufla bien entre la hierba iluminada por el sol y, además, el azor ya la ha visto— se abren las compuertas del caos. Alarga mucho el cuello, eriza todas las plumas de sus mejillas, abre el pico presa del pánico y echa a correr desordenadamente por el campo de juego. Sus polluelos la siguen desesperados, como si fueran seis torpes pequeños dinosaurios mecánicos. Estoy anonadada: no encontrará ningún refugio allí, no hay donde esconderse, a menos que el faisán crea que si consigue llevar a sus polluelos hasta donde están las lejanas gallinetas al menos tendrán una pequeña posibilidad estadística de salir con vida.

Mabel. Oh, Dios mío, Mabel. Mabel está lanzándose contra ellos, con tanta energía, con un aleteo tan furioso, que su cuerpo está paralelo al suelo. La brisa acaricia fría mi rostro, tiro de mi puño extendido hacia los faisanes que huyen. Vuelve de rebote a mi mano con el pico abierto por el esfuerzo, me lanza una mirada incandescente de ira y se lanza otra vez contra ellos. «¡No aquí, no ahora! ¡Mabel! No puedo. No puedo dejarte capturarlos. Va contra las leyes de Dios, del Hombre y... de la universidad».

Intento mantenerla en el guante —lo que resulta parecido a intentar mantener en equilibrio una pila muy alta e inestable de valiosos platillos de porcelana—, ejecuto una inteligente media vuelta para que pierda de vista a los faisanes y en el tono de voz excesivamente educado que solo adopto en los momentos de enorme estrés, le pregunto a Christina si «podría por favor ahuyentar a los faisanes para que se

volvieran a meter entre los arbustos, ¿y quizá también a las gallinetas?». Ella sonríe y pastorea a los faisanes de vuelta al jardín que hay más allá de la barandilla. Luego echa a correr por el campo de *cricket* hacia las gallinetas. Mientras tanto Mabel está de puntillas, saltando de un lado a otro, estirando el cuello sobre mi hombro para ver dónde han ido, y yo intento evitarlo, sin conseguirlo del todo, y vuelvo la cabeza y veo a Christina corriendo por el campo, con los brazos como aspas de molino, y delante de ella, docenas de gallinetas corriendo con las alas abiertas hacia los árboles del bosquecillo, como si fueran niños pequeños jugando a hacer el avión, y empiezo a reírme sin poder contenerme. Esto es ridículo. Estoy reteniendo al azor más letal de Gran Bretaña mientras alguien espanta todas las presas. «Dios mío —pensé—. Si alguno de mis amigos cetreros se entera de esto, me retira la palabra de por vida».

Una vez despejado el campo de tentaciones, llamo a Mabel como de costumbre. Vuela perfectamente hasta mi guante, unos veintiocho metros completos. Pero en el segundo y tercer vuelo golpea con fuerza el guante con ambos pies, remonta el vuelo casi en vertical, intenta girar en el aire, se tambalea, pierde fuerza y acaba en el suelo a pocos pasos de distancia, jadeando, con las alas caídas y con aspecto de estar a punto de explotar. Ya no me río. Ahora comprendo por qué los cetreros tienen fama, desde hace siglos, de ser gente malhablada. Maldigo. Esto es por mi culpa. Sé que es así. Me odio a mí misma. Intento mantener la calma. Fracaso. Joder, joder, joder. Tengo calor, estoy increíblemente alterada, me aparto el cabello de los ojos con los dedos manchados por la carne de conejo, maldiciendo hasta a los cielos, y para colmo veo a un hombre vestido con una camisa blanca y un chaleco negro acercarse a Christina, su sombra oscura ante él. Es uno de los porteros de la universidad, y no está contento. La pose de sus hombros es inconfundible. Empiezan a hablar.

Desde esta distancia oigo lo que dicen, pero ella me hace gestos con la mano para que me acerque y supongo que le está explicando que no soy una intrusa cualquiera, sino una auténtica profesora de la universidad, y que lo que hacemos no contraviene el reglamento.

Por su actitud, no parece creerla.

Se callan cuando me acerco. Él me reconoce. Yo lo reconozco a él.

—¡Hola! —digo animadamente, y explico lo que estoy haciendo con un azor en este suelo sagrado.

—Humm —dice, mirando a Mabel con suspicacia—. ¿Va a cazar estudiantes con él?

—Solo si se portan mal. —Y, a continuación, en un susurro conspirativo, añadido—: Pásame la lista de nombres.

Es la respuesta correcta. Un estallido de risa. Le fascina el azor, y le gustaría quedarse a saber más de él, pero está trabajando y el deber lo llama.

—Discúlpeme —dice, y vuelve a alzar los hombros, entrecierra los ojos por el sol y va hacia unos pobres turistas que han decidido celebrar un picnic en una esquina del campo de rugby de la universidad.

Volé a Mabel a una hora más tardía. La volé también más temprano. Le di de comer conejo con piel y conejo desollado. Le di de comer pollitos previamente destripados y desollados y escurridos en agua. Bajé su peso. Lo subí. Lo bajé de nuevo. Me vestí con ropa distinta. Lo intenté todo para resolver el problema, pero estaba segura de que no podía resolverse porque el problema era yo. En ocasiones volaba directamente a mi puño, otras pasaba sobre él, y no había forma de saber cuándo haría una cosa u otra. Cada vuelo era una moneda lanzada al aire, un monstruoso juego de azar donde me jugaba algo muy parecido a mi alma. Empecé a pensar que el azor se alejaba de mí por la misma razón que se había alejado el hombre del que me había enamorado después de la muerte de mi padre. A pensar que había algo que estaba profundamente mal en mí, algo abyecto que solo él y el azor habían visto. Y todas las noches escribía en el diario que había empezado cuando llegó el azor. Escribía las entradas en una caligrafía brusca e impersonal, detallando el tiempo que había hecho, la actitud de Mabel y su peso, la velocidad del viento y la comida que le había dado. Parecían partes de aviación, textos hechos para transmitirse en frases cortas desde el tejado del Ministerio del Aire:

950 gramos, viento ligero, soleado, 4 p.m. 32 metros, cuatro vuelos respuesta rápida, pasó de largo los últimos dos. Pollito lavado.

Pero las entradas estaban cambiando.

950 gramos, despejado, brisa ligera, 4.30 p.m. tres vuelos 32 metros, pasó de largo en todos. Horrible. Conejo.¿¿¿?!!

Ya no son por completo sobre el azor.

Desanimada. Dolor de cabeza. Hoy ha sido difícil salir. ¿Estoy enferma? 942 gramos conejo tres vuelos 23 metros pasó de largo el último ¿por qué? Tengo que arreglar esto. ¿Qué estoy haciendo mal?

Sol, fuerte brisa. 4 p.m. Conejo, pero igual que ayer, 18 metros bien, a 23 pasó de largo dos veces: 942 gramos resto del día horrible porque he tenido que ver a gente y fingir que todo iba bien. No se acababa nunca. Ojalá se VAYAN TODOS A LA MIERDA Y ME DEJEN EN PAZ.

Una ira enorme emerge de la nada. Es la ira de algo que no encaja; la frustración que surge de intentar meter algo en una caja que es un poco demasiado pequeña. Intentas moverlo para ver si probando con otro ángulo consigues que encaje. Poco a poco se afianza la idea de que, después de todo, puede que no quepa. Y finalmente sabes que es imposible, que no hay forma de que entre, pero no por eso dejas de utilizar la fuerza bruta para intentar encajarlo a la fuerza, castigando al maldito objeto por no caber como es debido. Eso es lo que estaba pasando: pero yo era la caja, yo

era la cosa que no encajaba, y yo era la persona que la intentaba meter a la fuerza, una y otra vez, con las manos magulladas y heridas.

La ira palpitaba en mi interior, cualquier cosa la provocaba. Un día laborable por la mañana me adentré por la ciudad bajo un cielo del color del cemento húmedo para encontrarme con un estudiante uzbeko con el que había trabajado en un viaje de investigación a Asia Central el invierno anterior. Un hombre tranquilo, decente, un buen hombre. Había acampado con él en desiertos helados, comido con él membrillos rellenos de cordero en cabañas de la ruta de la seda, caminado a su lado por la orilla del río Sir Daria. Había llegado hacía poco a Cambridge y quería verme. Me senté con él a una mesa de una cafetería. Me gustaba. Sabía que debía hablar con él, pero no lograba recordar cómo. Intenté decir unas pocas palabras. Sonaron mal. Pegué a mi rostro una sonrisa acuosa y volví la cabeza hacia la ventana, intentando desesperadamente recordar cómo se mantenía una conversación. Y allí, tras el cristal del banco que había al otro lado de la calle, una mujer ataviada con un uniforme gris estaba subida a una silla, con sus pies descalzos enfundados en medias, alargando el brazo para despegar del cristal una gran pegatina de vinilo que mostraba a una alondra cantando. Era el anuncio de algún tipo de oferta. Ahora la oferta había terminado, y con su fin llegaba el de la alondra. Tiró de su pico abierto con las uñas, y luego empezó a despegar su cabeza del escaparate. Centímetro a centímetro el pájaro desapareció: primero se quedó allí, decapitado, con las alas impresas desplegadas en toda su envergadura, luego un ala, después la otra, fueron arrancadas del cristal, atacadas con los dedos y con una rasqueta de plástico, hasta que desapareció la última pluma de su cola. Hizo una bola con la alondra y la tiró al suelo.

Sentí el despertar de una ira ciega, fría y demoledora. Odiaba a esa mujer. Tenía ganas de entrar en el banco, gritarle, recoger la bola arrugada en que había convertido a la alondra y llevármela a casa. Alisarla, protegerla del peligro. Al otro lado de la mesa, mi amigo estudiante me miraba con la misma expresión de asombro y preocupación que había visto en el camarero la noche en que mi padre había muerto. Eso también me enfureció. Estaba enfadada con la mujer por arrancar la alondra y enfadada con este hombre bueno e inocente que no me había dado ningún motivo para enfadarme con él. Murmuré una disculpa en absoluto satisfactoria, le dije que «las cosas han sido difíciles desde la muerte de mi padre» y que «no es culpa tuya» y «lo siento, sé que me estoy comportando de forma horrible, pero de verdad que tengo que irme». Pasé junto al escaparate del banco al cruzar la calle. La mujer estaba de nuevo subida a la silla, alisando una nueva pegatina en el cristal: una flecha gigante que no señalaba nada. No pude mirarla a los ojos.

Luego empecé a chocar con cosas conduciendo el coche de mi padre. No fue adrede: simplemente sucedió. Chocaba contra los bolardos al dar marcha atrás, arañaba los guardabarros con las paredes, escuchaba el chillido agónico del metal una y otra vez, y salía del coche y acariciaba las nuevas rayadas con los dedos, como si de

algún modo eso fuera a arreglarlas, aunque habían atravesado la pintura.

—¿Estás castigando al coche de tu padre porque él te ha dejado? —preguntó un amigo con afición al psicoanálisis y nulo tacto.

Reflexioné sobre ello.

—No —respondí, avergonzada porque mi respuesta era mucho menos interesante que la pregunta—. Lo que pasa es que ya no sé qué forma tiene mi coche.

Era cierto. No conseguía tener presentes las dimensiones del coche. Ni las mías, pues seguía provocando accidentes. Rompía tazas. Se me caían los platos. Me caía yo misma. Me rompí el dedo de un pie contra el marco de una puerta. Era tan patosa como cuando era niña. Pero mientras estaba con Mabel nunca era patosa ni torpe. El mundo con el azor estaba aislado de todo peligro, y en ese mundo sabía exactamente dónde alcanzaba el límite de mi piel. Todas las noches soñaba con fiadores, con lonjas y nudos, con madejas de lana, con bandadas de gansos volando al sur. Y todas las tardes caminaba hasta el campo de *cricket* con alivio, porque con el azor en mi puño yo sabía quién era, y nunca me mostré enfadada con él, aunque quisiera hincarme de rodillas y llorar cada vez que intentaba huir volando.

Por quién doblan...

—¡Caramba, Helen, está calmadísimo! —dice Stuart—. Siento los latidos de su corazón. No le está molestando nada.

Tiene la cabeza muy baja, casi a la altura de la mesa, con los dedos muy abiertos sobre las alas cerradas de mi encaperuzado azor. Lo sostiene sobre un cojín de cocina con firmeza y cuidado, como si Mabel estuviera hecha de cristal.

—Bueno —digo, apartando cuidadosamente sus plumas cobertoras para mostrar la base de la cola.

Aquí, justo antes de que las largas plumas se unan a su cuerpo, los cálamos están huecos y translúcidos, y estoy a punto de pegar y atar un cascabel del tamaño y forma de una bellota en el par más alto. No me lleva mucho. Tiro suavemente para comprobar que está bien sujeto, luego devuelvo a mi azor al guante. Se esponja y el cascabel suena alto y claro en la iluminada habitación. No parece que le moleste en absoluto.

Los cascabeles se cuentan entre los instrumentos más antiguos de la cetrería. Durante años he comprado cascabeles de Pakistán, hechos a mano moldeando el latón según un diseño de inmensa antigüedad, pero el que lleva Mabel es norteamericano; es moderno, pequeño y ligero, hecho a mano con alpaca. Cuando vuela suelta me indicará dónde está. Tradicionalmente se ataban los cascabeles a las patas de los halcones con pequeñas tiras de cuero, pero un cascabel atado a la cola funciona mucho mejor para un azor, pues tienen la inquebrantable costumbre de agitar la cola al posarse. Puedes estar de espaldas en un árbol en el que hay un azor y seguir sus movimientos de rama en rama meramente a partir del sonido.

Pero los cascabeles no son a prueba de idiotas: el viento y la distancia amortiguan su sonido y no tintinean si el azor está quieto, así que cuando Mabel vuela libre llevará también un diminuto radiotransmisor, y yo llevaré a la espalda, en una pequeña caja de tela negra, el receptor que capta su señal. Incluso con esta doble precaución, la idea de quitarle el fiador me inquieta. Yo nunca había perdido un halcón, ni había temido perderlo. Pero estoy convencida de que una vez libre, Mabel saldrá disparada, se alejará de mí y desaparecerá para siempre. Estoy todavía más convencida de ello cuando la vuelo unas pocas horas después. Esta vez ni siquiera lanza su garra hacia la comida en mi puño, simplemente pasa de largo volando hasta que la fuerza a posarse en tierra.

Desconsolada, llevo al azor hasta el linde de los campos de juego del pueblo. Stuart me ve acercarme y mira con ojo crítico al pájaro. Se frota la nuca con una mano. Su rostro, bronceado por años de sol y viento, está serio y pensativo.

—¿Crees que pueda ser el cascabel? —pregunto—. ¿Es posible que la haya asustado un poco?

Frunce el ceño.

—También es un sitio nuevo. Pero todavía no está lista, Helen. Todavía no. —Le palpa el esternón inquisitivamente—. Necesitas desainarla más. Todavía pesa demasiado. ¿Le estás dando de comer conejo? ¿Solo conejo?

Asiento, sintiéndome muy desgraciada.

Me mira mientras reflexiona.

—Mira Helen, te voy a decir lo que haremos: ven mañana conmigo a la colina —dice—. Yo estaré allí volando el torzuelo. Tu azor necesita espacio.

—Me parece una idea fantástica, Stuart.

—Te recojo a las cinco.

—Gracias. Muchas gracias, de verdad.

—Tienes que bajarla un poco más de peso, Helen.

Me estaba ofreciendo su ayuda, y yo no estaba preparada para lo que eso me hacía sentir. Había volado docenas de halcones. Había enseñado cetrería a principiantes. Había escrito artículos sobre cetrería, y había dado conferencias sobre su venerable historia. Pero ahora inclinaba la cabeza ante Stuart. Él sabía lo que había que hacer. Sabía de azores, y yo no. Por fin experimenté el debilitante alivio de no tener que ser una experta. Allí estaba él, liándose un cigarrillo, tranquilizadamente calmado y amable, un amigo como era debido, un amigo generoso; y fue allí, al borde de los campos deportivos de un pueblo, donde, agradecida, volví a ser una novata, como si no hubiera visto un ave rapaz en mi vida.

«Necesidad de destacar para ser amado», había escrito White en el diario de sus sueños. Pero hay una coda silenciosa a esa frase. ¿Qué sucede si destacas en algo y descubres que aun así no te aman? White se sentía triunfador. Gos había volado hacia él noventa metros con el fiador y estaba listo para hacerlo suelto: ahora podía decir de verdad que había adiestrado a un azor. Pero algo terrible había acompañado a esa victoria. Por primera vez desde que había llegado el azor, White se sentía expuesto. Ser un novato es seguro. Cuando estás aprendiendo algo, no tienes que preocuparte de si eres bueno o no. Pero cuando has hecho algo, cuando has aprendido cómo hacerlo, has abandonado el terreno seguro. Ser un experto te expone al juicio de los demás. En su diario (diurno) de cetrería, White empezó a escribir sobre críticos y cómo quizá «evitaría los golpes que le dieran miedo». Sintió que era necesario explicar que su satisfacción consigo mismo no era ególatra, sino «de hecho, producto de la horrible sorpresa de descubrir que algo se me daba bien, después de que vivir se me diera tan mal durante treinta años». Y todas las figuras de autoridad bajo las que había vivido aterrorizado se combinaron en su imaginación para formar un anciano cetrero con un bigote encerado que leería su libro y pensaría que el autor era un idiota. Sabía que tenía que explicarle a ese hombre que lo que había escrito era solo el libro de alguien aprendiendo. Las palabras de su diario parecen una súplica.

Espero que este libro sea ignorado, por un lado, por aquellos cetreros y, por otro lado, por aquellos críticos, que comprendan que la indiferencia y la suposición de la inexistencia son a veces las armas más letales. Espero que algunos comprendan que soy solo un hombre.

Es solo un hombre. El éxito es una presión. No puede soportarla. Hierve y burbujea. Y sin saberlo, discreta y cruelmente, empieza a sabotear su éxito, porque el éxito es insoportable. Es muy fácil lograrlo.

Stuart sale de la carretera por un camino rural al oeste de la ciudad. La tarde es cálida, pero hay una blancura de papel rasgado tras el sol que anuncia la llegada de la escarcha. Le quito la caperuza al azor. Sus ojos pálidos contemplan la colina de rastrojos y cultivos color tiza, en pendientes interrumpidas por setos cuyo exterior parece de tafetán de seda tornasolada. Ve esqueléticas cardenchas y alambres. Las alondras cantan sobre nuestras cabezas. A mis pies hay un cartucho de escopeta del calibre 12. Rojo. Él lo mira y después fija su mirada en algo a tres campos de distancia, temblando de placer ante los nuevos horizontes de su mundo. Cuando Stuart lo toma en su guante, se echa para atrás y lo mira con un pavor casi cómico, con la cabeza hundida entre los hombros. Pero no tarda en relajarse; a pesar de lo extraño que le resulta, Stuart desprende cierta amabilidad, una facilidad y habilidad en su trato con él que pronto lo tranquiliza. Suelto cuerda del fiador y lo llamo desde el otro extremo del campo desnudo. Vuela mal, por supuesto. Veo el gesto de rechazo cuando se acerca, el momento en que toda la convicción y la confianza se vienen abajo y me revelo ante él como un monstruo. De nuevo tiro del fiador y lo obligo a posarse. Su patas se hunden en el friable suelo limoso; el azor mira hacia abajo, asombrado al ver los dedos de sus pies medio ennegrecidos.

Stuart se muestra firme conmigo. Me dice que el azor necesita estar más afilado. No puedo soportarlo. Hago que me jure que mi azor no morirá esa noche.

—Por supuesto que no —dice, con sus ojos azules en un gesto a medio camino entre una sonrisa y un ceño fruncido.

—¿Estás *seguro*? —digo yo, patética.

Me preocupa horriblemente estar matándolo de hambre.

Extiende una mano y palpa el esternón de Mabel, la caja torácica, los músculos bajo las alas.

—Está *perfectamente*, Helen.

—¿De verdad?

—Sí.

Camino pesadamente hasta el coche, con la vista fija en el suelo. Entonces Stuart se detiene de súbito.

—¿Stuart?

—¡Mira! —dice—. ¡Mira eso!

—¿Qué? —pregunto yo, volviéndome hacia él y poniéndome una mano de visera

—. No veo nada.

—Mira hacia el sol.

—¡Estoy mirando hacia el sol!

—¡Mira abajo!

Entonces lo veo. El campo yermo en el que habíamos volado al azor está cubierto de seda de araña, millones de hilos brillantes que el viento peina sobre cada palmo de suelo. Iluminada por el sol poniente, la temblorosa seda corre como la luz sobre el agua hasta llegar a mis pies. Es de una belleza sobrenatural, el resultado del trabajo de un millón de minúsculas arañas en busca de nuevos hogares. Cada una de ellas lanza un hilo de seda al aire que, a modo de pequeño paracaídas, la levanta del nido en que ha nacido y la hace ascender en vuelo arácnido como una intrépida aeronauta que pilota un globo, para así dispersarse por el mundo. Me quedo mirando el campo un buen rato. Me recuerda a una noche del último otoño durante aquel viaje a Uzbekistán. Yo estaba sentada junto a mi tienda, preguntándome si el terrible olor que percibía era una vaca en descomposición o algo peor. Ante mí había kilómetros de ciénagas y desierto y a lo lejos, disolviéndose en la bruma, se alzaban las montañas Fergana. Luego vi colgando del aire unas cosas extrañas que no reconocí. Parecían interrogantes blancos que ignoraban de forma alarmante las leyes de la física. No hacía viento de ningún tipo, y sin embargo flotaban, y se hundían y se levantaban con una lentitud sobrenatural. «¿Qué diablos?...».

Corrí tras una de ellas. Caminé hasta tenerla a diez centímetros de mi nariz y aun así no comprendí qué era. Era tan larga como mi mano desde la muñeca hasta la punta del dedo; era blanca y garrapata como un dibujo trazado con un bolígrafo cuya tinta se acaba, y estaba hecha de un material que no supe identificar. Pensé en maná, y en soda, y en ceniza y en espray de serpentinas. Y luego lo observé muy, muy de cerca, mientras se elevaba, muy, muy lentamente, y allí, en la base de su espumoso garabato, vi una línea casi invisible. Y colgando al final de esa línea había una araña exactamente de este tamaño, del tamaño de la palabra «Ah».

Al día siguiente dejé a Mabel en casa y fui en tren a Londres. No quería dejarla, y no quería ir. Recordaba la ciudad después de la muerte de mi padre como un lugar espantoso, pálido y cáustico bajo nubes que se desmoronaban. Pero ahora, al doblar la esquina y entrar en Fleet Street, descubrí que la ciudad ya no estaba vacía. Era una madriguera oscura e insondable de basura y cristal, por cuyos hundidos caminos pululaban banqueros y comerciantes. Alféizares, barricadas, callejones. Desagües, agujas antipalomas, aceras tachonadas con parches de chicle pisado. Y entonces, de repente, la iglesia Saint Bride, encajonada entre verjas sobre una plataforma elevada de piedras manchadas de verde. El editor de fotografía del periódico de mi padre estaba allí, esperando con mi madre y mi hermano en la puerta. Yo no lo conocía. Ojos azules en un rostro enérgico y triste de boxeador, un apretón de manos fuerte, un traje de raya diplomática. Él había organizado la reunión: el periódico quería celebrar

una misa en memoria de mi padre, y habíamos venido a hablarlo con el canónigo de la iglesia. Así pues, en la sacristía, hablamos de himnos, de invitaciones, de lecturas y lectores y de canciones. Yo dije que pronunciaría un discurso. Hablamos un poco más. Mi madre estaba sentada muy recta, vestida con un suéter gris y un chaleco acolchado rosa, con el cabello cuidadosamente peinado y el rostro tenso y pálido. «*Oh, mamá*». James estaba todavía más pálido. Me dirigió una sonrisa breve. A mí me picaban y me ardían los ojos. Se volvió hacia el canónigo.

—Yo soy diseñador —dijo—. ¿Podría diseñar la invitación y el programa?

El canónigo asintió y nos acercó un fajo de folletos impresos que había en la mesa.

—Son de otras misas que hemos celebrado —dijo, bajando un poco la cabeza en un gesto inconsciente y ansioso de ternura—. Quizá puedan ayudarte con el de tu padre.

Cogí el más cercano. En la cubierta había un desconocido de mediana edad ataviado con una corbata frente al teclado de un piano. Miré su rostro durante mucho rato, apretando fuerte la yema de un dedo contra la puntiaguda esquina de la dura cubierta para que ese pequeño destello de dolor ahogase la pena de mi corazón.

Cuando nos levantamos para marcharnos, el canónigo nos entregó su tarjeta de visita. Su tarjeta. «Absurdo». La corbata. La incongruencia. Esto. «Todo esto». Volví a mirar la sacristía. Fluorescentes y tableros de corcho, percheros y máquinas de fax. Agendas y horarios. Las oficinas de la muerte. Sentí que la risa ascendía en mi interior. Intenté contenerla. Emergió como una tos rota. Ya había sucedido antes; una vez, la mañana en que mamá y yo habíamos escogido el ataúd de mi padre, sentadas en sillones orejeros en la oficina de la funeraria frente a un pequeño jarrón con rosas color salmón. Luz tenue. Una habitación llena de cosas. Un silencio opresivo. El director de la funeraria nos había entregado una carpeta con láminas, que se abrió en una página llena de ataúdes pintados con los colores de equipos de fútbol, con Spitfires muy realistas, con campos de golf, saxofones y trenes. Nos reímos entonces como me reía ahora. Los ataúdes, como la corbata, hacían que las pequeñas pasiones de la vida resultaran ridículas en la muerte; las tarjetas de visita hacían que la misa en memoria de un difunto resultara mundana. La risa aparecía porque no había modo de incorporar esas señales de vida en el hecho de la muerte. Me reí porque no podía hacer otra cosa.

De camino a casa me invadió una tristeza grande y simple. Añoraba a mi padre. Le echaba muchísimo de menos. El tren tomó una curva y la luz del sol cayó directamente contra la ventanilla, oscureciendo los campos pasajeros bajo una malla de luz plateada. Cerré los ojos para protegerme del resplandor y recordé la seda de araña. Había caminado sobre ella y no la había visto. No me había dado cuenta de que estaba allí. Me asaltó la idea de que quizá la vacuidad y la maldad del mundo eran una ilusión; que las cosas podían ser reales, y buenas y bellas aunque yo no

podiera verlas, y que si permanecía en el sitio correcto, y tenía suerte, eso me sería revelado de algún modo. Y el sol en el cristal y el recuerdo del campo resplandeciente y la risa horrible y la bondad de aquella reunión por la mañana debieron de hacer mella en la armadura de silencio que había llevado durante meses, porque ahora la ira había desaparecido y esa tarde, mientras conducíamos hacia la colina, dije en voz muy baja:

—Stuart, no estoy sabiendo lidiar nada bien con las cosas ahora mismo —dije—. Creo que estoy un poco deprimida.

—Has perdido a tu padre, Helen —dijo.

—Estoy entrenando a un azor. Supongo que eso es bastante estresante.

—*Has perdido a tu padre.* Y lo estás haciendo bien con el azor —añadió—. Puede que a ti no te lo parezca, pero lo estás haciendo bien. Pronto volará suelta. Ya casi lo has conseguido, Helen. No seas tan dura contigo misma.

No se lo había dicho todo. No le había confesado las facturas sin pagar, las cartas del banco, las noches imposibles, las mañanas bañadas en lágrimas. Pero le había dicho algo. Miré a Mabel. Tenía la cabeza encorvada. Parecía indescriptiblemente apenada. Acaricié sus arrugados dedos, escamosos como piel de serpiente. Estaba dormida. Toqué suavemente la caperuza y sentí todo el peso de su hundida cabeza durmiente en mis dedos. Quizá tendría que pedirle a Stuart que nos llevara a casa, pensé. Yo estaba tan increíblemente cansada que no parecía tener ningún sentido volar a mi azor. Pero cuando le quité la caperuza en la colina, Stuart apreció que estaba extrañamente erguida, que sus pálidas plumas caían sobre sus pies, que las plumas de su píleo estaban erizadas y que apretaba posesivamente el guante. Enarcó las cejas y me preguntó:

—¿Cuánto pesa?

—878 gramos.

—Mírala —dijo—. Hoy es un azor distinto.

Vaya si lo era. La llamé. Había perdido toda esperanza de que viniera, pero la llamé de todos modos. Y voló a mí. Voló como una promesa que al fin se cumple. Vino a toda velocidad, con las alas parpadeando a lo largo de cuarenta y cinco metros de tierra sembrada de pedernal, se posó con fuerza en el guante y se quedó en él. Se la devolví a Stuart y volví a llamarla. Tres veces voló hasta el guante toda la longitud del fiador con una convicción absoluta. No hubo ninguna vacilación, no flaqueó. El azor voló hacia mí como si yo fuera su hogar.

—Ya has encontrado su peso de vuelo —dijo Stuart con aprobación—. Un par de días más y podrás dejarlo volar libre.

Por supuesto, tenía razón. Había calculado mal su peso de vuelo durante semanas. Pero el narcisismo del duelo es muy grande. Creí que el motivo por el que el azor había volado hasta mí era porque había confesado a otro ser humano lo mal que estaba. Eso me había hecho sentir mejor, y me había vuelto menos repulsiva a ojos de

mi azor. «Debo intentar ser más feliz —me dije a mí misma—. Debo intentarlo por mi azor».

16

Lluvia

White está construyendo una trampa. No es fácil. Hay en ello una dificultad práctica que le complace. Ha quitado la corteza a una vara de fresno y la ha doblado en forma de U. Le ha puesto unas tiras de cuero, la ha cubierto con un metro y ochenta centímetros de red color fresa y ha hecho una trampa en forma de arco como las que utilizaban los cetreros antiguos. Va a poner de cebo un mirlo que tiene atado y quiere atrapar a una de las aves rapaces del bosque de Three Parks. O al menos intentarlo. Las había visto por primera vez un mes antes, y no había dejado de pensar en ellas. No se parecían en nada a Gos: eran pequeñas, rápidas, de alas puntiagudas. Acrobáticas. Volaron alrededor de un árbol en perfecta formación vertical, con las puntas de las alas casi rozándose, exactamente como los aviones vuelan alrededor de las torres en la carrera aérea de Hatfield. El sueño de un aviador; un sueño del futuro. Se agacha a recoger el carrete de cuerda que hará caer la red sobre el pájaro que habrá atraído a tierra. Y recuerda un viejo sueño. Huyendo aterrorizado de una banda de matones, había saltado a un aeroplano y lo había pilotado hacia un lugar seguro. Había peligro en el sueño, una red de cables telegráficos tendida sobre él que bloqueaba su ascenso a la libertad. No está seguro de que sean halcones. Sabe que no son cernícalos. Sería demasiado esperar que fueran halcones peregrinos. Quizá sean gavilanes.

Los halcones silvestres de White no eran gavilanes. Eran alcotanes: pequeños halcones migratorios de cabeza oscura con calzas color rojo óxido y finas cejas blancas. Extraordinariamente difíciles de ver en la década de 1930, hoy en día son mucho más comunes. Cazan pájaros pequeños e insectos al vuelo, de modo que era imposible capturar uno con una trampa cebada con un mirlo atado al suelo. Pero White creía que eran gavilanes y en medio del bosque se construyó un escondite con palos y ramas y dispuso la trampa a cinco metros de distancia, cubriéndola de polvo y follaje para esconderla. Estaba descuidando a Gos, y lo sabía. Los gavilanes eran una nueva locura, su «insensato El Dorado». Se decía a sí mismo que quería capturar uno para Peter Low, uno de sus alumnos, que había perdido un gavilán que tenía de mascota. Se dijo a sí mismo que los cazaba porque adiestrar a Gos era demasiado fácil y tenía que probarse con algo más difícil.

Creo ahora que la cruzada de White por los gavilanes fue su última prueba a Gos: se comportaba como un hombre miedoso que ha conseguido finalmente el amor de alguien e, inseguro de si puede confiar en ese amor, decide que es más seguro obsesionarse con otra persona. Pero cuando era pequeña sus actos me resultaban incomprensibles. «¿POR QUÉ? —aullaba yo—. ¿Por qué abandonó a su azor? ¡Yo *jamás* habría hecho algo así!». Mi madre estaba limpiando el espejo del baño. Yo veía

su rostro reflejado en él, y también el mío, pálido y ultrajado. Era la primera vez que leía el libro. Había llegado a la parte sobre los gavilanes y me había irritado tanto que dejé de leer. Había saltado de la cama e ido en busca de alguien que me tranquilizara.

—¿Es el libro del azor del que me has estado hablando?

—¡Sí! Tiene a su azor listo para volar y entonces se pone a construir trampas para cazar a unos gavilanes y se marcha y deja solo al azor y es *estúpido*.

Una larga pausa.

—Quizá estaba cansado de su azor —dijo, apoyándose en la piletta con la mano con la que sostenía el trazo.

Para mí, no tenía ningún sentido.

—Pero ¿cómo ha podido cansarse de un azor?

Y entonces vio que estaba alterada y dejó el trazo y me abrazó.

—No lo sé, Helen. Quizá ese hombre era un idiota.

La pequeña y salvaje cabeza de Gos, inclinada y a franjas y con dibujos como la de un gato, mira perpleja. Esto no es lo que sucede habitualmente. Su afilado pico negro se abre y se cierra. Tiene hambre. Salta por la barandilla del pozo, aferrándose a ella con dedos y garras. Se desprenden volutas de óxido. Hambre. Salta más, mirando a lo largo de la línea del fiador y sin encontrar al hombre al otro extremo, donde siempre está. ¿Dónde se había metido? Gos necesitaba una atalaya para ver. Así que voló al árbol más cercano. Había una rama justo sobre él. Voló hasta ella. Los azores nunca se posarán en una percha baja cuando una más alta esté disponible, así que decide saltar y encaramarse a la rama que hay sobre él, y luego a otra, y a otra, y a otra, ascendiendo por el árbol como por una escalera, arrastrando tras él el fiador. Pronto está posado en lo más alto del inaccesible roble, el mundo se ofrece a él; los cielos flechados de palomas, los campos deslizándose hacia Stowe, el techo del palacio y las avenidas clásicas, todas las líneas de visión talladas en el paisaje por hombres doscientos años antes, con su pequeña cabeza falconiforme mirando desde las alturas como si ese panorama, ese panorama perfecto, fuera la razón por la que él había sido creado.

White había dejado a Gos en la barandilla durante un minuto. Había oído el coche del granjero y corrido por el campo para hablarle a la señora Wheeler de su nuevo transceptor. Cuando volvió, Gos no estaba en el pozo, sino posado en un árbol, una sombra recortada contra el cielo, y debajo, el hilo de bramante estaba enredado entre ramas y ramitas. Silbó y mostró comida, pero el azor no se inmutó. Le entró el pánico y tiró del fiador, lo que hizo que Gos se debatiera y el bramante se enredara todavía más. Empezó a temer que el fiador se rompiera. «Apenas tenía resistencia a la tensión —escribió—. Ya se había roto dos veces antes». El azor estaba atrapado; impotente, White pidió ayuda. Pero la llegada del hijo del granjero con su camisa blanca y una escalera hizo que el azor se debatiera todavía más. Pronto Gos estaba colgando boca abajo en un capullo de cordel cada vez más gastado, debatiéndose para escapar y

rompiéndose las plumas en su intento de liberarse, antes de rendirse y quedar colgado inmóvil, exhausto, preso, una mosca emplumada en una red nudosa y alquitranada. Pasó una hora y media antes de que White pudiera ensartar las pihuelas con un gancho atado al final de una caña de pescar salmón, lo pudiera arrastrar hasta el suelo y devolverlo a su guante. «Pequeño bastardo», le siseó White a Gos. El azor, escribió, le miraba enfadado, «como si todo aquello fuera culpa mía».

«Un par de días más y la podré volar suelta. Un par de días más». Pero entonces el tiempo empeora: una serie de tormentas de verano cubren con cortinas de agua el ondulado asfalto y llenan el techo de ramitas y hojas. Es un tiempo pésimo para volar. Así que en lugar de ir a la colina, ejercito a Mabel en el parque. Ato el fiador al tornillo y la bajo al suelo. Ella salta a la hierba como si fuera un cangrejo y me mira, encorvada y siniestra. Luego pongo un poco de comida en el guante, lo elevo todo lo que puedo y vuela en vertical para comérsela. A continuación lo repetimos. Y otra vez. Este tipo de saltos de altura es la forma tradicional que tiene un cetrero para adiestrar y poner en forma a un ave en un espacio relativamente cerrado; es un ejercicio excelente para el pájaro y es divertido. También es difícil: Mabel se está asustando deprisa. Es muy distinto de mis paseos con el azor por las calles iluminadas por el crepúsculo. Este ejercicio tiene algo de exhibición callejera, y atrae a la multitud. Esta noche forman un semicírculo a unos seis metros de distancia. Una madre se acuclilla junto a su niño y señala hacia el azor.

—¿No te parece majestuoso? —le dice.

Mabel está lejos de ser majestuosa; está engullendo trozos de pollitos de un día mientras emite extraños chillidos estrangulados. Junto a la madre con el niño hay un conductor de autobús camino de la cochera, dos adolescentes encapuchados y una chica que hace fotos con su teléfono móvil. Pero no me molestan, porque yo estoy concentrada en lo mío. Hierba, guante. Hierba, guante. Hierba, guante, hierba. El ritmo se convierte en un latido. La multitud se dispersa.

Luego enfermo y me sube la fiebre. La enfermedad derrota cualquier propósito, toda tracción ganada con el azor. Lo alimento en el sofá, lo devuelvo a su percha y lo miro deslizarse hacia ese lugar al que van los azores cuando han comido. Es un lugar muy lejano. Paso la mano frente a sus ojos. Parece que no me vea. Sus ojos parecen tan alejados de cualquier pensamiento o emoción como un disco de metal o un trozo de cielo. ¿En qué piensa? ¿Qué ve? Me intriga. Cierro los ojos e intento adivinarlo. Sangre, estoy segura. Humo, ramas, plumas mojadas. Nieve. Agujas de pino. Más sangre. Me estremezco. Los días pasan y la fiebre no remite. Sigue lloviendo. La humedad se instala en la casa. Grandes manchas de filtraciones aparecen en la pared del recibidor y en la habitación de delante. La casa entera huele a agua estancada en la carbonera, a excrementos de azor y a polvo. Nada se mueve, nada mejora, nada va a ninguna parte. Estoy haciendo cajas para mudarme, sin saber todavía dónde viviré cuando ya no tenga esta casa. En un ataque de amarga tristeza construyo un fuerte

con un viejo armario de cartón en la habitación de invitados de arriba y gateo dentro. Está oscuro. Nadie puede verme. «Nadie sabe dónde estoy. Aquí estoy segura». Me hago un ovillo dentro de la caja para esconderme. Incluso a pesar de estar enferma me doy cuenta de que esto es más que una leve excentricidad. «Me estoy volviendo loca —me digo a mí misma—. Estoy enferma. Esto es lo que pasa».

17

Calor

A los días de lluvia siguen el calor y el insomnio y noches en blanco que no terminan nunca. Fuera, a las tres de la mañana, una mujer dice «¡William! ¡William!», una y otra vez con un susurro áspero y teatral. No entiendo por qué susurra: aporrea la puerta de la casa de William con tanta fuerza que los golpes están despertando a toda la calle. Después de eso abandono el intento de conciliar el sueño, bajo las escaleras, paso de puntillas más allá del azor dormido, me siento fuera en una maceta boca abajo y me fumo un cigarrillo. Un cielo espeso y negro, estrellas claras; un cielo de finales de verano. Mabel había volado perfectamente los últimos dos días; había venido cuarenta y cinco metros volando instantáneamente hacia mi puño alzado. Ahora todo se aceleraba hacia ese punto crucial. Punto en el sentido de momento. Punto en el sentido de objetivo. Punto en el sentido de algo tan afilado que su extremo hace daño. Volar al azor libre, sin la molestia del fiador, sin que nada impida su vuelo a lo lejos más que los vínculos que nos unen, vínculos palpables, pero no físicos, vínculos hechos de costumbre, de compañerismo, de familiaridad. De algo que los antiguos cetreros llamarían amor. Volar a un azor libre siempre da miedo. Porque es entonces cuando pones a prueba estos vínculos. Y no es fácil cuando has perdido la confianza en el mundo y tu corazón se ha convertido en polvo.

A una hora más razonable voy a trompicones a la ciudad en busca de café. Durante la noche han devastado el parque. Vándalos borrachos han arrancado cientos de flores de los parterres; todos los esquejes de limeros a lo largo del sendero están partidos por la mitad. Miro un montón de caléndulas marchitas y me pregunto si sería posible replantarlas. Pero las raíces se han secado y las hojas ya están arrugadas, así que camino hasta la cafetería y me siento en la mesa junto a la ventana con un periódico y café. Hay un artículo sobre el cambio climático. El hielo del Ártico se ha fundido hasta un extremo sin precedentes. El Paso del Noroeste está abierto. El permafrost se está derritiendo. Ecosistemas enteros se vienen abajo. Son noticias horribles y de suma importancia pero no logro concentrarme en el periódico: miro constantemente por la ventana porque fuera hay una cola de gente. No es una cola como la de comprar billetes o la que se forma para facturar en el aeropuerto, no se parece a ninguna cola que haya visto antes. Una mujer de cabello gris liso cortado en una media melena perfecta y labios finos sostiene una carpeta con papeles sueltos. El hombre a su lado tiene una carpeta similar. Miran a algo a media distancia, sin que nadie diga una palabra. Durante un rato no percibo el pánico que se oculta tras su silencio, pero luego el pánico es todo lo que puedo ver. Cuando pasa junto a mi mesa le pregunto a Dagmara, la camarera, si sabe qué sucede. Se encoge de hombros.

—Acabo de preguntárselo a uno de ellos. Es un banco. El Northern Rock. Hacen cola para sacar el dinero porque ha quebrado.

Frunzo el ceño mirando la cola, que no avanza. Algo en ella me recuerda al modo en que Mabel envuelve su comida con las alas. Mía. Mía, mía, mía. Nunca había visto un pánico bancario. Es algo que parece pertenecer al Salvaje Oeste o a una gastada imagen del Berlín de la República de Weimar. Cuando era estudiante nos explicaron que había llegado el fin de la historia, y nos lo creímos. Cuando cayó el muro de Berlín, terminaron todas las cosas que componían la historia. Se terminó la Guerra Fría. No habría más guerras. Y, sin embargo, aquí estaba otra vez la historia, y todo se desmoronaba. Finales. Mundos desapareciendo. El clima, el sistema bancario, la cuidadosa planificación de los jardineros municipales. Familias, corazones, vidas. Guerras lejanas y arbolitos partidos por la mitad. Miro la fila de gente y a toda su violenta posesividad y su miedo oculto a que sus baluartes contra la muerte se hayan desmoronado. Dinero. Seguridad. Nudos y vínculos. Los finales de las cosas. Y es allí, sentada frente a un café que se enfría, cuando pienso seriamente por vez primera en lo que estoy haciendo. En lo que voy a hacer con el azor. Matar cosas. Dar muerte.

Había cazado con halcones durante años antes de que la muerte significara nada para mí. Quizá entonces era, a todos los efectos, una niña. Nunca había pensado que lo que hacía fuera cruel. Era una espectadora, no una asesina. Los halcones salvajes cazaban, y el mío también. No parecía existir ninguna diferencia moral apreciable. Y la cetrería para mí consistía en disfrutar del vuelo del halcón, no de la muerte que lo seguía. Pero me gustaba que mi halcón atrapara cosas, en parte por el halcón, y en parte porque yo, de niña, quería integrarme en ese mundo imaginario de cetreros Victorianos vestidos con *tweed* donde la muerte era visceral y omnipresente y estaba adornada con formalidades ceremoniales. Cuando vi a aquellos hombres con azores meter el faisán muerto en la bolsa hace tantos años, percibí un tipo de comodidad producto de siglos de privilegio social y de confianza deportiva.

Y el vocabulario que había aprendido en los libros me distanciaba de la muerte. Los azores adiestrados no atrapaban animales. Atrapaban presas. Atrapaban caza. Qué término tan extraordinario. «Caza». Me quedé sentada contemplando la fila y meditando. Cazaría con este azor. Por supuesto que iba a hacerlo. Adiestrar a un azor y no dejarlo cazar era como criar a un niño y luego no dejarlo jugar. Pero no lo necesitaba por eso. Para mí era brillante, vital, seguro de su lugar en el mundo. Hasta la última partícula de su cuerpo hervía de vida, como si desde la distancia pudieras ver emergiendo de él una columna de vapor, que se arremolinara y ascendiera haciendo que todo cuanto lo rodeaba estuviera ligeramente borroso, de modo que él destacara todavía más en todo su feroz y corpóreo detalle. El azor era un fuego que consumía mis penas. En él no cabían ni arrepentimiento ni duelo. Ni pasado ni futuro. Vivía solo en el presente, y ese era mi refugio. Huía de la muerte sobre sus alas rayadas y batientes. Pero había olvidado que el acertijo que era la muerte estaba también inmerso en el azor, y que yo estaba inmersa en él.

«Para él yo soy todavía el enemigo al que de vez en cuando tolera y para mí él es

siempre la presencia de la muerte —escribió White sobre Gos en su cuaderno—. La muerte será mi último fracaso». Su descuido había asilvestrado de nuevo a Gos, y el azor se había convertido en la muerte para él, porque no podía vencerlo. Durante seis semanas había luchado contra él y el enfrentamiento había sido como el de Jacob con el ángel. «He vivido para este azor —escribió, desesperado—. Hasta me he vuelto medio pájaro, fiando mi amor y mi interés y mi sustento en su futuro, entregando rehenes a la fortuna con la misma locura que en un matrimonio o en la familia. Si el azor muere, casi todo mi presente muere con él. Me ha tratado hoy como si yo fuera un enemigo brutal y peligroso a quien no conoce».

Quizá la puntilla, cuando finalmente llegó, fue producto del agotamiento. Su azor lo había vencido, y ya no era capaz de seguir luchando contra él. Pero creo que fue más que eso, mucho más. Cuando pienso en la tragedia de White y Gos, pienso en un niño pequeño en la India de pie frente al castillo de madera que su padre le ha regalado para su cumpleaños. Es un castillo grande, lo bastante como para entrar dentro, y su padre ha colocado un cañón de pistola real en las almenas. Se supone que debe disparar una salva para su cumpleaños, pero el niño lo mira aterrorizado. Su padre lo ha obligado a quedarse en pie frente al castillo, y está seguro de que va a ser ejecutado. No puede hacer nada. Se siente impotente. Lloro en silencio, inconsolablemente, convencido de que su padre va a dispararle, de que está a punto de morir.

¿Cómo debe de haber sido vivir en un mundo en el que llorabas porque pensabas que tu padre iba a matarte en tu cumpleaños, un mundo en el que te pegaban a diario, sin motivo? ¿Un mundo en el que escribías una carta a tu madre en la India adjuntando tu fotografía escolar y te respondía escribiendo que tus labios estaban «volviéndose demasiado sensuales» y que debías contenerlos, con los dientes si era necesario? No puedo imaginar la infancia de terror y vergüenza que debió de pasar White, pero sí comprendo que le llevara a pensar que el mundo estaba dominado por la crueldad, por dictadores y locos. Entiendo que, en el fondo, ese niño indefenso frente al castillo de juguete nunca dejó de pensar que lo iban a ejecutar.

No fue solo el miedo al éxito lo que hizo que White saboteara el adiestramiento de su azor. Bajo toda esa prolongada cuestión se escondía una profunda compulsión de repetición, el término que utilizaba Freud para describir la necesidad de recrear experiencias dolorosas para superarlas. Pero con el azor fue la recreación lo que resultó trágico. «El miedo lo ha llevado a la locura pues, como todos los depredadores, padece naturalmente un hondo terror», escribió de Gos. ¿Qué había hecho? Había tomado algo salvaje y libre, algo inocente y lleno de vida, y lo había combatido. El coste de esta superación sería reducirlo a una sombra sumisa, con las plumas rotas y los ojos muertos, del pájaro en que habría debido convertirse. Gos había nacido para volar oblicuamente sobre oscuros valles de pinos alemanes, para acuchillar y recorrer desfiladeros y ser él mismo en la naturaleza. White creyó que podría domar al azor sin quebrar su espíritu natural. Pero lo único que había hecho en

realidad era persistir en quebrarlo una y otra vez. Piensa en Gos, enredado en el árbol, colgando entre las ramas, atrapado, impotente, totalmente incapaz de moverse.

No fue consciente. Nada de ello fue consciente. Pero el desastre era inevitable. White comprendió que el azor era él, que el ave, al igual que él, era un «joven que había sido llevado a la locura por toda una serie de torpezas, privaciones y acosos». Y al final comprendió una verdad terrible: que él se había convertido en el acosador, por mucho que quisiera convencerse de lo contrario. El azor era el niño frente al castillo de juguete. Él era su padre. *Él era su padre*. Él era el dictador, no el azor. Y así la gran tragedia llegó a su conclusión, y el golpe definitivo, por supuesto, lo descargaron los sentimientos.

Las nubes bajas se mueven rápido sobre los Ridings. Llueve a cántaros. El ganado se ha agrupado bajo los árboles para protegerse de la lluvia y el viento. Sus costados oscuros están empapados y el vapor de su aliento se eleva en el aire. White va al establo en el que Gos está atado a su percha en la oscuridad. La culpa anega su corazón. El azor no tiene otra opción que quedarse donde le dicen. Carece de cualquier libertad. Así que White pone un arco en el suelo justo fuera de la puerta, ata cinco metros y medio de bramante —el bramante alquitranado sin resistencia a la tensión, el bramante que ya se ha partido dos veces, ese bramante peligroso y de baja calidad— al tornillo giratorio de Gos y luego ata el otro extremo a la percha en el establo. De esta forma, se dice a sí mismo, su azor puede volar fuera y luego volver dentro del establo si lo desea. Satisfecho por haberle dado más libertad a Gos, regresa a la casa.

La lluvia es implacable. No hace día de intentar cazar a los gavilanes. Es un día para quedarse cómodamente en casa. Compensará a Gos. Caminará por la cocina con él, le dará de comer exquisiteces, hará que le vuelva a amar. A Gos le gusta la música: le pondrá canciones en la radio. Pero resulta que la radio no funciona. Va en bicicleta a casa de Tom y hace una llamada desde su teléfono para encargarse de una batería nueva. Luego vuelve pedaleando. Lluvia y grajos. Un hombre en una bicicleta un día ventoso que decide que hoy va a dedicarse a las pequeñas cosas. Las grandes cosas son demasiado difíciles. Lo que hará será repintar la carpintería del pasillo, y luego quizá la puerta de la cocina. Cuando acaba el pasillo, examina su trabajo en busca de defectos. Parece que ha quedado bien. Ahora, la puerta de la cocina. «Pintura azul», piensa. Su padre acostumbraba a pintar las cosas con colores chillones que no encajaban bien. Sabe que ha heredado ese vicio. Así que va al establo a buscarla. Gos se debate, primero arriba hacia las vigas, luego directamente hacia la puerta abierta. Cuando White sale del establo, con el bote de pintura en la mano, busca con la mirada a Gos en su percha. Pero la percha está vacía. Gos no está. Su azor se ha ido. Gos ha desaparecido y el extremo desgarrado del cordel de bramante roto está tirado en el suelo.

Parte II

18

Volando libre

Esta noche. El tiempo es perfecto, el peso del azor también. Correteo por la casa, burbujeando de anticipación, ocupando la mañana con quehaceres mundanos sin importancia. Limpio los excrementos de la tela de vinilo del suelo silbando feliz, me lavo y me seco el pelo. Pero una aguja invisible me agujonea por dentro: conforme avanza la tarde, las cosas empiezan a torcerse. Primero me peleo con mi madre por teléfono sin motivo alguno; luego, cuando llega Christina para ver volar al azor, le ladro por una tontería. Al recoger mi chaleco de cetrera de la cocina oigo que dice algo sobre atasco, pero no presto ninguna atención a la palabra. Debería haberlo hecho. Ha habido un accidente horrible en la A14 a la altura de Cambridge. Stuart se había quedado atrapado en el tráfico, atascado con su Land Rover bajo los pilares de un paso elevado mientras los helicópteros medicalizados volaban sobre su cabeza a través de turbias nubes de humo. Me había llamado. Me había dicho que llegaría con retraso por un accidente de tráfico, pero nada más.

—Ahora estoy subiendo la colina —dijo—. ¿Vienes?

—Sí —dije yo—. Nos vemos en veinte minutos.

Pero el accidente había sido tan grave que había cerrado no solo la carretera principal sino también las secundarias que la rodeaban. Todo el tráfico de hora punta de Cambridgeshire había tenido que desviarse al centro de la ciudad. Cuarenta minutos después no estamos a más de cuatrocientos metros de casa y mi monstruosa frustración me hace temblar. La pobre Christina está sentada en silencio atrás. Mabel se debate. No puedo soportarlo. Otra debatida. Le grito.

No sabe que la regaño a ella, pero me odio por haber gritado, y esa culpa se deposita sobre todas las demás culpas, y todas las culpas sobre la certeza de que el accidente que ha causado el atasco debe haber sido terrible de verdad. El aire en el coche se vuelve sólido como el cristal. Respiro hondo y miro por la ventanilla. Es una tarde maravillosa. Eso empeora aún más las cosas. Veo a los estorninos volando alrededor del centro comercial y contemplo cómo el sol se hunde poco a poco, con el aire terso envolviéndolo como una piel rugosa y adquiriendo el color del pecho de una torcaz, una serie de grises delicados y rosas letárgicos. Enciendo la radio para escuchar el estado del tráfico. La apago. Mabel se debate de nuevo, inquieta por los extraños arranques y frenazos constantes y por el silencio del motor. Cada una de sus debatidas incrementa otro grado mi nivel de estrés. Llamo a Stuart por teléfono. Nos está esperando. Yo estoy que echo chispas. El coche avanza a palmos. Miro hacia el salpicadero y veo que el depósito está casi vacío, lo que añade otra deliciosa y nueva dimensión al paso de los minutos.

Para cuando llegamos a la colina, estoy prácticamente catatónica. Allí, en la cima, está el Land Rover de Stuart. Caminamos por el sendero. Ya está oscureciendo.

Mabel parece rabiosamente ansiosa por volar los tres minutos que lleva caminar hasta allí, y yo empiezo a relajarme. Pero ve la cometa de nailon que Stuart utiliza para adiestrar a su halcón para que ascienda alto en el cielo, echa una mirada a esa mancha triangular de ondeantes colores primarios, vuelve la cabeza hacia mí un instante y acto seguido se debate de nuevo. Debatida. Debatida. Debatida.

Stuart me convence para que no me vuelva a casa.

—Encontraremos algo hacia lo que pueda volar —me dice—. Se tranquilizará.

Y lo hace, un poco. Y yo también. Intento relajar mis crispados hombros e inspiro profundamente varias veces el aire cada vez más frío. Estoy estresada. No estoy acostumbrada a volar azores. Normalmente lo llamaría al puño con el fiador como habitualmente, luego desataría el fiador y lo volaría una o dos veces sin él. Solo después intentaría que volase hacia una presa. Pero me someto a la superior experiencia de Stuart: él sabe más de azores y ha hecho esto muchas veces.

Pasa el tiempo. La tarde se espesa y se llena de sombras. Allá donde mire en el horizonte, hay humo. Una luna en cuarto creciente, desenfocada, cuelga ahí arriba en un cielo que parece un plato de gelatina. Un crepúsculo mareante. Los murciélagos revolotean rápido. Los árboles atraen hacia sí la oscuridad. Llevo los tornillos giratorios y la correa de Mabel en el bolsillo, y le he cambiado las pihuelas por otras finas, de vuelo, que no se engancharán en ramas ni ramitas y que sujeto con firmeza entre mis dedos enguantados. He caminado, siguiendo las instrucciones de Stuart, hasta un triángulo de suelo irregular justo al lado de un bosquecillo. Es un trozo lleno de cardos e infrutescencias secas, y caminamos por él. La ansiedad me ha demudado, y lo que sucede me pone furiosa y me siento impotente para detenerlo. Está oscuro. ¿Qué diablos estoy haciendo? Las pupilas del azor son enormes. Sus ojos están casi completamente negros. No puedo creer lo estúpido que es todo esto. Quiero irme a casa. *Quiero irme a casa*. Y Stuart empieza a golpear el suelo hacia mí, sacudiendo los cardos y las hierbas con un palo para hacer salir conejos o faisanes escondidos y que Mabel pueda verlos. «Esto es ridículo. No quiero estar aquí, y no sé por qué permito que esto suceda. No debería perder a este azor. Debería...». Hay un movimiento detrás de mí, a mi derecha, y el azor mira, ve algo salir corriendo e inmediatamente se lanza hacia ese lugar. ¡Oh! Y yo dejo que vuele. E inmediatamente deseo no haberlo hecho. De repente mi azor está libre. Vuela con mucha fuerza durante unos pocos segundos, se lanza contra lo que sea que fuera, que ha desaparecido, y luego empieza a volar en círculos, flotando como una mariposa nocturna, una *falcomariposa* nocturna gigante. Gana altura. Reina un silencio crepuscular terrible. Veo su larga cabeza volverse hacia mí, y observo cómo su cola se despliega y flexiona cuando gira. Yo estoy en una especie de estado de fuga. Siento la distancia que me separa del azor como una herida. Está volando en círculos y mirándome, y parece dudar si debe volver. Stuart está ahí de pie. Christina está ahí de pie. Yo estoy de pie aquí, gritando y silbando al azor. La oscuridad, volar en círculos, que nada se vea con claridad: todo son cosas nuevas para él. Intenta decidir

qué hacer. El nuevo terreno. El ángulo de ataque entre allí arriba y aquí abajo, donde están la mano y el corazón de Helen.

Finalmente se posa, dándome la espalda, en la cima de una haya joven, cuya cúspide casi se dobla bajo su peso. Solo distingo su silueta, toda ángulos y hombros, y siento la confusión que lo domina. Lo llamo. Salta de su improvisada percha y cruza el crepúsculo hacia mi puño alzado.

Todo es demasiado extraño. Apenas roza el guante y rebota y empieza a volar en círculos de nuevo. Acaba más en el interior del bosque, posada de nuevo en un árbol, pero esta vez, por fortuna, mirando hacia mí. A través de la penumbra y de la maraña de hojas veo su nariz amarilla, y algo de su pose accipítrida. Sé que me está mirando, así que levanto el puño. Pongo en el guante un pollito, dos, tres. Silbo. Lo llamo.

—¡Ven, Mabel! —digo, moviendo la mano enguantada con animada voluntad.

En este punto, el espacio-tiempo se pliega y se retuerce creando relaciones directas. Trigonometría. Trayectoria de planeo del azor a mi puño, e intencionalidad del azor, que estoy segura que también es derivable en términos matemáticos. Mi corazón late desbocado, horrorizado, y mi alma es como agua a cuatro grados y, más pesada que el hielo, se hunde al fondo del océano.

Y de repente está de vuelta en el guante, me siento empapada en agua helada, y no puedo creer que no se haya perdido. Me siento como White: una novata, una insensata, una principiante. Una idiota.

—No te preocupes —dice Stuart.

Sabe que estoy hecha añicos. Veo un relámpago de su sonrisa en la oscuridad.

—Está demasiado gordo, y está oscureciendo. Pero le tienes cubiertas las espaldas, ¿verdad? Esa es siempre una buena forma de acabar el día.

Apenas puedo hablar. Grazno una respuesta. La adrenalina recorre espumeante mis venas durante el camino de vuelta al coche. Todavía no estoy segura de cómo conseguí conducir hasta casa.

El aire está oscuro y lleno de agua. White está empapado hasta los huesos. Gos no aparece por ninguna parte. Está atando trozos de conejo en todos los lugares donde ha estado el azor. Son como plegarias, como los andrajosos lazos que los paganos atan a las ramitas en invierno. Sus manos muy blancas contrastan con el chispeante verde de la corteza azotada por el viento de los robles huecos. Se le ha acabado la carne de conejo. Ya no tiene cebo. No le queda carne, solo hígado. Le pedirá a la señora Wheeler que le compre carne en Buckingham. Quieto junto a la puerta de la granja, escucha. «Unos grajos atacando en grupo a un depredador o amenaza, o un cuervo solitario sentado en una rama muerta de algún árbol, graznando o moviéndose con incomodidad, son señal casi segura de que el azor perdido anda cerca», había leído en Blaine. Nada. Luego un solo graznido, repetido muy alto. Allí. A unos ciento setenta y cinco metros hay un cuervo, volando en círculos sobre la copa de un árbol, maldiciendo al pájaro que hay abajo. En la rama más alta está Gos, diminuto a esta

distancia, su familiar silueta de hombros contundentes encorvada contra el viento. White corre hacia el árbol y al llegar junto a él empieza a agitar un trozo de hígado y un pañuelo como cebo mientras fogonazos de agua descargan sobre los campos vecinos. La lluvia cae sobre los claros, las avenidas y todos los templos y obeliscos de Stowe, y Gos sigue allí, imperioso, indeciso y horriblemente empapado, pues las constantes caricias de White habían eliminado el aceite impermeable que protegía sus plumas. El vendaval golpea su rama. No es un lugar cómodo. No es un lugar nada cómodo. Abre las alas, intentando volar hacia el hombre con la comida en la mano. Despega del árbol, gira en mitad del aire y empieza a descender. El corazón de White late. El azor se acerca. Entonces el viento llena sus alas y lo empuja, y el azor, que no es hábil y no sabe cómo volar en un temporal como este, es arrastrado por el viento y desaparece.

Hay un tiempo en la vida en que esperas que el mundo esté siempre lleno de cosas nuevas. Y luego llega el día en que te das cuenta de que no será así en absoluto. Ves que la vida se convertirá en una cosa hecha de agujeros. De ausencias. De pérdidas. De cosas que estuvieron allí y ya no están. Y te das cuenta, además, de que tienes que crecer alrededor y entre los vacíos, aunque si alargas la mano hacia donde estaban las cosas sientas esa tensa, resplandeciente opacidad del espacio que ocupan los recuerdos.

Fui una niña afortunada. Hasta que vi a un faisán morir en un seto en invierno, todo lo que supe de la muerte vino de los libros, y de un tipo de libros en particular. Ahora tenía ante mis ojos toda una estantería llena de ellos. Esa mañana había llenado el coche con cajas de libros, puesto a Mabel en la percha del asiento del pasajero y conducido a casa de mis padres para pasar el fin de semana. La casa de mis padres. Supongo que ahora era la casa de mi madre. Había vuelto porque estaba preparando mi mudanza. Un buen amigo me había ofrecido su casa mientras él y su familia estaban en China durante unos meses, y aunque le estaba agradecida más allá de lo que podía expresar, la perspectiva de perder mi preciosa casa de la universidad se me antojaba espantosa. Amontóné las cajas en el garaje y luego me senté con mi madre en la cocina mientras Mabel ganduleaba y se bañaba y se acicalaba en el soleado patio. Tomamos un té, rememoramos, hablamos de papá y de los tiempos pasados. Nos reímos mucho. Me gustó verla. Pero no resultaba fácil estar allí. Estábamos sentadas en sillas en las que se había sentado papá, bebíamos de tazas de las que él había bebido, y cuando vi su cuidada caligrafía en una nota pegada en la puerta de atrás, me sentí superada. Era demasiado, demasiado. Corrí a mi antigua habitación, me senté en la pequeña cama y me abracé las rodillas, con el dolor royéndome el pecho como una bestia con un millón de minúsculos dientes y garras.

Levanté la vista hacia mis viejos estantes. Allí, polvorientos y sin lectora durante años, estaban todos los libros de animales de mi infancia. Había amado estos libros. Estaban llenos de naturaleza, fuga y aventura. Pero también los odiaba. Porque nunca

tenían un final feliz. A Tarka la nutria la mataban sabuesos. Los halcones morían envenenados por pesticidas. Un hombre mataba a golpes de pala a la nutria de *Ring of Bright Water*; los buitres arrancaban los ojos a *El pony colorado*. El ciervo en *The Yearling* era abatido de un tiro, el perro en *Old Yeller* moría. También la araña de *Charlotte's Web* y mi conejo favorito de *La colina de Watership*. Recuerdo el tremendo pavor que se apoderaba de mí conforme se reducía el número de páginas que me quedaban por leer en cada nuevo libro de animales. Sabía lo que pasaría. Y sucedía siempre. Así que supongo que para mi yo de ocho años no fue una sorpresa que Gos rompiera su correa y se perdiera en el viento y la lluvia. Recibí su pérdida con triste resignación. Pero era terrible igualmente.

Pero entonces yo no había adiestrado todavía a ningún halcón y no comprendía aún el concepto de pérdida. No sabía cómo se había sentido White. Ahora sí lo sabía. Me senté en la cama y sentí una opresión en el pecho, como si me aplastara algo grande y pesado como una catedral. Sentí lo mismo que White. Por primera vez comprendí ese vasto vacío que hizo que su corazón se cerrara horrorizado. «No recuerdo que mi corazón dejara de latir en ningún momento dado —escribió en su diario—. El golpe fue tan sobrecogedor, tan definitivo después de seis semanas de implacable fe, que me pareció que su dureza estaba más allá de mi capacidad de sentir. La muerte será como esto, algo demasiado enorme para que duela o, quizá, demasiado grande incluso para alterarse».

Tiene el corazón dividido. La paloma que tiene en la mano está lívida de terror; ha dejado de ser un pájaro y se ha convertido en una cosa hecha de hierro y plumas. Su ojo rojo está inexpresivo, jadea por su pequeño pico. Se prepara y lo lanza alto en el aire hacia el ave posada en el árbol. La paloma que ha traído para atrapar a los halcones del bosque —qué ironía— levanta el vuelo, arrastrando tras ella el fiador que lleva atado. Gos se cierne sobre ella como una enorme mariposa depredadora, pero al final se aparta y vuela hasta el siguiente árbol. White baja la paloma al suelo, la recoge, sigue al azor hasta el nuevo árbol y vuelve a lanzar la paloma. Trata de pescar a Gos con la paloma como un pescador pone un cebo para un lucio. Lleva ya un tiempo haciéndolo y cada acometida del azor lo acerca más a la paloma y a las expectantes manos de White. Se agacha a recoger a la paloma del suelo. El pájaro está exhausto, tiene las alas desplegadas y sus plumas de vuelo están tan mojadas que parecen lápices gastados. Sabe que esta paloma aterrorizada apenas puede volar. Sabe que la próxima vez que la lance al aire el azor la atrapará. Solo una vez más. Pero no puede hacerlo. *Conoce* a esta paloma. La ha amaestrado. La ha tenido posada cariñosamente en el dedo. Era su amiga. Su mundo está quebrado; está rompiendo su Palabra. Es crueldad pura y dura. No puede seguir haciéndolo. Recuerda un pasaje del libro de Blaine sobre capturar halcones mientras duermen, abraza a la paloma contra su pecho y deja que la noche caiga sobre Gos. Regresa con una escalera, una cuerda, una linterna y la caña de pescar salmones que había usado para descolgar a

Gos del árbol en que se había enredado. Está debajo del árbol, temblando en anticipación del éxito, cuando aparece Graham Wheeler, el chico del granjero que había venido a ayudarlo, y Gos se asusta y echa a volar desde el árbol hacia la oscuridad.

Durante días camina por los Ridings y lo avista, a veces sobrevolando las copas de los árboles a lo lejos, en círculos cada vez mayores. Su alma todavía está atada a la del azor. Se da cuenta de que Gos es feliz. Merece ser feliz, piensa White, y le desea lo mejor en su vida y en la naturaleza. Pero a Gos le espera la muerte, y White lo sabe: sus pihuelas o su cascabel, los malditos avíos de su anterior sometimiento, se enredarán en una rama, y él tirará para liberarlos, se quedará colgado y morirá de hambre. Si el destino quisiera que el pájaro volviera a sus manos, se promete que lo trataría de forma distinta: como a un compañero, en lugar de como a un esclavo. Su remordimiento es amargo y profundo. Se siente solo sin Gos. Cita mal a Blake: «El amor solo busca complacerse a sí mismo, disfruta usando a otro para gozar; se regocija arrebatándole el sosiego y construye un infierno en el mismo cielo».

Más tarde ese día camino con Mabel por un estrecho sendero junto a una granja cercana. Me habían dado permiso para volar mis halcones allí años atrás. ¿Podía considerarme autorizada todavía? Probablemente no. No me importaba. Había algo espléndido en la idea de hacer algo subrepticio, secreto, levemente criminal. Me llevé los prismáticos a los ojos y exploré los campos. No había tractores ni granjeros. No había nadie paseando a su perro. Nadie dando una caminata vespertina. Así que Mabel y yo nos acercamos discretamente a la cima de bosque donde solía haber conejos. Pasamos a hurtadillas por la esquina de un matorral de endrino. Allí. A unos veinticinco metros, a cierta distancia de la linde del bosque: las siluetas de tres conejos, con las orejas recortadas a contraluz por el sol, agachados comiendo. Y junto a ellos, un faisán macho, pasando lentamente a su lado.

El duelo me había impulsado a volar el azor, pero ahora ya no sentía pena. Todo había desaparecido excepto esa tranquila escena bucólica, sobre la que yo pretendía desencadenar caos y muerte. Me acerqué hasta el límite del bosque, muy agachada y conteniendo la respiración. Mi atención era microscópicamente feroz. Me había convertido en un ser hecho de ojos y voluntad. Mabel despegó las alas de sus costados. Su cabeza oscilaba de un lado a otro y sus ojos reptilianos echaban chispas. Me sentí como si sostuviera al hijo bastardo de una antorcha y un rifle de asalto. Bajo mis pies la hierba era blanda. Con una mano adelantada para mantener el equilibrio, conseguimos negociar un camino hasta la última esquina. Y entonces extendí lentamente el puño más allá de la pantalla que ofrecía el matorral.

El azor partió del guante con el retroceso de un rifle de calibre 7,7. Me asomo. Contemplo una cadena de acontecimientos tan rápidos que parecen formar una tira cómica: viñeta, viñeta, viñeta. Primera viñeta: azor despega desde el puño, todo rayas, plumas y garras. Segunda viñeta: azor vuela bajo, la hierba se desliza por

debajo de él. Las alas de chocolate baten con fuerza, el cuerpo está doblado. Tercera viñeta: conejos corriendo. Cuarta viñeta: faisán se agacha y corre hacia la seguridad del bosque.

Pero el bosque no era seguro. Decisiones de fracciones de segundo, objetivos principales, en la computadora táctica del azor. Hizo un giro descendente como si fuera una honda, un arco cerrado, embebiendo la gravedad como una esponja. Cerró las alas y desapareció, succionada por el agujero negro del bosque, bajo una rama baja de alerce. Entonces, todo desapareció. Ya no había conejos, ni faisán, ni azor. Solo un agujero negro en el linde del bosque. De repente había un silencio casi absoluto. Se oyó el distante «coc-coc-coc» de un faisán asustado.

Corrí hacia el bosque y me estremecí en cuanto me adentré en su sombra. Habíamos estado volando en la suave y lanosa bruma de una soleada tarde otoñal. Hierba blanda, mariposas marrones en los prados; una luz cómoda y fácil. Al penetrar en el bosque la temperatura bajó cinco grados y la luz varios pasos. Estaba oscuro. Y hacía frío. Fuera, una tarde de finales de verano en Inglaterra. Aquí dentro, Noruega. Casi esperaba ver caer copos de nieve entre las agujas. Me quedé quieta, ligeramente nerviosa. Miré a mi alrededor. Nada. Ningún azor. ¿Qué podía hacer ahora?

Me quedé muy quieta y escuché. Me esforcé por escuchar entre la oscuridad. Escuché con tanta intensidad que el aire empezó a dividirse en partículas y el sonido ya no era sonido, sino ondas de compresión a través de trillones de moléculas de aire. Pero no había el menor ruido. Un silencio mortal y sofocante entre los troncos de los alerces. Y entonces, a cierta distancia a mi izquierda —a bastante distancia— escuché una pelea y oí partirse ramas y el sonido inconfundible de los cascabeles del azor. Irrumpí a ciegas entre los matorrales. Me había parecido oír un chillido entre los sonidos; quizá había cazado a un conejo. Silencio de nuevo, roto solo por mis jadeos y por mi avance, torpe y ciego, hacia el origen del sonido a través de las ramas de un árbol caído.

Lo vi antes de oírlo. Vino corriendo desde un matorral de zarzas que cubría una enorme madriguera. Vino a toda velocidad, con el pecho henchido, y voló directo a mi guante. Todo excepto su cera y sus patas era blanco y negro. Zarzas negras, agujas negras, el pecho blanco del azor, plumas como lágrimas negras, garras negras. Nariz negra. Regueros de caliza blanca donde habían excavado sus túneles los conejos. Cuando volvió al puño tenía barro de caliza blanca en todos los dedos. Cubrió mi guante mientras comía, dejando pequeñas marcas como letras de palabras medio olvidadas que emborronaba y redibujaba a medida que engullía la comida.

Hacía mucho desde la última vez que había cazado con un ave de presa, pero no recordaba que fuera así. Estaba segura de que nunca había sido así. Me asombró el radical cambio en la subjetividad que se había producido: cómo el mundo se había disuelto en la nada y, sin embargo, había seguido siendo tan real y tangible que casi dolía. La manera en que los segundos se habían ralentizado y alargado,

proyectándonos fuera del tiempo: cuando salí a la carretera para caminar a casa me quedé atónita de lo bajo que estaba el sol. Habíamos estado fuera menos de una hora. Me había parecido años.

El cetrero y científico Tom Cade en una ocasión describió la cetrería como una especie de «ornitología intensa». Me pareció que era una frase bonita, y precisa. Pero ahora sabía que no era correcta. Lo que yo acababa de hacer no se parecía en nada a la ornitología. Se parecía más al juego, a apostar, aunque las apuestas eran infinitamente más sangrientas. En el fondo, era una cesión voluntaria del control. Vuelcas tu corazón, tu habilidad, tu alma entera, en una cosa —en adiestrar a un azor, en aprender la técnica para correr o a contar en las cartas— y luego pierdes voluntariamente el control sobre ello. Ese es el gancho. Una vez se tira el dado, el caballo empieza la carrera o el azor abandona el puño, te abres al azar y no puedes controlar el desenlace. Sin embargo, todo lo que has hecho hasta ese momento te convence de que podrías tener suerte. Puede que el azor cace la presa, que salgan las cartas perfectas, que el caballo pase el primero la meta. Ese pequeño espacio de duda es un lugar extraño. Te sientes segura porque estás completamente a merced del mundo. Es una descarga de adrenalina. Te pierdes en él. Y así, corres hacia esos pequeños disparos del destino en el que el mundo entero se mueve. Esa es la atracción: por eso nos perdemos, cuando el dolor o la pena nos desarman, en las drogas o en el juego o en la bebida; en adicciones que ponen una correa al alma herida y la sacuden como a un perro. Yo había encontrado mi adicción ese día con Mabel. Era tan peligrosa, en cierta forma, como si me hubiera inyectado heroína. Había huido a un lugar del que nunca quería regresar.

19

Extinción

Los cetreros tienen una palabra para describir a los halcones que tienen ganas de matar: dicen que el ave está en *yarak*. Los libros dicen que viene del persa *yaraki*, que significa poder, fuerza y audacia. Mucho más adelante me divertí descubrir que en turco se refiere a un arma arcaica y que también es un término que designa el pene: no se puede dudar jamás de que la cetrería es un juego de chicos. Ahora estoy de vuelta en Cambridge y mientras llevo a Mabel cada día por el pedregoso sendero hacia la colina, la veo entrar en *yarak*. Es inquietantemente similar a una posesión demoníaca. Las plumas de su cresta se erizan, se inclina hacia atrás, las plumas del vientre esponjadas, los hombros caídos y los dedos apretando con fuerza el guante. Su conducta pasa de «todo me asusta» a «lo veo todo; todo esto, y más, me pertenece».

En este estado es un azor hecho de cables de alta tensión, impregnado de expectación asesina, tan tenso que se debate hacia todo lo que se mueve —incluso hacia cosas que no tiene ninguna posibilidad de atrapar: bandadas de alondras, lejanas palomas en vuelo, incluso el gato de una granja— y yo lo sujeto firmemente por las pihuelas y no lo dejo ir. Pero cuando un faisán sale disparado casi a mis pies, lo suelto. Lo persigue vorazmente, pero el faisán tiene demasiada ventaja; tras poco más de cuarenta metros, el azor reduce la velocidad, da media vuelta en el aire y vuelve hacia mí, planeando sobre un seto de fresnos hasta posarse suavemente en el guante. Otro día se lanza colina abajo en persecución de un conejo y está a punto de atraparlo cuando el conejo se detiene de golpe. Él se pasa y se estrella contra el suelo; el conejo da un bandazo, media vuelta y huye colina arriba hacia la seguridad de su madriguera. Mabel remonta el vuelo para proseguir su persecución, pero el conejo ya ha desaparecido. Desciende, confundida y desanimada, sobre la hierba.

Yo también estoy desanimada. No es que yo esté sedienta de sangre. Es que no quiero que Mabel se desmoralice. En la naturaleza, los azores jóvenes esperan durante horas escondidos en los árboles hasta que se presenta una presa fácil: una cría de cuervo o de conejo. Pero ya es septiembre: las presas fáciles silvestres han crecido. Y mientras la mayoría de cetreros tiene un perro que les ayuda a levantar caza, o un hurón que hace salir de sus madrigueras a los conejos para que los cace el azor, yo no tengo nada. Solo puedo caminar con el azor con la esperanza de cruzarnos con algo que cazar. Y yo soy una carga: sus sentidos son mucho más agudos que los míos. Caminamos junto a una zanja bajo un seto en el que hay conejos y ratas y Dios sabe qué más, todo cubierto de zarzas y escaramujos y agallas dispuestas en los tallos como si fueran frutas exóticas, con el viento agitando sus pelos verdes y rosas y carmines. Salta de mi puño hacia los matorrales. No sé qué ha visto, así que no la dejo irse. Luego maldigo mis patéticos sentidos humanos. Había algo allí. ¿Un ratón?

¿Un faisán? ¿Un conejo? Remuevo el matorral de la zanja con un palo, pero no sale nada. Es demasiado tarde; fuera lo que fuera, ya se ha ido. Seguimos caminando.

Mabel abandona su actitud asesina y asume una expresión de indignada agresividad. «¿Cómo demonios —imagino que piensa—, voy a cazar nada con esta idiota pegada a mí?».

Regreso exhausta de nuestro último intento: una tarde infernal y traumática, llena de mal humor, rachas irregulares y amargura. Había quedado con Stuart y Mandy en la colina.

—Traeré los perros —había dicho él—. A ver si podemos levantarle alguna presa.

Pero Mabel se negó en redondo. Se debatió y pió y fulminó con la mirada. Los perros no le gustaron, odió todo aquello. Y yo también. Le di de comer y conduje de vuelta a casa. Allí empecé a sacar ropa del armario, intentando transformarme en una persona alegre y civilizada que hace cosas como ir a galerías de arte. Me cepillo el pelo para quitar los abrojos que se me han pegado, me lavo la cara, me pongo una falda, me arremango hasta los codos un jersey de cachemira y me pinto una línea negra sobre cada párpado. Base. Máscara. Un poco de protector labial para sellar mis labios castigados por el viento, un par de botas relucientes con tacones con los que no estoy segura de si podré correr —y correr parece esencial hoy en día— y compruebo el resultado en el espejo. Es un buen disfraz. Me satisface lo convincente que resulta. Pero se hace tarde, y se me acaba el tiempo. Tengo veinte minutos para llegar a la inauguración de una exposición de arte en una galería. Se supone que debo dar una conferencia sobre ello dentro de unas semanas y para hacerlo, primero tengo que asistir al maldito acto. Me peleo contra el sueño mientras conduzco hacia allí, y cuando llego casi no me sostengo derecha.

Esperaba una sala llena de pinturas y esculturas. Pero cuando abro la puerta me encuentro con algo tan inesperado que hace que me dé vueltas la cabeza. Es una cabaña de observación de pájaros de tamaño natural hecha por completo de madera de pino tallada rústicamente, una copia exacta de la estructura original en California. Verla en la galería es tan desconcertante como abrir la puerta de la nevera y encontrar en el interior una casa. Dentro del puesto de observación está oscuro y a su alrededor la gente se agolpa, intentando mirar por una ventana. Yo también miro. ¡Oh! Ya comprendo el truco. Es inteligente. El artista ha filmado lo que se veía desde el auténtico puesto de observación y lo ha proyectado en una pantalla que se ve mirando por la ventana hacia el interior. Las imágenes muestran un cóndor de California surcando el aire, una enorme ave carroñera de un polvoriento color negro que casi se ha extinguido debido a la caza, a la destrucción de su hábitat y al envenenamiento debido a las altas concentraciones de plomo en los cadáveres de los que se alimenta. A finales de la década de 1980 solo quedaban veintisiete pájaros, y en un intento desesperado por salvar la especie los capturaron a todos para que criaran en

cautividad y repoblar luego la especie. Algunos intentaron evitarlo. Creían honesta y sinceramente que, si se capturaban todos los ejemplares, los cóndores dejarían de existir. El estado salvaje formaba parte de estas aves, argumentaban los detractores. Un cóndor cautivo simplemente no es un cóndor.

Observo al cóndor durante un rato. Me provoca impaciencia. Tengo la cabeza llena de cielos de verdad y de aves auténticas. Recuerdo los cóndores que vi en un centro de cría hace años: pájaros enormes, de plumas sueltas y cuello de pavo, tercos y curiosos; puercos alados con boas de plumas negras. Preciosos, sí, pero complicados, reales, idiosincráticos y asombrosos. El cóndor en la pantalla de la galería no les llega a la suela de los zapatos. «Helen, eres una idiota —pienso—. Eso es precisamente lo que esta exposición intenta comunicar. Ese es el mensaje, y lo tienes aquí, ante tus narices».

Pienso en lo que representan los animales salvajes en nuestra imaginación. Y en cómo están desapareciendo, no solo de la naturaleza, sino también de la vida diaria de la gente, reemplazados por imágenes impresas o en pantallas. Cuanto más raro sea ver animales, menos significados podrán tener. Al final, su propia rareza es lo único que los constituye y define. El cóndor es un icono de extinción. Hay poco más en él que el hecho de ser el último de su especie. Y en esto radica el empequeñecimiento del mundo. ¿Cómo puedes amar algo, cómo vas a luchar por protegerlo, si lo único que significa es una pérdida? Hay una diferencia enorme entre mi vida visceral y sangrienta con Mabel y la manera moderna de ver la naturaleza de forma distante y discreta. Sé que algunos de mis amigos piensan que tener un azor es moralmente discutible, pero no podría amar ni comprender a las aves de presa tanto como las comprendo y amo si solo las viera en pantallas. He convertido a un azor en parte de una vida humana y viceversa, y eso hace que para mí el azor sea un millón de veces más complejo y maravilloso. Pienso en mi escarmentada sorpresa cuando Mabel se puso a jugar con el telescopio de papel. Es real. Puede resistir los significados que los humanos le impongan. Pero ¿y el cóndor? El cóndor no puede oponernos la menor resistencia. Contemplo la imagen atenuada y errante de la pantalla de la galería. Es una sombra, una figura de pérdida y de esperanza; casi ya no es un pájaro.

La otra pieza es perfectamente simple. Es un pájaro tumbado de espaldas en una caja de vidrio en una sala vacía. Al verlo, mis pontificaciones mentales se silencian y desaparecen. Es un loro, un guacamayo de Spix. Ya no queda ninguno en libertad y los últimos en cautividad son objeto de desesperados intentos por conservar la especie. Este murió hace tiempo. Está disecado, relleno de algodón, con una etiqueta atada a uno de sus crispados pies. Sus plumas son del azul profundo del mar cuando acaba la tarde. Creo que es lo más solitario que he visto en mi vida. Pero al inclinarme sobre su pellejo iluminado dentro de un ataúd de cristal no pienso en absoluto en la extinción de un animal. Pienso en Blancanieves. Pienso en Lenin en su mal iluminado mausoleo. Y pienso en el día en que murió mi padre, cuando me llevaron a la habitación del hospital en la que yacía.

«Pero no es él», pensé, incontroladamente, después de que la mujer me dejara a solas en el cuarto. «Él no está aquí». Alguien le había puesto a una figura de cera con el aspecto de mi padre el pijama del hospital y un edredón a rayas. ¿Por qué lo habían hecho? No tenía sentido. Era absurdo. Di un paso atrás. Luego vi en su brazo el corte que no se curaba y me detuve. Sabía que tenía que hablar. Durante una eternidad no pude. Me resultó físicamente imposible. Algo del tamaño de un puño se había alojado en mi garganta y atrapaba las palabras y no las dejaba salir. Me asaltó el pánico. ¿Por qué no podía hablar? «Tengo que decirle algo». Luego vinieron las lágrimas. No fueron lágrimas normales. El líquido descendió en torrentes por mis mejillas y goteó sobre el suelo del hospital. Y con las lágrimas vinieron las palabras. Me incliné sobre la cama y hablé a mi padre, que no estaba allí. Me dirigí a él muy seria y con delicadeza. Le dije que lo quería y que lo echaba de menos y que siempre lo echaría de menos. Y seguí hablando, explicándole cosas, cosas que ahora no recuerdo pero que en aquellos momentos estaban claras y eran de gran importancia. Y luego llegó el silencio. Y esperé. No sabía por qué. Hasta que me di cuenta de que era por la esperanza de que llegara una respuesta. Y entonces supe que todo había terminado. Tomé la mano de mi padre entre las mías por última vez, la apreté en una breve despedida y me marché en silencio de la habitación.

Al día siguiente en la colina, Mabel aprende, supongo, cuál es su función. Persigue un faisán. Su presa se mete entre las zarzas de un alto matorral. Se posa en la cima del matorral, mirando hacia abajo, su plumaje reluciendo en contraste con la oscura tierra de la colina tras ella. Echo a correr. Creo que he visto por dónde se ha metido el faisán. Me convengo a mí misma de que nunca estuvo allí, pero sé que sí está. El barro se me pega a los talones y no me permite moverme rápido. Estoy en un mundo de fango que se congela lentamente e incluso el aire parece ofrecer más resistencia a mi carrera cuando lo atravieso. Mabel espera a que le levante el faisán, cosa que haría si tuviera la menor idea de dónde se oculta. Ahora estoy ya junto al matorral, intentando encontrarlo, construyendo escenarios alternativos sobre qué sucederá a continuación en mi cabeza, y es en este momento, cuando todos esos futuros escenarios están ya desgranándose y eliminándose y tienden a cero, cuando el faisán echa a volar. No veo a Stuart ni a Mandy, aunque sé que deben de estar allí. Me abro paso chocando con ramas y zarzas, vagamente consciente de las espinas que se me clavan y me arañan. Ahora no puedo ver al azor porque estoy buscando al faisán, así que tengo que deducir qué hace tratando de pensar como él, de modo que me convierto a la vez en el azor en las ramas sobre mí y en el humano que hay abajo. Lo extraño de esta partición me hace sentir como si estuviera caminando debajo de mí misma, y en ocasiones alejándome de mí misma. Entonces, durante un instante, todo se convierte en líneas de puntos, y el azor, el faisán y yo somos meramente elementos en un ejercicio de trigonometría, cada uno de nosotros rotulado con letras en cursiva. Y ahora estoy tan volcada en las posiciones relativas del azor y el faisán, que mi

consciencia larga amarras por completo y pasa del uno al otro, primero al azor mirando hacia abajo, luego al faisán en el matorral, mirando hacia arriba, y me muevo por el suelo como si yo no tuviera ningún efecto sobre el mundo. No hay manera de levantar este faisán. No estoy aquí. El tiempo se alarga y ralentiza. Llegados a este punto hay una sensación de pánico, un pequeño golpe de miedo que mana de la aniquilación y de no saber mi lugar en el mundo. Pero finalmente el faisán huye, un cúmulo pálido e irregular de músculos y plumas, y el azor irrumpe en el matorral hacia él. Y todas las líneas que conectan el corazón y la cabeza y las posibilidades futuras, esos vínculos que me conectan también a mí con el azor y el faisán y con la vida y la muerte, de repente se vuelven seguros, se anudan juntos en un pequeño remolino de plumas y garras que aferran en medio de un pequeño campo de un pequeño condado en un pequeño país en que el invierno está a punto de empezar.

Me quedo mirando al azor, que tiene agarrado al faisán muerto, y sus ojos enloquecidos me devuelven fijamente la mirada. Estoy alucinada. No sé qué se supone que debería sentir. ¿Sed de sangre? ¿Brutalidad? No. Nada de eso. Tengo arañazos por todas partes, de haberme metido en los matorrales, y un dolor en el corazón que no consigo identificar. Una niebla brillante impregna el aire. Seca. Como el talco. Miro al azor, al faisán, al azor. Y todo cambia. El azor deja de tener que ver con la muerte violenta. Se convierte en un niño. Me conmueve en lo más profundo de mi ser. Es una niña. Un bebé azor que acaba de descubrir quién es. Y cuál es su función. Me agacho y empiezo, inconscientemente, como una madre ayudando a su hija con la comida, a desplumar el faisán con el azor. Para el azor. Y cuando empieza a comer, me siento sobre mis talones y lo miro comer. Las plumas se elevan, arrastradas por el viento hasta el seto de matorrales, y se enredan en telarañas y ramas rotas. La sangre que brilla en sus dedos se coagula y se seca. Pasa el tiempo. La bendición de la luz del sol. El viento agita los tallos de los cardos unos instantes. Y empiezo a llorar, sin hacer ruido. Las lágrimas resbalan por mi rostro. Son lágrimas por el faisán, por el azor, por papá y toda su paciencia, por aquella niña pequeña que se quedó junto a una valla esperando a los halcones.

20

Escondarse

White sale de prisa de la casa. El cartero le ha dicho que los grajos del bosque cercano están muy alterados. Jadeando, corre hacia los árboles. Gos no está allí. Por supuesto que no. Tampoco encuentra a los gavilanes. A veces piensa que los oye, pero quizá son chillidos de búhos. Existe, ahora, en un paisaje de habladurías; hay rumores de halcones como hay rumores de guerra. Mira al cielo. Siembra el campo de trampas. Se sienta durante días enteros en el bosque, del alba al ocaso, pasando estrecheces y frío en su puesto de observación. Nada. Compra una trampa con mandíbulas metálicas a un guardabosques. Lima los dientes diseñados para romper las patas de un halcón y acolcha con fieltro las mandíbulas con resorte. Luego construye otra trampa, una trampa de cetrero que ha visto descrita en un libro: un lazo corredizo de cordel bajo un anillo de plumas que lo ocultan, y en el centro del anillo un mirlo atado. Se esconderá con un extremo del cordel en la mano y cuando el azor caiga sobre el pájaro, estirará, de modo que el cordel salga de debajo de las plumas y atrape al azor por las patas. Podría funcionar, si consigue capturar a un mirlo para usarlo de cebo. No lo logra. Se desespera. Escribe una carta. «Querido Herr Waller», empieza diciendo. Escribe en inglés porque su alemán es muy malo. Le pide al hombre que le envió a Gos que le mande otro azor. Sabe que puede que el año esté ya demasiado avanzado para conseguir uno joven, y los azores rameros o zahareños — los atrapados cuando tienen más de un año— son pocos y se capturan muy de vez en cuando. Pero termina la carta esperanzado, la lleva a Buckingham y la sella con destino a Berlín. Espera una respuesta, espera que aparezcan los azores, espera en penitencia y sufre por sus pecados. No llega nada y no hay respuesta.

Mi contrato había terminado. Era hora de mudarse. Yo ya estaba hecha trizas emocionalmente, pero el estrés de la mudanza llevó mi disfunción a nuevas cotas. La casa nueva en las afueras no se parecía a la vieja casa en la ciudad: era enorme y moderna, con una gran habitación delantera para que el azor durmiera y jardines en los que podría tomar el sol. Llené el frigorífico de comida para el azor y de *pizzas* congeladas. Arrastré las bolsas de plástico con mi ropa al piso de arriba y las dejé apiladas junto a la puerta del dormitorio. Volvió la lluvia, fina y amarga, y pasé mi primer día allí tirada en el sofá con un cuaderno en las rodillas, incapaz de escribir el discurso en memoria de mi padre. «Tengo cinco minutos —seguía pensando, estúpidamente—. Cinco minutos para hablar de la vida de mi padre».

La casa estaba llena de juguetes: bloques de madera con letras del alfabeto y puzles, animales de peluche en cajas, dibujos hechos con rotulador y purpurina pegados en las paredes de la cocina. Era una casa familiar pero no vivía en ella ninguna familia. El vacío que sentía era mío, pero en mi locura empecé a pensar que la casa no me quería allí, que echaba de menos a su familia y estaba de luto por su

partida.

Me quedaba más tiempo fuera con Mabel y cada vez me costaba más volver, porque fuera, con el azor, no necesitaba un hogar. En el mundo exterior olvidaba que era humana. Todo cuanto veía el azor era puro y real y estaba dibujado al detalle, lo demás se apagaba y reducía a la insignificancia. El paisaje construía significados en mi cabeza que me parecían presiones, luz, dones: sensaciones imposibles de plasmar en palabras, como la sensación de peligro, o de que alguien está leyendo por encima de tu hombro. Todo se volvió más complicado, pero también extrañamente sencillo. Los matorrales que antes habían sido majuelos, endrinos, arces o fresnos eran ahora una misma cosa innominada, forjados de la misma substancia con la que yo estaba hecha; los sentía como personas inanimadas, ni más ni menos importantes que el azor, que yo o que cualquier otra cosa de la colina. A veces sonaba el teléfono y lo cogía. El esfuerzo necesario para salir del cegador halo de tierra surcada por líneas de estrategia y deseo falcónido era terrible. Habitualmente era mi madre. Para empezar lo tenía que decir todo dos veces, como si estuviera guiándome para que regresara de esta extraña ontología de matorrales a la humanidad más corriente.

—¡Hola! —decía ella.

Silencio.

—¿Hola?

Y Mabel estaría en mi puño, con la cola en abanico, los hombros bajos, mirando a través de mí y más allá del teléfono, su atención centrándose sucesivamente en todo. Campo-valla-zorzal-aleteo-faisán-pluma-en-sendero-sol-sobre-alambre-doce-orcaces-a-seiscientos-metros-tic-tic-tic. Y mamá está diciendo:

—¿Cómo estás?

—Bien, mamá. ¿Cómo estás tú?

—Estoy bien. ¿Has hablado últimamente con James?

Su voz era lenta y grave comparada con la constante enumeración indexada de cosas y no podía oír lo que realmente decía porque había doce palomas torcaces a ochocientos metros y el azor las estaba mirando y yo también. No podía oír el dolor de mi madre. Ni podía sentir el mío.

Hoy habíamos ido a un lugar distinto, un campo al otro lado de la ciudad plagado de conejos. A Mabel le llevó menos de un minuto cazar a uno que se metió entre unas ortigas. Ninguna ave rapaz te trae la presa: debes correr hacia ellos, dejarlos comer un poco y luego volverlos a subir al guante y darles su recompensa de comida. Corrí, me agaché, aparté los punzantes tallos, recogí el conejo con el azor que lo aferraba y los puse a ambos sobre la hierba. Ahora el conejo está muerto, su piel abombada bajo las garras del ave, pero la sangre mana cuando ella le abre el pecho, y no puedo apartar la vista de ese horrible, fascinante burdeos que se filtra llenando el espacio, creciendo como si fuera gelatina al encontrar el aire, como si fuera algo vivo. *Era* algo vivo. Quiero quedarme quieta y pensar. Es un gran misterio. Siento algo que me oprime el

pecho, que se apoya sobre él, una pregunta que espera una respuesta. Pero no hay tiempo para contemplaciones. Tengo que subir al azor al guante o se dará un atracón y mañana no querrá volar. Ha llegado el momento de poner en práctica un viejo truco de cetrero para retirarle la presa a un azor sin que crea que le has robado el trofeo. Primero corto una de las patas traseras del conejo y la escondo a mi espalda, después dispongo varios puñados de hierba en un montón a mi lado. Luego cojo la pata con el guante y echo la hierba sobre el conejo para esconderlo. El azor mira hacia abajo, ve hierba, luego mira hacia arriba, ve comida, así que vuela directamente a mi puño y come.

Y cuando estoy guardando el conejo en el bolsillo trasero de mi chaleco, empieza el ruido. Primero es un gruñido suave comprimido por el efecto Doppler. Se apaga, luego regresa. Motores. Motores grandes, que suenan cada vez más fuerte. La nota asciende hasta convertirse en un vasto rugido y un bombardero de la Segunda Guerra Mundial, una Fortaleza Volante, emerge sobre los árboles. Aterrorizadas, las torcaces salen disparadas de las copas de los cedros. Los faisanes graznan, las sombras se agitan, el resto de los conejos salen corriendo de sus escondrijos. Siento una necesidad urgente de esconderme. Pero Mabel echa una ojeada rápida e indiferente a aquella cosa monstruosa y sigue comiendo. Me quedo atónita. ¿Cómo es posible que el azor no considere una amenaza a esa enorme e imposiblemente pesada ballena celeste? Pasa directamente sobre nuestras cabezas, a una altura ridículamente baja, está pintada del verde oscuro de la Fuerza Aérea de Estados Unidos durante la guerra, y cuando se ladea para virar en el aire rizado por el sol, veo la compuerta de las bombas y la torreta de la ametralladora en su vientre. Su tamaño, el zumbido profundo y tamborileante de sus cuatro motores Pratt & Whitney, la sensación de que está viva, de que es un animal... todo eso me mantiene hipnotizada. Me siento sobre mis talones y miro, olvidado ya el miedo. Y dos líneas vienen a mi mente.

Considera esto, y en nuestro tiempo,
como lo ve el halcón, o bajo su casco el piloto.

El poeta W. H. Auden escribió esos versos en 1930 y yo no había pensado en ellos desde hacía años. Tener la impresionante visión del halcón y el piloto: elevarse por encima de las caóticas realidades de la vida humana y observar el mundo de abajo desde las alturas y el poder. Estar en una atalaya segura desde la que puede descender la muerte. *Seguridad*. Pienso en los aviadores norteamericanos destinados aquí hace setenta años que pilotaban aviones exactamente como ese, que se metían en las cámaras frigoríficas que eran las cabinas llevando trajes climatizados que no funcionaban y respiraban oxígeno por tubos de goma en los que se formaban cristales de hielo, así que cuando ascendían a mucha altura tenían que agacharse y aplastarlos entre los dedos para que les llegase oxígeno suficiente para respirar. Dormían en camastros en una tierra extranjera lluviosa y cubierta por la niebla, se vestían en

silencio para las reuniones matutinas de asignación de misiones y luego corrían a sus aparatos y empujaban la palanca de potencia, con el corazón en un puño mientras los motores aumentaban sus revoluciones. Luego ascendían entre las nubes, con los ojos fijos en los diversos instrumentos y en el tacómetro, mientras el navegante cantaba el rumbo en grados. Y luego las horas de vuelo hasta y desde Alemania, donde descargaban su espantoso cargamento desde cielos abarrotados de explosiones antiaéreas. Uno de cada cuatro no sobrevivía a su período de servicio. El cielo no era un lugar seguro, por muy imponente que fuera la atalaya desde la que miraban. Lo que les pasaba era terrible. Lo que hicieron fue más terrible de lo que pueda imaginarse. Ninguna guerra puede ser solo aire.

El azor está en mi puño. Ochocientos cincuenta gramos de muerte enchaquetados de plumas; un ser cuyo mundo está dibujado en trayectorias y vectores que lo dirigen hacia el final de vidas. Termina los últimos trozos de conejo, se afila el pico, frota hebras de piel blanca en el guante. Luego sacude las plumas hasta ponerlas en su sitio y levanta la vista hacia el cielo vacío donde estaba el bombardero; y yo lo siento entonces, el tirón. ¿Cómo seguía el poema de Auden, después de esos versos?

Las nubes se abren de súbito... mira allí.

Miro. Allí está. Lo siento. Ese insistente tirón al corazón que provoca el azor, ese antiguo deseo mío de poseer el ojo del ave de presa. De vivir una vida segura y solitaria; de contemplar el mundo desde las alturas y mantenerme allí. Ser la observadora; invulnerable, distante, completa. Mis ojos se llenan de lágrimas. Aquí estoy, pienso. Y no creo que esté segura.

Mi padre había crecido durante esa guerra. Durante los primeros cuatro años de su vida él y su familia habían vivido bajo los bombarderos sobrevolando en formaciones cortadas por los focos antiaéreos de noche o en garabatos de andrajosas estelas que brillaban en lo alto de la atmósfera de día. ¿Cómo debía de ser ver pasar esas diminutas cruces sobre tu cabeza? Sabes que algunas quieren matarte. Otras, defenderte. Saber cuál era cuál debía de tener, en el lenguaje de la época, una gran «valencia de riesgo». Tu vida estaba atrapada entre pequeñas máquinas migratorias. Como todos tus amigos, hacías maquetas de plástico de aviones con los kits de Airfix y gastabas toda tu paga en la revista *Aeroplane Spotter*. Memorizabas la posición de los motores, aprendías los rasgos distintivos de la posición de la cola, la forma, el sonido de los motores y el fuselaje. Y así, la contemplación de aviones se convirtió en la obsesión de infancia de papá. Numeraba, identificaba, clasificaba, registraba y aprendía los detalles con la feroz necesidad que tienen los niños de saber y dominar. Cuando creció, pedaleaba hasta aeródromos lejanos con una botella de Tizer, una cámara Brownie, un cuaderno y un lápiz. Farnborough, Northolt, Blackbushe. Horas esperando en la verja del perímetro, un niño pequeño mirando a través de la alambrada, esperando pacientemente a que vinieran los aviones.

«Debo de haber heredado de papá ser una observadora», pensé distraídamente. Quizá era inevitable que con la tendencia de papá a mirar al cielo nada más oír el menor indicio de un motor y levantar los prismáticos hacia lejanas estelas, mi pequeño yo deseara emularlo y aprendiera que mirar cosas que vuelan era la forma de ver el mundo. Solo que para mí, no eran los aviones. Eran los pájaros.

Ahora sé que mirábamos lo mismo: o, al menos, cosas que la historia ha conspirado para que sean lo mismo. Desde los albores de la aviación militar, las aves de presa fueron concebidas como cazas militares encarnados: depredadores de aerodinámica perfecta. Los halcones vuelan y cazan y matan: los aviones hacen lo mismo. Estas similitudes no pasaron por alto a los propagandistas militares, que hicieron de la guerra aérea parte del orden natural de las cosas, como las aves rapaces. El glamur medieval de la cetrería también desempeñó un papel, y pronto las aves de presa y los aeroplanos estuvieron profundamente integrados en las visiones de la guerra y la defensa nacional. Hay un ejemplo extraordinario de ello en la película de 1944 de Powell y Pressburger *Un cuento de Canterbury*. En las primeras escenas un grupo de peregrinos chaucerianos cruza los Downs de camino a Canterbury. Un caballero quita la caperuza a un halcón y lo lanza al aire. La cámara se detiene en sus alas que se agitan —un corte rápido— y la silueta del halcón se convierte en un Spitfire haciendo un picado. Vemos el rostro del caballero de nuevo. Es el mismo rostro, pero ahora lleva el casco de un soldado moderno que mira al Spitfire. Tras la secuencia está el mito de que hay una esencia británica que ha permanecido intacta a lo largo de los siglos, y muestra lo poderosamente que los halcones podían hermanar el medievalismo romántico con la dura tecnología de la guerra moderna.

Sentada en la hierba, escuchando los lejanos motores bajo un neblinoso cielo de octubre, pienso en mi padre en las ruinas del bombardeo con las que soñé. Había sido paciente, siendo niño. Había sido paciente y los aviones habían venido. Y recordé, entonces, una historia que nos contó un sábado por la mañana mientras desayunábamos. Era una buena historia. De una forma modesta, convirtió a mi padre en un héroe. Sentí una oleada de gratitud. Había experimentado semanas de pánico, sin saber qué diría en el panegírico de mi padre, y ahora sabía que esa historia estaría en el corazón de mi discurso.

—Gracias, papá —exhalé.

En el pequeño cuaderno gris de White con la serpiente en la cubierta hay también pesadillas con aeroplanos. Se ciernen, «plata y oro entre la niebla azul», sobre él; White bucea bajo el agua, busca sótanos en los que esconderse, pero siempre lo encuentran, siempre saben dónde está. Sueltan potentes explosivos y gases venenosos, se zambullen en picado para matarlo. Eran los terrores oníricos de un niño que había crecido a merced de autoridades violentas: su padre, sus maestros, los prefectos y ahora los dictadores que arrastraban el mundo a la guerra. En *England*

Have My Bones White explicó que había aprendido a volar porque tenía miedo a los aviones. Quizá su miedo no era solo miedo a caer; quizá sus lecciones de pilotaje eran un intento de superar el miedo a la persecución asumiendo como propia la mirada del aviador. E igual que había combatido contra el miedo a los aeroplanos, había luchado contra Gos. Pues Gos era el oscuro e inmoral hijo de antiguos bosques germanos. Era un asesino. Tenía todo el glamur del dictador. Sus leyes eran las de Hitler y Mussolini; era la violencia y la irracionalidad del fascismo encarnada. «Era un hitita —escribió White después—, un adorador de Moloch. Inmolaba a sus víctimas, saqueaba ciudades, pasaba a vírgenes y niños por la espada». Empecé a ver, ahora, cómo leer *El azor* con una interpretación distinta: como algo parecido a una guerra. Siegfried Sassoon lo había visto así, había reconocido la violenta batalla que se libraba en sus páginas. Cuando se publicó, White le envió un ejemplar, pero él confesó no haber sido capaz de leerlo. Había empezado, pero lo había dejado. «Hoy en día me abstengo de todo lo que me da miedo —explicó—, y lo que leí era agónico».

Las ideas políticas de White eran profundamente desafortunadas. Aborrecía el capitalismo, y aunque había flirteado con el comunismo en *Stowe*, atraído por su fervor revolucionario, empezó a temerlo, pues la revolución, si llegaba, le arrebataría su individualidad, y estaba seguro de que eso era todo lo que tenía. Ahora se preguntaba si quizá era un fascista. No estaba seguro. Detestaba el nacionalismo, pero ciertamente no creía que todas las personas fueran iguales. No le gustaba Hitler. Pero tampoco le gustaba el gobierno británico. Tenía una visión infantil de un apocalipsis redentor: creía que la guerra, cuando llegara, traería muerte y desolación y acabaría con la civilización, pero que valdría la pena si emergíamos de entre los escombros habiendo adquirido una nueva sabiduría.

Uno tenía que escoger bando. Democracia contra fascismo. Lo racional contra lo irracional. Sangre o paz. Humanos o conejos. White escogió disparar a conejos, en lugar de a personas, y escogió librar una guerra personal contra un azor. A través de Gos, combatió al dictador que llevaba dentro. En su mente, el azor era saludable, pues White creía que la guerra procedía de la represión social de necesidades humanas innatas. Como el azor no podía disimular, resultaba un «tónico para el salvajismo menos sincero del corazón humano».

Y así se luchó la guerra, aquí, en una cocina y en un establo, en un jardín y en un bosque. De un extremo a otro del disputado territorio, se combatió denodadamente. Cuando White comprendió que él era el dictador, percibió el sabor de la derrota, preparó la pérdida del halcón y lo empujó a fugarse. Luego empezó una nueva fase de la guerra: su retirada a búnkeres en el bosque. Desde esos refugios en miniatura esperaba derribar a las aves de presa que surcaban el aire como los aeroplanos de sus sueños.

Años antes, durante los tiempos felices en la seguridad de Saint Leonards, nada le gustaba más que cuando sus abuelos lo llevaban a las cuevas de Hastings y el guía los

conducía bajo tierra a las curiosas salas de arenisca tallada por los contrabandistas. «En un punto en concreto del viaje bajo tierra —escribió—, mientras nosotros, los niños, y las niñeras y los turistas corrientes guardábamos silencio entre la arena, que aislaba del ruido, el guía solía apagar su vela... y estábamos entonces también en la más absoluta oscuridad». Atesoraba ese recuerdo. Para un chico que siempre se había sentido en peligro, esa cueva de oscuridad absoluta era un refugio, y regresó a ella en su imaginación una y otra vez. Soñaba con túneles y cuevas como santuarios. Llamaba a su casita en el bosque su madriguera de tejón. En *Gone to Groundhix* que un búnker subterráneo salvara a una partida de cazadores del fin del mundo; y en *La reina del aire y la oscuridad*, el segundo libro de *Camelot*, escribió que Merlín estuvo preso durante siglos en la cueva bajo la colina. Esta prisión aparece en Malory, pero el hecho de que Merlín sepa de antemano que ese será su destino, es nuevo. «Será fantástico descansar unos cuantos siglos», anuncia al atónito rey.

Un regreso al útero sería una de las formas de interpretar su obsesión con los lugares oscuros y privados. Pero White los veía no como el útero de la madre que despreciaba, sino como refugios subterráneos; eran seguros porque permanecían ocultos a la mirada cazadora del perseguidor.

Se ha construido a sí mismo una tumba. Es un esquelético óvalo de finas ramas de fresno cubiertas con una manta verde en la que florecía la mostaza y crecía la hierba. Echó las semillas sobre la lana y esperó a que crecieran. Esta mañana había salido como una tortuga con el caparazón sobre su frente y hombros y lo había llevado al bosque, lo había cubierto con la manta y se había tendido en el suelo bajo él. No tiene tabaco. No puede fumar. Apenas puede moverse. Lleva allí horas, temblando de frío, tendido a la espera de unos pájaros que no llegan. Es una vigilia, un calvario, igual que aquellas largas noches con el azor. Otra tormenta cruza los Ridings. El cielo es agua oxidada y los árboles se han vuelto borrones de tinta. Gruesas gotas golpean la manta y empapan sus ropas, que emiten vapor; hay lana mojada y sudor, y el viento creciente trae el aroma eléctrico de la tormenta. Ahora está más cerca de ellos, de aquellos hombres muertos hace tiempo que le comprendían. Yace en una tumba, como ellos. Contiene la respiración cuando pasan junto a él cazadores furtivos, hombres que conocen el bosque en todas sus perfectas partes, hombres que tienen la habilidad innata de leer el paisaje. No le ven. Se ha vuelto invisible. Es muy parecido a un milagro.

El sufrimiento de su cuerpo no es nada comparado con el gozo de librarse del dolor de ser visto.

21

Miedo

Era siempre allí, arrodillada con Mabel sobre su presa, cuando acudían los pensamientos, cuando me preguntaba cómo podía hacer esto, cómo podía estar cazando. Aborrezco matar. Odio pisar a las arañas y se ríen de mí porque salvo a las moscas. Pero ahora entiendo por primera vez en qué consiste la sed de sangre. Fue solo al estar alineada con el ojo del halcón cuando cobró sentido; pero entonces tuvo más sentido que ninguna otra cosa en el mundo. Cuando veía pájaros volando sobre mí volvía la cabeza y los seguía con ansia.

Cazar con el azor me había empujado al auténtico límite de lo que es ser humana. Y luego me llevó más allá de ese lugar, a un sitio en el que ya no era humana en absoluto. El azor en vuelo, yo corriendo tras él, la tierra y el aire convertidos en unos patrones de profundos detalles curvados, suficientes para bloquear cosas como el pasado o el futuro, de modo que lo único que importaba eran los próximos treinta segundos. Sentí una corta ráfaga de brisa otoñal sobre la redonda cumbre de la colina, y la necesidad de virar a la izquierda, de caer sobre la ladera de sotavento, donde estaban los conejos. Me arrastraba y caminaba y corría. Me agachaba. Miraba. Veía más de lo que jamás había visto. El mundo se reunía a mi alrededor. Todo tenía sentido. Pero las únicas cosas que sabía eran cosas falcónidas, y las líneas que me llevaban por el paisaje eran las mismas que impulsaban al azor: hambre, deseo, fascinación, la necesidad de encontrar y volar y matar.

Sin embargo, cada vez que el azor cazaba a un animal, me arrancaba de ser un animal y me empujaba otra vez a ser humana. Ese era el gran enigma, y se producía una y otra vez. ¡Cómo se detienen los corazones! Un conejo postrado sobre un montón de hojas, aferrado con fuerza por ocho garras, el azor cubriéndolo con las alas, con la cola abierta, los ojos encendidos y las plumas de la cerviz erizadas mientras se agacha tenso y feroz. Y entonces yo estiro la mano y la pongo sobre los hinchados músculos del conejo, y con la palma de una mano en su nuca, donde su piel es suave y leonada, tiro con la otra una vez, dos veces, con fuerza de sus patas traseras, rompiéndole el cuello. Un pataleo, y los ojos se entelan. Tuve que comprobar que el conejo estaba muerto tocándole suavemente el ojo. Todo se detiene. Se detiene. Tuve que hacerlo. Si no hubiera matado al conejo, el azor se habría abalanzado sobre él y empezado a comérselo; y, en algún momento mientras era devorado, el conejo habría muerto. Así matan los azores. La frontera entre la vida y la muerte está en algún momento de su comida. No podía permitir ese sufrimiento. Cazar te convierte en un animal, pero la muerte de un animal te hace humana. Al arrodillarme junto al azor y a su presa, sentí una responsabilidad tan grande que me golpeó dentro del pecho y se expandió hasta ocupar un espacio tan grande como una catedral.

Durante años había explicado que prefería comer algo que hubiera cazado un halcón que animales que habían llevado una vida ciega y hacinada en un establo o en una jaula en batería. En un momento dado el conejo está allí, agitando la nariz en un campo que huele a ortigas y raíces y hierba, luego está corriendo y luego es atrapado y luego está muerto. Le decía a la gente que en la cetrería no hay heridas: las cosas o bien son cazadas o escapan, y les decía, además, que no se desperdicia nada: todo lo que caza el ave se lo come la propia ave o yo. Si eliges comer carne, decía yo, esta es la mejor manera que conozco de conseguirla.

Pero esos argumentos me parecían ahora mezquinos y vacuos. No tenían nada que ver con la realidad, con estar allí, con un azor y un conejo atrapado que se retorció y pataleaba y moría. Y el mundo mordéndome. El enigma diario, solemne, que era la muerte y el desaparecer.

—Pero ¿cómo pudiste? —me preguntaba la gente.

Alguien dijo que era una forma de destruir el mundo pieza a pieza después de la muerte de mi padre.

—¿Eras tú los conejos? —preguntó otro.

No.

—¿Estabas matándote a ti misma?

No.

—¿Te sentiste mal?

Sí. Pero no me sentí mal por matar a un animal. Me sentí mal *por* el animal. Me dio lástima. No porque me considerara mejor que él. No fue una pena paternalista. Fue la pena de todas las muertes. Me hacía feliz el éxito de Mabel y lloraba al conejo particular. Arrodillada junto a su cuerpo sentí una aguda conciencia de mis límites. La lluvia mojando el cuello de mi ropa. Un dolor en una rodilla. Los arañazos en mis piernas y brazos por haber atravesado un matorral, que no me habían dolido hasta ahora. Y una aguda, inefable comprensión de mi propia mortalidad. «Sí, yo también moriré».

Aprendí a asumir por un instante la responsabilidad de agacharme y administrar el golpe de gracia a un conejo que Mabel tenía aferrado entre las garras. Una parte de mí tuvo que adaptarse y otra parte de mí tuvo que apartarse. No hay mejor frase para describirlo que la más antigua: Tienes que endurecer tu corazón. Aprendí que endurecer el corazón no era lo mismo que no darle importancia a lo que haces. El conejo siempre fue importante. Su vida no se tomó a la ligera. Yo era responsable de estas muertes. Por primera vez en mi vida ya no era una observadora. Estaba siendo responsable ante mí misma, ante el mundo y ante todas las cosas en él. Pero solo cuando mataba. Los días eran muy oscuros.

Se oscurecieron todavía más. Conduciendo de vuelta a casa una tarde pasé frente a un grupo de paseantes que contemplaban un conejo en la linde de los campos al otro lado de la carretera. Estaban alterados. Encogían los hombros con preocupación.

Me detuve un poco más adelante en la carretera y esperé. No quería hablar con ellos, pero su preocupación hizo que me quedara. Sabían que el conejo estaba enfermo y querían hacer algo, pero nadie sabía qué y nadie era lo bastante valiente como para acercarse. Durante interminables minutos se quedaron mirándolo, incapaces de intervenir pero sin decidirse a marcharse. Y luego, se fueron. Entonces salí del coche y fui hacia la bola de pelo. Era un conejo pequeño. Sus músculos estaban atrofiados, su cabeza cubierta de tumores y los ojos hinchados y llenos de ampollas. Estaba manchado de barro. Estaba ciego.

—Oh, pequeño. Lo siento mucho —dije—. Me agaché, endurecí mi corazón y terminé con su sufrimiento.

El conejo tenía mixomatosis. La enfermedad había llegado a Gran Bretaña en 1952 y en dos años el virus, originario de América del Sur pero llevado por los humanos a Australia y a Europa, mató al noventa y cinco por ciento de la población de conejos británicos. Decenas de millones de cadáveres empapados por la lluvia cubrieron las carreteras y los campos, y su desaparición tuvo efectos enormes sobre el paisaje: los prados roídos por los conejos se llenaron de maleza y la población de depredadores se hundió. Los conejos se han recuperado desde entonces, aunque no han vuelto a los niveles que en otros tiempos considerábamos normales. Y aunque ahora el virus es menos agresivo, todavía hay brotes de la enfermedad de vez en cuando.

Aquel pequeño conejo seguía presente en mi mente. No quería marcharse. Parecía regresar de entre los muertos, una cosa arrastrada del pasado, de cuando era pequeña y el campo estaba en crisis. No solo los conejos morían. La población de halcones también estaba en caída libre debido a los pesticidas usados en la agricultura. Olmos esqueléticos se talaron y quemaron. Las nutrias desaparecieron, los ríos estaban contaminados y los araos alibancos se ahogaban en los mares cubiertos de petróleo. Todo estaba enfermo. Y nosotros seríamos los siguientes. Lo sabía. Todos nosotros. Sabía que una mañana sonaría una sirena, luego habría un doble resplandor en el horizonte y levantaría la vista y vería una lejana nube en forma de hongo y luego, con el viento, vendría la radiación. Polvo invisible. Y luego todo moriría. O volveríamos a la Edad de Piedra y viviríamos vestidos con harapos apiñados alrededor de hogueras encendidas entre las ruinas. Pero incluso esa diminuta esperanza de supervivencia me fue arrebatada.

—¿Vamos a construir un refugio nuclear subterráneo en el jardín? —pregunté a mis padres una tarde al volver de la escuela.

Se miraron el uno al otro. Quizá no me habían entendido, pensé, así que continué:

—En el folleto dice que deberíamos construir un refugio bajo las escaleras, pero debajo de las nuestras no hay bastante sitio para vosotros y James y yo.

Hubo una larga pausa, luego me explicaron con amabilidad que nuestra casa estaba muy cerca de varios objetivos militares muy importantes.

—Así que no tiene sentido preocuparse —dijeron—. No habrá radiación de

ningún tipo. Si hay una guerra, ni siquiera nos enteraremos. Seremos vaporizados al instante.

No hace falta decir que esa respuesta no me tranquilizó. Grabé mi nombre en trozos de teja y los enterré tan profundamente como pude en el jardín. Quizá sobrevivieran al apocalipsis.

La arqueología del duelo no es ordenada. Es más bien como cavar con una pala; constantemente emergen cosas que habías olvidado. Cosas sorprendentes salen a la luz: no solo recuerdos, sino estados mentales, emociones, formas de ver el mundo que habías dejado en el pasado. El conejo era un fantasma del apocalipsis de mi juventud, y más adelante esa semana apareció otro. En este caso, no fue un conejo, sino un libro. Lo había sacado de la biblioteca de mi amigo: una nueva edición de *El Peregrino*, de J. A. Baker, la historia de un hombre que observa obsesivamente halcones peregrinos invernando en los campos de Essex a finales de la década de 1960. No lo había leído desde hacía años. Lo recordaba como una celebración poética de la naturaleza. Pero al volver a leerlo descubrí que era algo muy distinto. «Esto — pensé con un escalofrío —, procede del mismo lugar que aquel conejo». Percibí en él el horrible deseo del autor de muerte y aniquilación, un deseo disfrazado de elegía por unas aves que volaban en cielos contaminados, halcones tan cegadores y de peltre resplandeciente al sol, convertidos en recuerdos incluso antes de haber desaparecido.

Me asustaba Baker y lo que quería decir. White no me asustaba. A pesar de su desastre con Gos, a pesar de su deseo de ser cruel y de sus horrendas ideas políticas, White luchó con todas sus fuerzas contra la muerte. Amaba las pequeñas cosas del mundo y, sabiendo que se acercaba la guerra, vivía con la esperanza de que sucediera un milagro. En el libro de Baker no vi el menor asomo de esperanza. Para él, el mundo estaba muriendo, y sus halcones eran iconos de esa extinción: la nuestra, la de ellos y la del propio Baker. No quedaba lucha en él. Compartía el destino de los halcones, no tenía otra elección que seguirlos. Se sentía atraído hacia ellos igual que las gaviotas y los chorlitos en su libro ascendían impotentes para que el halcón peregrino los acuchillase, igual que todos los picos de los pájaros pequeños escondidos en los matorrales apuntaban, como si fueran una brújula, hacia el imán que era el halcón en el aire. En este libro no había nombres de lugares, ni de personas. Se habían caído. Ahora lo comprendía mejor, pues conocía la atracción del azor y sabía que la luz que emitía podía hacer desaparecer el mundo. Pero sus halcones estaban hechos de muerte. Preocupada, deseé que mi azor fuera vida. Lo deseé con todas mis fuerzas.

Nunca había creído en los halcones de Baker, porque había visto halcones de verdad antes de leer su libro: pájaros alegres y sociables de cetrero que se acicalaban y esponjaban en los jardines de las casas. Pero la mayoría de mis amigos que adoraban a los pájaros leyeron el libro de Baker antes de ver un halcón vivo, y ahora no podían ver a los auténticos peregrinos sin que les hicieran penar en lejanía,

extinción y muerte. Las cosas salvajes están hechas de historias humanas. Cuando era niña odiaba lo que White había pensado de su azor. Pero el fantasma falconiforme de Gos se movía tras las plumas estampadas y vivas del mío. Y había fantasmas todavía más sombríos tras él.

Hace unos años visité a un amigo que entonces presidía el Club de Cetreros Británicos. Charlamos mientras tomábamos té con pastas. Hablamos sobre la historia de la cetrería durante un rato y sobre la historia del club, y luego dijo:

—Ven y mira esto.

Y abrió un armario y allí, al fondo, casi tapado por las cosas que suele haber en los armarios de las casas, lo vi.

—Oh, Dios —dije—. Gordon, ¿es el auténtico?

Me miró y asintió.

—Lo odio —dijo—. No soporto tenerlo en casa.

Me agaché y lo saqué del armario. Era un halcón de bronce posado en un pedestal vertical, pesado, estilizado y un poco gastado en las alas.

—Joder, Gordon. Esto me pone los pelos de punta —dije.

—A mí también —contestó.

La estatuilla era muy valiosa, de una factura exquisita, pero era algo que ambos deseábamos que no se hubiera creado nunca.

En 1937 Gilbert Blaine y Jack Mavrogordato fueron invitados a la Exposición Internacional de Caza en Alemania. Viajaron a Berlín con una muestra de la cetrería británica: halcones disecados posados en perchas, equipo de cetrería, fotografías, libros y pinturas. Sospecho que su asistencia, decidida a última hora, fue en parte una tapadera para una operación diplomática: con ellos viajaba el ministro de Exteriores, lord Halifax, que era partidario de la política de apaciguamiento y había sido invitado al evento para mantener conversaciones secretas con Hitler.

No habría más de cincuenta cetreros en toda Alemania, pero el simbolismo de la cetrería estaba en boga en el Reich. En la cubierta del catálogo de la exposición, un *Übermensch* estilizado y desnudo sostenía un halcón dorado en su puño. La asociación nacional de cetreros, la *Deutscher Falkenorden*, contaba con el patronazgo oficial del Estado, y un gran Centro Estatal de Cetrería, el *Reichsfalkenhof*, se había construido recientemente con entramado de madera en el bosque de Riddagshausen. En Berlín, Blaine y Mavrogordato caminaron por salas con las paredes adornadas con miles de astas y forradas con banderas rojas bordadas con esvásticas. Admiraron las aves alemanas —azores, halcones y águilas posadas en perchas en los salones—, pero les impresionaron menos las demostraciones de cetrería al aire libre. Vieron cómo un halcón sacre atrapaba a una paloma atada con un cordel, y cómo lanzaban un águila contra un conejo tan manso que se quedó royendo tranquilamente la hierba hasta que el águila aterrizó sobre él.

Solo dos países presentaron exposiciones de cetrería en Berlín. Alemania ganó el primer premio por la suya, y el Club de Cetreros Británicos el segundo. El halcón de

bronce que había en el armario de Gordon fue el trofeo. Hermann Göring lo envió al club después de la exposición. Göring: la mano derecha de Hitler, comandante en jefe de la Luftwaffe, el *Jagermeister* del Reich, el hombre que había incendiado el Reichstag. La cetrería le encantaba. No solo la consideraba el deporte romántico de los antiguos reyes teutónicos, sino también las propias aves de presa le parecían una élite natural, la perfecta aplicación de la ideología nazi en la naturaleza: ejemplos vivos de poder, sangre y violencia que mataban sin remordimientos a presas más débiles que ellas. El retrato de Goring de su halcón favorito, un gerifalte blanco posado en un acantilado, es totalmente fiel a las convenciones de la pintura nazi: bañado por la luz del amanecer, con las alas entreabiertas, el halcón mira fijamente hacia el infinito. Y Goring también había adiestrado a un azor. Lo había visto disecado y montado sobre una rama en un archivo estadounidense años atrás. Era un azor grande de plumaje adulto, que todavía llevaba pihuelas y cascabeles, y cuyos dedos secos agarraban una polvorienta rama. Estaba montado de forma preciosa. Alguien se había tomado muchas molestias para que pareciera vivo. Miré sus ojos de vidrio, y sentí un escalofrío que me llegó hasta el tuétano de los huesos; y me pregunté si sería pariente de Gos. Era muy posible que fuera primo del halcón de White, pues el hombre que había pintado el gerifalte de Goring, el hombre que había dirigido la *Deutscher Falkenorden*, que había conseguido el patronazgo estatal y diseñado el *Reichsfalkenhof* era Renz Waller. El mismo que había enviado a White su azor; y el mismo al que había escrito White suplicando otra ave. Y fue Waller quien respondió a White unas pocas semanas más tarde diciéndole que haría lo posible por «conseguirle otro azor adulto».

¡Un nuevo azor! Muy animado, White destapó su pluma y escribió «Plan para un azor adulto» en el interior de la cubierta de su nuevo ejemplar del *Tratado* de Bert. Elaboró detallados planes de adiestramiento, en los que se percibía una nueva seguridad. «Vigilarlo esa noche, manteniéndolo constantemente en movimiento —escribió—. Tener un asistente con el que turnarme en esto». Pero el nuevo azor no llegaría. El día en que debería haber llegado White tuvo que ir de urgencias al hospital por una apendicitis, como si su cuerpo se rebelara contra la perspectiva de otra agotadora batalla. Pensar en el bisturí del cirujano lo aterrorizaba. «Me ha hecho sentir más limpio de una forma oscura —escribió a John Moore tras la operación—. Creo que soy valiente y dueño de mi alma después de todo». Había sobrevivido a la crisis y regresado a su casa. Durante un tiempo cortejó a la enfermera del turno de noche, Stella, que le cuidó en el hospital, pero la consideraba una criatura completamente extraña, y en cuanto vio que ella podría quererle de verdad, la rechazó cruelmente.

El invierno fue largo y duro. Había algo mítico en la lenta progresión de nieve a deshielo y luego de más nieve a barro y miseria y enfermedad, como si al vivir durante ese invierno estuviera atravesando muchas épocas. La esperanza volvió con

la primavera. Llenó la casa de huérfanos: pichones y palomas, una lechuza leonada llamada Arquímedes y un par de crías de tejón. Luego, en abril, White condujo hasta Croydon para recoger a su nuevo azor. Era una hembra y la llamó Cully. Estaba muy maltrecha. Al estar encerrada, la mitad de las plumas de su cola se habían roto, como la mayoría de las primarias de su ala izquierda. White se dejó las cejas repasando diagramas en libros de cetrería, cortó plumas de busardo a medida y las pegó y cosió a los desnudos raquis de sus alas y cola. «Injertar», lo llamaban: White sabía que era una de las grandes artes de los cetreros. Pero no lo hizo muy bien, el injerto y las debatidas de las ocho semanas siguientes la dejaron sin plumas en la cola y en parte del ala, y casi incapaz de volar.

Pero al final voló. El azor voló suelto. Con el corazón en un puño, lo dejó volar libre. Por fin cazaría con un azor entrenado por él. Sus deslumbrantes sueños de autosuficiencia, sus sueños de crueldad inocente: todos estaban a su alcance. Pero la temporada estaba muy avanzada, y sabía que Cully debía dejar de volar para hacer su muda. Los halcones reemplazan todas sus plumas una vez al año, y durante ese período no se les hace volar, sino que se los deja sueltos en una muda, un recinto cerrado pero espacioso, y se los alimenta *ad libitum*. Pero White necesitaba este triunfo. Una tarde en los Ridings, tras días de infructuoso acoso, soltó un conejo para su azor en Tofield's Riding y, después de un vuelo torpe e irregular —en cierto momento el azor se puso a correr tras el conejo, en lugar de volar—, Cully atrapó a su presa por la cabeza. White corrió hacia el lugar, sacó su cuchillo de caza y clavó el cráneo del conejo al suelo. Deseos que nunca habían emergido mientras cortejaba a la enfermera afloraron como una ola oscura. «Piensa en la lujuria —escribió al respecto—. La auténtica sed de sangre es así».

Día de la Manzana

«Oh, Dios. ¿Qué hago aquí?».

Estoy sentada en una silla de picnic de plástico a la sombra de una marquesina. Tres metros detrás de mí Mabel parece una sombra proyectada en el agua; sus alas están cruzadas con fuerza, como si fueran espadas, y en sus ojos florece enorme el terror. Entiendo cómo se siente. «Demasiada gente —pienso, agitándome incómoda en la silla—. Demasiada gente».

—Bueno, Helen —había dicho Stuart—, el dueño de las tierras nos ha pedido si podemos llevar algunas aves de presa a la granja el día de la Manzana.

—¿El día de la Manzana?

Stuart me explicó que se trataba de una pequeña feria rural que celebraba la historia de estos campos y se centraba en la agricultura y en la comida local.

—Piensa que no vamos a hacer una demostración de vuelo, ni mucho menos. Solo nos ha pedido que expongamos las aves bajo una carpa para que los asistentes puedan verlas. Yo llevaré mi torzuelo. Greg llevará su tagarote. Alan traerá algunas águilas. ¿Puedes venir tú con Mabel?

—Sí, claro —dije—. Ningún problema.

Podía hacerlo. Había trabajado en un centro de cetrería, por el amor de Dios. Pasé meses enseñando aves rapaces a la gente. Pero a medida que el día se acercaba, empecé a ponerme nerviosa. ¿Cómo le sentaría a Mabel? Dos meses atrás era un azor a prueba de bombas o multitudes. Pero los azores no son como otras aves rapaces: necesitan que los pasees constantemente para seguir siendo dóciles. Ahora que vivimos en un barrio residencial de las afueras, no hemos visto a nadie en semanas. Ha olvidado no asustarse de la gente. Y yo también. Ante la multitud aprieto tanto los dientes que siento el dolor aflorar en mi mandíbula.

Tras veinte minutos, Mabel levanta una pata. Queda ridículo. No está lo bastante relajada como para sacudirse las plumas; todavía parece una foca multicolor mojada. Pero hace esta pequeña concesión a la calma y se queda allí como un hombre que conduce con una sola mano y descansa la otra en la palanca de cambios. Parece patéticamente pequeña al lado de los pájaros que la acompañan. A su izquierda hay un águila real, un animal pesado y grande con plumas pectorales semejantes a escamas acorazadas y con pies del tamaño de manos humanas culminados por poderosas garras. A su derecha hay un águila marcial macho, un monstruo blanco y negro con penetrantes ojos blancos capaz de cazar antílopes. Es enorme, más grande que la mayoría de los perros que pasan junto a la valla frente a la carpa, y los mira alejarse con su negra cresta erizada como pétalos de crisantemo mientras medita ociosamente matarlos.

Stuart ha traído su torzuelo de peregrino. Greg ha traído su halcón de Berbería,

una diminuta joya de halcón de color azul polvoriento y cobre con garras doradas. Mientras el ave se acicala él está sentado con las piernas cruzadas, charlando con los miembros del público, vestido con un suéter de cachemira con un agujero enorme en el codo. Alan, el de las águilas, bebe té en un vaso de plástico, acodado en la alta percha de un halcón sacre, que levanta la vista hacia él con expresión dócil y juguetona.

No me puedo estar quieta. Voy a dar un paseo por la feria. No es muy grande, pero está llena de cosas sorprendentes. Humo de una barbacoa hecha en un bidón de petróleo que se eleva entre las hojas cada vez más secas de los castaños. Bajo el árbol una antigua prensa de frutas de madera exprime zumo de manzana en múltiples vasos. Junto a ella las manzanas exprimidas caen en un montón de pulpa oxidada, y el hombre que acciona el mecanismo grita algo al arrugado florista de la parada de al lado, que vende árboles jóvenes. Encuentro una parada de pasteles, otra en la que te pintan la cara, una parada con un vivero lleno de serpientes, arañas e insectos palo del tamaño de una mano. Un puesto de calabazas naranja junto a una furgoneta de helados. Un niño arrodillado junto a una conejera mirando un conejo bajo un cartel que dice ME LLAMO FLOPSEY.

—Hola Flopsey —dice, acercando la mano hasta el alambre.

Camino hasta una carpa blanca y dentro, en una tenue sombra verde, encuentro mesas sobre caballetes que muestran cientos de variedades de manzanas. Algunas tienen el mismo tamaño que un huevo de gallina; otras son gigantescas, enormes ollas que hay que levantar con dos manos. Cada variedad está puesta en un compartimento de madera con su correspondiente etiqueta. Camino lentamente viendo las manzanas, disfrutando de sus pequeñas diferencias. Naranja suave, salpicado con topos rosas. Charles Ross. Berkshire antes de 1890. Uso dual. Una pequeña con marcas como de rubor sobre un fondo verde pálido. Coronación. Sussex, 1902. Postre. Rocas verdes en miniatura, con el lado de sombra de un rosa oscuro. Chivers Delight. Cambridgeshire, 1920. Postre. Una manzana enorme, de un amarillo intenso con unosuntuosos puntos de hiperespacio rojo. Peasgoods Nonsuch. Lincolnshire, 1853. Uso dual.

Las manzanas me alegran. Las paradas también me han animado. Decido que la feria es un lugar maravilloso. Paseo de regreso a mi silla y, a medida que Mabel se relaja, yo también. Engullo una hamburguesa y chismorreó con mis amigos cetreros. Nos contamos historias, nos explicamos chistes, se airean viejos agravios y se debaten las cualidades y capacidades y estilo de vuelo de varias aves rapaces con minucioso detalle. De repente me sorprende lo mucho que ha cambiado la cetrería británica desde los tiempos de Blaine y White. Por aquel entonces era el deporte secreto y aristocrático de oficiales y caballeros. En Alemania, la cetrería había alimentado las espantosas quimeras de un ficticio pasado ario. Y, sin embargo, aquí estábamos ahora nosotros, un grupo variopinto. Un ex motorista carpintero, un empleado del zoo que había sido soldado, otros dos empleados del zoo, un electricista

y una antigua historiadora. Cuatro hombres, dos mujeres, dos águilas, tres halcones y un azor. Doy un trago a una botella de sidra y de súbito me doy cuenta de que estoy en la mejor compañía que podría desear.

—Disculpe, ¿es un azor?

Es un hombre de unos cuarenta años, con gafas. Un hombre rechoncho y alegre que sostiene un inquieto bebé de uno o dos años.

—Estate quieto, Tom —le dice—. Ahora vamos a buscar un helado, solo quiero hablar con esta señora un momento.

Sonríó. Sé qué se siente al intentar sostener a una criatura que quiere estar en otro sitio. Y entonces se me encoge el corazón. Solo un poco.

Ni padre, ni pareja, ni hijo, ni trabajo ni casa.

«¡Deja de compadecerte, Helen!», me siseo internamente.

—¿Es suyo? —pregunta—. Uau.

Le hablo del azor. Él escucha. Entonces su expresión se vuelve seria y triste.

—Es usted muy afortunada —dice—. Yo siempre he querido ser cetrero. Toda mi vida. Tengo todos los libros y demás. Pero nunca he tenido tiempo.

Hay una pausa.

—Quizá algún día.

Abraza a Tom un poco más fuerte.

—Vamos, pues, chico —dice, y se alejan hacia la furgoneta de helados.

Aire blanco y huesos doloridos. Otra migraña. Me trago una dosis de codeína y paracetamol. Todavía me duele la cabeza. Hay una luz brumosa y plomiza fuera, como si alguien hubiera pegado papel de seda sobre el cristal. Me vuelvo a la cama. «Debo volar al azor —pienso cuando me despierto—. Debo volar al azor». Pero me cuesta tanto moverme que secretamente deseo que el peso del azor esté mal, o que haga mal tiempo. Hoy no tengo excusa para quedarme en la cama: tanto el azor como el tiempo están perfectos.

Conducimos en una tarde extraña, soleada y sin viento, que hace que todas las cosas parezcan maquetas de metal pintadas con esmalte. Nubes, montones de hojas, casas. Todo en el mismo plano, como un decorado, y sujeto con clavos. El aire huele a humo de madera. Estoy inexpresablemente cansada. Aparco el coche en la hierba al borde del campo, le cambio las pihuelas a Mabel, le quito la caperuza y se pone en *yarak* de inmediato. Sabe dónde está. Estamos aquí. Y los conejos están allí. Vuela del puño. Tan pronto como lo hace mi dolor de cabeza retrocede y mi cansancio desaparece. Cada vez vuela con más estilo. Todavía me asombra lo rápida que es. Cuando la veo alejarse de mí volando hacia un objetivo lejano, toda ella un escorzo encorvado de escamas, juraría que el mundo a su alrededor se ralentiza. Parece moverse exactamente a la velocidad adecuada, y todo a su alrededor —los conejos que corren, las hojas que caen de los árboles, una paloma que vuela sobre ella— todo

lo demás se ralentiza como si se moviera a través de un líquido.

Me fascina su capacidad de concentración. Estoy empezando a creer en lo que Barry López ha llamado «la conversación de la muerte», algo que vio en el intercambio de miradas entre un caribú y una manada de lobos, una negociación sin palabras que termina con ambas partes decidiendo si se van a convertir en cazadores y presa o si simplemente van a cruzarse. Me pregunto si mi azor hace lo mismo. Con Mabel de vuelta en el puño, camino hacia los tres conejos. Están sentados en la hierba, aquí mismo, a menos de diez metros. Cada vez más cerca. ¡Cinco metros! Mabel está en *yarak* desencadenado, pero los ignora. Está mirando con interés al otro lado del campo. Hay algo allí, a unos seis o siete segundos de vuelo.

—¡Mabel! —murmuro—. ¡Mira!

Y muevo la mano para intentar que se fije en los conejos que tiene ante sus narices. Uno de los conejos salta. Está ahí mismo. El azor lo sigue ignorando. No lo entiendo. Gira el cuello para mirar de nuevo hacia el otro extremo del campo. Y entonces desaparece de mi puño. Ha despegado, vuela hacia el otro extremo del campo, a muy poca altura, muy rápido, casi rozando la punta de las bajas ortigas, falla su ataque sobre un conejo, hace cálculos de centésimas de segundo y cambia su objetivo, y finalmente cae sobre un segundo animal. Estos son los conejos con los que ha estado conversando.

Corro hacia allí. No la veo por ningún sitio. ¿Dónde está? Hay ortigas por todas partes, pero son solo brotes, de apenas ocho centímetros de altura. ¿Dónde está mi azor? Aguanto la respiración. Silencio. Y entonces escucho el sonido tenue, muy tenue, de cascabeles. Y por fin veo su cabeza emerger entre las ortigas. «Pero ¿qué...?». Parece rota, aplastada, como si la gravedad se hubiera multiplicado por diez de repente; tiene las alas extendidas, con la tensión plegando las barbas de sus plumas hacia arriba. Ah. Ya veo. Tiene las alas desplegadas para apuntalarse contra el suelo, porque tiene al conejo en sus garras, y el conejo se ha metido en su madriguera, y ella lo retiene y está tirando con todas sus fuerzas para evitar que la arrastre bajo tierra. Tiene el pico abierto por el esfuerzo. Meto la mano en la madriguera, avanzo a tientas por sus patas increíblemente largas y al final de ellas encuentro una pata de conejo. Lo ha atrapado, pero por los pelos. Agarro la pata e intento sacar el conejo de la madriguera. Tiro un poco, y el conejo patalea. El azor pía. Cambio de ángulo y, lentamente, como un malvado hechicero rural, saco el conejo de la madriguera y lo lanzo sobre la hierba. Mabel baila sobre el conejo y cambia su agarre de la pata trasera a la cabeza, mientras el conejo permanece paralizado. Está tan rabiosa que sigue pateando al conejo durante siglos después de que haya muerto, y luego empieza a arrancarle el pelo. Lo hace durante minutos, hasta que acabamos rodeadas por un círculo de pelaje gris claro.

La conversación de la muerte. No me quito esa frase de la cabeza. Pienso en ella en momentos extraños. Mientras me estoy dando un baño, o rascándome la nariz o inclinándome para tomar una taza de té caliente. Mi subconsciente intentaba decirme

algo y aunque me estaba gritando con todas sus fuerzas, no lograba entenderlo. Las cosas iban mal. Muy mal. Una tarde Mabel saltó de su percha a mi puño, alargó una de las patas y me clavó cuatro garras en mi desnudo brazo derecho. Me quedé helada. La sangre goteó al suelo de la cocina. No podía hacer nada. Me tenía agarrada con demasiada fuerza. Tuve que esperar hasta que decidió soltarme. La presión fue inmensa, pero el dolor, aunque atroz, era como si le pasara a otra persona. «¿Por qué me ha atacado?», pensé después de que me soltara y se comportara como si no hubiera sucedido nada. «Nunca se había mostrado agresiva antes». Yo estaba segura de que no había hecho nada para provocarla. «¿Está pasada de peso? ¿Funciona mal la báscula?». Pasé un cuarto de hora moviendo y pesando pilas de monedas de dos peniques, intentando calibrarla. Funcionaba perfectamente. Era yo la que funcionaba mal. No era solo la herida que me había hecho el azor. Estaba convirtiéndome en una persona constantemente angustiada. Me sobresaltaba cuando el cartero llamaba a la puerta; me alejaba al oír el sonido del teléfono. Dejé de ver a gente. Cancelé mi conferencia en la galería. Cerré a cal y canto la puerta de entrada. En la colina huía de los paseantes y me escondía detrás de algún matorral cuando algún vehículo de la granja pasaba por el camino. Algunos días me quedaba en la cama sufriendo un dolor tan grande y misterioso que parecía una enfermedad terminal.

Se podría explicar lo que me pasó acudiendo a libros y artículos. Se puede leer a Freud, o a Klein. Se pueden leer toda una serie de teorías sobre el apego, la pérdida y el duelo. Pero todas esas explicaciones proceden de un mundo en el que no está el azor. No ayudan. Son como intentar describir qué se siente al estar enamorado mostrando un TAC de un cerebro enamorado. Tienes que buscar la respuesta en otros lugares.

El antropólogo Rane Willerslev vivió durante un año en una comunidad yucagira en el noreste de Siberia. Le fascinó la forma de ver la relación entre humanos y animales que tenían los cazadores de ese pueblo. Los cazadores, escribió, creen que «los humanos y los animales pueden convertirse los unos en los otros si toman el cuerpo del otro». Si quieres cazar alces, te vistes con pieles de alce, caminas como un alce, adoptas la extraña conciencia de un alce. Si lo haces, los alces te reconocerán como uno de los suyos y caminarán hacia ti. Pero, explicó Willerslev, los cazadores yucagiros consideran estas transformaciones muy peligrosas, porque pueden hacer que pierdas la «identidad original de tu especie y sufras una metamorfosis invisible». Convertirse en un animal pone en peligro el alma del ser humano. Willerslev registró la historia de un cazador que había estado siguiendo a renos durante muchas horas y terminó en un campamento que no era el suyo en el que mujeres que no conocía le dieron líquenes para que los comiera y empezó a olvidar cosas. Recordaba a su esposa, pero no su nombre. Confundido, se durmió y al soñar que estaba rodeado de renos que lo apremiaban a marcharse, comprendió lo que había sucedido.

Cuando leí esa historia me estremecí, porque era exactamente así. Me había convertido en un azor, había tomado todas las características de los azores que había

leído en los libros y las había hecho mías. Estaba nerviosa, tensa, paranoica. Era propensa a los ataques de pánico y de ira; me daba atracones de comida o ayunaba; rehuía la sociedad, me escondía de todo; me descubrí derivando a extraños estados en los que no estaba segura de quién o qué era. Al cazar con Mabel día tras día había asumido —en mi imaginación, por supuesto, pero eso era todo lo que existía— su perspectiva alienígena, su forma inhumana de comprender el mundo. Eso me había llevado a un estado similar a la locura, pero yo no comprendía lo que había hecho. Cuando era pequeña creía que convertirse en un halcón sería algo mágico. Lo que había leído en *La espada en la piedra* me había animado a verlo así, como una cosa buena e instructiva, como una lección vital para el niño que iba a reinar. Pero ahora esa lección me estaba matando. No era lo mismo.

Dos días antes del servicio sucedió algo muy extraño en la colina. Habíamos estado caminando junto al seto que bordeaba un campo de rastros. Había un faisán en el seto, lo había oído cloquear y correr, como si fuera una rata, por la húmeda acequia llena de ortigas, y Mabel también lo había oído. Se había lanzado sobre el matorral y se había posado, fuera de mi vista, en su cima, dándome la espalda. Mi azor estaba muy enfadado, y yo también. Me abrí paso por el matorral, sabiendo que en cualquier momento el faisán saldría disparado frente a mí en un revuelo de plumas bruñidas. Asomé la cabeza al otro lado del matorral. Oí un zumbido en el aire y sentí un impacto sobrecogedor. Me tambaleé. ¡Acuchillada por un azor! Primero solo oscuridad, luego un campo de estrellas. Luego una extraña sensación propioceptiva de que llevaba puesta una corona de espinas, un complejo halo de dolor alrededor de mi cabeza. El azor había rebotado contra mí, dejándome ocho incisiones de sus afiladas garras, y ahora estaba de vuelta en la cima del arbusto, estirando el cuello en busca del faisán, que había hecho lo que los faisanes hacen mejor: escapar. Sacudí la cabeza sintiéndome idiota. Mabel había creído que yo era el faisán. No me había reconocido. Sentí un extraño zumbido en los oídos y luego, en cuanto empezaron a fluir las endorfinas, una calma embotada. Extendí el brazo y silbé para que el azor volviera al guante; luego, mecánicamente, empecé a trabajar el resto de la línea de matorrales. En este punto estábamos caminando hacia el sol, y empecé a sentir un placer claro y diáfano por la neblinosa aura dorada que nos bañaba. Mareada y poco segura al caminar, al final me pregunté: «¿Por qué veo las cosas de forma tan rara y por qué me pican los ojos? —Y a continuación—: ¿Por que se ha abatido el azor sobre mi cabeza?».

Me llevó un rato deducir ambas cosas. Me froté los ojos y noté que la mano se empapaba, dramática y shakesperianamente, de sangre. Me quité las gafas. Estaban cubiertas de ella. Me caían regueros de sangre por la frente hasta el ojo izquierdo, y con ello empezaba a atraer la atención de un azor hambriento.

«Dios mío —pensé—. Esto es un poco Edgar Allan Poe».

Utilicé la manga y un poco de hierba seca para limpiar la mayor parte del líquido.

Por fortuna eso bastó para que el azor perdiera el interés en comerme. Palpé la incisión que me había hecho con el dedo posterior de la garra: un corte profundo de centímetro y medio justo entre los ojos. Ah, sí, el sexto chakra, la sede del saber oculto, ahora decorado con un bindi de cetrero. Apreté fuerte con los dedos la herida hasta que dejó de sangrar.

Y luego seguí cazando con el azor, tambaleándome por los campos en una niebla de euforia y dolor. El sol había descendido bajo capas de estratos cenicientos hasta convertirse en un disco luminoso que brillaba a través de aire lleno de talco, y tenía exactamente el mismo color que los ojos de Mabel. La sostuve, comparando el sol con los ojos del azor y me maravillé de su exacta correspondencia. Para cuando llegamos a la cima de la colina mis piernas se rebelaron. «Basta —dijeron—. Ya has caminado bastante. Siéntate. Echa una cabezada».

Así que me senté en la hierba, mareada, disfrutando de la belleza de cuanto me rodeaba. La niebla alzándose en los valles. Bandadas de chorlitos dorados que descienden en oleadas. La forma en la que las nuevas semillas azuladas de colza contrastan con los tallos verticales de los rastrojos a mis pies. El resplandor del sol perdido bajo las colinas. Los grillos que empiezan a cantar. Grajos de camino a sus nidos pasando por encima de nosotros como constelaciones móviles de pequeñas estrellas negras. Y quizá ese porrazo en la cabeza me había devuelto algún sentido humano, porque cuando regresé a casa me senté en el sofá y escribí el panegírico de mi padre, sin parar, en veinte minutos, con una pequeña tirita redonda pegada en mi frente herida.

23

Réquiem

Me senté en el tren con la carpeta que contenía el discurso en mi regazo y los tobillos ardiendo por el calefactor bajo el asiento. Fuera habitaba el invierno. Cielos de papel. Árboles relucientes. Una estela de campos retroiluminados que se replegaban y encogían a medida que crecía la ciudad. Pronto estaba en la iglesia, con la misma carpeta en la mano, mirando a cientos de pies sobre el suelo blanco y negro, cientos de hombros y corbatas y cuellos de camisa, dobladillos de faldas, clics y ecos de diminutos tacones negros. Me asaltó la preocupación de si mi vestido era lo bastante elegante. Era un vestido de algodón negro comprado en Debenhams. ¿Quizá no era adecuado? ¿Por qué no había salido y comprado un vestido *adecuado*? Algo caro, y elegante, y de bordes afilados. Me llevó unos segundos comprender que mi pánico no tenía nada que ver con la ropa. Me senté en el primer banco entre mi madre y mi hermano y los cogí de la mano, mareada por el dolor y la pena. Mi tía estaba allí, y la pareja de mi hermano y también sus padres. Éramos una familia. Lo éramos. Miré alrededor en busca de los demás oradores: Ron Morgans y Alastair Campbell, que había trabajado con papá durante años, y Jeremy Selwyn, otro fotógrafo, que se mordía el labio y contemplaba cómo la multitud llenaba la iglesia.

Caminé hacia el atril con el papel en la mano. Había dado tantas clases, tantas conferencias, que había creído que esto sería fácil. No lo era. Estaba aterrorizada. Agarré los lados del atril de madera para no tambalearme. «No voy a poder hacerlo. No mires al público —dijo una voz dentro de mí—. Finge que no están ahí».

Y luego otra voz dijo: «Mira al público». Miré. Cientos de rostros. Colegas de papá, jefes de papá, amigos de papá. El miedo se desvaneció en un instante. Ya no podía estar asustada. Y empecé. Les hablé de mi padre. Les conté un poco de cuando era niño. Les dije que había sido un padre maravilloso. Les recordé, también, su ridícula incapacidad de vestir algo que no fuera un traje —aunque hacía alguna concesión en vacaciones, y ocasionalmente se quitaba la corbata—. Les conté que, en nuestro viaje a Cornwall para fotografiar el eclipse total, estábamos en la playa antes de que se oscureciera el cielo cuando un hombre que dijo que era la reencarnación del rey Arturo, un hombre que llevaba una diadema plateada y una larga túnica blanca, se acercó a papá y, anonadado, le dijo:

—¿Cómo es que vas de traje?

—Bueno —dijo papá—, es que nunca sabes con quién vas a encontrarte.

Y entonces les conté la historia que esperaba que comprendieran.

Es un niño que está frente a una valla mirando al cielo. Está en un aeródromo, Biggin Hill, observando los aviones de la RAF. Tiene ¿nueve años?, ¿diez? Ha estado fotografiando todos los aviones que despegan o aterrizan con la cámara Brownie que lleva colgada al cuello con un cordel, y ha anotado sus números en un cuaderno de

espiral. Se está haciendo tarde. Debería marcharse. Entonces escucha un sonido que no conoce, un motor que emite una nota peculiar y sí, *allí*, esta es la suya, este es el momento que ha soñado. Mira hacia donde sopla el viento. Ve las luces de aterrizaje de... no sabe lo que es. *No sabe lo que es*. No está en ninguno de sus libros. Lo fotografía. Copia su número de registro en la página. Es una visita del futuro: un nuevo avión de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Para el niño al que le gusta mirar aviones en la década de 1950, es como ver el Santo Grial.

Mientras escribía el discurso, todavía un poco conmocionada por el golpe, agarré el teléfono para llamar a mi padre y preguntarle qué tipo de avión era, y por un instante el mundo fue un lugar muy, muy negro.

Una mano lo agarró por el hombro y una voz le dijo:

—Ven conmigo, chaval.

Lo llevaron a rastras hasta la caseta de los guardas, lo empujaron dentro y allí, sentado frente a él a un escritorio, una especie de sargento mayor con bigote y expresión de mal humor le metió una bronca, arrancó la página de su cuaderno, hizo una bola con ella y la lanzó a la papelera, le gritó un rato más, abrió la parte de atrás de su cámara, expuso el carrete, tiró de la película, que salió en rizados de acetato, y la lanzó también a la papelera.

—Yo estaba llorando a moco tendido —explicó papá—. Me dijeron: «Vete a casa. No has visto nada. Olvida que estuviste aquí». Y me soltaron fuera del perímetro de la base y yo me quedé allí con mi cuaderno y mi Brownie, sollozando como un tonto. Pero luego dejé de llorar, porque se me ocurrió una cosa. Algo sacado de Dick Barton o de Eagle. Quizá, si había escrito lo bastante fuerte...

Usando su lápiz, sombreó la página de su cuaderno con la mina y allí, en blanco sobre negro, impreso en el papel desde la página arrancada, estaba el número de registro del avión secreto. Dejó de llorar, dijo, y pedaleó de vuelta a casa triunfante.

Me senté, aturdida. El sol entrando por las ventanas. Las cosas, una después de otra. La dolorosa belleza de los cantos del coro. La plegaria del canónigo. Panegíricos elogiando la excelencia como fotógrafo de mi padre. Cuando fue su turno de acercarse al atril, Alastair Campbell leyó el poema de Wordsworth «Compuesto sobre el puente de Westminster» y antes pronunció un pequeño discurso en el que dijo, con énfasis y convicción, que mi padre había sido un buen hombre. Eso me destrozó. No lo esperaba. O no esperaba *tanto*. Todo el mundo cantó «Jerusalem» y obligué a mis labios a moverse, pero no pude más que susurrar algún fragmento. Y después, fuera, a la sombra de los árboles del patio de la iglesia, un joven con gafas empañadas y una chaqueta de punto color púrpura se acercó a mí, intimidado, y me dijo:

—No me conoce. Yo no conozco a nadie aquí. Están todos los grandes. Pero quería decirle que... bueno. Ahora soy fotógrafo. Me gano la vida con ello. Me mudé a Londres para intentar conseguirlo y no sabía lo que estaba haciendo. Y coincidí con

su padre en un trabajo y habló conmigo. Me dio muchos consejos. Me ayudó. No tenía por qué hacerlo, pero lo hizo. Me salvó la vida. Era un hombre asombroso...

Y se le apagó la voz, y parecía avergonzado, y yo me acerqué a él y le di un abrazo, porque no sabía qué decir. Y más y más gente se acercó a hablar de papá; y toda la vieja guardia estaba allí, hasta los fotógrafos de la década de 1960, y finalmente pude poner cara a los nombres que había visto tantas veces. Me dijeron que les había gustado la historia. Dijeron que había sido bonito saber que mi padre había sido un periodista nato. Que el chaval en pantalón corto era ya el hombre que conocieron, el hombre que siempre conseguía la fotografía, que siempre arrancaba la historia cuando todo parecía perdido.

En el Press Club, después de la misa, corrió la bebida. Y corrió. Y corrió todavía más. Todo el mundo se volvió cada vez más efusivo y todos se acercaron a contarme historias de mi padre, narradas con voz cada vez más pastosa conforme seguía fluyendo la bebida, y los abrazos y los besos en la mejilla eran cada vez menos precisos.

—¿Otra copa? —dijo un periodista.

—Solo un refresco —dije, y volvió con una gran copa de vino.

—Hum, ¿es que no hay refrescos? —dije yo, avergonzada.

Él frunció el ceño.

—Es lo que te traigo. Esto es un refresco.

Salí con el corazón alegre. Sentía que mi familia se había ampliado a doscientas personas, y que todo iba a ir bien. «Gracias, papá —pensé—. Para mí siempre fuiste legendario, pero resulta que también lo eras para los demás».

Durante todo el trayecto de vuelta a casa en tren pensé en papá y en el terrible error que había cometido. Había pensado que para curar mi profunda herida tenía que huir a la naturaleza. Eso es lo que hacía todo el mundo. Lo había leído en mis libros sobre el mundo salvaje. Muchos de ellos eran búsquedas inspiradas por el dolor o la tristeza. Unos cuantos habían escogido ir en pos de animales difíciles de ver. Unos buscaban ánsares nivales. Otros al leopardo de las nieves. Otro grupo se pegaba a la tierra: caminaban por senderos, montañas, costas y cañadas. Algunos buscaban la naturaleza lejos, otros más cerca de casa. «La naturaleza en sus bosques verdes y tranquilos calma y cura todos los males», escribió John Muir. Y también: «No hay penas en la tierra que la tierra no pueda curar».

Ahora sabía que eso era una mentira seductora, pero muy peligrosa. Me enfurecí conmigo misma por mi ciega certeza inconsciente de que era la cura que necesitaba. Las manos están hechas para que las sostengan otras manos. No deben convertirse exclusivamente en una percha para un ave de presa. Y la naturaleza no es una panacea para el alma humana; exponerla demasiado al aire puede corroerla hasta no dejar nada.

Cuando llegué a casa también había deducido por qué Mabel se estaba

comportando de forma tan extraña. Había desarrollado músculo durante nuestras semanas en la colina y aunque ahora volaba a un peso mayor que antes, esta última semana había estado demasiado delgada. Tenía hambre. El hambre la había vuelto agresiva.

Me enfurecí conmigo misma al darme cuenta de que había cometido el primer error grave en su adiestramiento. Pero, al comprenderlo, no solo me enfurecí, también me odié a mí misma. Había estado tan ciega, tan concentrada en mi tristeza, que no había visto que mi azor también era desgraciado. Era como si no hubiera sido capaz de verlo. Recordé al hombre del que me había enamorado después de que muriera mi padre. Apenas lo conocía, pero no me importó. Lo recluté para que sirviera a mi duelo, lo convertí en lo que necesitaba. No es sorprendente que saliera corriendo. Y ahora había vuelto a cometer el mismo error. Había huido para convertirme en un azor pero, en mi tristeza, lo que había hecho era convertir al ave en un reflejo de mí misma.

La tarde siguiente, debilitada por el alivio y por la sensación de que algo enorme, algún elemento tectónico, había cambiado en mi mundo, le di a Mabel una paloma muerta entera para que se la comiera durante las grises y frías horas vespertinas. Nos sentamos fuera, en una silla bajo el manzano, escuchando a los mirlos tintinar en el seto. La casa ya no me parecía inhóspita. La ventana de la cocina proyectaba un cuadrado de luz suave sobre el jardín. Grandes montones de plumas de paloma se acumulaban en el jardín. Y entonces Mabel comió. Hasta el último trozo. Cuando terminó tenía el buche tan lleno que apenas se tenía en pie.

Con el desplume de la paloma llegaron más revelaciones, como si al desnudar el cuerpo se destaparan otras cosas. Pensé en los sueños que había tenido esa primavera del azor escapándose en el aire. Había querido seguirlo, volar con él, y desaparecer. Durante mucho tiempo había pensado que yo era el ave, uno de esos azores malhumorados capaces de deslizarse hacia otro mundo mientras permanecen posados en lo alto de los árboles en invierno. Pero yo no era ningún azor, por mucho que me recortara y despojara de capas, por muchas veces que me perdiera en la sangre y las hojas y los campos. Yo era la figura que esperaba bajo el árbol al anochecer, con el cuello vuelto para protegerme de la humedad, esperando pacientemente a que el azor volviera al puño.

Mabel estaba cortando la crujiente caja torácica de la paloma. Tiraba de la fina membrana intercostal. Zap. Pensé en mi padre sombreando con un lápiz las fantasmales impresiones de las letras sobre la página. Zap. Pensé en White y en los motivos por los cuales su libro había permanecido conmigo todos estos años. Zap. Otra costilla rota. No era solo que veía en su libro, reflejada al revés y neblinosamente, mi propia retirada hacia lo salvaje. Era otra cosa: de todos los libros que había leído de niña, era el único que recordaba en que el animal no había muerto.

Gos no murió. Simplemente se fugó. A pesar de que White estaba seguro de que

su azor estaba muerto, a lo largo de todo el libro, hasta su mismísimo final e incluso más allá, existió la posibilidad de que el ave regresara. En las infantiles profundidades de mi mente el azor estaba allí, todavía en los bosques, con sus dedos amarillos aferrados a la madera de los árboles y sus ojos pálidos contemplándome desde un oscuro revoltijo de ramas en algún lugar del multitudinario mar de cien mil árboles.

Melanie Klein escribió que los niños pasan por estados mentales comparables al duelo y que este duelo infantil es revivido siempre que, a lo largo de su vida, experimentan una pérdida. Klein creía que los adultos se enfrentan a las nuevas pérdidas de la misma manera que se enfrentaron a las antiguas. Pensé en aquel dibujo de un cernícalo, con sus pihuelas cuidadosamente trazadas una y otra vez por mi mano de seis años, con desesperada insistencia en la seguridad de los nudos y las cuerdas.

Gos todavía estaba ahí fuera, en el bosque, el bosque oscuro al que van todas las cosas perdidas. Había querido salir de los confines de este mundo, deslizarme a ese bosque y traer de allí el azor que había perdido White. Una parte de mí, una parte muy pequeña y vieja, lo sabía, la parte de mí que no trabajaba según las reglas del mundo sino con la lógica de los mitos y los sueños. Y esa parte de mí había esperado, también, que en algún lugar en ese otro mundo estuviera mi padre. Su muerte había sido tan súbita. No había habido tiempo para prepararse, no había tenido ningún sentido. Tenía que estar perdido. Tenía que estar ahí fuera, en algún lugar del espeso bosque, con todo y todas las demás personas perdidas y muertas. Ahora sé lo que significaban aquellos sueños de la primavera en los que el azor atravesaba una rendija en el aire y entraba en otro mundo. Había querido volar con el azor para encontrar a mi padre, para encontrarlo y traerlo de vuelta a casa.

24

Drogas

A veces, cuando se hace la luz, solo ilumina lo deprimentes que son las circunstancias. Cada mañana me despierto a las cinco en punto y tengo treinta segundos antes de que me abrume la desesperación. Ya no sueño con mi padre; no sueño con nadie. Camino sobre grandes llanuras de arena, más allá de estanques pluviales que reflejan la niebla, poblados por aves varadas por el mal tiempo que no pueden emigrar al sur para pasar allí el invierno. Algunas veces sueño que estoy trepando por árboles que se quiebran y caen, o navegando en pequeños botes que vuelcan en mares helados. Son sueños patéticos. No necesito que me los explique un psicólogo. Ahora sé que ya no confío en nada ni en nadie. Y es difícil vivir mucho tiempo sin confiar en nadie ni en nada. Es como vivir sin dormir; al final te mata.

He pasado la tarde jugando con Mabel. Le he hecho juguetes de papel y *kleenex* y cartón. Vuelve la cabeza del revés, eriza las plumas de su mentón, pía, coge los juguetes con el pico, los deja caer y se acicala. Cuando le lanzo bolas de papel las coge al vuelo con el pico y me las arroja de vuelta girando la cabeza. Y luego se agacha, esperando que se la vuelva a tirar. Es lo máximo que se puede esperar. Cuando le dije a Stuart que jugaba a tirarle cosas y me las devolvía, durante un tiempo no me creyó. Con los azores no se juega. Nadie lo hace. Pero tuve que hacerlo, para aliviar el frío. Porque los demás cetreros con azores tienen, además, personas en sus vidas. Para ellos sus azores son un pequeño fragmento de naturaleza salvaje, un contrapeso a su domesticidad; en los bosques con sus aves, los demás cetreros entran en contacto con sus almas solitarias y sangrientas. Pero luego vuelven a casa y cenan, ven la televisión, juegan con sus niños, duermen con su pareja, se despiertan, hacen té y se van a trabajar. Es necesario un equilibrio, como suelen decir.

Yo no tengo ese equilibrio, solo tengo la parte salvaje. Y ahora ya no la necesito. No estoy ahogada por la domesticidad. Carezco de ella. No siento ninguna necesidad, ahora mismo, de sentirme próxima a una criatura de los oscuros bosques del Norte, un animal de ojos siniestros y muerte en las garras. Las manos están hechas para que las sostengan otras manos. Los brazos están hechos para abrazar fuerte a otras personas, no para romper el cuello a conejos, arrancar manojos de vísceras y echarlas en la hojarasca para que el azor meta la cabeza y beba la sangre de la cavidad torácica de su presa. Contemplo todas estas cosas y mi corazón se vuelve sal. Todo está atascado en un presente eterno. El conejo deja de respirar, el azor come, las hojas caen, las nubes pasan sobre mi cabeza. Un coche circula por el campo, y hay gente dentro, seguros en su camino a alguna parte, con la vida arropándoles como un cálido abrigo. Los sonidos de los neumáticos se apagan. Una garza dibuja un arco en el cielo. Veo al azor picotear, rasgar y arrancar la carne de la pata delantera del conejo. Siento pena por el animal. El conejo nació y creció en el campo, alimentándose de

dientes de león y hierba. Se rascaba la mandíbula con la pata y daba saltos. Tuvo conejitos. El conejo no sabía lo solo que estaba; vivía en una madriguera. Y ahora no es más que una combinación cuidadosamente ensamblada de diversos tipos de comida para el azor que pasa las tardes viendo la televisión desde el suelo de mi salón. ¡Todo es tan endemoniadamente misterioso! Pasa otro coche. Rostros en el interior se vuelven a mirarme acucillada junto al conejo y el azor. Parece como un cuadro en un santuario de carretera. Pero no estoy segura de para qué es el santuario. Soy una atracción de carretera. Soy muerte para la comunidad. Ese no es el tema.

¿Es que hay un tema? White dijo que adiestrar un azor era como el psicoanálisis. Dijo que entrenar un azor era como adiestrar a una persona que no era humana, sino un ave de presa. Ahora veo que tengo más de conejo que de azor. Vivir con un azor es como adorar un témpano de hielo, o una ladera de rocas desprendidas azotadas por el frío viento de enero. Es la lenta expansión de una astilla de hielo en tu ojo. Amo a Mabel, pero lo que hay entre nosotras no es humano. Es el tipo de frialdad que hace que los interrogadores puedan tapar con tela la boca de unos hombres y meterles agua en los pulmones, convencidos de que no los están torturando. Qué cosas le hacemos a nuestro corazón. Te apartas de ti misma, como si tu alma pudiera ser también un animal migratorio, te sitúas a cierta distancia del horror y miras fijamente al cielo. El azor atrapa a un conejo. Yo mato al conejo. En mi corazón no hay sed de sangre. No me queda corazón. Lo observo todo como si fuera un verdugo tras mil ejecuciones, como si todo esto fuera la forma inevitable en que funciona el mundo. No creo que lo sea. Rezo porque no lo sea.

Me doy miedo a mí misma. Voy al médico. Conduzco a la consulta sin esperanzas de hallar cura, pero no se me ocurre qué más puedo hacer. El doctor es un hombre al que no he visto antes; pequeño, moreno, con una barba cuidada, tirantes rojos y una arrugada camisa de algodón. Está sentado detrás de un escritorio de madera.

—Hola —me dice—. Siéntese, por favor.

Me siento en una silla. Miro el escritorio. Es de roble. Pienso en árboles en invierno.

—¿Cuál es el problema? —pregunta.

Le digo que creo que estoy deprimida. Que han pasado algunas cosas en los últimos meses. Murió mi padre.

—Lo siento —dice.

Entonces le digo que me he quedado sin trabajo y sin ningún ingreso. Y también sin casa. No suena convincente. Así que le cuento más. Y más. Ahora es difícil dejar de hablar. Pero en cuanto termino, él dice unas palabras. No las oigo con claridad. Estoy mirándole las cejas. A veces se fruncen, otras se levantan mucho. Me entrega un cuestionario tipo test. Eso me parece tristemente gracioso. Me siento a responderlo durante mucho rato. Jugueteo con el bolígrafo y me temo que no doy las respuestas adecuadas. Cuando termino, me cuesta entregarlo: estoy convencida de que lo he contestado mal. No lloro. Le entrego el papel y él lo coge, le da la vuelta y lo lee

durante un rato. Lo deja en el escritorio. Pasa un bolígrafo de un lado de la página al otro. Se inclina sobre la mesa. Veo su rostro. Aparto la mirada. Es insoportablemente amable.

—Helen, podemos ayudarte —dice, en voz baja—. De verdad podemos.

Siento una especie de hormigueo de asombro cuando escucho sus palabras. Es algo parecido a la esperanza. Empiezo a sollozar.

Lloro durante veinte minutos de delicada conversación y accedo a un tratamiento de antidepresivos. Es un buen médico. Me habla sobre lo que son los ISRS, me explica sus efectos secundarios, su historia y la forma en que operan. Dibuja pequeños diagramas de neuronas, añade puntos y líneas onduladas para mostrar las moléculas de serotonina y lo que hacen los inhibidores selectivos de la recaptación de la serotonina. Miro los dibujos, fascinada.

Una hora después estoy en la calle con una bolsa de papel blanco en la mano. No pesa prácticamente nada. El médico ha dicho que mejorará las cosas. Lo cual es ridículo. ¿Cómo puede este mundo gris y mortificante arreglarse gracias a unos pequeños puntos y líneas? Entonces empiezo a preocuparme por si las medicinas me harán enfermar. Y, lo que es todavía más absurdo, me entra pánico por si no me permiten pensar con claridad. Por si no puedo seguir cazando con Mabel. Que la persona en la que me convierta bajo su influencia química sea tan extraña y ajena que no quiera volar a mi guante. Me asalta una tediosa avalancha de temores, pero los dejo a un lado lo bastante como para tragarme las pastillas con un poco de agua. Hay un efecto casi inmediato: un cansancio tan apabullante que apenas me permite caminar, y siento mi cráneo vacío, tenso y lleno de dolor. Esa noche no puedo dormir. Me tiendo en la cama. A la mañana siguiente tomo café. Tomo más café. Sigo volando el azor.

Esos libros sobre la gente que huye a la naturaleza para escapar de su dolor y su pena formaban parte de una historia mucho más antigua, tan antigua que su forma es tan inconsciente e invisible como la respiración.

Cuando era estudiante y trampeaba los primeros años en la universidad, leí un largo y bello poema del siglo XIII llamado *Sir Orfeo*. Nadie sabe quién lo escribió, y yo había olvidado que existía. Pero una mañana, mientras sacaba unos cuantos pollitos del congelador, recordé el poema, desenterrado en una de esas extrañas excavaciones que emprende en la memoria una mente desordenada.

Sir Orfeo es una versión del mito griego de Orfeo y el inframundo a través de las canciones tradicionales celtas sobre el Otro Mundo, el País de las Hadas. En la mitología celta ese Otro Mundo no está en lo más profundo de la tierra, sino solo a un paso del nuestro. Las cosas pueden existir en ambos lugares a la vez, y algunas pueden ir de un lugar al otro. En el poema, Eurídice duerme en una huerta bajo un árbol y sueña que al día siguiente será raptada por el rey del País de las Hadas. Aterrorizada, se lo cuenta a su marido, el rey. Orfeo la rodea de caballeros armados,

pero no pueden protegerla de esta amenaza sobrenatural: ella resbala en el aire y desaparece.

Destrozado por la pena, Orfeo abandona el trono y se va al bosque. Durante diez años lleva una existencia solitaria y salvaje, excavando en busca de raíces, comiendo hojas y bayas, y tocando el arpa para seducir a los animales que le rodean. Le crece una barba larga y enredada. Observa a las grandes partidas de cacería del rey del País de las Hadas cruzar el bosque. No puede seguirlos. Pero un día sesenta damas con halcones en sus puños cabalgan frente a él, cazando cormoranes, ánades y garzas. Mientras contempla a los halcones acuchillando a sus presas, el mundo cambia. Se ríe, deleitado, recordando cuánto amaba ese deporte. «¡A fe mía! —dijo riendo el rey—. ¡Hay buena caza!», y camina hacia las mujeres y reconoce entre ellas a su esposa. Ha entrado en ese otro mundo, y ahora puede seguirlos hasta el castillo del rey del País de las Hadas, un palacio lleno de gente que se creía muerta pero no lo está. Y es allí donde toca el arpa para el rey y le convence de que libere a su mujer. Pero fue el vuelo de los halcones y las muertes que causaron lo que le franqueó el paso a ese otro mundo y le permitió encontrar a la esposa que había perdido. Y esta habilidad de los halcones para cruzar fronteras que los humanos no pueden cruzar es mucho más antigua que los mitos celtas, más antigua que Orfeo, pues ya en las ancestrales tradiciones chamánicas a lo largo de Eurasia, las aves de presa eran consideradas como mensajeras entre este mundo y el siguiente.

Hay otro poema en latín sobre alguien a quien el dolor empuja a huir a los bosques. Fue escrito por Geoffrey de Monmouth, un clérigo del siglo XII más conocido por su *Historia Regum Britanniae*, la *Historia de los Reyes de Bretaña*. La *Historia* fue una crónica tremendamente influyente, pero el otro poema, también en latín, es mucho menos conocido. Empieza con una gran batalla en la que un rey galés pierde a muchos de sus amigos. Pasa tres largos días llorando, lanzándose tierra al pelo, negándose a comer: la pena lo consume. Luego una «extraña locura» o una «nueva furia» lo acomete.

Partió en secreto, huyó al bosque y se contentó escondiéndose bajo los fresnos; se maravilló ante las bestias salvajes que pastaban en los prados; ahora las perseguía y corría con ellas; vivía de raíces y de la hierba, de la fruta de los árboles y de las moras silvestres. Se convirtió en un silvano, totalmente entregado al bosque. Durante todo un verano siguió enterrado en los bosques, escondido como un animal salvaje, sin que nadie lo encontrase y olvidándose a sí mismo y a sus parientes.

El poema de Geoffrey es la *Vita Merlini*, la *Vida de Merlín*, y el hombre asilvestrado que al olvidarse de sí mismo voló con los pájaros es Merlín Sylvestris, el Merlín de los Bosques, el profeta y visionario que en subsiguientes leyendas se convertiría en el mago más poderoso de todos, y que, en *La espada en la piedra*,

educaría al futuro rey.

Es tentador imaginar el momento originario, una perfecta primera escena. Una tarde de otoño en 1937, cuando White saca de la estantería un libro que no quiere leer. Es un pequeño libro azul con cubiertas de tela; el primer volumen de *Le Morte D'Arthur*, la versión de las historias acerca del legendario rey que sir Thomas Malory escribió en el siglo xv. White había escrito su tesis sobre él en Cambridge, y ahora no tiene ganas de volver a leerlo. Pero ha terminado todos los demás libros de la casa, así que se sienta en su sillón y empieza a leer. Es una obra lenta y pesada, leerla es como avanzar entre melaza. Casi la abandona. Pero de repente capta su atención, lo engancha con la misma fuerza con la que Gos había aferrado su hombro con sus ocho fieras garras, y se queda sobrecogido por el asombro. Es una historia como es debido. «Una tragedia como es debido», piensa. La gente que aparece en ella es real. No lo habían sido antes. A lo largo de dos días lee toda la obra «con la misma pasión que si fuera un *thriller* de Edgar Wallace, y luego la dejo a un lado y cojo la pluma».

Es fácil decir: ese fue el momento. Así empezó *La espada en la piedra*. Pero no creo que sea verdad. El libro había empezado meses antes, cuando depositaron frente a su puerta una cosa redonda que parecía un canasto de ropa.

White creyó que era un libro de buen corazón, muy diferente a sus anteriores intentos. «Parece imposible determinar si es para adultos o para niños —escribió a Potts—. Es un prefacio a Malory». El niño en los libros se llama Verruga. Es un buen chico, leal y un poco tonto. Es huérfano y no sabe que se convertirá en rey. Sir Héctor lo ha educado como si fuera su hijo. Verruga nunca se convertirá en un caballero porque no es noble. Pero en el libro recibe la ayuda de un maestro mágico —Merlín—, y también una educación mágica. Apartándose de los pupitres y de las lecciones aprendidas de memoria, Merlín convierte a Verruga en varios animales y lo envía a vivir aventuras. Cuando es un pez, el niño aprende la pasión por el poder que siente el dictador al conocer al lucio en el foso del castillo. Encarnado en una serpiente, aprende historia. Oye hablar a los árboles, y ve el nacimiento del mundo a través de los ojos y oídos de un búho. Debate el papel de la humanidad en el plan de Dios con un erudito tejón en una madriguera cómodamente amueblada. Al final, completada su educación, Verruga saca la espada de la piedra, descubre que es hijo de Uther Pendragon y se convierte en el rey Arturo.

Es un glorioso sueño en el que se cumplen los deseos de White. Se escribe a sí mismo en el personaje de Verruga, el chico que, sin que nadie lo sepa, desciende de reyes y corretea por el castillo del mismo modo que él había corrido por West Hill House en Saint Leonards-on-Sea, asilvestrado, feliz y libre. A White lo arrancaron de esa seguridad y lo enviaron lejos, a una escuela, pero salva a Verruga de ese destino. En su educación no habrá palizas. Pero, aun así, sus lecciones no están desprovistas de crueldad. Cuando era joven no me di cuenta de lo cruel que era el libro. Pero, aun sin apreciarlo, reaccioné a esa crueldad. Porque mi parte favorita del libro era la

ordalía de Verruga siendo un halcón. Era realmente aterradora. Yo la leía y me estremecía hasta el punto de encoger los dedos de los pies, y luego la volvía a leer entera.

Merlín convierte a Verruga en un esmerejón (en inglés, un *merlin*), y lo suelta en las callejuelas del castillo por la noche. Y, como nuevo oficial en el escuadrón de halcones adiestrados del castillo, Verruga debe superar la ordinalía tradicional. Le ordenan que se mantenga junto al coronel Cully, el azor, hasta que el resto de los halcones hagan sonar sus cascabeles tres veces. Es una iniciación exquisitamente peligrosa, porque el coronel está loco. Conforme se inicia la ordinalía, el azor echa chispas por los ojos y murmura. Cita fragmentos sueltos de Shakespeare y de Webster, unidos en una fuga de creciente terror. Cuando los cascabeles suenan una vez, después de que el azor suplique que finalice la prueba, grita «No puedo aguantar mucho más». Los cascabeles suenan dos veces. Se acerca a Verruga, pateando convulsivamente la percha: «Estaba aterrorizado por Verruga, no triunfante, y debía matar».

En esa horrible ordinalía, White es Verruga, el niño que debe ser valiente. Pero no es solo Verruga, y el niño no es el único que corre peligro. Hay un fragmento muy triste en el libro *El viaje a Echo Spring*, de Olivia Laing, que me recuerda esta desesperada escena. Cita al escritor John Cheever, cuyo alcoholismo estaba íntimamente ligado a sus deseos eróticos hacia hombres. Odiaba su homosexualidad y se sentía en constante peligro. «Todo hombre atractivo, todo empleado de banco, todo repartidor —escribió en sus diarios—, era una pistola cargada que apuntaba a mi vida».

A pesar de diversas aventuras con mujeres, las fantasías de White eran sádicas y estaban dirigidas en su mayoría a chicos pubescentes. Estaba seguro de que estas fantasías se originaban en los abusos que había sufrido, y le avergonzaban y horrorizaban, pues en ellas interpretaba el papel del abusador, como lo habían hecho su padre y los profesores que le habían pegado. La terapia con Bennet no había hecho desaparecer estos deseos. Nunca desaparecieron. Más adelante en su vida escribió una novela pornográfica sobre colegiales azotados: se trató de una prolongada y horrible confesión. Pero la guardó bajo llave y nunca se la enseñó a nadie. Toda su vida reprimió sus deseos. Pero en ocasiones, solo en ocasiones, podía articularlos a través de trasuntos de sí mismo. El coronel Cully es uno de esos trasuntos: un azor roído por el deseo de hacer daño a un niño que es también un pájaro, un niño que es también él mismo. Se puede ver toda la tragedia de la vida de White en esa corta escena.

A pesar de que White había huido del mundo de la escuela, nunca escapó de los modelos que ese mundo le había impuesto sobre cómo conducir su vida. En la escuela había que superar pruebas y ordinalías para demostrar que eras valiente. Demostrabas tu coraje en los campos de juego y a través de las palizas que te daban los profesores y prefectos. Y luego estaban las ceremonias crueles de los propios

chicos: las iniciaciones y novatadas que eran el precio de entrada a la escuela y luego a las «sociedades secretas» de los chicos. White tuvo que poner la mano entre el martillo de un revólver descargado y su armazón y soportar que apretaran el gatillo. El dolor fue un triunfo; al soportar la agonía, había demostrado que era digno.

Pero White no fue siempre la víctima en estos rituales. La escuela le había demostrado que igual que sufría a manos de los chicos mayores, debía maltratar a los más pequeños. Formó parte de bandas y aterrizó a los que eran más débiles que él, poniéndolos a prueba como él había sido puesto a prueba. En un curso, la prueba consistía en saltar desde una ventana de la Gran Escuela a más de cuatro metros del suelo. Puppy Mason tenía miedo y no se atrevía a hacerlo, así que White lo ayudó con un empujón. Cuando al impactar contra el suelo se rompió la pierna por tres sitios, se quedaron impresionados por su silencio. Dijo a los profesores que había tropezado con una rama en el sendero del jardín del director. Puppy había sido puesto a prueba y se había comportado heroicamente, y su entrada en la fraternidad fue aprobada.

Yo conocía bien esas cosas. Sabía lo que era el dolor: la niña imposiblemente torpe que fui se arañaba las rodillas, tropezaba, se cortaba, se golpeaba con las ventanas abiertas y sangraba terriblemente. Pero no comprendía la lógica tras estos ritos de acceso. No veía el dolor y la valentía como pasos hacia la adquisición de la capacidad de valerse por uno mismo, como partes necesarias del proceso de crecer. Aun así me di cuenta, al leer *La espada en la piedra*, de que siempre que Verruga se convertía en un animal, parecía estar en peligro. Eso me hizo pensar. «Merlín está enseñándole a ser valiente —deduje, al final—. Porque necesitará ser valiente para ser rey».

Leí la ordalía del coronel Cully con Verruga una y otra vez. Me fascinaba porque cuando eres pequeña no te preocupas por los niños héroes de los libros. Puede que estén en peligro, pero son humanos: nunca jamás mueren. Sin embargo, siempre me preocupaba un poco por Verruga al leer *La espada en la piedra*, pues no estaba claro que siguiera siendo humano. Lo habían convertido en un pájaro. ¿Seguía siendo Verruga? Ahora era un animal. ¿Podía morir? Podría morir. Podría. Y esa posibilidad me mantenía hechizada cada vez que leía la escena; sentía un inquieto terror justo lo bastante grande para poder dominarlo. Seguía leyendo, desesperada por llegar al final, el momento en el que Verruga salta de la percha con las grandes garras del azor intentando atrapar su ala, se libra por los pelos y sobrevive. Yo no sabía nada de ordalías, pero leer aquel fragmento me resultaba un calvario. Cada vez que terminaba de leerlo, parte de mí sentía alivio por haber sobrevivido a otra lectura.

White había escapado de la escuela huyendo a los bosques, pero había alquilado una casa en la vieja carretera que llevaba a las puertas de esa misma escuela. Había conseguido la libertad cambiando su vida, pero no había escapado al concepto de libertad que le había imbuido esa misma escuela. En la escuela avanzas de año en año, ganando más poder y privilegios hasta que al final te marchas. Esta noción de

libertad —como el fin natural de una educación llena de ordalías— nunca abandonó a White, y operaba en su interior cuando alargó la correa de Gos con frágil bramante. Como alumno sabía que los niños sobre los que hoy tenía autoridad un día tendrían autoridad ellos mismos. Como profesor, también. Y como cetrero. En lo más profundo sabía que siempre adiestraba a sus discípulos para el momento en que volaran libres.

Lugares mágicos

Han pasado diez días. La última noche el pronóstico del tiempo fue malo. Un frente de tormentas amenaza con anegar East Anglia. Por la noche me desperté varias veces y escuché la lluvia, temiendo por las caravanas acampadas en la costa, que ofrecían sus frágiles espaldas plateadas a la lluvia y al agitado mar. Pero el frente de tormentas se contuvo justo antes de la costa y el día amaneció con el mar azul y reluciente como un charco.

Después de comer llevo al azor a la colina. Unas ráfagas díscolas de viento agitan los matorrales, arrancándoles voluminosos bancos de hojas que vuelan contra nosotros mientras ascendemos por el sendero. Hay barro en el suelo, y huellas de faisán grabadas en él. Bandadas de zorzales reales emiten su chac chac y se esconden en los espinos junto al prado de las vacas. Echan a volar bajo cuando nos acercamos demasiado, rebotando sobre el seto, y se alejan en tordas intermitencias de blanco y negro. Es bonito verlos. Ya ha llegado el verdadero invierno. Y Mabel está efervescente de felicidad y agita la cola con un entusiasmo que a duras penas puede contener. Las plumas de su vientre están erizadas sobre sus fuertes garras y los ojos brillan con reflejos de plata al sol. Si este azor pudiera hablar, estaría canturreando en voz baja. Algo ha cambiado en mi interior. Hoy es difícil deslizarse hacia la exquisita, inefable y afilada agudeza de ser un azor. O, dicho de otra forma, el azor parece más humano hoy. Un conejo echa a correr por el sendero a veinte metros de distancia y lo persigue; se eleva hacia un álamo, se posa en una rama fina y casi vertical inclinada hacia el viento, fina como un armiño. Mira a su alrededor. Ve algo. Va al siguiente árbol, mira hacia abajo. Luego vuela de vuelta al primero. Le ofrezco el guante. Baja inmediatamente, y seguimos nuestro camino. «Raaa», dice.

«Más».

Al llegar a las balas de heno nos colamos por un lado del bosque y luego seguimos hasta la esquina del prado en la cima. Yo estoy un poco espesa. He combatido el cansancio que me provoca la medicación con dos cafés dobles durante el desayuno y un refresco con cafeína después de comer. Tengo la esperanza de que los medicamentos eviten la paranoia rampante que inevitablemente provocará este exceso de cafeína. Mabel localiza a un grupo de torcaces en formación a unos cuatrocientos metros de distancia y hace gesto de abatirse sobre ellos.

—¡No seas tonta, Mabel! —le digo, pero se abate de todos modos.

Pah. Me mira directamente a los ojos. ¡Dame algo que perseguir!, parece decirme.

Eso hago. Caminamos entre cardos que llegan hasta el pecho en la esquina del siguiente campo, y llevo el azor en alto mientras intento pasar sin arañarme. Se agarra fuerte con las ocho uñas, sujetándose contra las ráfagas de viento que lo azotan. Y entonces, salido de la nada, despegando del suelo justo donde termina mi sombra, un

faisán macho color bronce y verde botella, hecho un barullo de cola y primarias afiladas, emerge de la hierba seca, con el azor ya en sus talones. Gira para volar a favor del viento. El azor le gana terreno. Está a no más de quince centímetros de la punta de su cola. Pero Mabel no ha volado mucho en este tipo de vientos y calcula mal su ataque; el viento la empuja un poco de lado, y el faisán se aleja y asciende sobre el bosque. Ella lo sigue y ambos se pierden de vista. Estoy a punto de echar a correr, cuando veo que regresa hacia mí, volando sobre las copas de los árboles como un Mustang en una película bélica. Un amplio y elegante arco que corta a través de la barricada de viento en contra como diciendo «¡Allá voy!», y vuelve al puño, sonriendo como una idiota, con una actitud que parece decir: «¡Bueno! ¿Qué te parece?».

A medida que los días se hunden en el invierno, un resplandor pequeño y fugitivo empieza a tocar los bordes de las cosas. Pasa sin hacer demasiado ruido. Me sorprende mirando el cielo por la mañana y descubriendo que, sencillamente, me gusta. Ha desaparecido el ojo calculador de la cetrera, preocupada solo por la velocidad del viento, su dirección y las probabilidades de lluvia. Llamo a viejos amigos, hago planes para el futuro. Busco una casa que alquilar. Mi madre viene a visitarme. Vuelvo a ver al médico para hablar de mi progreso. Me dice que ese cansancio borroso y profundo es un efecto secundario de los medicamentos y que pronto pasará.

El escritor y ecologista norteamericano Aldo Leopold escribió en una ocasión que la cetrería es un acto de equilibrio entre lo salvaje y lo doméstico, no solo en el halcón, sino también en el corazón y en la mente del cetrero. Por eso la consideraba el pasatiempo perfecto. Empiezo a ver que estoy recuperando el equilibrio y que la distancia entre Mabel y yo aumenta. Veo, también, que su mundo y mi mundo no son el mismo, y una parte de mí se asombra porque alguna vez pensara que lo eran.

Entonces me descubro haciendo algo sorprendente. Elevo el peso de Mabel todavía más y la dejo volar más lejos. Sé que es mala cetrería. «Nunca dejes que un azor cace por sí mismo —dicen los libros—. Tal independencia es la manera más rápida de perder a tu azor». Sé que no debería dejarla volar a menos que haya una presa ahí mismo, ante sus ojos. Pero ¿cómo voy a resistirme a este tipo de cetrería?

Hoy he caminado hasta la cima de una colina, en una tarde fría y nublada, con toda la extensión de los campos de Cambridgeshire frente a nosotros, con sus bosques y prados y arboledas a nuestros pies, todo verdor bañado en un sol dorado, y me he dado cuenta de que Mabel quiere lanzar un ataque de prospección contra el matorral en la ladera. Y yo se lo permito. Su sentido táctico es magnífico. Se tira desde el guante y se lanza hacia allí, volando a no más de un palmo del suelo, utilizando hasta el último centímetro del ondulante terreno para ocultarse, ganando velocidad hasta que la helada hierba avanza como un relámpago bajo ella, y pasa por la cima de la colina. Luego despliega sus alas y planea, utilizando la gravedad y el impulso

acumulado, para precipitarse ladera abajo y aparecer sobre la cima del matorral en un súbito florecimiento crema y blanco, a casi cien metros de distancia, y continuar por el otro lado del matorral, ya invisible para mí. Durante todo este tiempo yo estoy corriendo, arrastrando con mi calzado el barro, sintiéndome atada a la tierra pero, al mismo tiempo, ingrátida.

La encuentro al final del matorral, con un conejo entre las garras.

—Mabel —le digo—, te estás comportando como un azor salvaje. ¡Debería darte vergüenza!

Es un tipo de cetrería escalofriante, pero maravillosa. Estoy probando el vínculo entre nosotras que los antiguos cetreros habrían llamado amor. No se ha roto; no parece que vaya a romperse. Quizá lo haga. Le elevo todavía más el peso, y lentamente el mundo se ensancha. Estoy forzando mi suerte, y lo sé.

«No está en condiciones —me digo a mí misma durante todo el trayecto hasta el coche—. La vas a perder». Dos días más tarde escucho la voz de la razón diciendo que vuelva a casa. Sigo conduciendo. La lluvia salpica el parabrisas y forma hilos en las ventanillas. ¿Habrán salido los conejos con este tiempo? Quizá. Da igual. Aparco en la fangosa cuneta contra la húmeda valla en el extremo más lejano del campo. El azor no está en *yarak*, pero está vigilante. ¿Qué más da?, pienso; le cambio las pihuelas y lo dejo volar. Persigue a un conejo hasta su madriguera y se eleva hasta posarse en un roble. Silbo. Parece que no me oye. Empieza a llover en serio. En este punto me doy cuenta de que algo ha cambiado en el espacio entre el azor y yo. Por lo general hay tensión y concentración. Cuando vuela a un árbol toda mi atención se centra en el azor, y toda la atención del azor se concentra en mí. Pero ya no. Me ignora.

Hay algo religioso en el acto de mirar hacia un azor posado en lo alto de un árbol. Sir Thomas Sherley escribió en el siglo XVII que volar halcones vuelve los ojos del cetrero hacia el cielo, y por ello la cetrería es una actividad moral. Pero lo que hago se parece más a hincarse de rodillas en busca de redención ante una deidad indiferente. Mabel continúa volando, adentrándose cada vez más en el bosque. Yo la sigo. Ella me ignora. «*Mírame, azor*». Intento proyectar mi voluntad hacia las copas de los árboles... pero no me mira. Estoy en el patio de alguien; he dejado un sendero de pisadas oscuras en la hierba. El azor está diez metros por encima de mi cabeza y yo le grito y le silbo como si estuviera loca. La lluvia arrecia por todas partes. Lo sigo a trancas y barrancas. Lanzo pollitos muertos al aire tan alto como puedo. Caen al suelo con un golpe sordo contra la hierba y él ni siquiera vuelve la cabeza para seguir su triste parábola. Silbo un poco más. Agito los brazos.

—¡Mabel! —grito—. ¡Vamos, ven aquí!

Se abre una ventana de guillotina, una ventana del piso de arriba de la enorme casa georgiana que he fingido no ver. Una criada asoma la cabeza. Vestido negro, delantal blanco, cofia blanca. Nada de eso me parece extraño. He seguido a mi azor y he viajado hacia atrás en el tiempo. Es 1923. En cualquier momento Poirot se

acercará caminando por el jardín. Solo después comprendo que probablemente he interrumpido alguna aventura erótica vespertina.

—¿Está usted bien? —me dice.

—¡Lo siento mucho! —contesto gritando—. He perdido mi azor. —Señalo vagamente al árbol—. Estoy intentando recuperarlo. Siento *mucho* haber invadido su jardín; me iré en seguida. Solo estoy desesperada por recuperarlo.

—Ah.

Piensa en ello un segundo, mira hacia el árbol. Luego me mira a mí.

—Está... bien —dice—. Solo quería asegurarme de que estaba usted bien.

Cierra la ventana de golpe, con mucho ruido, y el azor sale volando. Va de árbol en árbol, y me lleva del jardín hacia la linde del bosque. Aquí los árboles son más altos: ahora mi azor es del tamaño de una uña. La luz brilla en su pecho barrado. Y, de la nada, sale una réplica suya de la mitad de su tamaño, un *doppelganger* en miniatura. El gavilán hembra agacha la cabeza ante el azor, se vuelve y se encorva de nuevo. Es como cuando a Peter Pan lo hostiga su propia sombra. Mi azor vuela al siguiente árbol. A estas alturas no tengo pensamientos discernibles. Sé que no va a bajar. Debo seguirlo, atravesando arbustos presa de un delirio quijotesco.

«Lágrimas de la Virgen —pienso, al notar como las bolitas blancas rozan mi chaleco de cetrera—. ¿No las plantaban los guardabosques Victorianos para que comieran los faisanes?». Oh. ¡Oh, no! Tan pronto lo pienso, veo que el azor se precipita desde la copa del árbol, gira para evitar una rama y luego desciende en un ángulo de cincuenta grados con las alas casi plegadas por completo. Es tan excitante que siento la tentación de contener la respiración, pero no tengo tiempo. Ya estoy corriendo. Me agacho para cruzar una verja electrificada y se me cae el alma a los pies. Se ha topado con una ciudad de faisanes. Están por todas partes. No deberíamos estar aquí. No deberíamos estar aquí. Oigo el sonido de sus cascabeles. ¿Dónde está? Sobre la acequia embarrada, y yo estoy en el bosque. Las hojas y el miedo imponen su silencio. Luego oigo a faisanes corriendo. Veo uno, dos, tres, agachados, aterrados. Y entonces un faisán macho de trasero azul, como un cobre ardiente entre las hojas, echa a correr como llevado por el diablo a unos diez metros de distancia. Mabel sale tras él, un ángel de la muerte montado en una ráfaga de viento. No puedo detener esto. Nada puede detenerlo. Se mueve más rápido de lo que parece posible, batiendo las alas en un descenso que termina abruptamente: acuchilla al faisán con ambas garras justo cuando el pájaro mete la cabeza en un montón de maleza. Y entonces se abren las puertas del infierno. Salen volando hojas y plumas, las alas del faisán se agitan y yo echo a correr.

Casi me desmayo por la tensión. Me agacho a su lado, sucia, cubierta de barro y sudor, inundada de adrenalina. El azor también está lleno de adrenalina. Está matando más al faisán, aunque ya está muerto. Patada, patada, agarrar, patada, garra, aferrar, patada. Mientras continúa su danza macabra siguen volando las hojas. Sus ojos tienen un brillo perverso, tiene el pico abierto. Da miedo. Poco a poco, se calma. Miro

constantemente por encima del hombro. No hay nadie a la vista. Le doy toda la comida que llevo en el chaleco, y también toda la cabeza y el cuello del faisán. Deslizo el faisán hacia el amplio bolsillo trasero de mi chaleco y le parto por la mitad las largas plumas de la cola para que no asomen por la cremallera. Sintuéndome culpable, amontoño hojas para ocultar la escena del crimen. Y luego volvemos al coche.

Estoy deshecha. Desde las cuatro esquinas del campo que atravieso, desde todas partes, los faisanes cercanos empiezan a graznar a la vez. Es un sonido terrible, resonante, atronador, como un pedal de efectos de eco pisado en un largo sostenido, que inunda el aire con su continuo flujo y reflujo. Crece hasta convertirse en una cacofonía sostenida y terrorífica, más semejante a un bombardeo de artillería que al canto de unos pájaros. Es un vasto clamor acusador. Soy culpable. He hurtado un faisán a alguien. «Ha sido sin querer —casi digo en voz alta—. Fue un accidente». Me alivia cuando el graznido se extingue. Y entonces, justo cuando el coche termina una curva, el bombardeo empieza de nuevo. Escarmentada y un poco nerviosa, me alejo conduciendo. Dejo atrás el graznido de los faisanes, pero no los reproches de mi conciencia.

El paisaje cambia ante mis ojos. Lo que veo no es solo el invierno dando paso a la primavera, es la tierra llenándose lentamente con puntos y líneas de belleza. A la hora de comer hay un sol quebradizo sobre la colina, y un viento fresco del oeste. Cuando le quito la caperuza, las pupilas de Mabel se encogen hasta convertirse en cabezas de alfiler opiáceas, y estrecha los ojos en un gesto de felicidad. Es un día excepcionalmente claro. La bandera roja sobre la colina flamea al viento entre el sonido distante de disparos de rifle; las líneas de la antena de radio en el horizonte parecen dibujadas con tinta sobre un fondo de sombras con olas de tierra rompiendo contra las colinas de pizarra ante mí. Ascendemos por el sendero. Desde la cima veo todo Cambridge. La luz hoy es encantadora. Los tejados y los campanarios parecen al alcance de la mano; una ciudad del tamaño de un tablero de ajedrez reluciente entre los árboles desnudos, como si pudiera coger la contundente torre de la biblioteca de la universidad, moverla seis casillas al norte y posarla en algún otro lugar.

Desde aquí, la ciudad es amable y pequeña, y parece encajar perfectamente con el paisaje que la rodea. La belleza de esta atalaya es que los árboles ocultan las carreteras y las paredes, convirtiendo a Cambridge en un juego en miniatura de bloques y torres en un bosque. Estos días, cuando voy a la ciudad, encuentro cada vez más excusas para dejar el coche en el aparcamiento de varias plantas porque desde la última, la cuarta, que está al aire libre, puedo contemplar el paisaje. Los campos discurren como si fueran una columna vertebral a lo largo del horizonte, con la interrupción de alguna arboleda y atenuados por las sombras de nubes. Pero una extraña complicación surge cuando estoy contemplando la vista. Una especie de desdoblamiento. Cuando me asomo por la barandilla del último piso del

aparcamiento, siento que estoy de pie en la lejana colina. Esta intuición tiene una fuerza tremenda. Es casi como si mi alma realmente estuviera allí, a varios kilómetros de distancia, en pie sobre el suelo arcilloso lleno de cardos mirando a mi yo sin alma en el aparcamiento, que tiene el aroma de la gasolina y el cemento en las fosas nasales y asfalto antideslizante bajo sus pies, mientras el yo del aparcamiento piensa que si aguza la vista lo bastante, o quizá si utiliza binoculares, quizá se vea a ella misma allí arriba.

Siento que podría estar allí porque ahora la colina es mi casa. La conozco íntimamente. Todos los matorrales, los senderos entre las hierbas donde las liebres cruzan las lindes entre los prados, las herrumbrosas máquinas abandonadas, las tierras y madrigueras y árboles. Junto a la carretera, dos mil metros cuadrados de barro vallado, surcado por marcas de neumáticos y charcos de agua que reflejan el cielo. Lavanderas, palés, tractores, un silo roto por un lado como si fuera una fase de un cohete que hubiera caído allí. Aquí está el campo de las ovejas, allí el prado de los tréboles, que han sido recogidos, dejando desnuda la tierra. Más arriba en el camino hay extensiones de artemisa: muerta ahora por la escarcha, las semillas pegadas a los tallos y ramas como un billón de adornos mohosos en andrajosos árboles de Navidad. A la izquierda del camino hay un montón de ladrillos y escombros y la tierra entre ellos es suave y está llena de conejos. A medida que se asciende por la colina los matorrales son más altos y cuando se llega a la cima, el sendero se convierte en hierba. Perifollo verde. *Centaurea nigra*. Bardana silvestre. El resplandor de arcilla lista para el fuego. Venas de pizarra debajo. Escribanos cerillos picoteando los matorrales. Cúmulos en el cielo también como montones de escombros. La luz marítima de esta isla, que está bajo un cielo cuyo reflejo la ilumina desde el mar.

Esta tierra no es mía. Solo tengo permiso para volar aquí. Pero al caminar por ella una y otra vez y prestarle la mayor atención, la he hecho mía. Sé dónde viven sus animales, y cómo se mueven por ella. Sé que las alondras duermen en la cima de la colina, pero que las mañanas soleadas se mudan a la ladera este para calentarse. Sé que cuando hay humedad pero ha parado de llover, los conejos de las madrigueras cerca de las acequias se mueven hacia el este, hacia los campos más secos, para pastar. Esta capacidad de saber dónde están los animales se produce por la confluencia de la experiencia con una serie de pistas percibidas de forma inconsciente. La incidencia de la luz del sol en una rastrojera, y la presión del viento sobre esta. El color exacto del suelo. Me muevo hacia las alondras como si pudiera verlas.

Pero el campo más grande —el que está plantado con colza— no es como los demás. Es un misterio. Caminar por él con Mabel es como jugar a un hundir la flota con la naturaleza y la historia. Entre esas espesas hojas azuladas viven todo tipo de animales. Faisanes, perdices, liebres... incluso una agachadiza chica, que se eleva con un zumbido de rápidos aleteos desde un charco cerca del seto. Parece ridículo que algo pueda ser invisible en una hierba de solo cinco centímetros. Pero así es: lo

oculta todo. Parece un acto de creación: cuando la liebre salió corriendo de nuestros pies fue como si el campo la hubiera creado *ex nihilo*. La liebre tenía un aliado: un fuerte viento del noreste. Mabel intentó atraparla dos veces, y ambas veces el viento le hizo dar un bandazo y falló. Es muy extraño ver a un azor perseguir a un animal terrestre cuando el viento sopla fuerte. La liebre tiene agarre: sus patas se clavan en las hojas y en el barro y utiliza el suelo para impulsarse. Pero el azor se mueve solo en el aire. Es como ver a un elemento enfrentarse con otro. Un mundo contra el otro, como un alcatraz sumergiéndose en el mar para pescar un pez. Me alegro de que no atrapara a la liebre.

Ahí está el árbol desde el que Mabel saltó para atacarme. Está la línea invisible en el aire cuando persiguió por primera vez a un faisán macho hasta su escondrijo. Está el matorral donde se hundió, con la cola extendida y las alas apoyadas sobre ramitas, para buscar a una paloma que ya había huido. Está la zarza con la que tropecé y que me hizo caer en una acequia inundada. El azor y yo hemos compartido la historia de estos campos. Hay fantasmas en ellos, pero no son de cetreros muertos hace tiempo. Son los fantasmas de las cosas que pasaron.

Es un mundo infantil, lleno de pequeños lugares. Dame un papel y un lápiz ahora y pídemme que dibuje un mapa de los campos por los que jugué cuando era pequeña, y no seré capaz. Pero cambia la pregunta y pídemme que te diga lo que había allí y podré llenar páginas enteras. El hormiguero. El estanque de los tritones. El roble cubierto de gallardas redondas. Los abedules junto a la valla de la autopista con *Amanita muscaria* creciendo a sus pies. Eran las coordenadas de navegación que orientaban mi mundo. Y otros sitios se convirtieron en lugares mágicos por casualidad. Cuando encontré una enorme catocala nupcial bajo el transformador eléctrico al final de mi calle, ese transformador se convirtió en un lugar mágico. Cada vez que pasaba frente a él tenía que mirar detrás para asegurarme de que no había nada allí. Corría también a comprobar el lugar donde había atrapado a una culebra, miraba la copa del árbol en la que una tarde había visto una lechuza. Estos lugares tenían una importancia mágica, una influencia sobre mí de la que carecían otros lugares, por muy vacíos que estuvieran en todas mis subsiguientes visitas.

Y ahora que estoy dejando que Mabel siga su criterio, y la dejo volar a donde quiere, he descubierto algo maravilloso. También el azor está construyendo un paisaje de lugares mágicos. Se desvía para comprobar lugares concretos por si acaso el conejo o el faisán que había allí la semana pasada vuelve a estar allí. Es una superstición salvaje, es una heurística instintiva de la mente del depredador. Y funciona. Está aprendiendo una forma particular de manejarse en el mundo, y su mapa coincide con el mío. Memoria y amor y magia. Lo que sucedió durante los años de mis expediciones infantiles fue que mi paisaje, a lo largo del tiempo, se transformó lentamente en lo que los ecologistas llaman «terreno local», lleno de recuerdos y significado. Mabel está haciendo lo mismo. Está haciendo suya la colina. Mía. Nuestra.

El paso del tiempo

Ha empezado a hacer frío: tanto frío que en el barro se han formado platillos de hielo, blancos y con grietas finas como porcelana antigua. Tanto frío que los matorrales se han poblado de mirlos bálticos; tanto frío que cada aliento pende del aire como un fragmento de niebla marina. El frío adorna el cielo azul y el cascabel en la cola de Mabel suena menos por la condensación. Frío, frío, frío. El hielo sobre el barro se quiebra bajo mi peso mientras camino colina arriba. Y como los crujidos y los armónicos chirridos del hielo al romperse suenan, para Mabel, como un animal herido, cada paso que doy hace que apriete convulsivamente las garras. Donde el mundo no está blanco y cubierto de escarcha, el sol lo ha desnudado dejando a la vista el verde y marrón, de modo que la tierra forma un tapiz de muchos colores que retrocede al alba y avanza hacia el ocaso. Los días, ahora, duran solo seis horas.

Es el primer día que salgo con Mabel en toda la semana. He estado entrevistando a estudiantes para mi antigua universidad. Durante cuatro días me he sentado frente a rostros asustados haciéndoles preguntas minuciosas mientras al mismo tiempo intentaba que no se sintieran incómodos. Ha sido un trabajo duro. Me sentí otra vez como aquellos primeros días con Mabel. Ahora las entrevistas han terminado, y hoy me ha seducido el tiempo que hace. Es un día tan bonito e intenso, cargado de hielo y paisajes espectaculares, que no puedo imaginarme no yendo a la colina. Sé que mi azor pesa demasiado. También sé que después de cuatro días de descanso forzado, tendrá muchas ganas de cazar. Más aún, se me han acabado los pollitos; Mabel lleva una semana comiendo solo codornices, y eso la ha vuelto temperamental, colérica, como si fuera un azor temerario ciego de cocaína o el protagonista de alguna especie de venganza trágica. Está imbuida de un deseo embriagador de irse, aunque no sepa adonde. Patea su percha. Se enoja. Salta a su piscina y luego sale de ella, y luego vuelve a entrar. Me fulmina con la mirada. «Dale comida sangrienta solo tres veces a la semana», dicen los viejos libros. Esto es lo que pasa si la comida es demasiado succulenta.

Ya veo de qué humor está, y sospecho que si la suelto, volará directamente al árbol más cercano y me ignorará. Así que la llevo al campo de arriba. Porque allí no hay árboles. Si se va del puño no encontrará ninguna percha cercana hacia la que volar: girará en el aire y volverá a mi puño. Y lo hace, durante un tiempo, pero luego empieza a mirar la lejana hilera de matorrales. Yo no puedo ver qué hay al otro lado. Mabel sabe que allí hay faisanes; también torcaces; y que a lo largo de la acequia hay madrigueras de conejos. Empieza ese curioso paralaje automático moviendo la cabeza y hace gesto de irse. Y yo la dejo volar. Es estúpido por mi parte, pero lo hago.

Agita las alas, planea y desaparece detrás del seto. Me siento extrañamente

calmada. Ni siquiera echo a correr. Camino con tranquilidad hacia los matorrales y luego me doy cuenta que no tengo ni idea de dónde está y se me acelera el corazón. El matorral ante mí es una pared de endrino de dos metros y medio de alto. Es infranqueable. Corro arriba y abajo buscando un lugar por el que atravesarlo. Allí. Un hueco del tamaño de una escotilla entre dos ramas gruesas. Me escurro por él, fingiendo ser una anguila. No lo soy. Me sangran las manos por los arañazos de las zarzas del suelo y la tira del hombro de mi chaleco de cetrera se engancha con una rama. Estoy atrapada. Trato de liberarme con todas mis fuerzas. No tengo tiempo para girarme y ver dónde se ha atascado. Intento soltarme utilizando la fuerza bruta. La rama se rompe, salgo disparada del hueco y caigo sobre las rodillas y las palmas de las manos en un sembrado húmedo en el que empieza a brotar el trigo. No veo a Mabel por ningún lado.

Corro al centro del campo y miro a mi alrededor. El trigo es pálido y refleja el espectacular sol invernal. Colina abajo hay otro seto, y tras él otro, y tras este segundo seto medio acre de pastos y un caballo pálido. Mabel no está. Me quedo quieta y escucho, atenta. No se oyen cascabeles. Nada. Silbo y la llamo. Nada. Saco el receptor de telemetría por primera vez. Bip, bip, bip. La señal es fuerte en todas direcciones. Las ondas de radio se propagan y rebotan y confunden. Corro durante siglos con la antena en la mano intentando localizarla y al final concluyo que está más o menos en esa dirección. Echo a correr. Abajo, en el prado en el que está el caballo, el suelo todavía está helado. Polvo blanco sobre la dura tierra negra. He perdido a Mabel. Me da vueltas la cabeza, me siento terriblemente sola. No es que esté preocupada por ella. Sé que estará bien. Volará encantada por estos parajes, podría vivir aquí durante años. Y justo cuando pienso eso, suena cerca un disparo de escopeta. «Oh, Dios —pienso—. No vivirá mucho. Por favor, que no le hayan disparado. Que ese ruido no haya sido alguien disparándole». Me quedo allí, conmovida, y es entonces, en el silencio que sigue al disparo, cuando oigo a los cuervos. Cuervos enfadados. Gracias a Dios. Y sigo el ruido y, por supuesto, allí está Mabel. Está sentada, bañada por el sol, en lo alto de un seto en la cima de la siguiente colina. Está abrasadoramente fijada en su propósito. Ha perseguido algo hasta forzarlo a esconderse en el matorral; quizá ha visto un faisán y lo ha seguido hasta aquí. Corro por el campo hacia ella y miro en el matorral para ver qué busca. Se me cae el alma a los pies. Es una jungla de hierbas jóvenes que me llegan a los hombros, entrelazadas con zarzas y endrinos. Espinas, espinas, espinas. No hay manera de que pueda levantar el faisán de ahí. Hace pequeños vuelos exploratorios sobre el matorral, minisalidas tan lentas que apenas se eleva, y luego vuelve a su rama y tuerce el cuello para seguir vigilando: «Está ahí dentro. Lo voy a encontrar». Me quedo allí, jadeando, y la observo un rato. Tenemos que irnos. Este campo, y el que hay detrás, no están en nuestras tierras. Aunque pudiera hacer salir a ese faisán para ella, sería caza ilegal. Y ya hemos cazado bastante en zona vedada para el resto de nuestras vidas.

La llamo. Me ignora. Así que espero. Y lentamente, a medida que transcurren los minutos, su fuego depredador se extingue. Ahora ha regresado al mundo en el que estoy yo. Puede verme de nuevo: «Allí. Y tiene una codorniz entera en el puño». Desde su soleada rama desciende hasta la mano que extendiendo a la sombra del seto y siento un arrebato indescriptible de alivio. Empiezo a temblar, de frío y calor a la vez.

El diario que registra la larga guerra que perdió White ante Gos no es simplemente sobre su azor. Subyace al texto una corriente hecha de historia, y sexo, e infancia, y paisaje, y maestría, y medievalismo, y guerra, y enseñanza y aprendizaje y amor. Todas esas cosas iban a aparecer en el libro que estaba escribiendo sobre el azor. Cuando perdió su pájaro, abandonó su intento. Pero no del todo, porque el libro, en una forma diferente, siguió escribiéndose: el azor no estaría perdido para siempre.

Al principio de *La espada en la piedra*, Kay, el hijo de sir Héctor, lleva a Verruga con él a cetrar. Coge a Cully, el azor, de las callejuelas del castillo. Una imprudencia, pues el ave está en plena muda y en pésimo estado para volar. Tras una persecución a regañadientes de un conejo, el azor se posa en una rama alta e ignora sus llamadas. Lo siguen de árbol en árbol, silbando e intentando atraerlo, pero el azor no está de humor para volver. A Kay le da una rabieta y se marcha furioso a casa, pero Verruga se queda con el azor, porque no puede soportar la idea de perderlo. Lo sigue a lo más profundo del bosque y allí empieza a tener miedo.

Leer *La espada en la piedra* después de leer *El azor* es una experiencia profundamente curiosa. Empiezas a confundir los bosques. Uno es el espeso bosque salvaje de la Bretaña de Arturo, refugio de forajidos, azores y hombres malvados. El otro es el espeso bosque que rodea a Stowe. Es también refugio para forajidos, azores y hombres malvados, el lugar en el que White esperaba tener la libertad de ser quien realmente era. Como el bosque en *Sir Orfeo*, los bosques de la imaginación de White existen en dos mundos a la vez, y es a este extraño bosque doble al que el azor perdido lleva a Verruga. Al seguirlo, el niño avanza hacia su destino, igual que White avanzó hacia el suyo al cuidar a Gos.

Cae la noche. Verruga duerme bajo un árbol, y a la mañana siguiente encuentra una casa de piedra con altos tejados en un claro del bosque. Frente a ella, sacando agua de un pozo, hay un anciano con gafas y una larga barba blanca, vestido con una túnica salpicada de plumas y bordada con estrellas y signos místicos. Es su maestro, Merlín el mago, y cuando Verruga entra en su casa encuentra un montón de cosas maravillosas: miles de libros, pájaros disecados, culebras vivas en un acuario, crías de tejón y una lechuza llamada Arquímedes. Hay cristal de Murano, una edición de la *Enciclopedia Británica*, cajas de pintura, fósiles, una botella de barniz de almáciga, redes y trampas para conejos, una caja con cañas de pescar, cebos para salmones y una máscara de zorro montada en la pared. Casi todas estas cosas estaban en la casa de White mientras escribía. El libro era el «reino mágico» de White, escribió Sylvia Townsend Warner, «donde había espacio y rectificación para cualquier cosa que

quisiera meter en él». Pero hay otra forma de leer esta escena, menos mundana que considerarla un divertimento de un escritor que se dedicó a poner en su libro todo cuanto le rodeaba mientras escribía: la casa de Merlín en el bosque es su casa.

En los estantes de White había un montón de libros sobre psicología. Los había leído, subrayado pasajes, escrito notas en los márgenes sobre la patología de las desviaciones sexuales. En *Individual Psychology* de Alfred Adler, había encontrado un capítulo entero sobre la homosexualidad. Sostenía que la actitud de los homosexuales era «la de personas que deseaban interferir en el paso del tiempo». Adler pensaba que los homosexuales eran irresponsables porque se negaban a desarrollarse como adultos heterosexuales. Pero ¿interferir en el paso del tiempo? Palabras que, una vez leídas, calan hondo.

Pues White ciertamente estaba interfiriendo en el paso del tiempo. Estaba haciendo que corriera al revés. En ese montículo verde donde se había enterrado había conseguido ser invisible y, tras emerger de él, sintió que «había pasado Santa Lucía», el día más corto y oscuro del año a partir del cual la Tierra órbita hacia la primavera. Habló de esa época como de un renacimiento: escribió que la vida «parecía estar creándose a sí misma, parecía que en las vacías paredes del caos se descubría una abertura, una mota de luz». En su imaginación, la tumba era su disolución. Había perdido la guerra con Gos, y había matado al hombre que era. Pero ahora, con su visión apocalíptica e infantil de la redención, creía que había renacido con una nueva sabiduría. Y renacido también, como un hombre que vivía hacia atrás en el tiempo. Yo solía considerar a Merlín una majestuosa creación literaria, pero ahora pienso en él como una invención todavía mucho más extraña: la persona en que White pensaba que se convertiría en el futuro. Merlín había «nacido en el extremo equivocado del tiempo». Debe «vivir hacia atrás desde delante, mientras estaba rodeado por mucha gente que vivía hacia delante desde atrás». Esta vida al revés es lo que da a Merlín su poder de predecir el futuro, pues para él es siempre el pasado. En la conclusión que White escribió en 1941 para *Camelot*, publicada mucho después como *El libro de Merlín*, Arturo aguarda su batalla final. Ahora es un anciano, está cansado y ha perdido la esperanza, y cuando aparece Merlín se pregunta si el mago es un sueño. Merlín le regaña. «Cuando era un profesor de tres al cuarto en el siglo xx —le espeta—, todos los chicos a los que conocí me escribieron ensayos que terminaban con la frase: “Y entonces se despertó”».

Ser Merlín era el sueño de White, y eso hace que *La espada en la piedra* no sea solo una obra de ficción, sino también una profecía. Lo único que White tiene que hacer es aguardar, esperar cuatrocientos años y Verruga aparecerá ante su puerta. La casa de Merlín, y cuanto hay en su interior, son suvenires del futuro lejano. «Siempre he tenido miedo de las cosas —había escrito White—. Del dolor y de la muerte». Pero ahora se estaba recreando a sí mismo como alguien que sería —que ya había sido— inmortalizado en una leyenda.

En la imaginación, todo puede restaurarse, todo puede arreglarse, las heridas

sanar, las historias terminan. White no pudo recuperar a su azor perdido, pero como Merlín sí lo consigue, con un círculo de plumas ocultando un hilo de pescar, y lo devuelve triunfalmente al castillo con Verruga. Y de ese modo White consigue otro pupilo que adiestrar: no un azor, sino el niño que será rey. Lo educará en la ética del poder, lo inspirará para que funde la Mesa Redonda, para que luche, siempre, al lado de los justos y no de los poderosos. «El ejemplo de un buen hombre siempre instruye a los ignorantes y disminuye su ira, poco a poco a través de los siglos, hasta que el espíritu de las aguas está satisfecho», dice la culebra al rey al final de *El libro de Merlín*. Para un niño pequeño que pensó que lo iban a matar al pie de un castillo de juguete, ser Merlín es el sueño más grande de todos. Esperará, soportará lo que sea necesario, y un día será capaz de detener la horrible violencia antes de que empiece.

El nuevo mundo

Es la víspera de Navidad. Al otro lado de mi ventana fluye un helado río en su estuario. Todo lo que no está ribeteado de hielo o es negro como el carbón, es blanco o azul de Prusia. Esos puntos que se mueven son patos invernando y un colimbo se desliza junto a ellos con su perfil bajo, como de submarino, camino del mar. Todo está cargado de nieve. Estoy llena hasta reventar de tortitas y beicon con jarabe de arce y me siento tranquila por dentro, más tranquila de lo que me he sentido desde que murió mi padre. Hay un silencio profundo y sencillo. Mi madre está dormida en la habitación contigua, mi hermano está en casa con su familia política y Mabel está con Stuart y Mandy, a cinco mil kilómetros de distancia.

Mamá y yo estábamos pasando la Navidad en Estados Unidos por cortesía de mi amigo Erin y sus padres, Harriet y Jim, que tienen un motel en la costa sur de Maine. Conocí a Erin hace años, cuando trabajaba criando halcones en Gales; es un joven surfista y cetrero que se presentó un día en las instalaciones de Carmarthen con aspecto de estar totalmente fuera de lugar, como si fuera un Cary Elwes bien afeitado en *La princesa prometida*. Había venido a Gran Bretaña impulsado por su sueño de volar halcones, solo para que lo pusiéramos a limpiar las pajareras bajo la lluvia. Pero sobrevivió al tiempo plomizo y nos hicimos amigos. Amigos de verdad. Del tipo que la gente dice que solo haces una o dos veces en toda la vida. He ido a visitarlo muchas veces a lo largo de los años, y gracias a él he conocido a un grupo de gente de Maine que estoy orgullosa de llamar amigos míos. No son como mis amigos de Cambridge. Son pescadores, cazadores, artesanos, profesores, hosteleros, guías. Fabrican muebles, cebos, exquisitos tarros de cerámica. Cocinan, enseñan, pescan langostas, llevan a los turistas a pescar lubina rayada. Y la mayoría de ellos caza.

La caza en Maine, obviamente, no está lastrada por siglos de clase y privilegio. Aquí no hay grandes cotos de faisanes donde los banqueros compiten a ver quién caza más, ni humedales de urogallos para la élite ni ríos exclusivos para que los ricos pesquen salmones. La ley dispone que la caza es libre en todas las tierras y los lugareños están orgullosos de esta tradición igualitaria. Años atrás leí un artículo en una edición de 1942 de *Outdoor Life* que animaba el espíritu bélico apelando a ella. «Uno de mis abuelos vino del norte de Europa por el sencillo motivo de que quería vivir en un país donde pudiera pescar un pez sin tener que colarse a hurtadillas en las tierras de algún noble», explicó un cazador. En la Italia fascista y en Alemania, continuaba el artículo, «la caza está restringida a los propietarios de grandes tierras y a sus huéspedes, es decir, a los ricos y poderosos». Ahí el autor tuvo que hacer encaje de bolillos porque lo mismo, por supuesto, podía decirse de Gran Bretaña. «Con esto no quiero ofender a nuestro valiente aliado —explicaba—. Pero no nos hace falta su sistema de organización de la tierra». Lo que es más, la caza está mucho más

aceptada aquí que en casa. Uno de mis amigos de Maine es Scott McNeff, un agitador delgado y enérgico que lleva una heladería en verano y pasa el invierno volando a sus halcones. Me dijo que hay pocos hogares en todo el estado que no participen de una u otra forma en la caza de ciervos de noviembre. Aunque haya gente que no cace ciervos, todo el mundo conoce a alguien que sí lo hace, y los congeladores a lo largo y ancho de Maine están llenos de carne de venado cazado, cortado y envasado para disfrute de amigos y familiares. La gente intercambia historias de caza del mismo modo que se cuentan anécdotas sobre sus juergas y borracheras.

Scott nos llevó ayer con él a volar su buteo de cola roja, también llamado ratonero, un ave de un año llamada Yoder. Es un animal precioso: su corona y su espalda son marrón castaño, su pecho y su vientre blancos como la leche, marcados aquí y allá con un gorjal de puntos y manchas. No está tan bien armado como un azor; sus dedos son más cortos, más gruesos, más parecidos a puños que los dedos acorazados de pianista de Mabel. Carece por completo del encorvamiento errante de los azores y de su contagiosa aprensión. Tiene los ojos oscuros y el rostro amable y bondadoso. Es un ave regordeta y afable. Un pájaro imperturbable. Y ha sido un préstamo de la naturaleza. Yoder es un cola roja ramero, uno que ya sabía cómo cazar, que en las semanas que pasaron después de dejar su nido tuvo que aprender cientos de formas de enfrentarse al aire y a la lluvia y al viento y a las presas, y tuvo que aprenderlas rápido para sobrevivir. Los cetreros estadounidenses tienen permiso para atrapar y volar a un ave como esta durante su primer invierno, y luego deben soltarla en primavera para que vuelva a la naturaleza y se aparee. Los cetreros de aquí pueden hacerlo porque pasan un examen del Estado, que les da una licencia. Es un buen sistema. Ojalá fuera igual en casa.

Scott tiene el tipo de complexión física que convierte todos sus movimientos en algo bello. Cambia las pihuelas del cola roja, comprueba que haya comida en el bolsillo de su gastada chaqueta y partimos. El suelo está cubierto con una gruesa corteza de nieve. Todo parece como a punto de sacudirse. Hay bosques aquí: miles y miles de acres de pinos blancos, de abetos, de píceas blancas y roble. Pero no es allí adonde vamos. Caminamos por lo que parece el patio de una escuela. Yoder salta del puño de Scott y vuela hacia las barras de uno de los columpios. Bajamos por una cuesta tras las vallas de madera de unas casas. El buteo nos sigue. El aire se traga el sonido, de modo que al hablar tu voz se detiene a un palmo de tu cara en una nube de aliento blanco. «¿Qué hacemos aquí? —pienso aburrida—. Esto es una ciudad».

Volutas de corteza se escabullen y emprenden una caída a través de diez metros de aire. Una familia nos saluda desde una ventana del piso de arriba. Les devolvemos el saludo. El ratonero está subiendo de rama en rama por un pino que tienen tras su valla trasera, izándose hacia el cielo con saltitos y acrobacias aéreas.

—¡Ardilla! —grita Scott, y yo estoy con nieve hasta las rodillas, tosiendo y el *jet lag* hace que me silben los oídos mientras intento seguir lo que pasa a mi alrededor.

La claridad que hay en lo alto se oculta tras los nudos y las ramas llenas de

ramitas y agujas. El vuelo ocupa la mente de dos criaturas por encima de mi cabeza. Altura, ventaja, huida, evasión. La ardilla sabe de depredadores. Habita en estos bosques. El buteo colirrojo también sabe de ardillas, las ha cazado en la naturaleza antes de que Scott lo atrapase este otoño. Una rama delgada se dobla y luego recupera su posición con un latigazo cuando la ardilla salta al siguiente árbol, con el ave tras ella. Estiramos el cuello para seguir esta batalla aérea, que se desarrolla como una adaptación salvaje de *Duelo en el Atlántico*. El cola roja da un giro, la ardilla salta de nuevo y su silueta negra se recorta contra el cielo, con las patas estiradas, y entonces una forma contundente y negra la golpea. Es el buteo. Oigo el impacto, veo la caída desmañada, como la de un paracaidista, a través de diez metros de aire nevado y quebradizo hasta que golpean pesadamente el suelo y Scott corre a cámara lenta a través de la espesa capa de nieve. Cuando llego, la ardilla ya está muerta y el pájaro cubre su presa con las alas desplegadas y abre el pico. Un fino hilo de vapor se eleva de su boca. La sangre ya ha fundido una delgada línea en la nieve y las patas y las plumas del buteo están salpicadas de una grumosa pasta mezcla de nieve y sangre que se parece al azúcar de decorar los pasteles. El cola roja levanta la vista y mira a su alrededor. Un patio trasero, garajes, una valla baja. Una barbacoa hundida en la nieve. Un Santa Claus inflable montado en una Harley Davidson también inflable. Carámbanos de hielo colgando de los navideños aleros de los tejados. De algún lugar llega el sonido de un televisor, y más allá todavía alguien está cantando «Cumpleaños feliz». Nunca he visto algo tan fieramente salvaje y a la vez tan cotidiano. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede lo salvaje estar aquí, en este patio trasero en una ciudad, entre los hogares y la vida de la comunidad? Estas son las cosas de las que yo había huido.

Fue la caza más salvaje que nunca he visto. Sentada junto a la ventana viendo correr el agua del río, empiezo a preguntarme si el hogar puede estar en cualquier parte, igual que lo salvaje puede encontrarse en su más rotunda expresión en un patio trasero de una casa en una calle residencial, e igual que un gavilán puede convertir un columpio en una atalaya de caza más útil que otra en un pino lejano. Maine me ha dado una familia para la Navidad y me ha mostrado que un ave de presa puede formar parte de ella. Me ha demostrado que se puede convivir con lo salvaje. Que puedes traer lo salvaje a casa contigo.

Es nuestra última mañana en Maine. Erin, mamá y yo caminamos por Parsons Beach, ajustándonos la ropa para protegernos del viento. Es un día gris, salado y frío; andamos sobre arena congelada. Una bandada de merginos vuela mar adentro, formando líneas oscilantes sobre un líquido tapete gris. Las aguas que se extienden bajo ellos están llenas de langostas; Maine es célebre por estos crustáceos; hay anuncios de *wraps* de langosta por toda la ciudad. El padre de Erin había sido pescador de langostas y yo había ido a pescar con ellos hacía años. Lo que quiere decir que me senté en la cubierta de su barco y observé conforme izaban las trampas,

medían, clasificaban y etiquetaban las langostas, volvían a cebar las trampas y las lanzaban por la borda. Trabajaron durante horas mientras yo permanecía sentada, incapaz de ayudarlos o de hacer otra cosa que no fuera mirar. Les encantó que los hubiera acompañado, y fue un día fantástico, pero igualmente me sentí culpable: era una turista inglesa fuera de mi elemento. Caminando por la playa recordé ese viaje en barco y me sentí muy incómoda. Había pasado meses con Mabel en la colina. Había visto llegar la cosecha, a los tractores rastrillando las laderas, a los ganaderos sacando a las ovejas para que pasaran el invierno en los campos. Y no había hablado con nadie. Con nadie en absoluto. Pensé en los turistas estivales que aguardaban en rebaños para fotografiar a los pesqueros de langostas cuando regresaban al puerto, o queladeaban sus cámaras para captar los enrevesados juegos de luces y sombras que se formaban en las montañas de trampas de langostas amontonadas en el muelle del cabo Porpoise. ¿Era yo así? No había querido ser una turista con mi azor. No lo había sentido como turismo. Pero desde luego, había evitado formar parte del mundo que trabajaba a mi alrededor.

Regresamos. Ahora caminamos contra el viento, pisando sargazos rebozados de hielo y asustando a bandadas de correlimos, que echan a volar a lo largo de la línea de marea alta. Fuera de temporada las calles están desiertas, los hoteles cerrados, los postigos bajados y los carteles de madera se mecen al viento. Un azor de Cooper está posado en el semáforo en la intersección entre la calle Mayor y la avenida Western, con su cabeza plana y su plumón como los de Mabel. Desde allí, contempla la ciudad desierta.

De vuelta en el motel, sintiéndome fría y terriblemente sobria, me hago un café y paseo frente al fuego. Me arde el rostro. Supongo que es por el viento. Mamá está haciendo el equipaje arriba. Erin está en la cocina con su padre. Los oigo reírse. «No quiero volver», pienso. Había huido de la compañía. En la misa por mi padre había recordado lo que era vivir en comunidad. Ahora vuelvo a estar en medio de una comunidad, en el centro de un hogar familiar, y no quiero irme. Este lugar está reparando mi corazón roto. Siento cómo se está curando y temo lo que pueda suceder si me marchó. No estoy segura de cómo me manejaré en Inglaterra, de vuelta a mi ociosidad inútil de desempleada, a mi solitaria vieja ciudad.

La puerta de atrás se cierra. Jim sale en la camioneta hacia su taller. No quiero marcharme. Me ofusco. Me inquieto. Fulmino con la mirada el fuego, hirviendo de autocompasión. Luego oigo la puerta abrirse y aparece en el umbral la despeinada cabeza de Erin. Luce una expresión claramente conspiratoria. Intuyo que algo se está cociendo. Y un minuto después lo estoy ayudando a sacar el enorme árbol de Navidad de la sala al nevado jardín. La punta del árbol serpentea en la nieve dejando una oscilante estela y sus ramas arañan y perforan la película helada que refleja la escasa luz. Hundimos profundamente el tronco en la nieve, como si hubiera crecido allí. No tengo ni idea de lo que sucede.

—Venga, Macea, ¡vamos a quemarlo! —dice.

Perplejidad.

—Es una tradición. Es la costumbre aquí. En América.

No le creo ni por un segundo.

—En Inglaterra la *tradición* es que los dejamos tirados en la calle —digo—. Así que, vale, ¡quemémoslo!

—¡Voy a por algo para que prenda mejor! —exclama.

Comparto la locura, la contagiosa alegría pagana. Vuelve corriendo de la casa con una botella de plástico llena de gel para acelerar el fuego y, en el silencio nevado, con la niebla reuniéndose a nuestro alrededor a medida que el deshielo convierte el hielo en agua que se queda suspendida en el aire cada vez más caliente, utiliza el gel para decorar el árbol con viscosas tiras verdes que gotean y se pegan a las ramas como glutinoso oropel.

—¡Apártate! —me ordena.

Enciende una cerilla. Una rama prende con un arañazo desgarrador de fuego. Por unos momentos es bonito: una luz amarilla y suave en el monocromático gris. Pero entonces se produce una explosión que desata una catarata de llamas desbocadas que lo iluminan todo con asombrosa claridad. Erin arquea las cejas. Retrocede un buen número de pasos. Y yo me río tan fuerte que casi no me sostengo en pie.

—¡Por Dios, Erin! —grito.

Es como si hubiera incendiado el mundo entero: una pirámide de seis metros de altura ilumina el jardín, la casa, el río, la otra orilla del río, y arranca sombras negras a árboles que hace un instante estaban perdidos en las tinieblas. El intenso fuego naranja tiñe de dorado nuestros rostros. ¿Qué diablos hemos hecho? El humo se mezcla con la niebla de modo que todo, en todas partes, arde en llamas. El árbol está incandescente, con sus negras ramas calcinándose, crujiendo, deshaciéndose y humeando. Erin y yo tenemos la expresión típica de los que se han metido en un buen lío.

—Creo que es muy posible que en cualquier momento aparezca el camión de bomberos —grita Erin, y somos otra vez niños los dos, encantados con lo que hemos hecho y temerosos del desastre.

Y luego el fuego se extingue. El esqueleto queda de pie en la nieve, despojado de toda su complejidad. Solo un tronco delgado con unas pocas ramas carbonizadas, ya húmedo por el vapor que impregna el aire. Y me quedo mirando los restos del árbol y respiro el humo y la niebla del aire y Erin me hace una mueca y yo le devuelvo otra.

—Eso —dice— ha sido fantástico.

Lo había sido. Una hoguera ritual, una ceremonia de una magia extraña y protectora. Las cosas malas habían huido de ese árbol en llamas. Nos reímos mientras volvemos a la casa, dejando el esqueleto del árbol clavado en la nieve. Y más tarde ese día, mamá y yo volamos de vuelta a Londres. La llevo en coche a casa, prometo ir a verla pronto y luego me dirijo a Cambridge, a la casa de Stuart y Mandy. Corro hasta su puerta. Estoy deseando ver a mi azor. Allí está, posada en su jardín, gorda y

feliz entre un montón de perdigueros que agitan la cola. Le doy las gracias a Stuart por cuidarla mientras he estado fuera. Se queda en la puerta del patio, extrañamente ojeroso y cansado.

—De nada —dice—. La verdad es que no he podido hacer gran cosa con ella. He tenido la gripe. Ha sido terrible. Me he pasado todas las Navidades en la cama. Solo le he ido dando comida.

—Pobre Stu —dice Mandy, acercándose a la mesa con tres tazas de café y un paquete de galletas abierto—. Realmente lo ha pasado fatal.

Miro a mis amigos y se me estremece el corazón. ¡Han pasado tantas horas ayudándome! Me han demostrado que me quieren mucho. Y yo lo he dado todo por supuesto.

—Gracias. Muchas, muchas gracias —digo—. Os quiero mucho, chicos. De verdad.

Lo digo con tanto sentimiento como soy capaz. No solo les estoy dando las gracias por cuidar de mi azor. Me levanto para abrazar a Stuart.

—Cuidado, no quiero contagiarte —dice, apartándose.

Lo abrazo de todos modos.

En este ventoso día de agosto de 1939, White está en Irlanda escondiéndose de la guerra. Ahora detesta a Hitler, y sabe que debería alistarse, pero se ha convencido a sí mismo de que su huida no es una mera cuestión de cobardía. Sería un desperdicio que se hiciera soldado, ha reflexionado. Tiene algo mucho más importante que hacer: terminar su relato épico sobre la Materia de Bretaña que resolverá el problema de por qué los humanos luchan entre ellos. Y por eso ha venido aquí, al condado de Mayo, y ha alquilado para escribir Sheskin Lodge, un destartalado bungaló aristocrático con un invernadero que está entre hectáreas de rododendros y pinos silvestres.

Se sienta en el ajado sillón de cuero en la habitación cuyas paredes se están pelando. El plañidero sonido de los cascabeles de los halcones llega a través de la ventana abierta cada vez que las aves se debaten desde sus bloques en el jardín. Cully está muerto: se enredó en la malla de cubrir las fresas que guardaba en el establo de la casa y se estranguló él solo, pero White ha entrenado dos esmerejones desde entonces, y ahora tiene dos peregrinos: una hosca prima llamada Cressida y un joven torzuelo al que todavía no ha puesto nombre. Durante la última media hora ha estado registrando los delicados pasos de su adiestramiento en un diario encuadernado en vitela. Hace una pausa. Le ha asaltado una idea, despertada por el sonido de los cascabeles. Quizá debería escribir el libro sobre los halcones, después de todo. Lo había intentado una vez, y había fracasado. Quizá debería volverlo a intentar ahora. No sería el típico libro sobre halcones escrito por un amante de la naturaleza. Eso sería espurio, piensa. Esto sería *auténtica* literatura. Empieza a esbozar por qué:

Las ceremonias de iniciación, la cabaña de vudú del cetrero, los ruidos en

la mágica oscuridad, los nudos necrománticos. Los nudos eran probablemente los hechizos más sencillos. Los dos halcones se consideran encadenados mágicamente a sus bloques por mis artes... Estoy convencido de que si nadie hubiera inventado los nudos, nadie habría imaginado nunca a los magos.

Como cetrero, él estaría en el libro, junto con todos los demás papeles que iría adoptando en la educación del azor. Primero sería Torquemada, el inquisidor. Luego sería «el curandero mágico de las ceremonias de la pubertad» —y la aterradora presencia que las pondrá a prueba, la «deidad diabólica de la caverna». Y luego sería Próspero, por supuesto, el magistral mago que les ha conducido a través de todas las ceremonias y ordalías de su falcónida adolescencia, pues White cree que ahora sabe qué es la libertad y qué significa crecer. Es partícipe de la magia, que es la que une al halcón con la voluntad del mago, y sabe que al final del libro debe llegar el mayor misterio de todos. El halcón debe escapar. Por supuesto que debe hacerlo; pues el halcón deberá «deshacer el hechizo para escapar, darle sopas con onda al nigromante... solo para descubrir que hay un hechizo dentro del hechizo, que el mago era un hombre sagrado después de todo, y que está muy contento de que haya escapado». Termina el párrafo y descubre que se ha emocionado profundamente.

Allí estaría, pequeño e invertido, mirando hacia arriba desde la despreciada tierra, con su capa como un planetario flameando al viento, su varita vencida y su barba blanca y torrencial. ¿Y Falco? Un triunfo, un odio y una gratitud. No lógica o moral. Solo la magia por mor de la propia magia, creadora y no creada.

Historias de invierno

Mientras caminamos por los campos nos cubre un cielo complicado, hecho de harapientas nubes de frente frío bajo franjas de altos cirroestratos, peinado por un viento en contra que envía a las alondras hacia arriba como si fueran briznas de paja. Nubes de pardillos rebotan, mitad enanos, mitad notas musicales, a lo largo de los setos que rodean mi viejo hogar, y todo está mal en cuanto a esa noción de hogar porque mi padre no está aquí. Termina el invierno y estoy de vuelta en casa de mi madre. Las cosas están mucho mejor ahora, lo sé, y he venido a verla a menudo, pero cada vez olvido lo duro que es.

Los campos invernales están esquilados, cubiertos solo por los restos de la hierba amarilla que los conejos no han querido y picoteados por algunos grajos dispersos. Puedo volar a Mabel por todo este terreno hasta que termina en el ancho y hundido matorral, tan ancho que es casi un bosque, cubierto por un vello helado de clemátide. Más allá está la propiedad de otro; una *terra incognita*, que provoca la contenida fascinación que todos tenemos por los lugares que están justo más allá de los familiares o de donde se supone que tenemos que estar. Me encuentro en la parte más alta del campo, le cambio las pihuelas, le quito la lonja, la paso por el tornillo giratorio, le doy otra vuelta y la guardo en mi hondo bolsillo. Sostengo el brazo en alto, espero que mire a su alrededor y la vuelo desde el guante hacia el fuerte viento. Desciende hasta el lejano seto y se eleva hasta la copa de un pequeño fresno, sacudiendo la cola. La sigo hasta allí y empezamos a cazar como es debido, buscando conejos en un embrollo de bosque roto y abierto. Esta línea de árboles no está diseñada para que los humanos pasen por ella. Hay arbustos viejos, ramitas verdes y ramas cubiertas de liquen. Hay robles caídos, matas de crueles zarzas, pantallas de avellanos y una hiedra que trepa y cubre los tocones y alarga un brazo hacia los árboles en busca de luz, de modo que todo el lugar está a la sombra y decorado con hojas de hiedra que parecen pequeñas escamas. El aire sabe a humus y descomposición. Cada paso rompe ramitas y transmite esa sensación un tanto incierta y extrañamente hueca de caminar sobre el grueso suelo de un bosque.

Mabel está extraordinaria. La mayoría de las veces que hemos cazado ha volado en campo abierto. Pero ha comprendido cómo funciona la caza en el bosque y está perfectamente atenta. Más que atenta. Volar un azor en un paisaje lleno de obstáculos y líneas de visión interrumpidas hace que la conexión entre nosotras sea más nítida. Irrumpe entre pequeñas ramas para venir a la lú cuando silbo, y me sigue cuando camino, moviéndose cerca como si fuera mi ángel de la guarda personal. Levanto la vista y a veces la veo agachada, mirándome con sus ojos redondos, las pupilas dilatadas por la excitación y tan concentrada que sus garras amarillas se aferran con fuerza a las ramas del fresno muerto. O flota sobre mí, por encima de las ramas,

titilando entre las hojas, dejando una estela de ondas submarinas tras ella.

No hay ninguna narrativa propiamente dicha. Está el momento en que me doy la vuelta y veo la cara calmada y embrujadora de un conejo joven a unos tres metros de distancia, que se asoma de su madriguera con las orejas enhiestas y mueve la nariz. Una pequeña hembra gris. No puedo llamar la atención sobre ella. El mundo triangula y da el alto a la muerte. El conejo y yo nos miramos. Comprende que esta mirada conlleva la muerte, y desaparece. Mabel no lo ve hasta el momento en que el conejo se convierte en aire al entrar de nuevo en la madriguera, pero tiene que volar de todos modos, hacia la imagen que queda en la persistencia retiniana, por si acaso; y baja casi hasta el suelo y roza la madriguera con una garra antes de volver a elevarse hasta lo alto de un árbol, sacudir la cola, y montar guardia. Está el instante en que estoy corriendo a toda velocidad tras el azor, y lo veo golpear una rama a doce metros de altura en un castaño: un ataque fallido contra una ardilla de las colinas, que huye trepando por el tronco helicoidal hasta la seguridad de una rama alta, desencadenando una nevada de pequeños fragmentos de corteza que caen como delicados copos de cera. Mabel regresa a mi puño en cuanto la llamo, lo que es un maldito alivio, porque las ardillas muerden. Son capaces de arrancarle un dedo a un azor. No es que las culpe, dadas las circunstancias. Y también está el momento en que viene hacia mí, volando a ras de suelo, porque es el único camino posible a través de un gran matorral viejo, y mientras se acerca contemplo cómo las plumas de su espalda se elevan solo un poco cuando frena para golpear el guante —blam— los ocho dedos con sus garras aferrando con fuerza el brazo y luego relajándose; y me mira fijamente, con una llamarada de expectación. Y entonces, de repente, ve algo a través de los árboles, fuera, al otro lado del seto. Sus pupilas se ensanchan. Estira el cuello y aplana su corona y las pequeñas cerdas grises alrededor de su pico y sus ojos se fruncen en un ceño que sé que significa «hay algo allí».

Decido investigar, aunque no tengo permiso para volar allí. Cuidadosamente, para que ni siquiera se acerque a mis pantalones —ya he destrozado tres pares cazando— salto por encima de la herrumbrosa alambrada, doy media vuelta y me encuentro metida hasta la pantorrilla en un cultivo de cobertura para aves y presas del color del tabaco húmedo. Ante nosotras se abre un amplio valle rodeado de colinas. Es hermoso. Inspiro profundamente y exhalo el aire, mareándome un poco al saberme sobre caliza de Creta.

Los paisajes de este tipo de roca caliza me provocan esa reacción; me imbuyen de la vivificante sensación de que está a punto de producirse una profunda revelación, me ponen casi de puntillas. Esto me hace sentir culpable. Una antigua vena de misticismo de la caliza de Creta que recorre la cultura de la naturaleza en Inglaterra, y sé que lo que siento aquí forma parte de ella. Me siento culpable porque sé que amar paisajes como este está asociado a un tipo de historia que habla de la pureza, del largo paso del tiempo, del enraizamiento de una sangre en una tierra, y esa historia asume

que estos paisajes solitarios y barridos por el viento son preferibles, mejores, que los paisajes más abajo. «Quien frecuenta las tierras de caliza es alguien que se preocupa por lo esencial: por la estructura, por la forma y por la textura —escribió el ruralista H. J. Massingham, un amante del terreno calizo, en la década de 1930—. Desde lo alto, se respira un aire que conecta a uno con la forma grandiosa, arcaica y desnuda de las cosas». Es un paisaje que es una parábola de la mirada del aviador.

Yo crecí entre los bosques y brezales del arenoso terreno calizo de Surrey. Pero hay una fotografía de mí, vestida con una parka de tela escocesa, poniendo mi mano de cinco años sobre una de las piedras de Stonehenge, el lugar donde mi cerebro infantil comprendió las primeras nociones de lo que era la historia. Y, un poco mayor, con los trigueros cantando desde los altos postes de la valla cerca de Wantage, recuerdo a mi padre diciéndome que el camino por el que acabábamos de pasar, el Ridgeway, era un sendero muy, muy antiguo. Eso me impresionó mucho. Era la década de 1970, que había visto otro gran resurgimiento del culto de la caliza y la historia: había pueblos que recreaban la Edad de Hierro en Butser; aterradores espectáculos para niños sobre los círculos de piedra en Avebury; reintroducciones de la avutarda en Inglaterra llevadas a cabo en bases militares de alto secreto en la llanura de Salisbury.² Ahora, me pregunto por qué. ¿Fue una especie de respuesta a la crisis del petróleo? ¿A la depresión económica? No lo sé. Pero en el sendero Ridgeway, a los nueve o diez años de edad, fue donde comprendí por primera vez el poder que una persona puede sentir alineándose con la historia más profunda. No fue hasta mucho después cuando descubrí que estas insinuaciones de la historia tienen su propia historia, más tenebrosa. Que el culto a la piedra caliza se basaba en una presunción de ciertos vínculos orgánicos con un paisaje, una sensación de pertenencia santificada a través de una apelación a tu propio imaginado linaje. Que las colinas calizas tenían su propia historia nacional, además de natural. Y fue todavía más tarde cuando supe que estos mitos causaban dolor. Que trabajan para borrar otras culturas, otras historias, otras formas de amar, trabajar y estar en un paisaje. Que avanzan a hurtadillas hacia la oscuridad.

Estoy al otro lado del seto familiar, contemplando esta *terra incognita* que es el gran hechizo creado por el siglo xx sobre nuestro mítico pasado inglés. Salgo de la cosecha de cobertura hasta donde el fino y rocoso suelo está expuesto, tan lleno de caliza de Creta que es como pasta blanca. La tierra se hunde a mis pies en un valle seco; una cuenca del tamaño de un pueblo de cuya ladera izquierda cuelga un bosquecillo gris de hayas. Es un campo con un millón de pequeños brotes de trigo que oscilan como timones. Confieren a la tierra caliza un tinte peludo, como algas en la pared de un acantilado. Incluso en esta oscura y acuosa luz, el valle resplandece con un brillo pálido. Y veo lo que Mabel había visto. A unos cien metros frente a nosotras, agazapada, hay una gran liebre parda, con sus orejas de puntas negras estiradas hacia atrás sobre su espalda rojiza. Pero aquí hay muchas más cosas, muchas, muchísimas más: en el fondo del valle, por donde iría el río si tuviera agua,

hay un rebaño de treinta gamos. Sus lomos son de color de piel de topo, que se disuelve hacia un gris pálido en sus vientres. Tienen cabezas negras. Están muy juntos y tiemblan indecisos. Me están mirando. Treinta cabezas alzadas. El rebaño es delicado y poderoso, y está esperando a ver qué hago yo.

No puedo resistir el ansia que se apodera de mí. Agarro a Mabel, que también los está mirando, y como una posesa, camino hacia ellos con esa extraña desconexión entre cabeza y pies que se siente cuando se baja una cuesta. Técnicamente estoy invadiendo una propiedad ajena, pero no puedo evitarlo. Quiero interaccionar con ellos de alguna manera. Quiero acercarme más. Y, al hacerlo, la presión de mi inminente llegada empuja a uno de los gamos un poco a la derecha, y echan a andar y luego a trotar, en una larga fila por el fondo del valle hasta el bosque en la colina al otro extremo del campo, a unos buenos ochocientos metros de distancia. Son cautivadores. Mabel los mira. Está ignorando a la liebre. La procesión de gamos es una pintura rupestre que ha cobrado vida. La magia del arte trabajando del revés. La roca caliza bajo ellos, hueso. Y ahora la liebre también echa a correr. Corre en dirección contraria a los gamos. Los animales corren, y el paisaje se parte ante mis ojos. Los gamos por un lado, la liebre por el otro. Y ahora han desaparecido: la liebre por el extremo del campo en la cima de la colina a mi izquierda, los gamos en el bosque en la cima de la colina a mi derecha. Ya no hay nada frente a mí más que viento y caliza y trigo.

Nada. El azor se esponja otra vez y empieza a acicalarse sus cobertoras. Los gamos que corren y la liebre que corre. Un legado del comercio y de la invasión, de la agricultura, de la caza y de los asentamientos. Se cree que las liebres fueron una especie introducida en las islas por los romanos. Los gamos, desde luego lo fueron. Los faisanes también, traídos en sus bruñidas hordas desde Asia Menor. Las perdices dueñas de este lugar eran originarias de Francia, y las que veo aquí fueron criadas en incubadoras de aire caliente en granjas. ¿La ardilla del castaño? América del Norte. ¿Los conejos? Introducidos en la Edad Media. Fielto, carne, pelo, pluma procedentes de las cuatro esquinas del mundo. Pero dueños de la tierra de todos modos.

Partimos de nuevo, esta vez de regreso a casa. A estas alturas la lluvia cae con más fuerza y los conejos están tan cerca de sus madrigueras que Mabel no es capaz de alcanzarlos antes de que desaparezcan. Después de uno que escapa por un pelo por un hueco en una rocosa cantera junto a un rosal silvestre, la llamo y le doy su gorga. Está cansada. Gotas de lluvia perlan su frente y las diminutas plumas de sus pestañas. Caminamos de vuelta al aparcamiento. Yo también estoy cansada, y me alegro de ver a gente caminando hacia nosotras. Hemos coincidido antes: una pareja jubilada del pueblo de mi madre que saca a pasear a su terrier de hocico blanco con una larga correa. Van envueltos en bufandas y llevan unas chaquetas de campo con todos los corchetes abrochados. Al caminar, inclinan un poco los hombros hacia delante contra el frío y la humedad. Me cruzo con ellos por aquí bastante a menudo. Siempre me alegra verlos. No sé cómo se llaman, y ellos no saben cómo me llamo yo, aunque sí

saben que mi azor se llama Mabel. Les saludo, y se detienen y me devuelven el saludo.

—Hola —digo.

—¡Hola! ¿Cómo está el azor? —me preguntan.

—Muy bien —digo yo, contenta—, pero cansado. Ha estado volando por todas partes. Hoy el campo está precioso. ¡He visto a los gamos! —continúo, feliz por tener a alguien a quien contárselo—. Un rebaño muy grande, de lomo oscuro, en el fondo del valle.

—Sí —dice él—. Los gamos. Son especiales, ¿verdad?, esos gamos. Excepcionales. Los vemos bastante a menudo.

Está sonriendo; estamos disfrutando de todos nuestros secretos compartidos de este lugar. Ella también asiente.

—¿No son preciosos? —dice—. Una vez los contamos, ¿verdad?

Él asiente.

—Habitualmente hay entre veinticinco y treinta.

—¡Había treinta exactamente! —digo yo.

—Es maravilloso verlos.

Asiento. Empieza un chubasco y ella se aprieta más la bufanda. Su marido asiente vigorosamente, con la lluvia oscureciéndole los hombros.

—¡Un rebaño de gamos! —dice, resplandeciente, y luego su expresión cambia a algo que no reconozco—. ¿No le da esperanzas? —dice de repente.

—¿Esperanzas?

—Sí —dice él—. ¿No es un alivio ver que hay cosas que siguen siendo así, que todavía se puede encontrar un pedazo de la antigua vieja Inglaterra, a pesar de todos estos inmigrantes que están viniendo?

No sé qué decir. Sus palabras quedan flotando en el incómodo silencio. Las hojas se agitan en las ramas del castaño. Me despido con una inclinación de cabeza, endemoniadamente triste, y mi azor y yo volvemos a casa bajo la lluvia.

Es un regreso amargo. Debería haber dicho algo. Pero la vergüenza me había dejado muda. Camino con pasos pesados y, mientras tanto, empiezo a tirar del hilo oscuro que me han entregado. Pienso en el culto al campo y al suelo calizo y en todos sus mitos de pertenencia de la sangre y en ese odioso halcón de bronce, y en los planes de Góring de excluir a los judíos de los bosques alemanes. Pienso en los azores finlandeses que se asentaron en las Brecklands, y en mi abuelo, nacido en las Hébridas exteriores, que no habló nada más que gaélico hasta que cumplió diez años. Y en el obrero lituano que me había encontrado buscando setas en un bosque y que me había preguntado, asombrado, cómo podía ser que ninguna de las personas con las que se había encontrado supiera cuáles eran comestibles y cuáles no. Pienso en lo complejas que son todas las historias que acompañan a cada paisaje y lo sencillo que resulta borrarlas y sustituirlas por otras más sencillas y seguras.

Solo son seguras para nosotros. Los campos donde vuelo a Mabel en Cambridge están cultivados orgánicamente, y rebosan de vida. Estos no. Los grandes animales están aquí, es cierto: los venados, los zorros, los conejos; los campos parecen iguales, y los árboles también, pero si miras con más atención, es una tierra vacía. Hay pocas plantas aparte de las que se cultivan, y pocas abejas o mariposas, pues el suelo está aderezado y rociado con productos químicos que matan. Hace diez años había tórtolas en este país. Hace treinta años había trigueros y grandes bandadas de avefrías. Hace setenta años había alcaudones dorsirrojos, torcecuellos y agachadizas. Hace doscientos años, cuervos y gallos lira. Todos han desaparecido.

La Vieja Inglaterra es un lugar imaginario, un paisaje construido con palabras, xilografías, películas, pinturas y grabados pintorescos. Es un lugar imaginado por personas, y las personas no viven mucho ni se fijan demasiado en lo que ven. Somos muy malos con las escalas. Las cosas que viven en el suelo son demasiado pequeñas para que nos preocupemos por ellas; el clima es demasiado grande para concebirlo. También se nos da mal el tiempo. No somos capaces de recordar qué vivió antes que nosotros; somos incapaces de amar lo que no está. Tampoco podemos imaginar qué será diferente cuando hayamos muerto. Vivimos nuestros setenta años y atamos nuestros lazos y nudos solo a nosotros mismos. Nos recreamos en las imágenes y borramos la historia de las colinas.

La historia, y la vida también. Puede dar la sensación de que la Vieja Inglaterra está aquí, pero no se parece en nada al país de hace cuatrocientos años, ni al de hace cien años. Ahora ya casi he llegado a casa, y estoy triste, y enfadada, y condenadamente soliviantada. Ojalá no lucháramos por paisajes que nos recuerdan quiénes ser. Ojalá lucháramos, en cambio, por paisajes que rebosaran e hirvieran de vida en toda su variedad. Y yo también soy culpable. Quise escapar de la historia huyendo hacia el azor. Olvidar la oscuridad, olvidar los halcones de Góring, olvidar la muerte, olvidar todas las cosas que habían existido antes. Pero mi huida estuvo mal. Peor que mal. Era peligrosa. «Debo luchar, siempre, contra el olvido», pensé. Y deseé haber corrido detrás de la pareja y haberles hablado de los gamos. Me habría gustado quedarme allí, en el barro, bajo la lluvia, gesticulando con una mano y con el azor en la otra, gritando sobre historia y sangre.

Esa noche, más tarde, encuentro los diarios donde mi padre apuntaba los aviones que observaba al fondo de sus estanterías: seis cuadernos de ejercicios con cubiertas duras forradas y lomos de tela. Saco uno al azar. 1956. Tenía dieciséis años. Las páginas están divididas en columnas, cada una encabezada con mayúsculas cuidadosamente escritas. *HORA. NÚMERO DE AVIONES. TIPO DE AVIÓN. COMENTARIOS. NÚMERO DE REGISTRO.* Miro la primera columna. El 25 de abril empieza a observar a las 9.40 de la mañana y acaba a las siete de la tarde. El 26 de abril empieza a las nueve de la mañana y termina a las nueve de la noche. Doce horas mirando el cielo. ¡Dios mío! Hay cientos de páginas y miles y miles de aviones

apuntados aquí. Vickers V70 Viscounts, F-86 Sabres, Airspeed Ambassadors, Lockheed Super Constellations, Gloster Meteors.

Está su crónica de una visita al aeropuerto de Croydon a finales de mayo. «Ocho De Havilland Tiger Moth. Dos Auster Aiglet Trainer. Dos Taylorcraft Plus Ds. Un Auster 5. Tres De Havilland 104 Dove». No tengo ni idea de qué tipo de aviones son. Encuentro una fotografía pegada de un Tupolev Tu 104. Bajo ella hay un breve pie de foto. «Este avión es sin duda la conversión civil del Type 39 Badger, pero los rusos afirmaron que era un aeroplano completamente nuevo». Tiene la misma flagrante pedantería que recuerdo de mi obsesión infantil con los halcones. De repente me siento muy cerca de mi padre. Otra fotografía se cae del cuaderno. La recojo. De Havilland 104 Dove, aeropuerto de Croydon, 2-4-56. Compruebo el número de registro en la lista. G-AMYO. Pertenece a Morton Air Services. El borde de la pista de aterrizaje se pierde en la niebla. Observo que se intuye un perfil dentro de la cabina, una sugerencia de un hombre inclinándose hacia delante para limpiar la cubierta transparente de la cabina antes de que el avión se eleve en el gris cielo de abril.

Es entonces cuando el porqué de la afición de mi padre a observar aviones se hace manifiesto. Me había contado que cuando él y sus amigos eran niños pequeños que jugaban entre los edificios bombardeados de Londres, coleccionaban de todo: metralla, paquetes de cigarrillos, monedas... y especialmente cosas que vinieran en serie. Cosas que pudieran emparejarse e intercambiarse; colecciones que pudieran completarse. Comprendí que coleccionar debió de ayudarlos a encontrar el sentido a su mundo hecho de escombros y desordenado por la guerra. Y los aviones de mi padre eran también otra serie que coleccionar: una serie de bellos aparatos móviles con nombres y números, todos profundamente conectados con el peligro y la supervivencia. Pero había más. Los aviones tenían alas. Levantaban el vuelo y si los conocías, si los estudiabas y comprendías sus movimientos, de algún modo tú también echabas a volar; podías mirar ese Tupolev 104 despegar y saber que cruzaría fronteras que tú solo podías cruzar en tu imaginación. En solo unas pocas horas estaría en algún nevado aeródromo soviético. O en cualquiera de otros miles de aeródromos. Mirando los aviones, vuelas con ellos y escapas. Agrandan tu pequeño mundo y lo extienden más allá de los océanos.

Los cuadernos rebosan atención a cosas que yo desconozco. Pero sé para qué sirven. Son registros de trascendencia ordenada. El diario de un observador. Las palabras de mi padre acerca de la paciencia guardaban en su interior toda la magia de esperar y levantar la vista hacia lo que se mueve en el cielo.

Devuelvo el cuaderno a la estantería y al hacerlo reparo en un trozo de cartón marrón entre los siguientes dos cuadernos del estante. Por curiosidad, lo saco. Es un trozo de cartón grueso cortado sin delicadeza por uno de los lados. Le doy la vuelta. Mi corazón se detiene un instante, porque pegada al otro lado bajo tres tiras de celo hay una llave plateada. Y cinco palabras escritas a lápiz.

Llave del piso.

Besos. Papá.

Papá me la había enviado el año pasado para que pudiera entrar en su piso de Londres cuando él estaba fuera. Yo la había perdido, por supuesto.

—Mi hija, la profesora despistada —había dicho, poniendo los ojos en blanco—. No te preocupes. Haré otra copia.

Pero al final no lo había hecho y yo no había vuelto a pensar en ello. No sé lo que está haciendo aquí. Leo las palabras de nuevo y pienso en él escribiéndolas. Y pienso en papá llevándome de la mano mientras apoyo la otra palma plana contra la gran piedra en Stonehenge, cuando yo era muy pequeña y todavía no había vallas que te impidieran caminar entre las piedras. Yo había levantado la vista y contemplado aquello que parecía una puerta pero que no llevaba a ninguna sala.

—¿Es una casa, papá? —le pregunté.

—No se sabe —dijo—. Es muy, muy antiguo.

Sostuve el cartón y pasé la yema del dedo por el borde cortado con tijeras. Y, por primera vez, comprendí la forma de mi pena. Sentí exactamente lo grande que era. Fue una sensación extrañísima, como sostener en mis brazos algo del tamaño de una montaña. «Tienes que tener paciencia —me había dicho—. Si deseas algo profundamente, solo tienes que tener paciencia y esperar». No había habido paciencia en mi espera, pero el tiempo había pasado de todos modos y había obrado su cuidadosa magia. Y ahora, con el cartón en las manos, mientras palpaba su borde irregular, toda la pena se convirtió en algo diferente. Era simplemente amor. Metí el cartón de nuevo entre los dos cuadernos en la estantería.

—Yo también te quiero, papá —susurré.

Llega la primavera

Mandy abre la puerta, me mira y su rostro refleja mi expresión con un gesto de horror.

—¿Qué ha pasado, Helen?

—¡Mabel! —digo, con un hilo de voz.

—¿La has perdido?

—¡No! —sacudo la cabeza—. Está en el coche.

Y luego tres peticiones:

—Mandy, ¿puedes ayudarme? Me he cortado el pulgar. ¿Puedo utilizar tu teléfono? Necesito un cigarrillo.

Bendita sea siempre. Me derrumbo en una silla de su cocina. Me duelen las rodillas. ¿Zarzas? No tengo la menor idea. Todavía me sangra el pulgar. Mandy me trae tintura de yodo para desinfectar la herida, me cura el corte con gasas estériles y vendas, me hace un café, y pone encima de la mesa papel de liar y una bolsa de tabaco. Entonces aguarda mientras llamo a la universidad donde debería estar ahora mismo dando clase y tartamudeo una excusa. Entonces le cuento mi triste historia.

Había visto indicios desde hacía más o menos una semana. La estación estaba cambiando. Una moscarda en el jardín; el primer letárgico azafrán púrpura entre la hierba. Algunas flores de cerezo cayendo junto a las paredes de Saint John. Y una tarde de la semana pasada, una bandada de mirlos cantando al cielo que clarea desde todos los gabletes y espiras góticas de la ciudad. Llegaba la primavera. Y por lo general me regocijaría por el curioso tinte azul que cobra el aire y por los días cada vez más largos. Pero la primavera significa que me quedaré sin Mabel. Tendrá que ir a hacer la muda a un lugar adecuado. No la veré durante meses. Me duele el corazón solo de pensar en ello. Así que evité hacerlo; hice caso omiso de las flores y las moscas. Y ese fue parte del problema. Porque algo se agitaba en el corazón accipitrino de Mabel, y quizá era la primavera.

Hoy tenía solo una hora para volar con ella. Me había comprometido a dar unas clases como freelance en la ciudad esa tarde, y sabía que estaba apurando mucho. Así que decidí volver al viejo campo de los conejos. Cazaríamos un conejo, pensé, y luego la dejaría en casa, recogería los materiales y correría a la clase. ¿Qué podía ir mal?

Todo. Vuela hacia un conejo sin muchas ganas, se posa en un matorral y mira a su alrededor. Cuando la llamo, tarda un rato en regresar. Las señales de alerta ya están ahí, pero las ignoro. «Solo un vuelo más», me digo. Pero Mabel está disfrutando del peso del sol en su espalda, y de las sutiles insinuaciones de que el aire se calienta y asciende por el inmutable cielo azul grisáceo. Detecta a otro conejo y echa a volar, alejándose de mí, posándose en lo más alto de los castaños, y me doy cuenta de que

está perdiendo todo interés por mí. Me siento idiota. Después de la última debacle aquí, juré que iría con más cuidado. Los árboles están junto a una carretera: los coches, camiones y tractores circulan inquietantemente cerca. No quiere seguir allí. Cruza la carretera hacia un cinturón de árboles y caminos de grava. Yo la sigo. Por todas partes a mi alrededor veo conejos y carteles que dicen: PROPIEDAD PRIVADA: PROHIBIDO EL PASO. Ella los ignora. Y a mí también. Se ha apostado en un árbol a unos buenos siete metros y medio sobre mí, y mira la perspectiva a su alrededor. Muevo el guante y silbo, pero es una causa perdida. Agita las plumas de su vientre y sacude la cola: señales de felicidad y bienestar en un azor. Pero en una rama inaccesible, a medida que transcurren los segundos, estas adorables muestras de relajación y calma en lugar de hacerme feliz me inquietan. Y me doy cuenta de que no he cogido el teléfono. Ni mis cigarrillos. Y que el dispositivo de radiolocalización está en el coche.

Al cabo de un minuto sale volando hacia el otro lado del bosque, a tierras de las que no sé nada. Resulta que hay un adorable campo de hierbas que el sol ha tostado hasta dejarlas del color de la mantequilla quemada, y un espeso bosque gris a unos doscientos setenta y cinco metros de distancia. Y no veo al azor por ninguna parte. Vuelvo al coche, saco el aparato de radiotelemetría y paso lo que me parece una eternidad buscándola. La señal está por todas partes. Bip. Bip. Bip. En esta dirección, la intensidad de la señal es 5. Allí, 7,5. Pero luego ¿2? «¿Cómo? ¡Triangula! ¡Triangula!». Inclino la antena y doy vueltas en círculos. ¿Está moviéndose? Debe de estar moviéndose. Y la veo elevarse sobre el distante bosque. Está dejando que el aire caliente la eleve, meciéndose sobre el bosque en amplios círculos bañados por el sol. Se acerca otra ave rapaz y las dos se entrecruzan y rivalizan durante un rato. Corro hacia allí, por supuesto. Para cuando llego al bosque, no queda ni rastro de ninguna de las dos, aunque oigo el maullido de un busardo no muy lejos. Entonces, inesperadamente, cascabeles. En algún lugar, cerca. Me adentro en el bosque. No tiene buena pinta. No es un bosque espeso. No es un bosque natural. Es un bosque habitado. Es un bosque de cría de faisanes, no hay duda. ¡Oh, Dios, este azor ha vuelto a convertirme en una delincuente!

Lo veo. Está posado en una rama baja de un roble cubierto de hiedra, mirando fascinado un montón de viejos sacos de grano y bidones en unos centímetros de agua. Me acerco. Está haciendo esos reptilianos movimientos prospectivos de paralaje con la cabeza que significan que ha localizado algo. Va a ignorarme hasta estar segura de que, sea lo que sea, se ha ido. Y quizá lo haya hecho. Me abro camino hasta donde está mirando, y antes de que pueda darme cuenta de lo que pasa, un faisán macho empapado sale corriendo a mis pies, salpicándome entera. A cámara lenta, veo el sol a través de sus primarias, dividiéndose en barras y abruptas sombras, y contemplo a Mabel dar un giro acrobático y lanzar su garra izquierda, pero sus uñas de más de seis centímetros y sus dedos amarillo chillón fallan por un pelo. El faisán se eleva y — horror, no la había visto— salta una valla de alambre de tres metros y se sumerge en

un matorral de laurel y tejo al otro lado. Mabel se zambulle tras él. Yo no puedo llegar hasta allí. ¡Están en un maldito corral de cría de faisanes! ¡Mierda! Esto es como meter a un hurón en un concurso de belleza de conejos. Esto es malo. Muy malo. Oigo sonar sus cascabeles y batir sus alas. Es ruido de lucha. Corro como una rata a lo largo del perímetro del corral, buscando un modo de entrar. Esto no es lo que yo quería. Oh, Dios. Oh, Dios.

Hay una puerta. Abierta. Dejo el receptor encima de un bidón comedero azul y entro corriendo. Mabel ya no está en el laurel. Está sobre el laurel. Me da la espalda y antes de que pueda siquiera recuperar el aliento se vuelve a meter entre las ramas que filtran el sol, rápida y decidida. ¡Mierda! ¡Mierda! Empiezo a correr otra vez, entre ramas, más allá de pequeños refugios cubiertos con techos ondulados de fibrocemento, sobre tierra compactada por cientos de patas de faisán. En cualquier momento, pienso, voy a oír el «¡Eh!» de un dueño increíblemente enfadado. Quizá lleve una escopeta, pienso, mientras veo a Mabel arremeter contra un faisán hembra en la esquina más lejana del corral, en una explosión de hojas, plumas beis y capuchino y alas batientes. Cuando llego a su lado está sentada en un charco negro de agua ácida del bosque, cubriendo con las alas el cuerpo de un faisán hembra. Y mientras camino, otro faisán hembra emerge de debajo de su ala, y ella lo agarra también. Un faisán en cada garra. Oh, Dios mío. Masacre. Tiene la cola extendida sobre el charco, las garras hundidas en plumas y todo su ser parece vibrar en una frecuencia improbable y temible.

Los faisanes están muertos. Uno está en el bolsillo de mi chaleco y el otro está siendo desplumado por mi azor errante, que le arranca y desperdiga volutas de suaves plumas cobertoras que flotan en el aire y se quedan atrapadas en la alambrada a su espalda. Hay que salir de aquí rápidamente, antes de que tenga que explicar todo esto. Temblando de preocupación, aparto a Mabel de su presa. Y acto seguido me hago una herida tremenda. Al cortar los tendones del faisán, me corto también un buen trozo de piel del pulgar. Tan pronto como Mabel está de vuelta en el guante y he guardado su ilícita presa en el bolsillo del chaleco, empiezo a preocuparme por lo mucho que estoy sangrando. No es solo que tenga la mano completamente roja; es que oigo la sangre gotear sobre el suelo del bosque. Aprieto la herida fuerte contra el tejido de mi chaleco de cetrera. La tela está cubierta de gérmenes, lo sé, pero tengo que parar la hemorragia. Debo. Detener. La. Sangre. Aun así goteo sangre durante todo el trayecto de vuelta al coche, y sigo sangrando cuando llego a la casa de Stuart. No voy a poder volver nunca a ese sitio, pienso. Nunca, nunca más.

En marzo de 1949 el editor Wren Howard, de la editorial Jonathan Cape, viajó a las Islas del Canal para visitar el nuevo hogar de White. Este se había mudado a la isla de Alderney: un lugar perfecto para refugiarse del mundo y del fisco. Había comprado una casa de tres pisos en Saint Anne con las paredes revestidas de madera de magnolio. La había llenado de cosas nuevas: sus propias pinturas surrealistas, un

piano de cuarto de cola, candelabros de plata y una estatuilla del emperador Adriano. Las cortinas oscuras estaban decoradas con ramos de fantasmales rosas de plata. Había discos de *jazz*, sillas jacobinas y un sofá en el que White invitó a Howard a sentarse. Howard se sentó. Era increíblemente incómodo. Se levantó y examinó el cojín. Había algo debajo. Lo levantó y sacó una gruesa pila de hojas. Le preguntó a White qué era. White pareció preocupado. Era el manuscrito de un libro que había escrito sobre aves de presa, explicó. No quería que se publicase porque después de escribirlo había aprendido a ser un buen cetrero y se había convertido en una especie de autoridad en la materia. En el libro había cosas que ahora se avergonzaba de recordar. Además, el azor se había perdido.

Howard echó un vistazo a las primeras páginas y lo que leyó le intrigó. Se llevó el manuscrito arriba y lo leyó por la noche. Por la mañana insistió en llevárselo de vuelta con él a Londres, pues estaba convencido de que debía publicarse. White se resistió, pero a medida que pasaron las semanas, Howard y sus amigos lo convencieron y consintió en su publicación con una condición: escribir un epílogo explicando cómo *debería* haber adiestrado al azor, a la luz de lo que había aprendido después.

Cuando, en 1952, se publicó *El azor*, no se convirtió en un *best seller*, pero sí hizo que White recibiera un número extraordinario de cartas de lectores. En algunas lo felicitaban, otras eran extrañas: en una le ofrecían un águila. Algunos lectores aborrecieron profundamente el libro. Y White nunca olvidó la carta de uno de estos lectores. Le llegó al nervio. Era de un hombre que decía que llevaba treinta años dando conferencias sobre pájaros y que los había observado toda su vida. «Cómo puede hablar de amor por un ave después de someter a nuestras maravillosas aves de presa a tal tortura es algo que escapa a la comprensión de una mente normal —decía la carta—. ¿Es que no hay suficiente crueldad en el mundo sin necesidad de añadir más por diversión o pasatiempo?».

«Esta carta me alteró durante tres días —confesó después White—, aunque respondí con varias páginas de afecto, disculpas y explicaciones». Esperó una respuesta. Cuando llegó, escribió White, el autor de la misiva «utilizó la palabra “normal” cinco veces, y concluyó afirmando que no quería volver a saber de mí nunca más. Me pareció de buena educación dejarlo ahí».

Me he mudado de vuelta a la ciudad, a una pequeña casa alquilada en una calle cerca del río con un pequeño jardín soleado que termina en un matorral de escaramujos. Los gatos pasean por la acera, hay palomas por todo el tejado y es bueno estar en una casa que durante un tiempo puedo llamar mía. Hoy estoy abriendo cajas y poniendo los libros en las estanterías. Tres ya están vacías, me quedan cinco. Abro la siguiente caja. Dentro, encima de los demás libros, está *El azor*.

Me estremezco al cogerlo. Es extraño verlo de nuevo, porque no he pensado en White desde hace un tiempo. A medida que me sentí más feliz, su presencia fue

disminuyendo, su mundo cada vez más distante del mío. Miro el maltrecho lomo, abro el libro y voy directamente al final. Quiero leer la última página, en la que White enumera todas las cosas que era Gos: un oficial prusiano, Atila, un jeroglífico egipcio, un toro alado asirio, «uno de los duques o cardenales lunáticos de las obras isabelinas de Webster».² Una letanía de cosas humanas de piedra o con armadura, en marcas en páginas y en tablillas secadas al sol. Miro a través de la polvorienta ventana y veo a Mabel en el jardín. Se ha bañado y acicalado y está inclinada hacia atrás, hacia la glándula sebácea sobre su cola, picoteándola suavemente y luego pasando cada pluma por su pico para impermeabilizarla. Sé que está contenta: la delatan los ojos entrecerrados y felices y la forma de sacudirlas plumas. Son signos de franco buen humor. No sé en qué piensa, pero está muy viva.

Pienso en la lista de cosas de White y en el final tan extraño y triste que representa. Me juro a mí misma, en pie con el libro abierto en la mano, que jamás reduciré a mi azor a un jeroglífico, a una figura histórica o a un villano del que pocos se acuerdan. Por supuesto que no. No puedo. Porque ella no es humana. De todas las lecciones que he aprendido en mis meses con Mabel esta es la más importante: que hay un mundo de cosas ahí fuera —rocas y árboles y piedras y hierba y todas las cosas que reptan y vuelan—. Son cosas por derecho propio, pero las hacemos nuestras dándoles significados que sustentan nuestra visión del mundo. En mi tiempo con Mabel he aprendido que te sientes más humana una vez has conocido, aunque sea en tu imaginación, lo que es no serlo. Y he descubierto, además, el peligro que conlleva confundir las nociones de salvajismo que atribuimos a un animal con el espíritu salvaje que lo anima. Los azores son una cosa hecha de muerte y sangre y violencia, pero no son excusas para atrocidades. Su inhumanidad debe salvaguardarse porque lo que hacen no tiene nada que ver con nosotros.

Pongo el libro de White en la estantería y me hago una taza de té. Me siento contemplativa. Traje el azor a mi mundo y luego pretendí vivir en el suyo. Ahora la sensación es distinta: compartimos felizmente nuestras vidas y sabemos que están separadas. Me miro las manos. Tengo cicatrices. Delgadas líneas blancas. Una es de sus uñas cuando el hambre la volvió agresiva; parece un aviso hecho carne. Otra es un desgarró hecho por el endrino aquella vez que atravesé el matorral para encontrar al azor que creía perdido. Hay otras cicatrices, pero no son visibles. Son las que no me hizo ella. Son las que me ayudó a curar.

La tierra se mueve

Es 27 de febrero y me siento un poco floja. Mañana llevo a Mabel a la casa de mi amigo Tony. Es un viejo amigo mío, un cetrero excelente y un hombre profundamente generoso. Vive con su familia en una casa color limón en las llanuras al sur de Suffolk, a media hora del mar. Tengo ganas de verlo, pero aun así estoy alicaída, porque esta no es una visita para que volemós juntos con Mabel. Tony le está cediendo a Mabel una de sus salas de muda libres para que pase allí la temporada de muda. Mañana conduciré de vuelta a casa y la dejaré atrás.

Tengo que hacerlo. Es hora de que mute todas las plumas, de que caigan una a una y crezcan plumas nuevas. Necesita estar gorda y atiborrada de comida para que le crezca el nuevo plumaje, así que durante toda la semana le he dado tanta codorniz y faisán como ha podido tragar. Ahora está oronda como un pavo y parte de mí esperaba que eso la volviera más díscola. «Un azor gordo es un azor salvaje», dicen los libros. Se equivocan. Por supuesto que se equivocan. Ahora que Mabel está llena, tolera menos a los extraños, pero sigue siendo mansa como un gatito conmigo. Esta mañana hemos jugado a lanzar y coger bolitas de papel y durante la última hora ha estado durmiendo en mi puño mientras yo miraba programas malos de televisión.

—Está bien, Mabel —le digo—. Hora de irse a la cama. La pongo en su alcándara en la otra habitación, apago la luz y subo a mi dormitorio.

Hay cosas tan terribles que desafían la comprensión. Transcurren segundos incrédulos en los que el mundo en que vives se convierte en una mentira. Justo después de la una de la mañana tengo una de las peores pesadillas de mi vida. Últimamente mis sueños han sido modestos y llenos de luz, pero en este alguien —o algo, pues no puede ser humano— se ha apoderado del extremo de mi cama y lo sacude con fuerza, intentando tirarme al suelo. Es la sensación que me produce el sueño lo que más me asusta. No parece una pesadilla. Es algo peor. Me despierto sobresaltada.

Algo está sacudiendo mi cama. La noto moverse, la oigo crujir. Pero no hay nadie en la habitación.

Hasta el último milímetro de mi piel hormiguea de miedo. Me pongo a temblar y me quedo paralizada. Esto es horrible, tanto que no puedo describirlo. Es como si el propio miedo se precipitara en caída libre desde mil metros de altura. La cama se agita, sin sentido, con violencia, horrible e imposiblemente.

Y entonces se detiene.

Durante unos segundos me quedo quieta, anonadada. Me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Aspiro una gran bocanada de tembloroso aire. La lámpara del techo todavía oscila en pequeños círculos.

Entonces un relámpago de comprensión me ilumina.

Un terremoto. Ha sido un terremoto. Aquí, en Inglaterra. Aquí casi nunca hay terremotos, ¿no? ¿Ha sido un terremoto de verdad? Tiene que haberlo sido. Sí. Todavía no puedo creerlo del todo. Salto de la cama y miro a través de las ventanas. Hay luces encendidas en todas las casas. Hay gente caminando por la calle temerosamente, en pijama. Suena el teléfono. Es Christina.

—¡Un terremoto! —grita—. ¿Lo has notado?

Suelto una palabrota. Ella también. Las palabras corrientes nos fallan: pronunciamos obscenidades para tranquilizarnos. Pero no bastan. Cuando cuelgo el teléfono no logro sosegar me. Pongo las manos planas frente a mí, con las palmas hacia abajo. Siguen temblando. «No pierdas los papeles, Helen —me digo a mí misma—. Todo está bien. No se ha roto nada. No ha pasado nada». Pero no es así. El terremoto ha sacado a la superficie todos aquellos miedos infantiles al apocalipsis, toda aquella expectativa de que el mundo acabaría entre llamas. Es un temor muy antiguo y profundo, y ahora parece que jamás desapareció del todo. El tejido del mundo se ha rasgado. Y no consigo volver a coserlo. Y entonces me acuerdo de Mabel. He oído todas aquellas historias sobre animales que huyen de terremotos. Oh, Dios. Debe de estar aterrorizada. Bajo corriendo, saltando los escalones de tres en tres, empujo de golpe la puerta y enciendo la luz de su habitación. Estaba dormida. Se despierta, saca la cabeza de entre las plumas que la cubrían y me mira con ojos claros. Le sorprende verme allí. Bosteza, mostrando su boca rosa como la de un gato y su lengua en forma de flecha con punta negra. Sus cremosos calzones le tapan las patas, dejando ver solo un dedo amarillo y una uña negra como el carbón. Su otro pie está levantado hacia su pecho. Sintió los temblores. Y luego siguió durmiendo, completamente indiferente a los movimientos de la tierra. El terremoto no le ha causado pánico, ni miedo, ni ninguna sensación de que todo estaba mal. Está cómoda en el mundo. Está aquí. Agacha la cabeza del revés, contenta de verme, esponja las plumas y se convierte en una bolita ahuecada y feliz. Y entonces, cuando me siento con ella, cierra los ojos, vuelve a meter la cabeza entre las plumas y se va a dormir. No es un duque, un cardenal, un jeroglífico o una bestia mitológica, pero ahora Mabel es más que un azor. Me parece un espíritu protector. Mi pequeña diosa del hogar. Algunas cosas pasan solo una o dos veces en toda la vida. El mundo está lleno de señales y maravillas que vienen y se van, y si tienes suerte puede que vivas para verlas. A mí me había parecido el fin del mundo, pero mi azor me había salvado otra vez, y el miedo se había desvanecido.

Duerme durante todo el trayecto a Suffolk en mi coche. La casa de Tony está rodeada de árboles en una carretera entre dos campos bordeada por sendas líneas de olmos. Freno en el camino de entrada, pongo a Mabel en el guante y camino por el jardín. Sale a recibirme. Vamos juntos hasta la alta sala de muda de paredes blancas que hay tras la casa. Abre la puerta y entro. El nuevo hogar del azor es enorme. Hay ramas cubiertas de corteza y posaderos forrados con hierba artificial para masajear

sus garras. Hay un baño, una rampa por la que Tony le echará la comida; hierbas y sotobosque, gravilla, un estante-nido en el que echarse y un trozo en el que da el sol para que pueda calentarse. Sobre el techo de tela metálica se ve el cielo de Suffolk.

—Bueno, Mabel —digo, quitándole la caperuza—. Esta será tu casa los próximos meses.

Baja la mirada a mi mano mientras le quito las pihuelas de las polainas: ahora está en mi puño sin que nada lo sujete. Gira un ojo hacia las nubes, luego examina su entorno. Sigue la línea del tejado hasta las esquinas, mira las paredes hechas de bloques de cemento. Durante un momento estamos de vuelta en la habitación oscura el día en que nos conocimos. Recuerdo ese momento cuando el azor me olvidó por primera vez y me estremezco al ser consciente de que ahora volverá a olvidarme.

—Nos vemos después del verano —digo.

Olvidar. Recordar. Alargo la mano y paso la yema de dos dedos por su frente moteada. Las nuevas plumas que le crecerán serán gris piedra y blancas. Los tonos terrosos y ocres desaparecerán. Sus ojos, la próxima vez que la vea, tendrán el color naranja intenso de las brasas de carbón. Todo cambia. Todo se mueve. Levanto el brazo y la oriento hacia el posadero más cercano. Ella vuela, agita su cola, ve una rama arriba y salta sobre ella. Me da la espalda.

—Te echaré de menos —digo.

No puedo recibir respuesta, y no hay nada que explicar. Me vuelvo y voy hacia la puerta, dejando al azor atrás. Tony espera fuera, sonriente.

—Ven, pasa dentro un rato —me dice.

Sabe cómo me siento. Y voy donde los perros están tumbados en el suelo de la cocina agitando las colas y la tetera silba en el hornillo, y la casa es muy acogedora.

Epílogo

Necesitaba saber más sobre White para escribir este libro. Así que pasé una semana en el Centro Harry Ramson, el archivo de Texas donde se guardan los documentos y diarios de T. H. White. Leer sobre inviernos ingleses llenos de barro sentada en una biblioteca con aire acondicionado era una experiencia muy extraña; fuera, los buitres volaban con sus alas inclinadas con un calor de 32 °C y los zanates saltaban sobre las ardientes aceras. Revisé documentos, consulté manuscritos, leí partes de los libros que habían sido suyos, y volví a casa con montones de notas e ideas. Pero no parecían suficientes. Tenía que hacer algo más. Así que un cálido día de julio conduje por Inglaterra hasta Stowe. Todavía es una escuela, pero sus jardines están abiertos al público. Aparqué el coche en el aparcamiento del National Trust, pagué la entrada, cogí un mapa y recorrí el largo camino hasta la puerta.

—Vaya hacia la izquierda para ver los mejores paisajes —había dicho el hombre en la garita de entrada.

Fui hacia la derecha por llevar la contraria y emprendí mi búsqueda, con el gran palacio paladiano brillando en el horizonte, todo bajo una luz metálica del sol que ennegrecía las hojas de los limeros y teñía el agua del lago de un azul dolorosamente intenso. Sobre el agua crecían densas constelaciones de nenúfares. Sombras negras como la tinta apuntalaban los árboles del parque. Los vencejos atravesaban un aire tan denso que apenas tenían que batir sus alas contra la brisa. Eran las tierras de la escuela en que había enseñado White, unos jardines cuidados que llevaban cientos de años atrayendo turistas.

Tras una hora de caminar pasando por templos con columnas acanaladas y puertas pintadas, cúpulas, obeliscos, pórticos y caprichos, empecé a agobiarme. No tenía ningún sentido. Templos griegos, templos romanos, dioses sajones en pedestales con runas talladas sobre las que crecían líquenes naranja. Un enorme templo gótico erigido con piedra enrojecida. Puentes paladianos, grutas de toba y arcos dóricos. Nada aquí parecía sólido ni comprensible excepto los árboles. Los edificios estaban dispersos entre el paisaje como si los hubiera dejado allí alguna máquina enloquecida, y todos ellos, comprendí, estaban allí para enseñarme una cosa. Este era un paisaje diseñado con aristocrática certeza moral para instruir a los visitantes sobre los peligros de los vicios modernos y sobre la excelencia de las antiguas virtudes. Puede que fuera el sol, o un incipiente golpe de calor, pero empecé a odiarlo profundamente. He aquí el templo de los Nobles Británicos. Míralos a todos. ¡Ecs! Di media vuelta y eché a andar hacia el coche. Sentía muchísima pena por White. Era un lugar muy bello, y una lección maravillosa sobre el ejercicio del poder, pero yo me habría sentido fuera de lugar aquí, sí; yo también habría huido. Y lo hice. Hui de las tierras de aquella escuela. Volví al coche, aparqué y luego caminé hasta el lugar al que debía ir.

Y allí estaba, la casita de White, la casita de Merlín, tranquilamente aposentada en

los Ridings sobre la colina. Parecía tan ordinaria, no tenía aspecto de lugar mágico. Las sombras de las hojas se movían sobre sus altos gabletes. Un caballo gris pacía fuera. Cables eléctricos colgaban de sus postes en las verdes colinas. El bosque detrás de la casa seguía allí. Pero no entero: el bosque oscuro en el que había pasado el tiempo White había desaparecido, transformado en el circuito de carreras de Silverstone, y la capilla hasta la que White había paseado con Gos había sido demolida hacía tiempo; ahora la curva de la capilla es solo otro giro del circuito bajo el que duermen los muertos de antaño. Pero mientras estaba allí, bajo el ardiente sol, sentí un zumbido en los oídos. Era un sonido de lo más extraño, como si en ese día sin viento oyera el rugir de una fuerte brisa marina entre los robles. Era la historia del invierno. El tiempo retrocedía. O quizá sí me estaba dando una insolación. Deseé haber traído un poco de agua.

Me quedé allí durante un buen rato y miré la casa. Era una vivienda privada. No quería acercarme más; no quería inmiscuirme en la vida de la persona que vivía allí. Pero vi que los árboles habían crecido, que el establo era ahora un garaje. El pozo seguía allí. Y entonces oí un ruido de golpes quebradizos y rasposos, y me quedé helada. Tras un matorral del jardín vi un destello blanco: una camisa. Había un hombre arrodillado en el jardín, encorvado sobre el suelo. ¿Estaba plantando alguna cosa? ¿Arrancando malas hierbas? ¿Rezando? Yo estaba lejos. Le veía los hombros, pero no la cara, ni nada de él excepto su gesto de concentración. Me estremecí, porque por un instante el hombre había sido White plantando sus queridos geranios. La sensación de que White me hechizaba había vuelto. Me pregunté si debería acercarme y hablar con ese hombre. Podría. Podría hablar con él. No era White, lo sabía, pero había gente aquí que lo había conocido y podría hablar con ellos. La granja seguía allí, y tras ella los estanques donde Gos se había bañado y White había pescado. Quizá la misma carpa nadaba todavía en ellos. Podría averiguar más sobre él, hacer que cobrara vida de nuevo, perseguir sus recuerdos aquí. Por un instante el viejo deseo de cruzar al otro lado y traer de vuelta a alguien se reavivó, abrasador y brillante como una llama.

Pero descarté la idea. La abandoné y el alivio fue inmenso, como si me hubiera quitado de encima un peso de media tonelada y lo hubiera dejado en el camino de hierba. White se fue. El azor voló. Respeta a los vivos, honra a los muertos. Déjalos en paz. Saludé al hombre, aunque no era posible que me viera. Fue un saludo tonto e inseguro, e incluso mientras lo hacía, me sentí idiota. Y luego me di la vuelta y me marché. Me alejé del hombre que no era un fantasma y caminé hacia el sur. Sobre el claro horizonte el cielo fluía como agua.

Agradecimientos

En primer lugar tengo que dar las gracias a las personas que hicieron que este libro fuera posible: Jessica Woollard, mi maravillosa agente, por su amistad, profesionalidad y enorme apoyo, y sus colegas en The Marsh Agency. Mi más profunda gratitud y agradecimiento también para el extraordinario e inspirador editor Dan Franklin, y sus colegas Clare Bullock, Ruth Waldram, Joe Pickering, y a todo el equipo que trabaja en Jonathan Cape.

A Jean M. Cannon, Pat Fox, Margi Tenney, Richard Workman y el resto de personal en el Centro de Humanidades Harry Ransom en la Universidad de Texas: gracias por vuestra paciencia, calidez y ayuda durante mi visita. Por supuesto, también quiero agradecer con todo mi cariño el apoyo de mi familia, por permitirme contar esta historia sin la menor vacilación o preocupación por lo que iba a decir. A Christina McLeish, por ser la mejor amiga, una maravillosa ayudante cetrera y un pilar de inmenso apoyo tanto después de la muerte de mi padre como durante la escritura de este libro. A Olivia Laing, cuyos libros son una fuente de inspiración constante, y cuyos sabios consejos y buen humor me ayudaron a seguir escribiendo. A Stuart Fall y Amanda Lingham por todo su amor y paciencia en mi época oscura. Y a mi familia adoptiva norteamericana, compuesta por algunas de las mejores personas que jamás han pisado la faz de la Tierra: Erin Gott, Paige Parkhill, Jim y Harriet Gott. A los dueños de tierras en las que volé mi halcón, y de los lugares en los que sin querer me adentré sin permiso, y al maravilloso personal de Costa Coffee, en Newmarket, por dejarme utilizar su cafetería como algo parecido al despacho de un escritor.

Ha habido mucha gente que me ha ayudado con su amistad y de otras maneras durante la escritura de este libro, y a las que también quiero dar las gracias: Pat Baylis, Steve Bodio, Lee Brindley, Tim Button, Tracy Carmichael, Jake Daum, Tim Dee, Steve Delaney, John Gallagher, William Goldsmith, que me mostraron amablemente las instalaciones de la escuela de Stowe durante un día de clase; Andrew Hunter, quien crio y alimentó a mi azor; Tony James, Polly Appleby, Archie James, Conor Jameson, Boris Jardine, Nick Jardine, Bill Jones, Lauren Kassell, Josh Lida, Greg Liebenhals, Scott McNeff, Gordon Mellor, Toby Metcalf, Adam Norrie, Rebecca O'Connor, Ian Patterson, Robert Penney, John Pitmann, Joanna Rabiger, Joe Ryan por sus pinzones, Katharine Stubbs y Lydia Wilson. Y un agradecimiento muy especial para Andrew Metcalf y Fiona Mozley.

Y, por último, y sobre todo, querría dar las gracias a mi padre, que me enseñó a amar el cambiante mundo y a mi bello azor, que me enseñó a volar después de que mi padre se hubiera ido. Mabel voló muchas temporadas más hasta que una súbita e incurable infección de aspergilosis, un horrible hongo que se contagia por el aire, se la llevó a esos bosques oscuros en los que habitan los perdidos y los muertos. La echo mucho de menos.



HELEN MACDONALD es una escritora inglesa, naturalista y una investigadora afiliada a la Universidad de Cambridge Departamento de Historia y Filosofía de la Ciencia. Es más conocida como autora de *H es de Halcón*, que ganó el Premio Samuel Johnson en 2014 y el Premio Costa libro.